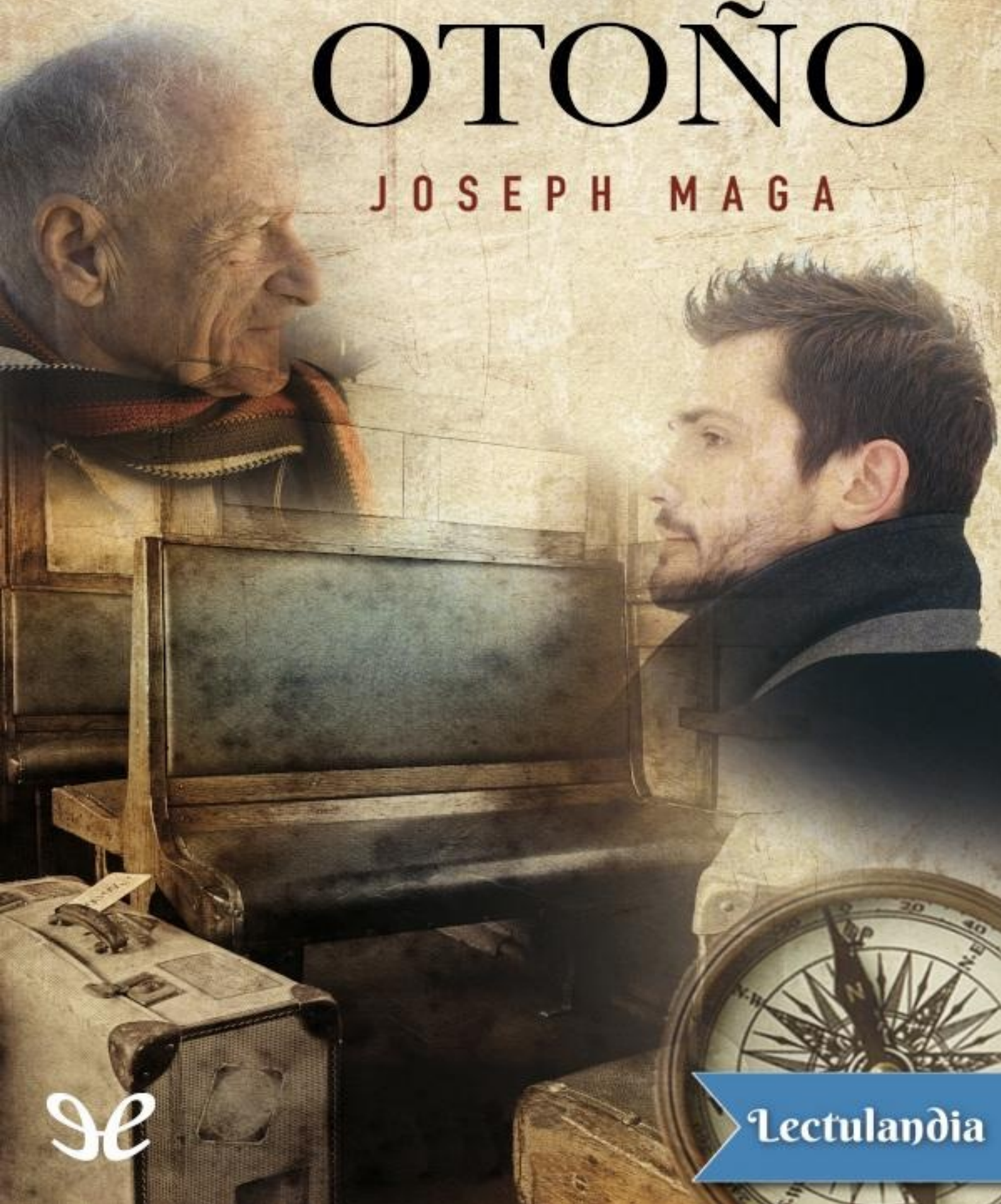


LUZ DE OTOÑO

JOSEPH MAGA



se

Lectulandia

La vida de Alex comienza a zozobrar cuando, víctima colateral de la crisis, pierde en la misma semana su trabajo y a su novia. Todavía aturdido por su inesperada situación recibe un extraño paquete de un antiguo cliente de su hotel y que aparentemente ha desaparecido. Sin tiempo para pensar decide viajar a Suiza siguiendo la pista del paquete y de paso, iniciar un periodo de reflexión y búsqueda de su lugar en el mundo en medio de una sociedad cuyas normas y prejuicios no entiende. En Suiza se relacionará con extravagantes personajes cuyas motivaciones al principio le confunden y que influirán de un modo sorprendente en sus decisiones. Conoce a Sophie, una joven viajera con un insólito concepto de la vida que no hace sino aumentar su desconcierto, y sobre todo, conoce a Joseph. Un marino y espía alemán de la Abwehr, excombatiente de la segunda guerra mundial en el frente ruso y agente de la CIA en la posguerra, cuyas aventuras irremediablemente se confundirán con las suyas, y que encuentra en el desorientado joven la oportunidad de confiar algunos de los secretos inconfesables acontecidos en Ucrania durante la ocupación alemana en la segunda guerra mundial y la guerra ruso polaca de los años 20, que aliviarán su conciencia, y de paso, ayudarán a Alex en su búsqueda interior sumergiéndole en una increíble aventura acontecida mucho tiempo atrás con un final inesperado que preparará el camino para su nueva vida.

Joseph Maga

Luz de otoño

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2023

Joseph Maga, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

★ DÉCIMO ★
ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



*“más libros,
más libres”*


epublico

Ucrania

12 de abril de 1920

Las primeras unidades de la caballería polaca pronto se dejaron ver por la calle principal que articulaba el pequeño pueblo ucraniano de Dubyna. Sus habitantes observaban con indiferencia la lenta procesión que serpenteaba por las calles; estaban más que acostumbrados a que soldados de toda ralea y condición surcaran sus callejones. En esta ocasión, solo parecía cambiar el color de sus uniformes.

Apoyado en una viga de madera, Yuriy Majaluk contemplaba desde la herrería de su amigo Yevhen el paso de los jinetes. Un instante que más tarde recordaría con inmensa tristeza y amargura. Ambos amigos mostraban la preocupación que otorga la experiencia de haber vivido anteriores saqueos, violaciones y peleas con las que saludan los soldados extranjeros a los pueblos por los que transitan antes de la batalla. Eran aliados, decían algunos. Yuriy se apenó por ellos; por el profundo desengaño que sufriría su visión romántica de la guerra, por los gritos que aullarían a sus madres al verse rodeados de explosiones. Pero eso es algo que tendrían que descubrir por sí mismos; al principio es difícil de creer.

Los recuerdos de la Gran Guerra permanecían demasiado vivos en su memoria. Cuatro años terribles en los que los dramas personales se fundieron con la tragedia de todo un pueblo. Los peores momentos asomaron al inicio de la contienda. Cientos de jóvenes entusiastas, incluido Yuriy, partieron a la llamada del zar a defender su imperio, y para el primer año, ya habían caído muertos o heridos casi todos los que habían partido de la comarca. También su mejor amigo, el hijo de Yevhen. Los pocos que siguieron enrolados se

limitaron a mantenerse con vida. Lo que restaba de imperio ya no les pertenecía.

La desolación se había instalado en las granjas ucranianas. Tras cuatro años de Guerra Mundial y dos de guerra civil, no quedaba sino rezar para poder cuidar de tus campos un día más. Con la resignación como bandera, a ningún granjero le importaba ya la política, solo deseaban seguir con su vida, llorar a sus muertos y que la pertinaz sequía pasara pronto. No reconocían más patria que el horizonte que abarcaban sus cansados ojos.

Miró a Yevhen con gravedad.

Yuriy no era un hombre instruido, pero sí capaz. Disponía de esa inteligencia propia de los hombres de campo, que poseen el instinto de saber lo que va a ocurrir porque siempre ha sido así. El conocimiento de la naturaleza humana, de la consecuencia de nuestros actos. No era necesario ser licenciado para adivinar que un ejército extranjero que avanza, tarde o temprano retrocede, y el desenlace de una y otra acción siempre permanece en el mismo lugar: Ucrania. No estaba dispuesto a sacrificar la vida por nada que no fuera su mujer y su hijo. Ya había entregado su juventud y su alma a un imperio que ahora no existía, y desde luego, no lo haría de nuevo junto a los polacos.

Decidió esperar acontecimientos; si la cosa se ponía muy seria, tenía parientes en Alemania que estaban en deuda con él. Llegados a este punto, no le importaba irse de esa tierra maldita. En más de una ocasión lo había pensado. Esperaba el momento oportuno. Quizás estuviera viéndolo desfilar en ese mismo momento ante sus ojos.

Hacía pocos meses que la zona más occidental de Ucrania se había declarado independiente, proclamándose República Nacional de Ucrania Occidental, y ahora se encontraba enfrentada a todos los vecinos de su estrenada frontera. La parte más oriental se había decantado por los bolcheviques, en plena guerra civil contra el Ejército Blanco. Los ucranianos, agitados por sus advenedizos políticos, se encontraban enfrentados entre ellos apoyando a los distintos bandos que ocupaban su territorio. Una errónea elección costaba la vida, ya fuera en el campo de batalla o en la retaguardia. Ucrania acostumbraba a ser el terreno de juego elegido para que las potencias vecinas mostraran su ambición: quien ganaba se la quedaba. Dubyna se ubicaba en una encrucijada, cuya frontera se diluía entre las dos repúblicas ucranianas, ocupadas actualmente por los polacos. Toda una provocación geográfica para sus desgraciados habitantes.

Yuriy miró apenado cómo unos niños del pueblo, ajenos al drama que acompaña a todo soldado, jugaban entre los caballos imitando su andar mientras chapoteaban en el barro. Algunos se ponían firmes y otros saludaban. Hacía tiempo que no se veía tanta caballería. Los asombrados críos admiraban el espectáculo sometiéndose al efecto embriagador que ejerce sobre los más pequeños un orgulloso ejército en formación.

El rostro de los polacos mostraba el cansancio de la larga marcha, pero un brillo especial en sus ojos delataba la excitación que acompaña a los ejércitos victoriosos que avanzan hacia su destino. El aire marcial y altivo de sus oficiales revelaba que todavía muchos de ellos apenas habían entrado en combate.

Yuriy había eludido el reclutamiento gracias a una herida en su pierna derecha recibida en la Gran Guerra, cuando todavía era capaz de entregarse a alguna causa patria y dar su vida por valores que ahora le eran muy ajenos. Una oportuna esquirla le destrozó la rodilla y facilitó su regreso. Con el tiempo había recuperado la movilidad, aunque aún cojeaba ligeramente, sobre todo en los duros días del *raspútitsa*, cuando el barro anega los caminos hasta hacerlos desaparecer y avanzar por ellos se convierte en una penitencia.

Observando a aquellos altivos jinetes, su mente se dispersó por unos momentos y le devolvió a las noches estrelladas desde el fondo de las trincheras junto a camaradas que no tardaría en perder. Más uniformes, más gloria, más muerte.

La experiencia en la Gran Guerra le había demostrado que los soldados no eran más que números anotados en la libreta de un general: tantos números tiene un regimiento, tantos porcentajes de bajas en el ataque, tantos sobran para la siguiente ofensiva. Se preguntaba si los propios soldados eran conscientes del papel que desempeñaban en aquella locura. Él, desde luego, sí. Se había alistado convencido de que su país era agredido y debía defender su honor. Más tarde, tras las primeras carnicerías, se preguntó: ¿qué convicción?, ¿qué fuerza oculta animaba a los soldados a obedecer a sus mandos y salir a campo abierto donde, con las estadísticas que ellos manejaban, moriría uno de cada dos reclutas sin tener la más mínima oportunidad? La guerra le había cambiado. La guerra lo cambia todo. El barómetro que calibra las desgracias anunciaba la tensa calma que precede a la tormenta. Los bolcheviques estaban demasiado ocupados en su guerra civil y ahora se encontraban provisionalmente distantes; sin embargo, era cuestión

de tiempo que, apagado su fuego interno, focalizaran sus esfuerzos en la amenaza que los visitaba por el oeste.

Yevhen se había retirado a continuar su labor. Demasiados recuerdos sin cicatrizar. Yuriy permanecía absorto mirando con tristeza el avance de las columnas a caballo; vítores de algunos ilusos engañados por la propaganda surgían de entre los relinchos de los equinos. La reciente declaración de autonomía alimentaba la ambición de los que un día fueron *kuláks*, sin darse cuenta de que, si se alargaba esta nueva confrontación, no quedarían herederos que continuaran la labor.

Con los polacos, desfilaba una sección de voluntarios ucranianos, bastante peor equipados, que simulaban ser ordenanzas de los oficiales a los que servían de intérpretes. Parecían felices y desfilaban orgullosos mostrando su convicción a los habitantes, quienes los contemplaban en un intento de justificación redentora, saludando a las pocas mujeres que, más ocupadas en vigilar a sus niños que en devolver sonrisas, descansaban en los soportales.

Yuriy estaba a punto de retirarse junto a su amigo cuando se percató de la dura mirada que un jinete polaco fijaba sobre él. Gritó en su dirección. Debía de ser un oficial o algo así que cabalgaba paralelo a la marcha. No reconocía sus galones; tampoco le entendía. Era joven, recién salido de alguna academia. De los que se creen que el mundo los aguarda para poner orden en él. «De los peligrosos», pensó Yuriy. Vestía un uniforme impecable en el que brillaban los correajes y las piezas de metal de su guerrera. Parecía dirigirse a él. Asombrado de que no se le hiciera caso de inmediato, gritó de nuevo en dirección contraria hasta que otro soldado surgió de entre las filas. Era un ucraniano que le hacía de intérprete, quien, por su acento, debía de ser originario del Oeste, de la Galitzia. El soldado era muy joven y parecía encantado de poder servir a su oficial extranjero.

Tras una breve proclama por parte del oficial a caballo, el soldado enfureció el rostro y le preguntó en un tono autoritario por su unidad y por qué no estaba uniformado. Yuriy resistió la mirada del cretino del soldado, primero con asombro y luego con estupor. Había oído rumores de desertores y de cómo eran tratados. Él, desde luego, no lo era, pero su vida de repente pasaba por demostrárselo a un estúpido oficial polaco, cuya soberbia le exigía dar algún escarmiento público con el que justificar su bastón de mando.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Un escalofrío le atravesó su columna vertebral. Su pierna sana comenzó a temblar levemente. El olor del miedo le atenazaba.

Yevhen había salido al oír la discusión e intentó situarse entre Yuriy y el ucraniano.

La serpiente equina seguía avanzando indiferente a lo que ocurría a su alrededor. El ruido de los cascos se magnificó en el cerebro de Yuriy. No podía oír otra cosa. Trataba de pensar rápido una respuesta y se acercó al intérprete cojeando afectado. Intentando medir bien sus palabras, le explicó lo de su herida en la Gran Guerra. No podía combatir, sus heridas de la anterior guerra le hacían inútil para la siguiente.

—Tengo certificados médicos firmados por oficiales del zar que aseguran mi incapacidad —fueron sus trémulas palabras.

El intérprete tradujo la respuesta. La cara compungida del altivo polaco y las voces que acompañaban sus gestos hicieron temer a Yuriy que su respuesta no figuraba en el manual del buen soldado invasor.

La luz roja se mantenía encendida en el cerebro de Yuriy lanzando destellos al resto de sus miembros, que comenzaron a temblar siguiendo el compás de su pierna. La cara desencajada de Yevhen presagiaba lo peor.

Durante unos segundos no pasó nada; Yuriy miraba aterrado al intérprete, exigiendo una traducción de lo gritado por el oficial. El soldado bajó la vista incómodo y dirigió la mirada hacia la fila de caballos, de donde rápidamente surgieron dos soldados desmontados, que, subiéndose a la tarima de la herrería, le cogieron por los brazos. Su amigo fue empujado al suelo mientras intentaba impedirlo. Yuriy forcejeó insultando a todos los presentes intentando acercarse a su amigo, que yacía inmóvil a los pies de su herrería.

—¿Qué ocurre? ¿No le has traducido lo que te he dicho? Maldito estúpido. ¡No puedo luchar! —gritó Yuriy desesperado, intentando zafarse de los brazos que le sujetaban—. Díselo otra vez. ¡No te ha entendido! —suplicaba Yuriy—. ¡¡¡No puedo luchar!!!

Los gritos despertaron el interés de otros polacos y el desfile se ralentizó. Al percibir lo que estaba ocurriendo, las madres comenzaron a llamar y perseguir a sus hijos, y las calles se fueron despoblando de curiosos. En unos minutos, solo Yuriy y los jinetes desfilando turbaban el silencio que se instaló en la calle principal.

—Pero... ¿qué hacen? ¡No soy un desertor! —gritaba al intérprete, que en aquellos momentos se escabullía hacia la parte de atrás, sin querer atender las súplicas que desde la calle lanzaba la poca gente que, aún atemorizada, se atrevió a contradecir al oficial polaco.

—¡Es un error! —gritaban a la vez Yevhen y Yuriy, quien ya estaba siendo arrastrado hacia las filas de atrás—. ¡Exijo ver a un oficial ucraniano! ¿Dónde está nuestro ejército? —suplicó.

Desde el porche de su herrería, Yevhen se encaramó a un taburete para descubrir con horror que el desfile lo cerraban varias decenas de civiles que seguían a la fuerza al ejército polaco. Algunos iban esposados; otros mostraban visibles marcas de golpes. Incluso había algunos subidos a un carro. Era gente demasiado mayor para luchar, y aun así los habían arrancado a la fuerza de su hogar.

«Ahí está», se dijo al ver a Yuriy.

Su cojera y su nerviosismo le impedían coordinar los pasos y caminaba a trompicones. Se maldecía por haber creído que los polacos serían distintos. Por no haber sospechado que todos los ejércitos se nutren de canallas pendencieros que consideran la vida en territorio ajeno un valor prescindible. Al pasar por delante de Yevhen, este le hizo un esperanzado gesto tranquilizador.

—No te preocupes, Yuriy, saldrás de esta. Avisaré a tu mujer —alcanzó a leer en sus labios.

I

16 de septiembre de 2008

Un estridente pitido anunció la llegada del tren de las 07:45 invitando a los numerosos viajeros del andén a tomar posiciones. El día había amanecido nublado y presagiaba algo de lluvia, incrementando la sensación de frío, a pesar de que en aquellos momentos rozarían los quince grados centígrados; suficiente para llevar alguna prenda de abrigo que casi seguro sobraría a lo largo del día en aquel septiembre tan irregular. El tren disminuyó su velocidad a medida que entraba en el minúsculo apeadero y, finalmente, se situó frente al espejo cóncavo que le marcaba el límite del andén. Sus ventanas reflejaban fugaces los rostros cansados de quienes a esa hora se embarcaban hacia sus respectivos trabajos.

Como cada día, yo asistía pensativo al transcurrir de la multitud, una manada silenciosa encaminándose con prisas a sus rutinas. Un amigo mío afirmaba que la vida no era sino un torrente desbocado de convencionalismos sociales que anulaba tu voluntad y te arrastraba sin que pudieras ni quisieras evitarlo. Viéndome a diario en el vagón, no podía sino entregarme a su inequívoco razonamiento. Todavía me encontraba a mitad de mi examen diario a las gentes del vagón cuando, de repente, un pitido seco me anunció la entrada de un mensaje en el móvil. Sin duda era del hotel donde trabajaba. Lo miré, consciente de que las buenas noticias no madrugan.

«Álex, ha llegado ya el director. Ha preguntado dónde estás.»

«Magnífico —aventuré—. Se suponía que la reunión era a las nueve.»

Respondí el mensaje a Laura, una recepcionista que me apreciaba mucho desde que la hice fija al acabar su contrato de prácticas oponiéndome a la opinión del director. En aquella época ser jefe de recepción todavía era importante. Miré el reloj. No llegaría antes de las ocho y media. Una conocida sensación agobiante inundó mi cuerpo. No me encontraba disfrutando precisamente de mi mejor momento vital.

Desde que terminara las vacaciones y comenzara septiembre no era capaz de conciliar el sueño con la placidez que acostumbraba. Siempre, justo antes de dormir, una fugaz visión de mi situación se asomaba en el último instante, cuando ya has cerrado el libro y girado la cabeza para sentir el frescor de la almohada: allí se presentaba, puntual a su cita para impedir mi descanso, un calambre que me subía por el espinazo, agarrándose al estómago, y que me desvelaba manteniendo mi mente en perfecta agitación. Sin duda era un ejercicio masoquista, pues los últimos días simplemente esperaba a que sucediera e incluso ya me había acostumbrado. A los problemas propios del trabajo se añadían otros más complejos de carácter personal. Roces, envidias y malas contestaciones que minaban mi moral y, lejos de asimilarlos, me sublevaban y provocaban situaciones de estrés antes desconocidas y que ahora me amargaban la existencia. La noche pasada no había sido distinta a como la esperaba y ya ni contaba las horas de sueño perdido.

Y allí estaba yo ahora. De pie, fijándome en el rostro que la oscuridad del túnel me devolvía reflejado en la ventana. Una cara resignada y aburrida de camino a mi hotel para comenzar lo que, en apariencia, sería una jornada más. Sin saber que sería el principio del fin.

Además, aquella mañana me encontraba particularmente disperso por un hecho insólito que no lograba encajar en mi rutina diaria. Apretado y agarrado al único hueco del asidero que cruzaba el vagón, intenté recordar paso a paso la escena buscando otra perspectiva que arrojara alguna luz a aquel extraño envío.

Ayer, al llegar al apartamento, el portero me había entregado un paquete dirigido a mi dirección. Era un paquete envuelto en un sobre de mensajería con mi nombre en el membrete. Dudé un instante en cogerlo, hasta que me confirmó que era a portes pagados. Le agradecí el favor, y sin demasiado interés, lo cogí pensando que se trataría de alguna promoción publicitaria o algo del estilo.

Entré en casa, me puse cómodo y, sentado en el sofá, lo abrí. Apareció una raída caja de madera, como de cigarros habanos. Su interior estaba revuelto. Fotos antiguas en blanco y negro se mezclaban con lo que parecían facturas de hotel, un medallón, cartas con una caligrafía perfecta escrita en tinta china, y unos documentos amarillentos con membrete oficial. Permanecí un instante en silencio manoseando los papeles. Lo lógico era pensar en un error de envío, pero mi nombre aparecía bien claro en el sobre.

Había, además, otro detalle fascinante que aumentaba mi desconcierto. Todos los documentos estaban... ¡en alemán!

¡Pero si yo no hablo alemán! ¿Quién me había mandado esa caja?

Durante un rato curioseé las fotografías. Eran antiguas, de los años cuarenta seguramente, y se conservaban en muy buen estado. Una de ellas mostraba a una chica muy guapa, el pelo muy negro peinado hacia atrás con un pequeño rizo deslizándose por su frente. La cara era muy pura; irradiaba simpatía y juventud. En otra aparecía la misma chica con un hombre mayor que ella. ¿Su padre? ¿Su amante? El hombre era la elegancia personificada: alto, traje oscuro a rayas, pañuelo en el bolsillo, brazo cruzado en el pecho y un cigarro en la mano. No sonreía, quizás la foto fue idea de ella. Siempre es así.

El resto de las fotos eran similares: o primeros planos de ella o en pareja. Iba a dejarlas de nuevo en la caja cuando un par del final me llamó la atención. Eran de un bebé: un primer plano de un niño precioso que sonreía a la cámara como si hubiera nacido para ese fin. La otra mostraba a la misma criatura en manos de una enfermera en lo que parecía un ala de un hospital, rodeada de camas vacías. No entendía nada, así que busqué de nuevo alguna referencia que me aclarara qué hacer con todo aquello.

La factura del hotel pertenecía al Mont Cervin Palace de Zermatt, en Suiza, y estaba a nombre de Stefano della Siere. Me detuve un momento. Aquello me sonaba. ¡Había estado el verano pasado en Zermatt con Julia...! Y el lugar nos lo recomendó un cliente del hotel. ¡Vincenzo della Siere!

Permanecí un instante en silencio buscando la posible conexión. No, no podía ser Vincenzo..., ¿o sí? Pero...

Adjunto a una de las fotos del bebé había otro documento en italiano. Era de un hospital. Creí descifrar que se trataba de una partida de nacimiento... El nombre escrito con letra casi ilegible se refería a un tal... ¿Vincenzo della Siere? Era él. ¡Era Vincenzo! Esta partida de nacimiento confirmaba que el paquete le pertenecía.

¿Cómo encajar esto? No tenía sentido. Hacía más de seis meses que Vincenzo no se alojaba en el hotel y, además, no teníamos confianza para yo recibir una caja como esta. ¿Tendría realmente él algo que ver con este envío, o era una pura casualidad?

El caso era que, casual o no, tenía en mi poder una caja con documentación variopinta —¡quién sabe si útil!—, y no tenía ni idea de qué hacer con ella.

Un codazo no intencionado me devolvió bruscamente a mi realidad más cercana. Mi comprimido compañero de vagón se empeñaba, con escaso éxito, en leer uno de los periódicos gratuitos que sobrevivían a la crisis y que regalaban a la entrada de la estación. Con la primera página a escasos centímetros de mi rostro, vislumbré un titular apocalíptico en letras muy grandes y negras que advertía que un gran banco de Estados Unidos había quebrado el día anterior: el Lehman Brothers. No lo conocía ni sabía de su existencia más allá de alguna referencia en el telediario. Mis conocimientos de economía eran básicos —de contabilidad casera, de no llegar a fin de mes, luego existo—, pero era consciente de que suponía una pésima noticia que incluir en el cesto de las malas noticias, ya repleto desde el verano.

Llegué al hotel y me informé con rapidez de las novedades antes de que el director me preguntara algo que solo él suponía que yo ya debiera saber. Los clientes desfilaban, como de costumbre, jurando que no habían consumido nada del minibar, mientras yo intentaba memorizar la ocupación del fin de semana. A las 9:00 en punto, mi teléfono interno emitió su incómoda melodía.

Toqué la puerta sempiternamente cerrada del director, y pasé al escuchar su áspera voz.

Me mantuvo de pie un momento antes de mirarme, y todavía sostuvimos una conversación trivial antes de que me permitiera tomar asiento. Luego, continuó un rato ordenando sus papeles y cuando decidió que era el momento de empezar, se dirigió a mí.

El señor Gamelin era una persona compleja y difícil de catalogar. Hacía más o menos un año que había llegado al hotel, y todavía no habíamos mantenido una conversación distendida que no tratara de la operativa diaria. Era un hombre mayor —atendiendo a rumores, tendría unos sesenta y seis años—. Su anterior trabajo había consistido en dirigir un *resort* de cinco estrellas en Cerdeña con cuatrocientas habitaciones y ciento cincuenta empleados, que en nada se parecía al hotel de ciudad donde había ido a parar después de que los dueños del *resort* decidieran que era más rentable manejar a un director joven,

dinámico, ambicioso y, sobre todo, más barato que el señor Gamelin, quien desde luego no era nada joven, nada activo, y con un sueldo de directivo de club de fútbol. Era más bien bajito, quizás de un metro sesenta y cinco de alto; un tipo que antaño se adivinaba duro y que compensaba con mala leche los centímetros que echaba de menos. Gafas de pasta pasadas de moda, orejas grandes de persona mayor y expresión muy marcada de mantener el ceño fruncido durante demasiado tiempo. El pelo lo exhibía demasiado negro para su edad, y por los lados, excesivamente corto. Tipo militar. Tampoco su ruda voz endulzaba su figura. Quizás comenzara un mal día todas las mañanas frente al espejo, pero bien que se cuidaba de aliviar esa carga con sus empleados. Entre los cuales, yo era su alumno destacado.

Cuando las conversaciones eran tensas —y últimamente teníamos demasiadas —, no podía evitar pensar qué oscuras circunstancias habrían acontecido para que el pobre hombre hubiera acabado a su edad en este hotel, en lugar de disfrutar, después de toda una vida dedicado a la sacrificada hostelería, de una dorada jubilación mejorando su *handicap* de golf entre *gin-tonics*. La respuesta —y una vez más acorde con la rumorología hotelera, que nunca falla— descansaba en una imperiosa necesidad de liquidez. Según uno de los botones —estos lo saben todo—, estaba medio arruinado por unas inversiones en Bolsa que no supo recuperar a tiempo y unas compras inmobiliarias en Palma de Mallorca que ahora valían la mitad, no así su crédito hipotecario. Por tanto, ahora se dedicaba a ejercer de «palmero» ante sus nuevos propietarios, importándole bien poco el bienestar de sus súbditos, en especial el mío...

El estridente sonido del teléfono me sacudió de los pensamientos que habitualmente me surgían ante su presencia. Siguiendo su costumbre, contestó como si yo no estuviera allí ni tuviera otra cosa que hacer que esperar a que su excelencia terminara. Después de una estéril conversación con un comercial, cerró su carpeta y dirigió su magnánima mirada a mi persona.

—Buenos días, Álex. Hoy esperamos un grupo de unos laboratorios, ¿no es así? ¿Está todo controlado?

Que se acordara de la llegada de un grupo me sorprendió y alteró al mismo tiempo. No era habitual ese nivel de implicación.

—Estará todo bajo control, ¿no es así? —repitió.

Directo como siempre. Sin palabras superfluas ni animosas.

—Sí, señor Gamelin —respondí, todavía de pie—. Cuando recepción termine de hacer los *check out*, se asignarán las habitaciones. Estos laboratorios son un poco pesados. Todos quieren camas de matrimonio, tranquilas, no fumadores, lejos del ascensor... Ya imagina que no hay para todos. Lo asignaremos lo mejor posible. Espero no tener los problemas de la última vez. ¿Se acuerda? Luego querían negociar la tarifa porque a uno de sus médicos invitados no le ofrecimos una habitación de matrimonio, y durante el fin de semana no dejó de quejarse por todo.

—¿Qué laboratorios son? —preguntó, sin levantar la mirada de sus papeles y sin aligerar mi repentina preocupación inicial.

—No los conozco —respondí con la sensación de tener a la pared de enfrente como único interlocutor—. Vienen con una agencia de viajes. Están desarrollando un nuevo medicamento e invitan a médicos de todo el mundo para informarlos de sus propiedades y, de paso, convencerlos de que lo receten. Los laboratorios les pagan todo y los médicos no reparan en el gasto. De lo único que se tienen que preocupar después es de que las farmacias de su zona vendan el producto con el que son agasajados.

»Habrà una buena producción esta semana —añadí por ver si cambiaba su expresión de catador de vinagre con que me obsequiaba.

—Sí, dale prioridad a este grupo —respondió con la mente puesta en otra parte—. No debemos tener ninguna incidencia, no está la situación para que la próxima vez se cambien de hotel. Otra cosa..., mmm... ¿Cómo andas de personal?

La pregunta me sorprendió repasando mentalmente el cautivador trasero de la chica de la agencia de viajes que había venido a inspeccionar el hotel. Estaba deliciosamente desprevenido.

—¿Perdón? —carraspeé.

Movimiento de ceja derecha hacia arriba. Un segundo de análisis. Rápido. Débiles señales de alarma. Nunca pregunta por el personal. No tengo discurso preparado. ¿Qué trama?

Estrategia de urgencia. Mostrarse indiferente.

—Irene está de vacaciones, se incorpora la semana que viene y entonces se irá Daniel. El turno está bien cubierto. Por la tarde tengo a tres recepcionistas para atender el grupo —respondí, aparentando una paz interior que desde luego no asomaba.

—¿A quién tienes en recepción que no esté fijo?

Me incorporé un poco de la silla, que además de fea era muy incómoda, con el propósito de acortar las visitas. Para lo que quería, era un lince. Crucé las piernas varias veces para disimular el nerviosismo que pugnaba por traicionar mi tradicional temple. En el intercambio de piernas, me percaté de que me había puesto dos calcetines del mismo color pero distinta pareja. Mal augurio.

Las señales de alarma se tornaban más intensas. Piensa rápido. Desvía la conversación. Es muy directo. ¡¡¡Céntrate!!!

—Mmm, Daniel termina contrato ahora; de hecho, tengo preparada su hoja de renovación por parte del responsable de recepción, que soy yo. Laura, a mediados del mes de octubre. No se preocupe, tengo los turnos reforzados para que no haya problema con los laboratorios. Quédese tranquilo —añadí simulando seguridad en mi respuesta para cambiar rápido de espinoso tema.

—Verás, Álex... —comenzó a hablar desviando su mirada.

Alarma total.

Tono paternalista ya conocido como «Tengo una noticia que no te va a gustar». Me recosté de nuevo hacia atrás, como deseando alejarme de una noticia desagradable.

—No te lo tomes como algo personal, porque no lo es. Sabes que, si fuera por mí, no se tomaría esta decisión, pero el asunto de momento no pinta bien. El otro día, el presidente del consejo estuvo aquí y vio que tenías dos personas en el turno que apenas tenían trabajo. Quiere que reduzcamos personal.

Lo dijo sin que ningún músculo de su cara se resintiera.

Mi cara de asombro le hizo reaccionar y balbuceó algunas palabras que mi propia ofuscación me impidió oír... Mi cerebro me repetía una y otra vez: «¿Que yo tenía dos recepcionistas?, ¿que yo tenía dos recepcionistas?».

Me estaba trasladando el problema a mí como haciéndome ver que con un turno distinto no se hubiera creado el conflicto. No me lo podía creer. Qué típico. Una nueva muesca en el mármol de su rostro.

Hacía tiempo que el consejo no se dejaba notar. Pero este problema no era mío. Tenía argumentos para defenderme, e iba a vender cara mi más que probable derrota.

Menuda pereza me estaba provocando la sola visión del director, extendido sobre su butaca, pidiéndome despedir a alguien, mientras veía minimizado en

su pantalla el solitario de cartas. En un alarde inconformista, intenté revolverme contra un destino ya sellado por los hados. Con poco entusiasmo, rebatí su argumento con pólvora mojada. Si fallaba la orientación de la andanada, un compañero sería despedido. ¡¡¡Qué bonito día!!!

—Señor Gamelin, ya sabe cómo funciona esto...

Comencé mi discurso inclinado hacia adelante, esperando que la cercanía me garantizara una mejor recepción del mensaje. Esgrimí todos los argumentos posibles. Con mis palabras introduje ciertas dosis de teatralidad, como echarme el pelo hacia atrás y suspirar, que aparentemente no le impresionaron. Él también traía la lección aprendida.

Su posición, codo apoyado en la mesa y dedos sobre la sien, mostraba una preocupante indiferencia a mis palabras. Me miraba con las cejas levantadas. Su experiencia en estos trances le otorgaba un aire de despreocupación que me intranquilizaba, quizás porque me acababa de transferir su problema. La banca siempre gana.

—Álex, sabes lo que hay. —Ahora regresaba al tono paternalista—. Estamos todos en el mismo barco. A veces, hay que tomar decisiones que no nos gustan obligados por los que mandan. No insistas, te he dicho que intentaré hacer lo que pueda. Los fines de semana, cuando viene el presidente, intenta que en el turno haya el personal justo...

Alarma total, flota hundida, sálvese quien pueda, guerra perdida, rendición. Mi cerebro era ya un volcán expulsando mala leche por sus laderas.

Salí del despacho completamente abatido y ya no me repuse en todo el día. Lo que se avecinaba era demasiado grave; tanto que no quería ni pensar en ello. De nuevo a cumplir el papel de verdugo. Era el caos. Con todas las vacaciones de invierno organizadas, tenía que decidir en una semana a quién despedir. Y lo peor de todo era soportar la soberbia del enano paniaguado.

¡Empezaba bien la semana!

Al regresar a casa, entré directamente al dormitorio y me desvestí nervioso. De repente, el traje me oprimía, la corbata se resistía y los cordones de mis zapatos se confabulaban contra mi impaciencia. En ese momento, no existía urgencia más importante en la vida que desembarazarme de aquel maldito traje. Cuando lo logré, expulsé un sonoro suspiro de alivio que más bien asemejó a un áspero exabrupto de rabia no contenida. Me puse algo cómodo y me dirigí a la cocina, donde la visión de la nevera con sus estilizados estantes

medio vacíos no contribuyó en nada a calmar mi humor. Respiré profundamente, conté hasta que me cansé y procedí con lo que mejor se podía hacer en estos casos: encender la televisión para no pensar.

Todavía era un poco pronto para llamar a mi novia, pero necesitaba con urgencia desahogarme, pelearme con el mundo y que una cálida voz me dijera que tenía razón. Dejé que corriera el tiempo entre anuncios de telefonía y coches hasta que, hastiado y tras varias miradas de reojo al móvil por si Julia me leía el pensamiento, decidí que ya era el momento.

No respondió.

No esperaba un politono interminable al otro lado de la línea. Me quedé como paralizado y sin reacción ante el impertinente buzón que apremiaba a dejar el mensaje. Colgué sin dejar recado alguno. Detesto hablar con las máquinas. Luego, tras ese instante de turbación que genera una reacción inesperada, recordé que Julia me había comentado algo de una fiesta de presentación de un nuevo producto que su empresa lanzaba al mercado. «Sin duda, la fiesta debía de ser hoy», pensé contrariado.

Permanecí en silencio. Decepcionado. Necesitaba expulsar mi ansiedad y ahuyentar mi frustración. Maldecir sin contemplaciones. Me recosté en el sofá y la visualicé en la fiesta. Arreglada con su vestido malva —¿o sería el rojo? — atendiendo los distintos corrillos de personas, correcta en todas las conversaciones, atenta a los gestos de su jefe. Bordaba el papel de anfitriona leal. Fui entrelazando imágenes de su esbelta figura deslizándose entre los invitados. Alguna vez la acompañé, hasta decidir por acuerdo tácito dejar de asistir. Me solía comportar como un fardo mientras ella aunaba esfuerzos por integrarme en corrillos de gente con la que no compartía absolutamente nada.

Últimamente no la veía mucho, la verdad. Su trabajo la absorbía de manera casi compulsiva, y en estos tiempos, los afortunados que conservaban su empleo debían trabajar el doble para mantenerlo. Ella pertenecía a este clan, con el agravante de ejercerlo sin ningún género de queja, y podría decirse que incluso disfrutando. ¿Crisis?, ¿qué crisis?

En su agencia de publicidad, las cosas no funcionaban mejor que en cualquier otra empresa inmersa en la catarsis actual. Los clientes vendían menos. Se dedicaba menos gasto a publicidad, y también se reducían costes despidiendo a gente. Los favorecidos con la mudable etiqueta de «imprescindibles» debían ampliar el espectro de sus funciones. La banca continúa ganando. Su situación era similar a la que yo estaba sufriendo, si *sufrir* era la palabra. Entre sus

quehaceres no se incluía el trago de despedir a un trabajador, colaborador, casi amigo, pero sí soportar los efectos de una plantilla descompensada y un trabajo interminable en horas y labores.

Necesitaba su apoyo moral. Pero no. Hoy... tampoco estaba.

Los días posteriores a mi conversación con el ilustre patán comenzaron a estirarse como una goma en las manos de un niño aplicado. Las horas no tenían fin. Madrugar se convirtió en un suplicio. Cada vez que sonaba el despertador, sentía morirme un poco. Las piernas me pesaban y deambulaban sin órdenes explícitas camino a la cocina, donde me esperaba un café cada día más cargado. Ahora era yo el que mostraba el abatimiento que tanto me hacía pensar en el metro. Mi cara apática se confundía con esos rostros resignados que tanto extrañaba. Ya pertenecía al clan. No me apetecía fingir que todo iba bien. No conseguía quedar con mi novia, y mis amigos persistían con sus respectivos problemas de horarios. No encajábamos nuestras agendas.

La semana no avanzaba.

Los problemas cotidianos del hotel se me hacían lejanos y me encontraba como ausente. Sin ganas. Situaciones que anteriormente requerían una rápida respuesta por mi parte se deslizaban ante mis ojos, sin ofrecer más que hastío y cansancio. Aparcaba hasta nueva orden decisiones importantes pero no urgentes. No tenía cuerpo para discutir.

Las alarmas se dispararon el día que, sin reparar en ello..., o sí..., respondí con grosería ante la, por otra parte absurda, reclamación de un cliente. La sola presencia de gente en el mostrador me molestaba. No lo entendía. Me gustaba mi trabajo...

Me estaba arrepintiendo de demasiadas cosas en los últimos días. La supuesta hoja de reclamaciones del afectado no me asustaba y no esperaba noticias del director, con quien no había vuelto a hablar. El silencio era el arma que ambos habíamos escogido; una manera como otra cualquiera de despreciarnos.

Por fin, después de unos días de conversaciones breves y apresuradas en las que intenté trazarle un esbozo de mis preocupaciones, conseguí convencer a Julia de que nos viéramos en mi casa la tarde del jueves. Habíamos quedado pronto. Cuando saliera de trabajar iría directamente a casa, me dijo.

Abrí el armario para ponerme algo cómodo y vi la caja de las fotografías. Apenas había reparado en ella estos días de zozobra interior. La saqué y la

puse encima de la cama para enseñársela a Julia, por si ella tenía alguna idea sobre qué diablos podía significar todo aquello. Mientras me cambiaba, el rostro de Vincenzo se perfiló en mi memoria. En realidad, no manteníamos más que una «breve» amistad. La primera vez que visitó la ciudad se alojó en mi hotel y le atendí en recepción. Tenía una cita que le falló en el último momento y me preguntó por algún lugar de moda para salir y tomar algo. Le recomendé uno en el que triunfó —supongo que el acento italiano, el reloj de joyería y el billetero repleto influyeron en su éxito—, y tan encantado quedó por mis servicios que ya nunca dejó de alojarse con nosotros —y eso que su nivel era de cinco estrellas—. En poco tiempo, gracias a su dinero y alcurnia —según rumores, era descendiente de la realeza italiana—, se introdujo en el frenesí de la vida social de la ciudad y continuó solicitándome entradas para el fútbol y reservas en restaurantes exclusivos. Hasta llegó a hacerme un favor consiguiéndome dos entradas *vip* para un concierto de The Pixies agotadas desde hacía meses, que llegaron a mi casa por mensajero dos horas antes del recital. Teníamos una edad y gustos parecidos y, por alguna razón, debí de caerle en gracia. Era algo superficial, de los que piensan que saber la hora es una vulgaridad y creen vivir en un perenne *photo call*, pero tras esa fachada de ropa cara y de diseño se adivinaba un chico educado, honesto y generoso con sus amigos. Yo, a otro nivel, también me preciaba de intentar serlo y nuestras conversaciones resultaban de lo más gratificantes, pero de ahí a recibir este paquete tan raro... No era lógico.

Julia no apareció hasta las ocho.

La culpa recayó en un presupuesto infinito que debía haber entregado hacía dos días y que su jefe pidió a última hora. Disimulé mi turbación. Por alguna razón, los sucesos de los últimos días me estaban sazonando con un sentimiento de incontrolado egoísmo. Necesitaba atención, que alguien me escuchara. Ya solo me faltaba llorar al tener hambre, y el retraso de su llegada incrementó esa sensación de obstinado segundón. No me reconocía. Era una actitud infantil y egoísta. Lo sabía, pero no podía evitarlo. Julia no tenía la culpa de mi inseguridad y lo pagaba con ella.

Cuando regresé de la cocina con las bebidas *light* que me había pedido, ralenticé mis pasos para observarla por un instante antes de arrimarme a su lado. Recostada en el sofá, con las piernas recogidas y los tacones en el suelo, mostraba el rostro cansado y sonrisa forzada. La chaqueta de su traje *beige* descansaba sobre un cojín, y el resto de su cuerpo trataba de vencer la

gravedad manteniéndose medio erguido gracias a otro cojín, dejando la falda ligeramente levantada insinuando la belleza que anidaba en su interior.

La observé despacio. No percibió mi presencia. Miraba la televisión, aunque parecía no verla. Estaba como ausente, quizás un poco triste. Su dulce cara no transmitía emoción alguna. ¿Abatimiento? ¿Resignación? La semana no estaba figurando en el *top ten* de las semanas fantásticas de nuestras vidas. La miré durante unos segundos más, y me esforcé para ser lo más simpático y receptivo posible.

Apoyé la bandeja con cuidado sobre la mesa de mis amores: era una mesa hecha por mí. Había utilizado montones de revistas de todo tipo, de cine, de moda, de tendencias, de coches. Las había apilado a la misma altura y colocado un cristal sobre toda la superficie. Cuando me aburría de las portadas, las cambiaba de posición simulando estrenar mesa; todas, menos una de la revista *L'Epicure*. En ella aparecía el rostro frontal de Michael Douglas en una bañera llena de espuma, fumándose un Montecristo número 4. Detrás de él se adivinaban las suaves manos de una mujer que le afeitaba con delicadeza. A su lado descansaba doblado el *Wall Street Journal* y una copa de *whisky* con mucho hielo. La sonrisa de Michael reflejaba como nadie el concepto del éxito. No podía evitar imitar su sonrisa cada vez que la miraba. Esa foto me levantaba la moral todas las mañanas.

Acerqué el vaso a su lado y Julia lo agradeció con su mirada.

La visión de sus piernas propagó el efecto previsible. En la simpleza del hombre radica su grandeza, frase muy socorrida que manejaba cuando mis neuronas cambiaban de lugar. La observé con más detalle. Unas ligeras ojeras ensombrecían sus preciosos ojos avellana. Realmente tenía mal aspecto. La conciencia que todavía conservaba recordó de nuevo mi torpeza. Ahora estaba totalmente jodido. Por ella, por mí, y también por mí, por haber pensado solo en mí.

Aflojamos un poco la tensión que exhibíamos y, tras unos comentarios inocuos, comencé a relatar mi delirante semana. No fue hasta casi el final de mi lastimero discurso cuando percibí que Julia me miraba fijamente. Escuchaba y lamentaba la situación, pero encontraba demasiado profesional su atención. Fue un efecto fugaz que me dejó una sensación de inexplicable malestar; no había motivo para sentirme desplazado de sus desvelos, y sin embargo, un remanente de mi desconcierto anterior posó el desconsuelo en mi

ánimo. Mostró cierta complacencia y comprensión, pero, desde luego, no le dedicó la importancia que yo le atribuía.

«Ella lo vive casi a diario en su empresa», pensé buscando una explicación al fenómeno. Hacía poco, me había comentado que una amiga suya que trabajaba de *maître* en un restaurante para economías medias había sido despedida por falta de producción y, a la semana, se enteró de que habían contratado a un inmigrante en su lugar, a quien sin duda pagaban la mitad. Nos había tocado vivir una época en la que lo más sensato era limitarse a sobrevivir y a no pensar, aunque sospechaba que para sus amigas sí había espacio para el consuelo y las miradas sinceras.

—¿Qué opinas? ¿No es un cabrón? —pregunté esperando una afirmación positiva que reforzara mi ego.

—Pues sí —respondió—. Nos estamos volviendo locos. Pero es lo que toca —añadió girando la cabeza y estirándose del pelo hacia atrás, como anudando una coleta imaginaria.

Luego continuó hablando con tono plomizo y cansado, desgranando sus preocupaciones, repitiendo un discurso largamente escuchado. Su jefe tampoco sería «el empresario del año».

—Así que dime tú ahora quién es más cabrón —concluyó—. Lo único positivo de esta situación es sospechar que quien sobreviva a este maremoto que se ha llevado por delante tantas ilusiones y proyectos, quien aguante subido a una madera sorteando las olas resurgirá más fuerte. Yo estoy en ello, Álex. Puedo imaginar que te encuentres algo molesto por lo poco que últimamente nos vemos, pero no puedo soltarme. Si lo hago, otro habrá ocupado mi lugar y todo por lo que he luchado desde que acabé la carrera se desvanecerá y tendré que comenzar de nuevo. Y me niego. No quiero.

Sus últimas palabras las expulsó con furia y los ojos inyectados en dolor. El vaso temblaba ligeramente en su mano y se lo retiré con cariño.

Me miraba con firmeza, como esperando esquivar otro golpe para ofrecerme el gancho de izquierda definitivo. Me sentí muy incómodo por el pequeño ridículo que estaba disputando. El yo. El yo mismo, y luego el yo que había recitado al principio, se desmoronaba al escuchar sus inquietudes. No lograba adivinar si trataba de desahogarse o era una declaración de intenciones; sea lo que fuera, ya lo pensaría más tarde. Me acerqué a su cara y le di un suave beso de perdón en la mejilla. Me cogió ambas manos y continuó:

—Mi jefe cuenta conmigo —dijo con una sonrisa que casi ofrecía disculpas—. Creo que, si aguanto, puedo vencer.

La escuchaba con atención. «Quien resiste, vence», decía siempre mi padre. Julia era un claro ejemplo de ambición y sacrificio. Me sentía extraño porque no la seguía. Yo también me había considerado siempre una persona responsable y trabajadora, pero algo en mi percepción de la vida estaba cambiando en estas últimas semanas. Antaño la hubiera animado; ahora, en cambio, no sabía muy bien por qué, no la seguía, y no la consolé con las palabras de empuje y coraje que en ese momento necesitaba.

Sus argumentos eran imbatibles, no había duda. Entonces, ¿por qué no lograba hacerlos míos, apoyarla y desearle lo mejor? ¿Por qué continuaba enfrascado en mi mundo interior sin valorar sus esfuerzos por prosperar en la vida? ¿No la respetaba?

—Sería estupendo —contesté sin convicción—, pero muchas veces me pregunto si merece la pena. Si merece la pena trabajar tanto sin descanso para luego seguir trabajando sin descanso. ¿A cuántas cosas se renuncia hoy en día para progresar laboralmente?

—Desde luego, a mí sí me compensa —respondió sorprendida de mi análisis—. He nacido para trabajar, para ser alguien. He estudiado mucho. Tengo dos másteres y no voy a pararme a filosofar sobre la vida. Tú eres hombre, te puedes permitir el lujo de plantearte tu existencia. ¿Qué te pasa? Hasta hace dos días eras tú el que te desvivías por el hotel. ¿Cómo ha podido afectarte tanto?

—No lo sé —respondí indeciso—. Me dices que te encuentras bien con lo que haces, y tu cara expresa lo contrario.

—Tampoco estoy pasando una buena racha. Hay mucha competencia en la oficina... No me llevo del todo bien con alguna gente de mi entorno.

—Me encuentro perdido, como viviendo una mentira. No sé si me gusta lo que hago —continué.

—Pero, Álex... —dijo soltándose la mano con los ojos muy abiertos—. ¿Tú qué te crees?! Al noventa por ciento de la gente no le gusta su trabajo. ¡Por Dios, reacciona! ¿Qué quieres? ¿Dejarlo todo y volver atrás? Porque hace años te lo pasabas de puta madre sin responsabilidades, buscando una felicidad con unos amigotes que ahora están tan jodidos como tú en sus

respectivos trabajos, deseando revivir una etapa de su vida que nunca regresará. ¿Es eso lo que quieres, volver a ser *Los albóndigas en remojo*?

Lo dijo tan bruscamente que me dio vergüenza confesar que realmente lo pensaba así.

—Yo no pierdo el tiempo pensando en lo que podría ser —continuó Julia—, vivo lo que puede ser, el día a día. Tú deberías empezar a hacer lo mismo y no preocuparte tanto de cosas que no puedes solucionar.

La mirada de Julia, cansada y recelosa, me indicaba lo inoportuno de filosofar por el sentido de la vida y que mis planteamientos no superarían su coraza de escepticismo. No nos estábamos ayudando mucho.

—Tienes razón. Es lo que hay y punto —concluí. No era el día.

No tenía sentido discutir ni ponernos a la defensiva después de más de una semana sin vernos; sobre todo, después de *esta* semana. Volví a besarla, esta vez en los labios; con una sonrisa me hizo saber que ya estaba bien por hoy. Permanecimos en el sofá hablando de banalidades, poniéndome al día de las conquistas de sus amigas. Relajamos nuestra actitud inicial y luego, más por instinto que por pasión, intenté un acercamiento a traición que enseguida percibió, batiéndome en retirada con elegancia al comprobar lo alto de la trinchera. Tampoco era el momento. Estaba agotada, se estaba haciendo tarde y tenía que madrugar.

Tras la cena, todavía alargamos la conversación un poco más, comentando las tonterías que a esa hora ponía la televisión, y nos despedimos con un beso y un «Te llamo».

Cuando se marchó, permanecí unos instantes en el sofá intentando recordar retales de nuestra conversación. Me sentía un poco raro, inquieto, sin motivo aparente. Al final me había desahogado, pero no de la manera que necesitaba, y no me refería a la sexual: algo más profundo anidaba en mi alma. Un paso en falso quizás. Nos necesitábamos y no habíamos sido capaces de acercarnos.

Una punzada atravesó mi confianza. ¿Serían ilusiones mías? Era evidente que Julia, una vez más, no compartía mi punto de vista, ni yo el suyo. Como mujer era directa, sabía lo que quería, y así quería ella que fuera yo. La comprendía perfectamente. A ellas les costaba más llegar y mantenerse; no había duda de ello y se lo reconocía. Las mujeres necesitaban de más y mejores méritos para acceder a un puesto de trabajo digno de su capacidad.

Yo trataba de ponerme en su lugar para comprender su perspectiva, pero cuando es tu pareja la que se mata a trabajar para, orgullosa, vencer las rancias reglas sociales, uno no podía evitar pensar que esa titánica lucha podría llegar a minar una relación, sobre todo cuando es la de uno mismo.

Con la mirada perdida en la pantalla de la televisión, mis pupilas se desenfocaron mientras retrocedía en el tiempo, buscando imágenes de estos dos últimos años de relación para recordar con urgencia mis sentimientos hacia ella.

Julia no era especialmente guapa atendiendo a los cánones de belleza, pero tenía ese atractivo especial que emanan las mujeres seguras de sí mismas, francas, directas, cultas, inteligentes, que saben comportarse en cualquier situación, que tienen la palabra precisa en el momento adecuado. Justo lo contrario a mí; por eso nos compenetrábamos tan bien. Yo necesitaba su orden, y ella se regocijaba en mi caos. Quizás la necesidad de cuidarme y corregirme sustituía cierto sentimiento maternal que a menudo no se molestaba en disimular. A mí me gustaba esa sensación de protección. Julia aportaba la conciencia que diariamente me recordaba que ya no era un jovenzuelo atolondrado, aunque he de reconocer que a veces me saturaba como solo una madre sabe saturar.

Teníamos puntos de vista diferentes en casi todos los aspectos de la convivencia. A veces era divertido y otras no tanto. Ninguno se permitía el lujo de rendir el terreno conquistado. Cuando plantas tu bandera en la montaña de «Los miércoles quedo con mis amigos», ya no puede haber vuelta atrás, o estás perdido. Las negociaciones pueden ser muy duras y dejar marcas, pero al final, como son más inteligentes que uno, te hacen creer que has ganado..., aunque en realidad... siempre pierdes. Lo sabía, lo reconocía y me gustaba.

En la cama estábamos muy compenetrados. Tenía un cuerpo menudo al que yo brindaba mis mejores travesuras y ella sus mejores dedicatorias. Después de una magnífica reconciliación, solía pensar si no era aquella complicidad lo que nos mantenía juntos y que todo lo demás era accesorio. Desde luego, en otro tiempo, tal día como hoy, nos hubiéramos acostado. Sin embargo, se marchó y me dejó boquiabierto. ¿Cómo podemos ser tan distintos?

Recogí los restos de la cena para fregarlos otro día, y al regresar al salón vi sobre una estantería la caja de Vincenzo. Con nuestras disputas emocionales se me había olvidado comentarle el tema. La cogí y la guardé de nuevo en mi

armario; ya pensaría en ello más sereno. Me senté de nuevo frente a la televisión y me dispuse a hacer *zapping* convulsivamente.

¿Qué me está ocurriendo?

II

Existe algún caso paranormal que merecería mayor esfuerzo por parte de los profesionales en la materia, como descifrar la capacidad de originar rumores en un establecimiento hotelero. El director no había delatado entre bastidores un asunto tan sensible, y yo todavía no había hablado con los implicados. Solo hubo que esperar hasta el lunes siguiente para comprobar que ya flotaba un aire enrarecido en el ambiente, de esos que impregnan de sospecha cualquier decisión que se tome, por muy inocua que parezca. Miradas de reojo, conversaciones a bajo volumen, ambiente seco con posibilidad de lluvias matinales... Mi semblante serio, por lo inhabitual, no ayudaba a despejar las bajas presiones.

Decidí no pensar en nada y me encerré en el despacho a repasar las incidencias del fin de semana con la esperanza de que pasara la marejada por sí sola. Apenas había aclarado mis papeles —hábilmente desordenados por mis compañeros— cuando la tempestad se asomó por mi despacho.

Gastón Peña, treinta y ocho años. Soltero. Metro noventa. Trajes entallados. Encantado de conocerse y poseedor de una espigada nariz aguileña de las que huelen un bacalao y lo dejan soso. Director comercial del hotel, y de profesión, dañino. Un individuo que surgió de la nada para cubrir un puesto innecesario. Un personaje de los que se venden más que hablan, de los que ocupan más tiempo posicionándose en la empresa que realizando su trabajo. Soberbio, altivo, educación exquisita y amplio vocabulario capaz de dejarte en evidencia en cualquier discusión, deporte que practicaba con mal disimulado regocijo. Manejaba los tiempos de la conversación con soltura profesional: sabía hasta dónde alargar las pausas para captar la atención y cómo terminar una frase con aroma a sentencia. Un ejemplo para ignorantes y un timador para los que, como yo, no soportábamos la superficialidad. Su

pedantería solo estaba a la altura de su hipocresía. Una joya caída del cielo que animaba cualquier conversación en que aparecía su nombre. Imposible dejarte indiferente. Le odiabas a muerte o le odiabas a muerte.

—Buenos días, Álex —saludó con su hipócrita sonrisa mañanera.

—Buenos días, Gastón. ¿Qué tal?

—A las once tenemos reunión. Te quería comentar que llevaras la producción prevista de las cuentas de Internet. He hablado con el director y las vamos a repasar.

Sonrisa expectante.

—¿Hoy? ¿Reunión? —pregunté ceja en alto.

—¿No lo has visto? Mandé un correo el viernes —respondió fingiendo extrañeza adobada con un chasquido de lengua viperina, como perdonando un error impropio.

No respondí de inmediato. Esperé que se abriera el correo y..., efectivamente. Un correo sin abrir fechado el viernes a las... 19:45.

—¿Enviado a las 19:45? Gastón, no todos trabajamos tanto como tú —contesté conteniendo mis ganas de lanzarle el teléfono a la cabeza—. No. No lo sabía... —respondí luego más calmado. Cualquier otra emoción hubiera olido a derrota—. Y no me puedo poner ahora a sacar todas las producciones. Los lunes por la mañana tengo mucho trabajo repasando las incidencias del fin de semana. Me lo tendríais que haber dicho antes; hubiera sugerido la reunión para más tarde.

—No podía ser a otra hora. Esta tarde tengo una presentación. Nos van a explicar un nuevo sistema para gestionar las reservas y ampliar cupos en una página web —respondió Gastón, con las manos todavía en los bolsillos—. Si no puedes llevar la información, no te preocupes, le digo al director que no sabías de la reunión. No creo que pase nada. Hasta luego.

Se dio la vuelta con aire marcial y se marchó tranquilamente. En su rostro debía de reflejarse la satisfacción del trabajo bien hecho.

Gastón en estado puro a primera hora del lunes. Otra semana que empezaba muy bien. Típico de él: quedarse hasta tarde y mandar un *email* a última hora para reflejar por escrito su impagable dedicación, y de paso, dejar a los demás a la altura del betún. Doble ración de arrogancia.

Lunes por la mañana. Estupendo. Dejé todo lo que tenía pendiente y me puse como un loco a buscar las producciones. No iba a dejar que me humillase en medio de la reunión. El instinto me decía que él sí las tenía.

—Odio este trabajo —dije en voz baja.

De repente, dejé de escribir. Recosté mi cuerpo sobre la silla de cuero de imitación y levanté la vista hacia mi cuadro preferido; el único que decoraba el pladur. Una lámina de *El cielo estrellado* de Van Gogh. Un personaje medio zumbado que, según cuenta la leyenda, no vendió un cuadro en su vida. «¿Fue feliz?», me pregunté.

«Repíte eso otra vez —me dije con la mirada fija en los *churros* estrellados del cuadro—. Odio este trabajo, al hotel, a mis jefes, a los clientes, a las agencias...», repetí mentalmente.

Recuperé mi conversación con Julia de la semana anterior. No solo no había mejorado con la medicina de razonamiento femenino, sino que me estaba subiendo la fiebre del resentimiento. Confesé a Julia que no me gustaba esto. Ahora lo odio. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Atizarle a un cliente?

«Odio este trabajo, odio este trabajo», repetía sin parar, escuchando el eco en mis neuronas.

La temprana presencia de Gastón había reactivado toda la retahíla de sentimientos negativos hacia el trabajo y la vida en general. Este descubrimiento repentino me maravilló. «¿Cómo he podido estar engañándome todos estos años?», me dije todavía recostado, apoyándome en el reposabrazos sin dejar de mirar hacia la pantalla del ordenador, cuyas cifras se extinguían borrosas mientras mi mente viajaba hacia un mundo mejor.

Llegado a este punto, repasé mecánicamente mi pasado inmediato y el camino recorrido para llegar a mi actual crisis existencial. No hubo nada extraordinario. De simple recepcionista en un pequeño hotel, asumí la responsabilidad en un momento de vacío de poder tras la marcha del anterior jefe de recepción —más por veteranía que por capacidad—, y de repente, me vi envuelto en responsabilidades ajenas a mi interés.

El caso es que me lo había creído... Hasta hoy.

Me sentí eufórico. Acababa de descubrir el origen de mis inexplicables inquietudes, de mi mal humor, de mi agitación misteriosa. ¡Era fantástico! Descubierto el mal, habría alguna cura.

¿Cuándo perdí la perspectiva? ¿Dónde olvidé la ilusión?

Terminé el informe y asistí a la reunión, donde el pedante profesional de Gastón desgranó las expectativas comerciales como si hubiera descubierto la pólvora. Habló justo de lo que yo había aventurado al director hacía ya dos semanas, pero, de repente, eso dejó de importarme. En esos momentos me encontraba a otro nivel. Para él, el mérito, y para mí, la verdad.

Más tarde, repasando las reservas del día, me fijé en un apellido italiano que me recordó a Vincenzo della Siere. Busqué en la ficha de clientes cuándo se había alojado mi amigo por última vez y, tal como pensaba, había sido en el mes de marzo. Luego nada. No tenía por qué resultar extraño; sin embargo, ahora caía en la cuenta de que tampoco era normal no tener noticias de él. Durante tres años seguidos se había alojado con nosotros como mínimo dos veces al mes y las reservas me las solicitaba a mi correo personal del hotel. Incluso cuando no pensaba venir me lo indicaba para que dispusiera con libertad de su habitación preferida. Debía reconocer que tampoco pensaba mucho en él, pero aquel envío lo cambiaba todo. Pudiera ser que se presentara de repente en el hotel preguntándome por la caja..., en cuyo caso, ¿por qué no enviarla directamente al hotel? Sabía que la habríamos guardado. Seguía sin encajar nada.

Ya habían pasado casi dos semanas desde que recibiera la caja sin tener pista alguna de su verdadero propietario. Había vuelto a sacar su contenido, esperando una revelación que no llegó. Había algo en aquellas fotos que me fascinaba; tal vez fuese su sencillez, su ingenuidad. Nada artificial interfería en aquellos rostros y paisajes, recuerdos de una época en blanco y negro en la que todo parecía más puro. La foto del niño —o quizás fuera una niña— era deliciosa. Unos grandes ojos que se adivinaban azules inundaban toda la escena e impedían mirar más allá. Del resto de la caja poco podía averiguar sin saber alemán.

Había escrito varios *emails* a Vincenzo sin obtener respuesta. No le había hablado explícitamente de la caja, solo había dejado caer leves insinuaciones. Le pregunté si tenía pensado pasar por la ciudad y si iba todo bien. Todavía no estaba seguro de que él fuera el autor del envío, pero los días pasaban y Vincenzo se postulaba como único sospechoso. Decidí tomármelo con calma. A fin de cuentas, la caja aportaba un poco de color a mi cada vez más decaída existencia. En el hotel ya había tomado la decisión de dejarme llevar con buen talante y mano izquierda. No merecía la pena guerrear ni con Gastón ni con Gamelin, pues ellos disponían de mejores armas: el cinismo y la maldad. Yo

jamás alcanzaría su nivel y, después de todo, tampoco antes se me hacía mucho caso.

Evidentemente, no fue así.

Llegó el viernes.

Había adoptado el papel de supercínico, al que todo le da igual mientras cobrara a fin de mes y los días se deslizaran sin mucho ruido, hasta el punto de que, inconscientemente, relegué a un segundo plano el dilema original.

A media mañana, cuando finalizó el incansable desfile de ejecutivos con prisas para volver a casa y antes de que comenzaran a llegar las reservas del fin de semana, me escondí en el despacho a contestar *emails* atrasados, ordenados de urgentes a muy urgentes. Enfrascado en un presupuesto infernal, no me percaté de que la persona a la que sutilmente llevaba evitando varios días permanecía anclada frente a mi puerta sin atreverse a entrar ni a atraer mi atención. Los dos nos sobresaltamos cuando levanté la vista de mi pantalla.

—Pasa, Daniel —dije mientras me incorporaba de la silla gesticulando para que se sentara—. Cierra la puerta.

Se defendió bien. Rebatí con eficacia todos los argumentos de su cese, aumentando de paso la carga sobre la conciencia del verdugo decapitando a un inocente. Al final, entendió la inutilidad de sus esfuerzos y se marchó llevándose consigo la dignidad y dejándome a mí la vergüenza y el hastío.

Cuando salió del despacho, permanecí un rato recostado mirando al techo. Había recibido una buena dosis de la medicina que yo alegremente recetaba: al final, él había muerto como un héroe y yo había sobrevivido sin salir de la trinchera. Lo tomé como una pequeña concesión a la causa. Daniel tenía todo el derecho del mundo a desahogarse, y yo no tenía ánimos ni fuerza para explicar las circunstancias. Intenté autoconvencerme de que la desagradable misión estaba cumplida. «Ya pasó todo», me dije.

Pero no había pasado...

—Perdona, Álex —interrumpió un recepcionista—. Te ha llamado Gastón mientras estabas reunido. Quiere que bajes a verle para comentarte algo de una tarifa de una empresa que negociaste el año pasado.

—Gracias, ahora le llamo —respondí con amabilidad. Los chicos de recepción no tenían culpa de nada.

Por supuesto, no pensaba ni llamar, ni mucho menos bajar a su despacho. Que subiera él si era importante. Todo el día tocándose las narices y cuando se aburre, se las toca al resto. Ya sabe dónde estoy; si quiere, que venga.

—¡¡Será subnormal!! —añadí, sintiendo cómo el cabreo me subía por el esternón.

El lunes siguiente por la mañana me encontré una nota de Gastón escrita en un tono muy serio, casi amenazante: me apremiaba a cerrar rápidamente los canales de venta, pues se habían colado más reservas de las que podíamos alojar. Un *overbooking* con todas las de la ley. El director estaba ya informado; con otra notita.

Comprobé todos los canales y, efectivamente, se habían quedado algunos abiertos. Me disponía a cerrarlos con urgencia cuando el teléfono de mi despacho sonó, haciendo parpadear el *display* donde ponía «Director».

—Buenos días, señor Gamelin —contesté con falso tono amistoso.

—¿Puede pasar por mi despacho, por favor? —preguntó con su mortecino tono habitual.

Entré en su despacho. Junto a él estaba mi amigo Gastón, la persona que más deseaba ver en aquellos momentos, inclinado hacia atrás con las piernas cruzadas, mordisqueando levemente la patilla de sus gafas y fingiendo una actitud resignada, diría que paternalista. Cruzó una mirada con el director antes de tomar la palabra.

—Buenos días, Álex. Supongo que has visto el *overbooking* del fin de semana —me arrojó Gastón desde una de las sillas que adornaban el despacho de dirección. La otra permanecía vacía esperando una invitación a ocuparla.

Sin duda, me había convertido en el pato de feria al que disparar las frustraciones ajenas. Jamás pude entender qué tenía Gastón contra mí, ni por qué yo era su objetivo. Cuando le conocí, no tardé ni dos días en convencerme de que debía andar con cuidado con este portento. Seguramente era una forma de motivación. En alguna parte lo había leído: había gente que se buscaba enemigos para mantenerse alerta y activo. Gastón debía de ser uno de estos gilipollas. Lo malo era que me estaba ganando la partida por mi incapacidad de ponerme a su altura, y yo ni sabía ni quería competir. Si después de tantos años el hotel iba a permitir que mi labor se esfumara por el sumidero del cinismo ante la insidiosa mirada del galáctico, que así fuera.

—Sí. Lo acabo de ver. Ahora mismo estaba repasando los canales que se han podido quedar abiertos.

—Gastón estuvo aquí el domingo por la tarde y reparó en ello. Por lo visto, le llamó por teléfono y no pudo contactar con usted —dijo el director añadiendo pimienta a la más que probable discusión que amenazaba por iniciarse y que, desde luego, yo no iba a rehuir teniendo a Gastón enfrente.

Lancé una fugaz mirada al reloj de mesa que se escondía tras un calendario del 2007. Las 9:15 del lunes por la mañana, y ya me habían amargado otra semana. Comenzaba a ser una costumbre. Estupendo.

—Lo siento, me dejé el teléfono en el coche. No he visto las llamadas —respondí mirando alternativamente a ambos, tratando de adivinar de dónde partiría la próxima estocada.

—Pues tenéis un problema —añadió Gastón.

En su rostro me pareció observar un ligero destello desafiante... ¿o quizás de satisfacción?

La sangre ascendía a chorros a mi cerebro y las venas comenzaron a martillearme las sienes. Un calor sofocante invadió todo mi cuerpo. Intenté ordenar con rapidez mis palabras para que sonaran tranquilizadoras, mientras luchaba conmigo mismo para no levantarme y soltarle una hostia al ínclito, al sibilino, al cretino de Gastón, que había hecho de la maldad la razón de su existencia. ¿Cómo se atrevía a pedirme explicaciones delante del director por un asunto del que él no tenía ni idea, básicamente, porque nunca se preocupó de saber cómo se cierran los canales de venta, a pesar de arrastrar el nombre de «director comercial» en sus tarjetas de visita? ¿Cómo se podía ser tan ruin? ¿Qué hacía allí sentado con el director? ¡Si solo le faltaba enfocarme con el flexo...!

—Perdona, Gastón, pero aquí el director y el director comercial sois los que tenéis que pronosticar el movimiento de mercado, ¿o voy a ser yo también el que tenga que saber si se va a llenar el hotel o no? En lugar de quejaros porque el trabajo no sale bien, ¿por qué no aventuráis las causas? Si están muy claras. ¡¡Las sé hasta yo!!

Y Pandora abrió el estuche...

Si no me levanté y le partí la cara ahí mismo fue porque no iba a llegar hasta él —se había inclinado levemente hacia atrás; sin duda estaba esperando una reacción así—. El cabrón me había provocado y había mordido el anzuelo. El

director, que se percató de todos los movimientos, hizo lo que se esperaba de él: nada.

Pasaron unos segundos antes de que el señor Gamelin se dignara a hablar. Dirigió una fugaz mirada con Gastón justo antes de contestar. Recostado en su sillón-sofá de seiscientos euros, empezó su discurso.

—Álex —continuó desde el fondo—, desde hace varias semanas, por no decir meses, estamos observando en usted una actitud... un poco cansada. Sabe que apreciamos mucho su labor aquí, y no me duelen prendas en reconocer que muchas veces este hotel funciona gracias a su dedicación, pero tenemos que adaptarnos a los tiempos que corren, y estos exigen cierto esfuerzo extra que, por lo que comenta en cada reunión que tenemos, no parece muy dispuesto a afrontar. Hoy estamos planteando un problema que ha ocurrido durante el fin de semana, y esperaba otra cosa de usted, aunque fuera una excusa. Creo que no es adecuado, tal como están las cosas, poner pegas a todo lo que se sugiere.

Me miraba fijamente, como desafiante. No podía disimular mi cara de asombro, como Gastón no podía ocultar la suya de satisfacción. ¡Será mamporrero hijo de puta...!

Semanas de desengaños y desilusión me subían por las entrañas. Juntando mis manos frente a mi cara a modo de oración, intenté ser lo más correcto que la circunstancia requería. Si perdía los nervios, Gastón habría ganado... otra vez. Pero si me acobardaba y asumía una culpa que no era mía, Gastón vencía de nuevo. Siempre tenía la oportunidad de decir que sí a todo y luego hacer lo que mi entender me dictara, hasta el siguiente fallo, y vuelta a empezar. Pero algo dentro de mí crecía y crecía. Una fuerza irrefrenable me empujaba hasta casi levantarme del asiento: la impotencia de ver a estos dos sinvergüenzas llamándome la atención por un problema fruto de su incompetencia, esperando que me retractara o pidiera perdón, era sencillamente superior a mi entendimiento.

Estallé.

—¿Me va usted a decir que mi actitud es de cansancio? Claro que es de cansancio, ¡y de estar hasta las pelotas! ¡Cansado de trabajar diez horas diarias cuando otros departamentos se tocan las narices, cuyos resultados no se han visto ni se verán jamás porque no tienen ni puta idea! ¡De que cualquier problema sea culpa de recepción, que no solo tendría que ser el más numeroso en vista del trabajo, sino al que encima le quitan gente para

ahorrarse mil euros al mes, que es lo que el departamento comercial se gasta en viajes inútiles! Estoy cansado, ¡claro que sí!, y no comparto nada de lo que ustedes dicen. Es una desgracia para todos, pero es lo que hay.

Callé de golpe. E inmediatamente comprendí que habían ganado.

Se hizo el silencio.

El director y Gastón se miraban incrédulos, como si no se acabaran de creer lo que habían escuchado sus oídos.

El señor Gamelin rompió el hielo. Su cuerpo seguía recostado plácidamente en la inmensa silla de cuero. No aparentaba enfado; es más, una vez repuesto de la sorpresa que supuso mi desahogo, parecía como sospechosamente sereno.

—Muy bien, Álex. Desde luego no esperaba esa reacción suya, ni conocía sus opiniones. Tiene razón. Es una lástima esta situación, sobre todo para usted. Conoce de sobra lo que opino. Si no está de acuerdo con mi manera de llevar las riendas de este hotel, creo que lo más interesante es llegar a un acuerdo que nos haga la vida más sencilla a todos. ¿No cree?

En ese momento, apenas oía lo que me decía: permanecía sobrecogido por mi atrevimiento. Por fin había sacudido el árbol con la esperanza de que cayera un fruto maduro, aun a riesgo de que cayera un fruto podrido. Me habían situado frente al precipicio y yo había elegido saltar. Mi mirada permanecía perdida en el cuadro que por alguna razón se había convertido en el destino de mi desorientación.

Permanecía en silencio, percibiendo la mirada de unos tahúres que jugaban con cartas marcadas, madurando mi nuevo estatus, cuando, de repente, lo que parecía un sentimiento de vergüenza pronto pasó a ser un sentimiento de alivio, y sonreí. Fui consciente del gran peso que me había quitado de encima, y les había demostrado lo que un hombre con dignidad es capaz de hacer. Soy un gilipollas, pero un gilipollas con clase.

—Por mi parte, no tengo nada más que añadir —dije incorporándome con estudiada lentitud, ofreciéndoles la última oportunidad de apalearme.

—No se vaya todavía, Álex —dijo de repente el director—. Esto no termina aquí. Como sabe, el consejo quiere prescindir todavía de una persona más. Vaya pensando en quién.

«Órdago a la grande», me dije. Ya me tenían donde querían, pero también sabía que, de alguna manera, me había dejado arrastrar hasta allí. Permanecí de pie, procesando la respuesta de la cual dependía mi futuro.

—O estás o no estás —dijo Gastón amenizando la espera—. ¿Estás? —repitió para que no quedara duda de las consecuencias de mi respuesta. ¡Esta era la gran pregunta! ¿Estás dispuesto a tragar y quedarte con una persona menos, o prefieres ser tú quien nos deje? ¿De eso iba el juego? Pues no iba a ponérselo fácil. Quería que Gamelin lo dijera en voz alta y que se oyera él mismo decirlo.

—¿Tengo que pensar que me van a despedir a mí si no estoy de acuerdo? —pregunté desafiante.

Se había inclinado de nuevo hacia atrás, había cogido un lápiz y le daba vueltas. Intentaba aparentar tranquilidad, como si despedir gente formara parte de su rutina y no le quitara el sueño. Restarle importancia. Pero yo intuía que no estaba en absoluto cómodo. Esta segunda oportunidad que amablemente me brindaba probablemente no había sido idea suya, sino fruto de la conversación con el consejo. No se atrevía a despedirme sin su aprobación. Ni siquiera tenía coraje para eso.

Le miré fijamente. Su cara de *poker* me ponía enfermo. No podía ceder. Por fin me hallaba en el cruce de caminos que, a mi pesar, tanto había ansiado. El momento en que debía elegir entre lo fácil y lo justo. Lamerle el culo a Judas o buscarme otro empleo. Echar a un recepcionista o echarme a mí. Renunciar a mis principios o deambular por la cola del paro.

Respiré tomándome mi tiempo, saboreando el momento, y me lancé al vacío.

—¿Es este hotel el que usted quiere? —Le miré directamente a los ojos, muy calmado. Dejé pasar unos segundos y continué—: Yo no, señor Gamelin. No puedo estar de acuerdo con usted. Y lo sabe.

Mientras caía al vacío, mi mente recorrió los rostros de los compañeros que habían pasado por el hotel. Ahora yo les acompañaría, pero aportando la dignidad que a ellos no les dejaron mostrar.

La paz.

La tranquilidad que me invadió en ese momento me otorgó la valentía y el arrojo para marcharme de su despacho sin su permiso ni mirar atrás. Quizás él lo quería así y había vuelto a caer en su trampa; quizás estaba todo planeado y Judas exhibiera sus dedos victoriosos. Pero nada podía comprar la sensación

de paz interior que había ocupado cada músculo de mi cuerpo. Quizás a sus ojos mediocres había perdido, pero yo... Yo sabía que había ganado.

Cuando salí del despacho del director, decidí dar una vuelta por el hotel. No tenía fuerzas para entrar al mostrador. Llamé a Julia.

—Hola, cariño, soy yo. Llámame cuando puedas. No es importante, pero me gustaría charlar contigo. Te quiero.

Tenía el teléfono fuera de cobertura y, además, le ocurría lo que a mí, me daba una pereza horrible escuchar luego los mensajes del buzón de voz. La llamaría más tarde.

Salí pronto del hotel, es decir, a mi hora. No me quedaban ánimos para nada, ni siquiera para justificarme. Retrocediendo en el tiempo, trataba de encontrar el momento justo en que debí darme cuenta de la deriva que tomaba mi camino. Durante estos seis años tuve ofertas que me aseguraban mayor sueldo y mejor posición, y que descarté en un alarde de compromiso, creyendo heroicamente que, abandonando el barco, este se hundiría. ¡Qué idiota fui! Aún no estaba este director, claro. Cuando llevaba las de ganar no fui valiente, y ahora que no tenía red que amortiguase mi caída, resulta que me disfrazo de héroe.

—No es valentía, es estupidez —repetía mi angelito sobre el hombro.

Los últimos días había perdido algo de peso. Casi siempre me acostaba sin cenar. Algo de fruta o un yogur era lo único que mi estómago aceptaba. No obstante, compré algo más consistente por si Julia se acercaba a cenar.

Entré en mi cuarto y... me quedé paralizado.

Mi mirada se fijó en el libro que reposaba sobre mi mesilla. Era mi libro, mi mesilla..., pero no estaba como yo siempre lo dejaba. Tenía la costumbre de colocar el libro en una determinada posición, las esquinas del libro coincidiendo con las de la mesita. Era una tonta manía heredada de mi niñez, pero nunca, nunca dejaba de hacerlo. Nunca.

... Y el libro estaba movido.

Un miedo irracional recorrió mi cuerpo hasta que, por fin, pude reaccionar y acercarme despacio a la mesita. Lo miré unos instantes antes de tocarlo, como si pensara que solo con mirarlo se colocaría en su posición original.

Repasé mentalmente mis movimientos matutinos y me visualicé colocando el libro. ¿Tanto me estaba afectando todo?... ¿O es que alguien había entrado en

mi casa? Era de locos.

El resto de la habitación estaba en aparente orden. El poco efectivo que guardaba seguía en un cajón bajo los calzoncillos. No fue hasta pasado un buen rato cuando recordé la caja. Un escalofrío recorrió mi espalda. No estaba acostumbrado a estas emociones. Me temblaron las piernas y me senté en el sofá.

¿Cómo podía pensar que habían entrado en mi casa buscando la caja?... Pero el libro estaba movido. Estaba completamente seguro de haberlo colocado como siempre. No la habían encontrado, claro. La llevé al hotel pensando que Vincenzo se pasaría por allí a reclamarla y así ahorrarnos incomodidades. La había guardado a buen recaudo en la caja fuerte de mi despacho, pero ahora no sabía si alegrarme por ello.

Me senté frente al televisor e intenté calmarme. Me encontraba en ebullición. ¿Y si resultaba que al final había sido yo que, al abrir el armario y dejar la camisa sobre la cama, simplemente había movido el libro sin darme cuenta? Sí, seguro que había sido así.

Por supuesto, Julia ni llamó ni se pasó.

Ucrania, 26 abril de 1920

Ofensiva polaca

El segundo regimiento de caballería ligera al que asignaron a Yuriy acampó en las inmediaciones de Zaliznychne para dar reposo a los caballos. Los jinetes comprobaban su equipo esperando la orden de avanzar. Era el segundo día de combate y apenas habían dormido unas horas. Yuriy se encontraba con una unidad ucraniana que avanzaba tras la estela del regimiento. Su misión era dar cobertura a la caballería en caso de que se batieran en retirada; si eso ocurría, ellos debían plantarse y proteger la evacuación hasta el último hombre.

Hasta ese momento, se había logrado una penetración en territorio enemigo que sorprendió a unos polacos que a duras penas podían ocultar su satisfacción. El enemigo se retiraba al primer encuentro sin apenas resistencia. En su batallón solo hubo dos heridos, uno de ellos grave. Dos jóvenes cuyos pueblos estaban a mil kilómetros de allí y que se jugaron la vida en una tierra extraña que jamás les agradecería su sacrificio. Pero eso ya lo había visto antes.

No le importaba nada de esta guerra, ni los muertos ni los vivos. Solo podía pensar en su mujer y en su hijo; en cómo se las arreglarían de nuevo sin él. Justo antes de la cosecha. No pasaba un segundo en que no maldijera su suerte. No debía haber bajado al pueblo aquella mañana. Su mujer insistió en que no lo hiciera, pero la terquedad y la curiosidad habían vencido a la cordura y la prudencia. Y ahora...

—Por Dios, ¡qué desesperación! —mascullaba lloroso, escondiendo la cara entre sus agrietadas manos cuando el recuerdo de sus seres queridos acudía puntual en las estrelladas noches de la estepa.

Pensó en desertar. No sería una empresa difícil, conocía la zona. Podía esconderse, pero... ¿iba a permanecer escondido siempre? Por lo que había escuchado, parecía que los polacos se establecerían en esas tierras durante mucho tiempo. Tarde o temprano le cogerían y sería peor. Cárcel o ejecución. Lo mismo daba. Su mujer sola y con la ignominia de la cobardía señalándoles de por vida... Y su hijo...

—No. No puedo desertar —bramó compungido.

Tendría que sobrevivir a esta guerra como fuera. Quizás fuera una campaña corta.

En aquellos momentos de euforia, los ucranianos gozaban de una situación aceptable. No es que los maltrataran, pero desde luego no los hacían partícipes de sus triunfos. Su unidad la formaban gentes como él: reclutados a la fuerza con alguna o ninguna experiencia en combate. Algunos habían luchado en la Gran Guerra de la única manera que se podía: evitando morir. Conocían bien el terreno y sabían administrar las pocas fuerzas que sus deteriorados cuerpos podían ofrecer. De todos los que llegaron en la última leva, solo retuvieron a varias decenas de hombres, distribuidos en secciones repartidas entre los regimientos polacos; el resto, una vez comprobado que solo constituían un estorbo, o fueron trasladados a labores de intendencia o directamente los echaron; que se buscaran la vida para regresar. Los polacos no se fiaban de ellos. Era difícil saber de qué lado luchaba un ucraniano en aquellos días. Al inicio de la campaña se estableció que los polacos integraran en sus unidades el mayor número de ucranianos posible, para dar consistencia a la alianza y ganarse la confianza del pueblo, por lo que la mayoría terminó realizando labores de retaguardia los más avispados, o haciendo bulto los menos afortunados.

Un oficial del regimiento designó a Yuriy —quien, dentro de sus limitaciones, era de los que en mejor forma física se encontraba— ayudante de camillero. Sus protestas por el nulo conocimiento de primeros auxilios y por la contradicción de ser un camillero cojo solo le valieron una reprimenda y una amenaza por insubordinación. Su suerte parecía que no iba a cambiar; si acaso, a peor.

En su nuevo cometido, Yuriy fue adscrito a las fuerzas de vanguardia. Cuando se iniciaba un avance, tenía que echar mano a su cantimplora rellena de aguardiente para mitigar el dolor de su pierna. Su compañero de camilla, un polaco borracho y amargado, no parecía tener el menor miramiento con su dolencia, y no dejaba de insultarle cuando bajaba el ritmo de su carrera hacia el infierno. Por lo menos, no le entendía.

Tumbado sobre una raída manta, intentando protegerse de la humedad del bosque junto a los rescoldos de una hoguera, repasaba excitado la conversación con un oficial ucraniano de intendencia que iba a retaguardia. Desde que salió de Dubyna había intentado en vano hacer llegar noticias a su esposa. Tras muchos ruegos, el oficial se apiadó de su sufrimiento y aceptó llevar una carta a su mujer... no sin antes leerla. El correo a retaguardia estaba censurado por miedo a que el enemigo obtuviera información de los objetivos. Hacían bien. La gran especialidad bolchevique era contaminar las unidades con elementos desafectos que se encargaban de diseminar el derrotismo al menor contratiempo.

La carta había sido escrita bajo una mar de dudas y un dolor insoportable que traspasaba sus entumecidos dedos. Su rudimentaria letra tallaba sus pensamientos con angustia. Lo que había observado confirmaba sus temores. El horror había vuelto a su tierra: granjas arrasadas cuyos *kuláks* fueron encontrados ahorcados o fusilados al pie de su cosecha, señalados culpables por permitir el avance polaco y colaborar con un enemigo al que no habían visto nunca. Gente inocente, cuyo delito había sido vivir en una época y un lugar equivocados, como él. Yuriy entendió que su destino acompañaría al de esos desgraciados si los bolcheviques lograban reconquistar el terreno perdido. Él luchaba con los polacos. Le atormentaba la idea de retroceder con el enemigo detrás. Había oído muchas historias. La venganza del converso. De las atrocidades en las tierras de Moravia, Besarabia, los Cárpatos. Se estremecía al pensar en unos bolcheviques blandiendo la espada de fuego de la venganza.

Con todo el dolor de su corazón y con el alma escapándosele del cuerpo, exigía a su mujer que se marchara de allí. Que lo dejara todo y se marchara con sus parientes a Alemania. Debía escribirles relatando la situación, suplicando su hospitalidad. Él no podía evitar estar allí, pero ellos sí. Tenían la obligación de salvarse. Por su hijo. Había que reaccionar ahora; si las cosas se torcían, ya nadie podría huir. Tenían que irse en cuanto recibiera esa carta, vender lo que pudieran y partir de inmediato. El viaje sería duro, solos su

mujer y su hijo en un país en guerra, pero tenían que intentarlo. Era su deber. Nadie debería permanecer en un país en guerra si se puede evitar. Sobre todo, una guerra que no es la suya.

Llevaban casados desde 1914, justo el día antes de marcharse con el glorioso ejército del zar a dar una lección a esos orgullosos prusianos. Una mujer buena, trabajadora, inocente y sencilla. Hija de unos *kuláks* procedentes del norte que tuvieron la decencia de enseñarle a leer y escribir, aunque demasiado ingenua para los tiempos que corrían. Yuriy, más familiarizado con las miserias humanas y los altibajos de la vida, ponía cordura a las alegres ocurrencias de su esposa. Ahora debía obligarla a hacer algo que ella no comprendería. Una prueba de fuego a la que no sabía si podría responder. Rogaba a Dios que no sufriera ningún ataque pasional, de esos de los que solo son capaces las mujeres enamoradas, y decidiera esperarle. Morirían los tres.

Los parientes de Alemania eran unos tíos de Yuriy, la hermana mayor de su madre. Habían abandonado la Madre Rusia al poco de conocer la muerte de su hijo adolescente el primer día de batalla en la guerra ruso-japonesa. Su entusiasta hijo se había enrolado en la Marina de Guerra rusa en Crimea, ansioso por conocer mundo. A la semana de alistarse, se había declarado una guerra estúpida entre las dos potencias por unas tierras situadas a miles de kilómetros de su casa. La Marina de Guerra había sido enviada allí, y en la primera escaramuza importante, el chico había volado por los aires junto a tres compañeros que servían en la misma batería.

Sus padres no pudieron con el dolor. Su granja se les venía encima recordando al pequeño jugando entre balas de trigo. El fruto de una vida de trabajo ya no tenía dueño, nada merecía la pena, ¿para qué continuar? La depresión de su tía hizo peligrar la vida de ambos. Gracias a los cuidados de la madre de Yuriy, poco a poco fue encontrando la salida al laberinto en donde se encontraba. Sin embargo, no pudo quitarles de la cabeza la idea de abandonar la granja; demasiados recuerdos, demasiados sueños rotos.

Un día, su tío contactó con una pequeña colonia ucraniana que había conocido en la Universidad de Kiev y que ahora trabajaban en Dresde. Tenían sus propias granjas y un matadero. Hartos de un mundo injusto, cruel y arbitrario, emigraron a una Alemania en pleno auge económico e industrial necesitada de gente emprendedora. Se integraron en un pequeño barrio en las afueras donde se encontraron con sus antiguos compañeros. Gentes como ellos, inmunes al veneno del fanatismo patriótico.

Poco a poco, fueron prosperando con la ayuda de sus camaradas y de la mano del imparable desarrollo del Imperio alemán. Sus habilidades en el cultivo pronto dieron sus frutos. Mientras sus compatriotas se dedicaban a los mataderos de la zona, ellos proveían de hortalizas frescas al resto de su pequeña comunidad y vendían el excedente en el mercado local. La vida que debieron llevar en Ucrania con su hijo la desarrollaron en Alemania con su recuerdo, y así fueron pasando los años, disfrutando de algo que se podría llamar bienestar...

Pero cuando por fin sintieron que podían dar gracias a Dios, las nubes negras de la miseria humana descargaron la muerte de nuevo sobre ellos. La tormenta de la Primera Guerra Mundial anegó los corazones de aquellos que creían que por fin la vida les sonreía. Sus camaradas vieron partir a sus hijos y ellos revivieron dolorosamente unos recuerdos que creían guardados en el caprichoso baúl de la memoria. Sin quererlo, fueron adquiriendo protagonismo en su grupo. La experiencia de haber perdido un hijo en una guerra estúpida les ayudaba a reconfortar a los que recibían la carta del Ministerio de Guerra que anunciaba la pérdida del valeroso soldado que murió como un héroe defendiendo a su país.

Los tíos de Yuriy consagraron esos años a apoyar a sus compañeros. Descubrieron que ayudar a los necesitados daba sentido a la vida que una vez desearon perder.

Yuriy sabía de la bondad de aquella gente. Su mujer trabajaría en la granja a cambio de alojamiento. Rogaba al cielo que fuera así. Él se reuniría con ellos en cuanto tuviera ocasión; nada le importaba ya su país. Un país que solo le traía desgracias y desolación.

La bruma del amanecer se disipaba con lentitud en el bosque anunciando un espléndido día primaveral. Los soldados habían podido descansar unas horas por riguroso turno de veteranía. Los más jóvenes no habían pegado ojo. Nerviosos, sujetaban firmemente sus armas blanqueando sus nudillos. El silencio delataba su miedo.

Entre el bosque y las primeras casas del pueblo se extendía un claro de un par de kilómetros de hierba alta y descuidada. El pueblo era un importante nudo ferroviario y, según los rumores extendidos entre la temerosa soldadesca, sería defendido hasta el último hombre por el enemigo. La tensión surcaba los rostros de los jinetes: pronto sabrían si la muerte vendría hoy a su encuentro.

En esta ocasión, no habría apoyo de artillería. Se requería conquistar la estación de ferrocarril intacta para futuras operaciones.

Se dio la orden de montar.

Los más veteranos estaban todavía en el suelo cuando la cuarta brigada ligera se adelantó a los planes de ataque y se lanzó campo abierto hacia Koziatyn. El coronel Rybalka, perplejo, insultando a todo el que tenía alrededor, dio la orden de ataque para apoyar a aquellos insensatos que avanzaban al descubierto hacia las primeras casas de la aldea. Se avanzó al galope, con el cuerpo inclinado hacia adelante, sin mirar al suelo. Se trataba de establecer contacto lo antes posible para evitar que el sol alcanzara la altura suficiente como para cegar el ataque y convertirlo en un entusiasta tiro al blanco.

Los primeros disparos atronaron entre los bufidos de los caballos. Momentos de confusión. Amenazas, gritos, blasfemias. El insoportable silencio del ataque se había convertido en una jauría que alimentaba el coraje de los soldados que ya alcanzaban las primeras cercas. Los disparos rasgaban el aire. Eran tiradores diseminados en los tejados para ralentizar el avance, que fueron reducidos con rapidez. Las fuerzas rojas se habían refugiado en la estación de ferrocarril, donde los esperaban con todo su arsenal de ametralladoras y armas pesadas.

Al llegar a la estación, la batalla se tornó despiadada.

Los vagones aparecieron por sorpresa como fantasmagóricas moles de hierro y madera situados en un calculado desorden que impedía a los caballos maniobrar entre los vagones de tren y las vías. Dieron orden de desmontar y el regimiento avanzó a bayoneta calada.

Las primeras bajas en las filas polacas no se hicieron esperar. Los rostros de los jóvenes que se enfrentaban a la muerte por vez primera delataban terror y angustia. Ya no había desfiles ni homenajes. El sudor y el miedo hacían que a menudo se les cayera el arma a los más inexpertos, quienes, bañados en sudor frío, no podían mantener el temple que les podría salvar la vida. El enemigo, bien pertrechado y armado, respondía violentamente las acometidas desde improvisadas barricadas defendidas por pocos hombres, que solo retrocedían unos metros antes de ser superados para defender la siguiente barrera.

Los oficiales jalearon a las tropas con terribles amenazas. Cada cambio de posición entre los vagones era acompañado de juramentos y empujones a los espantados soldados que, petrificados, no se atrevían a moverse con las balas silbando sobre sus cabezas.

Un teniente del primer regimiento de ulanos fue abatido porque el soldado que lo cubría se encontraba vomitando de puro miedo. La estación de tren se convirtió en un laberinto donde se entremezclaron atacantes y defensores. Con las primeras luces del día y el sol todavía bajo, la claridad cegaba primero a los atacantes y luego a todos. No se distinguían los uniformes. Una sección polaca decidió cambiarse los cascos por unos rusos y consiguió tomar un vagón mientras los extenuados defensores esperaban refuerzos. No hicieron prisioneros.

El ímpetu polaco se difuminó ante la tenaz resistencia rusa. Las líneas de cada ejército se encontraban tan juntas que no se podía utilizar la artillería sin bombardear a los suyos. Las posiciones eran mantenidas con valentía y arrojo. Algunos novatos eran llevados hacia adelante a culatazos, presos del terror; las amenazas de consejo de guerra no hacen mella cuando en cualquier esquina te puede barrer una ráfaga de ametralladora. Barricadas de postes entrecruzados, vagones ardiendo, caballos sin dueño huyendo del fuego, animales muertos, gritos de furia y de miedo, explosiones, cuerpos sin vida diseminados por las vías...

Yuriy avanzaba detrás del segundo regimiento. Vendaba como podía a los heridos y los sacaba de allí lo antes posible. Al sargento Smuda le había estallado una granada a dos metros de distancia, justo en el momento en que se tiraba al suelo para evitar una ráfaga de *tachanka*; de los dos soldados que iban detrás de él no quedaba gran cosa. Ahora le llevaban en la camilla con la cabeza abierta y jurando de dolor, pero vivo. Era todo un veterano.

El alma se le escapaba; del agotamiento, del esfuerzo y del miedo. No sentía la cojera. Tras una carrera de cincuenta metros para rescatar un cuerpo que ni siquiera sabía si estaba vivo, se resbaló en un charco de aceite y cayó de lado, lastimándose la pierna buena. Aullando de dolor, quedó expuesto al fuego enemigo. Pensó que había llegado su hora, y en ese momento le dio igual; simplemente no tenía fuerzas para incorporarse. Estaba semiinconsciente. No volvió en sí hasta que sintió las patadas en los riñones y los gritos que le propinaba su compañero de camilla.

A mediodía el calor era ya insoportable; la sed, incontenible. La poca agua de que disponía se la disputaban los heridos a los que recogía. No podía negársela. El polvo y la ceniza se le agarraban en la garganta para martirizar un poquito más sus patéticas carreras hacia la muerte.

Tras diez horas de combate, los bolcheviques fueron cediendo posiciones hasta verse arrinconados al final de la estación. Los supervivientes se refugiaron en un edificio, una especie de silo de grano donde parecía que venderían cara su derrota. De lejos, la pared del silo asemejaba un mural impresionista marcado por impactos de metralla. La estación había caído. Solo algunos disparos provenientes de barricadas lejanas y del silo rompían el aire. Los refuerzos fueron sustituyendo a las agotadas tropas de la primera oleada. Solo al final del día, llorando de cansancio, fueron relevados por dos camilleros ucranianos.

Al caer la tarde, los pocos rusos que quedaban en el almacén se rindieron. El resplandor de las llamas iluminaba sus rostros ennegrecidos. Parecían aliviados. Habían cumplido su deber y fueron derrotados por fuerzas más numerosas. Para ellos se había acabado la guerra. Si hubieran ganado, habrían fusilado a los prisioneros *in situ*; quizás creyeron que los polacos serían más civilizados.

Por fin, cuando el día anunciaba su retirada, Yuriy pudo descansar. Repartieron doble ración de comida y un compañero se las arregló para conseguir vodka. No se había preocupado en confraternizar con sus camaradas. Todos soportaban su desgracia en silencio, todos compartían la impotencia y el dolor, pero algo le impedía relacionarse con su gente. La rabia no dejaba lugar a otros sentimientos. Acabó su doble ración y se recostó a observar las estrellas. A los pocos segundos, su mente le traicionó de nuevo y le invitó a un viaje al pasado, y allí, en otro mundo, se vio sorprendido por una risa nerviosa que le hizo incorporarse. Luego, la risa derivó en un llanto incontrolado. Se cubrió la cara por vergüenza. No era necesario; todos sus camaradas habían sufrido crisis similares durante la campaña. Respetaron su llanto, consecuencia de la tensión, el cansancio, el miedo, los recuerdos... Lo mejor que podían hacer era emborracharse. Abrieron las botellas de vodka y ahogaron sus penas en el alcohol. Al cabo de un rato, totalmente ebrios, fueron cayendo dormidos. Yuriy todavía creyó escuchar las descargas de los pelotones de ejecución antes de caer semiinconsciente.

III

Julia caminaba presurosa por las estrechas calles del barrio antiguo. Al salir de la oficina, comprobó con fastidio que el cielo encapotado dejaba caer las primeras gotas y, por supuesto, no llevaba paraguas ni calzado adecuado. Parecía que la lluvia arreciaba cada vez más, provocando imprecisas carreras por parte de los despistados transeúntes y turistas.

Odiaba la lluvia inesperada. En realidad, odiaba todo lo inesperado. Llegaba un poco tarde y se sentía mal por ello. Nunca respetaba el paso de peatones y hoy no era el día de redimirse. Por suerte, el lugar de su cita distaba pocas manzanas de su oficina. Sonrió desde el otro lado de la acera al ver el letrero de su pub favorito, un local que simulaba el interior de un vagón de tren del siglo XIX donde servían los mejores mojitos de la ciudad.

A través del cristal, vislumbró a su amiga María, que ya esperaba en la barra con media pinta de Guinness y un plato de cacahuètes.

—Hola, María. ¡Qué guapa estás!

—¿Qué dices, cariño? ¡Si acabo de pelearme con media oficina! —contestó abalanzándose sobre Julia, quien pugnaba por quitarse la empapada cazadora sin mojar el resto de su ropa ni derramar el contenido del bolso.

Julia devolvió a su amiga el efusivo abrazo acompañado de dos sonoros besos en las mejillas. Se alegró mucho al reconocer la voz de su amiga al otro lado del teléfono. Necesitaba más que nunca recomponer sus extraños sentimientos y las dudas que amenazaban con ahogarla poco a poco. La reconfortante voz de su amiga y, sobre todo, lo experimentado por ella tras su reciente separación sin duda la ayudaría a serenarse. Tras una breve conversación para ponerse con rapidez al día, quedaron sin falta para tomarse algo y contarse la vida. Hacía por lo menos tres meses que no se veían. Tres meses en los que

habían pasado demasiadas cosas. María se había separado e intentaba rehacer su vida con aparente éxito, y ella mantenía una relación insulsa que hacía tiempo dejó de aportarle nada.

Mientras ordenaba sus efectos personales sobre la barra del pub y gesticulaba al camarero señalando el grifo de cerveza, se fijó en el nuevo *look* de su amiga.

—Te has cortado el pelo, ¿no? —dijo, alargando su mano para rozarle el pelo por detrás de la oreja.

—Un poco por detrás. Ya sabes, vida nueva. Estoy intentando poner tierra de por medio a todo lo que me recuerda mi etapa anterior. Me apetecía llevar el pelo corto, pero a Lucas no le gustaba, así que me encuentro en plena fase de llevar a cabo todas las fantasías que él no me permitía hacer.

—Pero con Lucas has acabado bien, ¿no?

—Sí, ha sido muy amistoso. La verdad, no esperaba otra cosa —contestó su amiga apurando un sorbo de su cerveza—. Ya sabes que es muy tranquilo.

—Hay tantas cosas que me tienes que contar... ¿Y tu familia? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Regular. Son muy tradicionales. Mi madre me ha apoyado bastante; mi padre es quien lo lleva peor. Para su cultura y educación, la separación constituye una transgresión de todos sus valores, pero acabará por asumirlo. El resto de la familia, pues con pena, pero en general la respuesta ha sido positiva, y ha sido una alegría comprobar el apoyo de las personas queridas. Me llaman más por teléfono ahora que en toda mi vida.

—¿Y el trabajo? —preguntó Julia cada vez más interesada.

—Eso es lo peor que llevo. Me he mudado a casa de mi hermana durante una temporada, hasta que encuentre algo barato para alquilar, y está en la otra punta de la ciudad. Una hora de metro diaria para ir y otra para volver. Antes me acercaba Lucas y tardaba diez minutos escasos. Ahora es que se me va el día.

—Pues me dejaste de piedra cuando me llamaste para contarme la noticia. Se os veía tan bien... ¿Pasó algo? —preguntó realizando un inequívoco gesto ornamental simulando un toro bravo.

—¡Qué va! —rio María—. Que yo sepa, no ha habido terceras personas. Supongo que las cosas se extinguen. Como explica la ley de la

termodinámica, «todo objeto que permanece inmóvil a la intemperie, inevitablemente se deteriora y desaparece». Nosotros estuvimos demasiado tiempo expuestos al viento que trae la abulia y nos desgastamos. Con Lucas, la relación era muy sencilla: no había altibajos, ni momentos de tensión, ni nada de eso. Cuando con la garganta seca me atreví a nombrar la palabra *separación*, su reacción fue muy tranquila. Se quedó mirándome un buen rato, como repasando a cámara rápida nuestros tres años de matrimonio. Al rato, me cogió de las manos y me preguntó si era lo que quería, si había alguna esperanza de salvar lo nuestro... Y en ese momento se esfumaron todas. Ni siquiera se defendió; entendí que también tenía dudas. Nos dimos cuenta de que la relación flotaba en un punto en el que había que realizar demasiados esfuerzos y sacrificios por parte de ambos para mantener la llama, y a ninguno nos apetecía luchar.

Ambas permanecieron en silencio.

—¿Te das cuenta —continuó María con la boca llena de cacahuetes— de que el poder de la costumbre invade cada rincón de tu pensamiento, y terminas realizando las cosas como un autómatas? Incluso el amor. Vas perdiendo parte de tu personalidad, y cuando miras atrás, no te reconoces. Lo del pelo es una tontería, y por supuesto que me lo hubiera cortado si hubiera querido, aunque a Lucas no le acabara de gustar, pero el caso es que no me lo corté antes, y eso que me apetecía mucho. ¿Entiendes lo que quiero decir? Vas dejando pasar pequeñas cosas que te apetecen por grandes cosas que no te apetecen. Creo que a Lucas le ocurría lo mismo.

Julia la observaba fascinada. En cualquier caso, había que tener valor. Estaba admirada de la resolución de su amiga, a quien tenía por poco menos que una mojigata de colegio de monjas.

—Me parece una decisión muy valiente. Quiero decir..., ¡cuántas personas quisieran dar ese paso sin atreverse por problemas morales o sociales!

—Mira, Julia —la interrumpió su amiga—. El problema asoma cuando miras atrás y descubres que llevas mucho tiempo sin hacer las cosas que antes te divertían y con las que disfrutabas horrores y, de repente, miras hacia adelante y descubres que va a pasar mucho más tiempo antes de volver a hacerlas. Entonces te preguntas cuándo fue la última vez que te reíste a carcajadas... Y, asustada, te planteas si esperabas otra vida cuando decidiste dar el sí a tu novio o te fuiste a vivir con él. Piensas: «Tengo treinta y tantos años y me

restan por vivir otros cuarenta en plenitud de facultades». Y yo no me veía con Lucas cuarenta años sin reír. Así de sencillo.

De nuevo, un cómodo silencio se instaló entre ellas. Cada una meditando sobre lo dicho por la otra, en especial Julia, quien, pensativa, se dejaba arrastrar por las melodías de Cramberries que se introducían por sus sentidos, exponiéndolos a los zarandeos que las palabras de su amiga le provocaban. Le encantaba aquel pub. Era como si siempre pusieran la música que en cada momento ella necesitaba.

Terminado el pequeño tiempo muerto que se concedieron para apurar sus cervezas y ordenar otra ronda, María volvió a la carga:

—¿Y tú, mi pequeña Julia? Cuéntame cómo te sonríe la vida.

—Más bien me hace muecas —respondió afectada.

—Cuéntame, cielo. No te lo quería decir, pero se te ve agotada. Hecha polvo.

—Ya que me has preguntado, si no te importa, me voy a desahogar un poco... En el trabajo estoy absolutamente desbordada, y mi relación con Álex no pasa su mejor momento. Me estabas describiendo los motivos de tu separación, y de reojo, me miraba en el espejo temiendo estar en una situación cuanto menos parecida; deseando que sea temporal, pero sabiendo que el tiempo no lo va a arreglar. Es como si un velo invisible y delgado nos mantuviera cerca y a la vista, pero separados. Sin que nadie quiera ceder un ápice en sus intenciones. Creo que a nosotros nos pasa lo mismo, pero al revés..., quiero decir, no es que nos hayamos amoldado demasiado hasta perder nuestra personalidad, es que ninguno ha querido amoldarse al otro temiendo precisamente perder su identidad.

»Estoy hecha un lío —aclaró con un gesto de resignación ladeando ligeramente la cabeza—. Le quiero, pero no sé si es el hombre con quien quiero compartir el resto de mi vida. Escuchándote se me pone la piel de gallina. Me da miedo tomar una decisión precipitada y hacerle daño. ¡Ah, y no te lo pierdas! ¡Va a dejar el trabajo!

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Ha discutido varias veces con el director y se va a marchar.

—¿Y qué quiere hacer ahora?

—No sé. Le ha entrado un rollo místico o algo así. Acaba de descubrir que no le gusta trabajar y quiere romper con todo lo que suponga responsabilidad y

ataduras. Está fatal. ¿Y sabes lo peor? Que debería estar apoyando su decisión y soy incapaz de comprenderla. Todo lo que ha luchado y sacrificado por ese jodido hotel, para ahora salir sonriente por la puerta de atrás. Es como si hubiera perdido la capacidad de sacrificio y un contratiempo de los muchos que ha tenido y le esperan hubiera minado la moral y se hubiera venido abajo. Me siento muy mal por no estar a su lado, pero alguien tiene que decirle las cosas a la cara para que espabile y temo que, siendo yo esa persona, me esté escabullendo. Y encima, no percibo que, exceptuando sus ramalazos de macho alfa herido «por omisión», realmente me esté echando de menos.

—Es que los tíos son simples de cojones. Una no sabe cómo aprendieron a respirar sin chocarse.

—Y claro, como ahora está en plan Gandhi, si le llevas la contraria, pareces un dictador coleccionista de medallas. Toda la vida trabajando los dos a destajo, y ahora resulta que soy yo la que está equivocada, que debería bajar el listón y disfrutar de la vida. No sé dónde ni cuándo se separaron nuestras metas.

—Lo dicho —reafirmó María, hundiendo su rostro tras su vaso mientras le dedicaba un gesto cómplice a su amiga, alzando las cejas con un desganado suspiro.

Hacía unos minutos que habían logrado sentarse en una mesa al lado de la ventana, cuyas gruesas letras pintadas sobre el cristal anunciando el nombre de la estación de tren hacía complicado observar el exterior. María lo estaba logrando a fuerza de inclinar la cabeza para sortear la gran S de «Station» que le había tocado en su parte del ventanal, y comentaba algo de la gente, la lluvia, el tráfico...

Julia apenas escuchaba las palabras de su amiga. Se limitaba a observarla con detalle: no era guapa, ninguna de sus amigas lo era en exceso, pero su nuevo estatus la había embellecido con una luminosidad envidiable. Exhibía una sonrisa de medio lado al achinar los ojos para vislumbrar mejor el exterior a través del cristal mojado, la cual delataba su ascenso a algo parecido a la felicidad que tanto le costaba descifrar a Julia. Sentía cómo una especie de admiración envidiosa le subía por las arterias. Allí estaba María, la antaño tímida y retraída chica de barrio, ofreciendo su mejor versión, mientras la estupenda universitaria que se iba a comer el mundo se dedicaba a espiar sus dulces movimientos.

Las palabras de María volvieron a retumbar en su cabeza, entreoyó algo parecido a una pregunta, y se ruborizó al notar que desde hacía un buen rato había ignorado los comentarios de su amiga.

Se sintió un poco mejor después de haber expuesto en voz alta el motivo de sus desvelos. Entre tanto, había recibido un mensaje de Álex al que no contestó. Estaba pasando un rato agradable con María y no quería distraerse. Continuaron hablando de los nuevos proyectos de ambas, una ilusionada y la otra resignada. Cuando Julia intuyó que dos medias pintas eran más que suficientes como para perder la verticalidad, decidió que era hora de retirarse a casa.

Por alguna oculta razón, el estrenado bienestar de María la intranquilizaba. Por supuesto que se alegraba por ella, pero siempre creyó con suficiencia que su vida era perfecta y ahora, aturdida, descubría que otra se le adelantaba aprovechando su zozobra. Necesitaba estar sola para decidir si reconstruir o no el castillo de naipes dorados que se le estaba viniendo abajo. Salió del pub dando un cariñoso beso a María, con la promesa de esta de no dejar pasar tanto tiempo ahora que disfrutaba de menos compromisos.

Salió a la calle. Había dejado de llover con intensidad, aunque todavía caían gotas dispersas. Pensó en coger un taxi, pero decidió que un paseo bajo la lluvia ayudaría a calmar su extraña ansiedad. Mientras caminaba, clavando su vista en el suelo para no pisar escondidos charcos y esquivando paraguas con una facilidad pasmosa, meditaba en cada una de las palabras de María.

«¿Y si en el fondo fuera todo muy sencillo? ¿Y si resulta que Álex tiene razón y nos hemos sumergido en una carrera hacia ninguna parte? ¿Y si solo se trata de pararse y pensar? Ese planteamiento podría hacerlo incluso respecto al trabajo, pero en cuanto a Álex... ¿Soy feliz con Álex? ¿Es Álex feliz conmigo?»

No había querido comentar a María su otra gran preocupación. Estuvo a punto de hacerlo, pero todavía no se encontraba en plena forma, y para confesar algo así debía tener la situación dominada. Thomas, el segundo de a bordo de su empresa y socio de su jefe, llevaba semanas insinuándose y comenzaba a resultar violento. Lo que empezó como unos comentarios inocentes, a los que Julia seguía la gracia por ser quien era, había continuado con acercamientos en fiestas y cócteles en los que los Martinis de Thomas acentuaban su grosería. Julia puso fin enseguida a cualquier indicio de parecer interesada y le esquivaba con profesionalidad, pero Thomas, en plan león herido, parecía

motivarse ante lo que el subnormal consideraba un desafío. Nunca había experimentado una sensación tan descerebrada y a la vez tan humillante, por lo que se sentía insegura de llamarlo acoso. La situación comenzaba a sobrepasarla. Temía estar haciéndolo todo mal. El trabajo, su carrera, su relación... Si se lo contaba a Álex, era capaz de ir a la agencia y partirle la cara allí mismo, lo que la llevaría a ser la pareja desempleada del Dalai Lama. Y si se lo contaba a su jefe, la situación sería la misma, pero sin hostia.

No consiguió esquivar el último charco antes del paso de cebra y empapó uno de sus zapatos marrones. Fue la espita que desmoronó su semblante y comenzó a llorar en silencio. No pudo reprimir la primera lágrima, rápidamente engullida por la lluvia. Plantada en el semáforo con los labios trémulos, con la mirada perdida en el monigote rojo de la acera de enfrente, se preguntaba desconsolada qué hacer. De repente, sospechó que su vida era una convencional mierda a punto de ser arruinada por un borracho en celo y un iluminado segundón.

Cruzó el semáforo, y solo la presencia de los húmedos adoquines que engalanaban su calle la hizo reaccionar. No era la primera vez que resbalaba sobre ellos, y hoy era el día perfecto. No existía nada más sano para curar la depresión que caerte al suelo ante la mirada ausente de la gente. Cuando entró en el portal sin haber hecho el ridículo, respiró aliviada. Su móvil vibró en el bolso. Era un mensaje de Sam. Lo leyó presurosa.

Últimamente, Sam era la única persona que la hacía sentir bien, cómoda, segura. Era un antiguo compañero de oficina despedido semanas atrás que no disimulaba sus atenciones hacia Julia con ademanes de galán trasnochado de telenovela venezolana. Sin duda, esperaba paciente una oportunidad que tiempo atrás jamás hubiera obtenido, pero, poco a poco, Julia fue allanando el camino, con el único objetivo de sentirse de nuevo admirada.

Quizás la espiaba o le leyera la mente, pero siempre estaba ahí cuando su vida zozobraba. Era el tercer vértice de un triángulo cada vez más complicado de soportar. Por supuesto, nada llegaría a buen puerto. Sam no era su tipo. Demasiado amable, atento, educado, empalagoso, y además, vestía como si todos los días hiciera la primera comunión; pero la hacía sentirse como una reina, y eso era lo que necesitaba.

Al llegar a casa, escuchó dos mensajes más del contestador. Uno era de Álex. No le respondió; por algún motivo todo le empezaba a dar una pereza

horrible. Cenó ligero y se acostó con un buen libro a esperar que el sueño la liberara.

IV

Llegó el día D.

Lo que esperaba fuera un día de despedidas, tranquilo, sosegado y poco estridente, se convirtió desde primera hora de la mañana en un carrusel de problemas de toda índole que hizo que no lo olvidara fácilmente. Para empezar, puse mal el despertador y no sonó. Luego, queriendo recuperar el tiempo perdido, decidí ir en mi coche en lugar de en el metro y me lo encontré con una rueda deshinchada, y vuelta al metro corriendo para embutirme en plena hora punta. Solo llegué media hora tarde. Nada más entrar en el hotel, me comentaron que había habido un corte de agua en la zona y que no teníamos agua desde las seis de la mañana.

—Todo alegrías —afirmé.

Cada vez que sonaba el teléfono de centralita, los recepcionistas se cruzaban una mirada de escaqueo intuyendo el motivo de la llamada. Las primeras hojas de reclamaciones se expandieron por el mostrador. Inútiles las excusas y las disculpas. Acudí veloz a apagar el incendio y canalicé los insultos hacia mi persona. ¡Para lo que me quedaba en el convento...!

Por un momento se me pasó por la cabeza irme en ese instante. Simular una indisposición y dejar el marrón para el siguiente. No lo hice, claro. Mis compañeros no tenían la culpa y me buscaban como referente cuando un cliente agitaba los brazos con violencia.

—Esto se va animando —reafirmé.

Tenía la cabeza embutida en una factura cuando, de reojo, le vi pasar. Su inconfundible figura eclipsaba al resto de los seres humanos. El director miró hacia recepción como miran las vacas al pasar un tren y entró en su despacho. Terminé de atender al pesado que tenía delante y me escabullí tras él para

comentarle el problema del agua. Desde su burbuja de pladur, la respuesta fue la esperada: indiferencia extrema.

No se restituyó el suministro de agua hasta pasado el mediodía, cuando las excusas y los nervios ya se habían agotado. Me disponía a realizar el traspaso de poderes a quien iba a heredar mi puesto cuando, de repente, apareció por mi despacho Laura con la cara desencajada barajando pavor e ironía. Enseguida imaginé los motivos de tales desvelos: esperábamos su llegada.

Acababa de anunciar su aparición Sebastian Malik, un cliente conocido por su mucho dinero y su mala educación. Era un vip conocido del consejo e hilo directo con el presidente que aprovechaba su burda condición para sembrar el terror. No había posibilidad de contradecirle y mantenía a la recepción en estado de alerta desde que aparecía por la puerta hasta que se marchaba en su flamante Mercedes descapotable. Entró de muy mal humor porque no había nadie a la vista que le ayudara con su equipaje. La llegada del Mesías, de la luz, de la prosperidad, ¡hosanna el cliente que nos cuida, que nos da trabajo, aleluya!

Nada más verle, un recepcionista bajó al baño corriendo y el otro se lanzó a por el teléfono un nanosegundo después de que sonara, así que me quedé yo para darle la bienvenida. En esos momentos me importaba bastante poco su opinión de mí, así que no le hice la pelota como acostumbraba. Preguntó por el director en un tono tan autoritario como ridículo.

Ambos permanecieron un rato hablando al fondo del *hall*. El señor Malik gesticulaba airadamente y el director asentía como los escribas egipcios ante un sumo sacerdote calvo. Dirigieron su mirada un par de veces hacia recepción. Señalado por el dedo acusador, sonreía para mis adentros sin disimulo.

A los pocos minutos, se acercó el señor Gamelin para preguntarme con fingida indignación:

—¿Qué ha pasado con el portero? Me ha dicho el señor Malik que, cuando ha llegado él, no había nadie en la puerta. ¿Y el botones? Está muy enfadado. ¡A ver qué le dices! —respondió con su flema habitual.

Aguanté su mirada. Era mi último día y de alguna manera en mi subconsciente me había preparado para algo así. Observándolos al fondo del *hall*, una parte de mí ya empezó a sospechar lo peor. Me imaginaba la claudicación del *Herr Direktor*. Pero mi último servicio en el hotel no sería salvar el culo al mamporrero.

—Señor Gamelin, seguramente no se acuerda, pero hoy es mi último día — dije dibujando una sonrisa lo más lentamente que pude para alargar el momento. —Me miró alzando levemente las cejas—. Como comprenderá — añadí levantando la voz para que mis palabras llegaran hasta la última baldosa de la recepción. Quería espectáculo—, a partir de hoy, no tendrá a nadie para hacer cumplir las gilipolleces del señor Malik, del consejo y mucho menos las suyas, así que gánese el sueldo de una puta vez y dígaselo usted.

Me di la vuelta, cogí la caja de bombones que había comprado y me fui por los distintos departamentos a repartirlos para despedirme de los compañeros. No miré hacia atrás. Caminando por la tercera planta, la alargada sombra de una napia me anunció la presencia del reptil. Carraspeé para anunciar mi presencia y acto seguido la sombra desapareció. Al girar la esquina, vi su espalda alejarse mientras parecía atender una llamada que, desde luego, no escuché. Continué mi camino con la felicidad instalada en mi cuerpo.

Ya no regresé a la recepción. Prolongué mi ruta por los despachos hasta la hora de comer y luego, sin despedirme de nadie más, me fui del hotel para siempre.

«Ya está hecho. Ya has salido del hotel. ¿Ahora qué?», me preguntaba de camino a casa sentado en un vagón del metro, que a esas horas circulaba vacío. El momento de euforia ya se había evaporado y ahora era el turno de justificar mis actos. Necesitaba ánimos para afrontar la decisión más difícil que creía haber tomado nunca. Marcharme de un puesto de trabajo en el que no me iban mal las cosas para buscar en mi interior un lugar que se adaptara a mi personalidad en el peor momento de la crisis mundial, jugándome la relación con mi novia, era una apuesta sin duda arriesgada. «Pero ¡qué diablos!, tengo treinta años», asentí con firmeza.

Necesitaba recobrar sensaciones de antaño. Recuperar viejas amistades de esas que, sin motivo aparente, habían sido paulatinamente sustituidas por obligaciones y compromisos. Esos amigos que las circunstancias de la vida ha ido alejando de tu lado y que la pereza ha terminado de triturar. Me encontraba feliz y asustado. Preguntándome si mi envite sería merecedor de un final feliz por su osadía, o si me esperaba la angustia del jugador afortunado que un día decide apostar todo a un número perdedor traicionado por su impaciencia.

Al salir del metro, escuché el sonido de un mensaje en el móvil. Julia había llamado mientras viajaba y, ante la falta de cobertura, dejó un corto mensaje.

Quería hablar conmigo.

Le devolví la llamada al instante mientras aún subía los peldaños que me acercaban a la calle.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —preguntó.

—¿La verdad? Estoy un poco aturdido, pero si tuviera que mojarme, diría que ilusionado. Hacía tiempo que no me encontraba tan bien. Hoy ha sido mi último día. Lo sabías, ¿no? Como no podía ser de otra forma, ha habido problemas. No sé cómo ha acabado el asunto porque me he largado, pero ahora estos problemas que los solucione el enano sospechoso. Me encuentro bien.

Era la pura verdad y quería que me lo notara en la voz.

—Que se las arreglen ahora sin ti. Ya verás lo pronto que te echan de menos. Espera que no te vuelvan a llamar un día de estos —dijo Julia, para luego guardar unos segundos de silencio.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, sí —respondió demasiado rápido—. Solo necesito que me dé el aire un poco. Estos últimos días no doy una a derechas en el trabajo, me encuentro agotada y me gustaría salir un poco hoy. ¿Quieres quedar a tomar algo?

—Claro.

—¿A las siete está bien? Es que hoy me quiero ir pronto de la oficina.

—Estupendo, ¿quedamos en el pub de mi amigo Dani? Un beso, cariño —respondí feliz.

Al llegar a casa, me entretuve en arreglar el desorden crónico del que todo soltero siempre alardea. De alguna manera, vislumbrar una perspectiva tan placentera frente a mí, lejos de inculcarme pereza y dejadez, me inyectó ánimos renovados y deseé empezar cuanto antes mi nueva vida. ¿Qué mejor modo de comenzar que poniendo al día las cosas pendientes que en una casa de hombre ocupado en otros menesteres siempre abundan? Que si un cuadro sin colgar, esa bombilla fundida de toda la vida, libros apilados estratégicamente en una esquina, montones de fotos fuera de su álbum si lo hubiere... De vez en cuando, se paseaba fugazmente por mis pensamientos la pequeña anomalía que representaba el haber quedado con mi pareja tan pronto un día de diario. Anomalía que se esfumaba en cuanto tropezaba con algún

objeto largamente buscado y luego olvidado que de repente aparecía detrás de cualquier cosa.

Cuando me cansé de ordenar libros por los colores de sus tapas, saludé a Michael en su bañera y me senté en el sofá. Tenía que esbozar un plan. De hecho, llevaba días meditando qué hacer con mi tiempo libre. No quería levantarme tarde y perder la mañana en casa. Necesitaba hacer cosas. Siempre quejándome de la falta de tiempo y ahora, por fin, me podía permitir estar unos tres o cuatro meses disfrutando de la vida. Tema viajar: estaba claro que tenía que organizar dos o tres visitas pendientes. Tema estudiar: podía aprovechar e ir a la biblioteca y repasar los idiomas. Tema tiempo para mí. ¿Dónde podría escaparme yo solito a estar conmigo mismo y pensar sin interferencias?

Sonó el teléfono.

No me lo podía creer. Era del hotel. No hacía ni medio día que me había ido y ya me estaban llamando. Dudé en cogerlo, pero respondí.

—Hola, Álex. Perdona que te moleste, sé que no es el momento, pero tengo a dos personas en el mostrador que preguntan por un paquete que enviaron al cliente ese italiano que conoces, Vincenzo no sé qué... Por aquí no tenemos nada y se están poniendo un poco nerviosos. Perdona de verdad que te llame, pero es que no sabemos nada e insisten mucho.

Permanecí un instante en silencio. En el último momento había decidido recuperar la caja y llevarla conmigo. No sabía muy bien por qué, pero el caso es que no me pareció buena idea dejarla allí. Al fin y al cabo, me la habían enviado a mí. Ahora dos hombres preguntaban por ella. ¿Qué hacer?

—¿Qué aspecto tienen? —pregunté para ganar tiempo.

—Pues son extranjeros. Alemanes, creo. ¿Sabes algo del paquete? —preguntó con rapidez.

Recordé que quizás *alguien* ya había pasado por mi casa buscando la maldita caja y por nada del mundo deseé que se repitiera la jugada, sobre todo estando yo en ella. Algo me decía que debía deshacerme de la caja cuanto antes..., eso sí, sin que se notara que la tenía yo.

—No, Laura, no sé a qué paquete se refieren. No hemos recibido nada. Ni yo tampoco —dije con una torpeza de la que me arrepentí en el acto.

Me despedí con prisas y colgué.

Sentado en el sofá, intenté ordenar las ideas que me asaltaban desde todos los flancos. Había recibido una caja, en mi casa, a mi nombre, de un remitente de cuya identidad no estaba seguro. Podía ser que hubieran entrado en mi casa buscándola, y ahora alguien está nervioso preguntando por ella en el hotel. Claro que también podía ser que la caja me la hubiera mandado Vincenzo por algún motivo que ya se aclararía, que nadie hubiera entrado en mi casa, y que esas personas las hubiera enviado Vincenzo pensando que yo habría llevado la caja al hotel.

Esto último era lo más lógico, y era lo que ahora mismo necesitaba creer.

Cada vez tenía más claro que necesitaba un pequeño descanso para repensar mis próximos pasos y mi vida en general. Quizás un viaje de unos pocos días, sin más compañía que mi nueva perspectiva. Un viaje para optimizar mi salud mental. Seguro que Julia lo entendería. Nos vendría bien estar un tiempo separados, y sospechaba que ella pensaba igual.

El destino era importante. La playa me atraía, aunque yo era una persona activa, de los que se aburre enseguida cuando no hay nada que hacer, y en un *resort* caribeño podría o morir de sopor, o asesinar al equipo de animación. En el pueblo de mis padres tenía familia y algún conocido, pero habría que dar demasiadas explicaciones y no tendría libertad de movimientos. ¿Mis tías invitándome a comer continuamente? ¡¡¡Buff!!! De acuerdo, era la opción más barata, pero no me iba a solucionar nada, y la falta de calefacción era innegociable.

Despatarrado en el sofá, intenté recordar algún lugar que conociera y hubiera guardado buen recuerdo de él. Algunas vacaciones, algún pueblo, algún lugar tranquilo... Me recosté con los ojos perdidos en la inmensidad del gotelé, esperando un soplo de inspiración... Fue imposible. Lo único que ocupaba mi mente era la putada que me estaba haciendo el italiano ese... Espera un momento... ¡Si no era italiano! ¡Era suizo! De Lugano. ¡Claro! Vivía en Italia, pero nació en Suiza. Ahora me acuerdo. Tenía doble nacionalidad. ¡Fue él quien nos recomendó el pueblecito de Suiza donde Julia y yo estuvimos este verano!!

¡Qué viaje tan bonito! ¡Cuánto disfrutamos!

Poco a poco, Julia fue desplazando a Vincenzo de mi parietal izquierdo y ocupó el lugar que le correspondía. Recordé nuestros fantásticos paseos alrededor de los lagos que nos encontrábamos por el camino, la paz y armonía que se respiraba... Suiza. ¿Por qué no? De algún modo, viajar allí se

posicionaba en mi entendimiento de una manera, diría..., mágica. La factura del hotel de Zermatt, los documentos en alemán e italiano, el rostro de Vincenzo, su casa en Lugano, en la Suiza italiana, las fotos de la caja, el pueblo que nos acogió...

Permanecí un rato pensativo. La idea realmente era encontrarme a mí mismo, estudiar mis reacciones ante lo desconocido, conocerme mejor. Pero ¿acaso no había roto ya con los moldes de los convencionalismos impuestos, con las reglas de lo correcto y la normalidad estereotipada?

La vida te acaba quitando la vida. ¿Qué somos sin los sueños?

Sentía cierta excitación al comprobar mi disposición a cerrar etapas de mi vida, dejando atrás las puertas de lo conocido para adentrarme en la incertidumbre. A fin de cuentas... ¿Qué somos nosotros sino un conjunto de vivencias intensas? Y tenía, además, la sensación de que el viaje a Suiza ya estaba decidido incluso antes de yo saberlo. Esa caja, a mi pesar, tenía toda la pinta de añadir la intensidad que echaba de menos a mi existencia.

Salí de la ducha y me abrigué bien aparcando el *glamour* para otro día. Una borrasca se había instalado en la ciudad y amenazaba con perpetuarse. Decidí ir en autobús; encontrar aparcamiento por el centro a esas horas y lloviendo era una misión de audaces. Cuando llegué, la tormenta resultó ser perfecta.

Ucrania, 6 mayo de 1920

Alrededores de Kiev

Las fuerzas polacas se encontraban apostadas en las afueras de Kiev. El regimiento de Yuriy se había encuadrado dentro del sexto ejército, al que pertenecían la mayoría de los ucranianos. La ciudad permanecía a oscuras. El cielo despejado proyectaba la luz de la luna sobre el Dniéper, que se adivinaba a lo lejos. Reinaba el silencio, solamente roto por descargas de fusil ocasionales que provenían del centro de la ciudad. Los rusos ajustaban cuentas antes de huir.

Habían escuchado rumores de que la ciudad no se batiría; los ucranianos de Kiev no lucharían contra los suyos. En el pensamiento de Yuriy, Kiev representaba la meta, su liberación. Habían llegado. Por el camino había sido testigo de desolación, destrucción y muerte. Él había asistido como espectador, no se sentía culpable de nada. Había cumplido. Ahora, Kiev se inclinaba ante su mirada. «Ya hemos llegado.»

En el aire se respiraba la impaciencia del vencedor. Soldados eufóricos canturreaban canciones polacas que evocaban sus pueblos y sus mujeres. Los oficiales, de excelente humor, apenas podían mantener la disciplina. A pesar de su perenne hosquedad, Yuriy no pudo evitar embriagarse del estado de exaltación por la consumación de la campaña. Pensó en su mujer, en su hijo. En la carta enviada en aquel momento de agitación. Ahora deseaba no haberla enviado. Quizás se precipitó. Quizás estaba demasiado deprimido y angustiado. «Es posible que aquel oficial se arrepintiera y no la entregara», pensaba Yuriy nervioso. Quizás su mujer le esperara todavía. ¿Sería verdad?

«¿Habremos tenido algo de suerte en esta maldita guerra? Por Dios, que acabe pronto», se decía a sí mismo, a ratos optimista, a ratos descorazonado.

Quizás en un par de semanas, cuando el tratado de paz se firmase, recibiría por fin el permiso para volver a casa. También él se encontraba asombrado del avance polaco. ¿Sería posible una paz honrosa para todos y que acabara con las disputas? La satisfacción que se dibujaba en su semblante, por inusual, le hizo blanco de las bromas de sus camaradas. Ahora sí se unió al grupo que, alrededor de un pequeño fuego, compartía una cantimplora de vodka. Pronto, el crepitar de las llamas fue el único sonido que delataba la presencia de aquellos hombres. Una suave brisa húmeda ascendía por el río y fue a esconderse bajo su manta. No consiguió dormir más que un par de horas; la excitación de ver el final de su calvario le mantuvo alerta.

Al caer la tarde, la ciudad estaba ya en poder de los ejércitos polacos y ucranianos. Los rusos habían sido expulsados de Kiev por el Este y se encontraban diseminados a más de veinte kilómetros de distancia. No podían contraatacar. De momento.

Poco a poco, los habitantes de Kiev comenzaron a dejarse ver por las ventanas. Los más valientes salieron a la calle con una botella de vodka en la mano a modo de salvoconducto. Se sorprendieron al ver tantos uniformes extraños. Sabían que junto al ejército ucraniano venían polacos, pero no que fuera al revés. Pronto comenzaron los intercambios de comida por vodka local para mutua satisfacción de civiles y militares.

Por la noche, Kiev fue una fiesta. Los habitantes ya estaban completamente mezclados con los conquistadores y el vodka corría a raudales. Ucranianos y ulanos se habían encargado de consolidar las posiciones defensivas, no fuera a ser que los rusos ahogaran la celebración. Esta decisión provocó un incómodo malestar entre las fuerzas ucranianas. Se suponía que ellos debían estar confraternizando con «su» pueblo liberado; en cambio, eran los polacos los que disfrutaban del descanso y la gloria.

Esta inquietud no pasó desapercibida: peleas fronterizas fruto del alcohol y la frustración evidenciaron el desencuentro y acrecentaron la desconfianza entre ambos ejércitos, elevándose una queja formal al comando polaco. El rencor no hizo sino incrementarse cuando, a los dos días de la toma de Kiev, se realizó un desfile de la victoria donde, de nuevo, los valerosos ucranianos fueron relegados a un papel secundario. Este detalle no pasó inadvertido a la población, que ya empezaba a descubrir que los polacos se comportaban

como un ejército invasor y no como el ejército aliado que el líder ucraniano Symon Petlyura se esforzaba en aparentar.

Petlyura había firmado un tratado con los polacos para echar a los rusos de Ucrania Central a la par que se comprometía a formar un ejército ucraniano que consolidara su territorio. Para lograrlo, necesitaba crear un movimiento nacional apelando al orgullo de los suyos. Si los ucranianos eran alejados de los puestos de responsabilidad, no habría nada por lo que sentirse orgulloso.

Yuriy, como el resto de su unidad, ni desfiló ni apareció por la ciudad. Fueron acantonados en las afueras de Kiev sin que nadie les explicara muy bien qué hacer. La ofensiva parecía haberse detenido, pues no estaban aseguradas las líneas de aprovisionamiento más allá del Dniéper. Toda la semana posterior a la liberación se sumergió en una solitaria nebulosa de alcohol. A diferencia de algunos miembros de su grupo, Yuriy no conocía a nadie en Kiev, con lo que su sensación de soledad y rabia únicamente la compartía con vodka casero destilado en un sucio cobertizo que hacía las veces de cocina, almacén y dormitorio para los que, medio inconscientes por el alcohol de noventa grados, no atisbaban a encontrar la manija de la puerta y acababan durmiendo en el suelo.

La euforia inicial de la sorprendente ocupación de Kiev se había evaporado con rapidez. Al parecer, nadie tenía órdenes de nada, solo de esperar. Las defensas de la ciudad ya estaban apuntaladas: dos líneas defensivas y una tercera de retaguardia.

Como bien pensó Yuriy, los polacos no cruzarían el Dniéper. Kiev era su meta.

—¿Por qué narices brindamos? —exclamaba cada vez que izaba su cantimplora.

El hastío es la peor condena de un soldado. En su regimiento, había noticia de por lo menos media docena de deserciones, granjeros como él, hartos de esperar mientras el grano de sus granjas se pudría miserablemente.

El día 10 por la tarde, el sucio mostacho del coronel Rybalka apareció por el improvisado barracón; parecía contento. Era un hombre enjuto. No debía medir más de metro sesenta, pero lo que le faltaba de altura lo compensaba en genio. Su mal humor era legendario. Era otro de esos militares de carrera que también había luchado en la Gran Guerra a las órdenes del zar y que, al final de la contienda, como todos los oficiales, había experimentado el desengaño y el resentimiento. Primero contra el zar, por enviarles a una carnicería, y luego

contra los bolcheviques, por negociar una paz indigna que había humillado a todos los que habían dirigido a sus hombres a la muerte triturados por las ametralladoras alemanas. «Perdimos la guerra, la honra y la tierra», solía decir. Había sido de los primeros entusiastas que se había puesto a la tarea de reconstruir la gran Ucrania que habitaba en sus sueños si con ello los rusos recibían una lección.

—¡¡Cretinos!! —exclamó con mal disimulada satisfacción—. Quiero ser yo personalmente quien os dé las buenas noticias. Recoged vuestra porquería: nos mudamos a la ciudad. Vamos a hacernos cargo de la seguridad de Kiev. Por fin vamos a demostrar de lo que somos capaces a estos polacos engreídos. Se ha puesto sobre la mesa nuestro honor y nuestro compromiso; ni que decir tiene que espero lo máximo de todos vosotros. Vuestros oficiales os indicarán el cometido. Es una magnífica oportunidad para demostrar a la población que somos dignos de su confianza. Ganaos el respeto de esta pobre gente. No les falléis. A partir de mañana, Kiev pertenece al sexto ejército ucraniano del que formáis parte. Al que me defraude, yo mismo le mataré.

Terminado su discurso, se apresuró a salir escoltado por su ordenanza. En el barracón se hizo el silencio, y solo cuando comprobaron que el coronel ya no los podía oír, surgieron los primeros aplausos y gritos de aprobación. Circularon las cantimploras de vodka casero y el buen humor inundó la estancia.

—Me han dicho que las muchachas de Kiev son preciosas. ¡Creo que me instalaré aquí! —exclamó el soldado Dimitri acompañado de las risas de sus compañeros.

—¡Venga, Yuriy, anima esa cara —le espetó el cabo Anton—, que nos vamos a la ciudad! ¡Por fin se van estos polacos!

Risas, abrazos, brindis. Yuriy trataba de sonreír, y a ratos lo conseguía.

Los miraba sereno, pensativo. No quería aguar la fiesta a sus compañeros que parecían exultantes, pero no podía animarse como el resto. La nueva ocupación de su regimiento en la ciudad hacía que su ansiado permiso se diluyera en el tiempo. Parecía ser el único que pensaba en ello.

V

El Skoda de segunda mano que adquirí hacía ya cinco años tuvo un comportamiento ejemplar durante todo el trayecto. Pude haber realizado el viaje en un solo día, pero decidí que no lo necesitaba. Se acabaron las prisas, las obligaciones y los compromisos. Este era mi viaje a lo desconocido y nadie más que yo decidía lo que hacer o no hacer. Nadie me esperaba al final del trayecto, por lo que este podría durar lo que yo estimara oportuno. Conducía despacio, disfrutando del paisaje, parando en las áreas de servicio el tiempo que hiciera falta, tomando caminos alternativos, evitando las autopistas cuando las poblaciones por donde transcurría mi ruta lo aconsejaban por su atractivo.

A media mañana del segundo día, comencé a distinguir las señales de tráfico que anunciaban la proximidad de Ginebra. Gracias a mi trabajo, hablaba con fluidez inglés y francés, con lo que en un país políglota como el helvético no esperaba tener problemas de comunicación.

Tras el espasmo emocional que siguió a mi cita con Julia, creí que tardaría más tiempo en recuperar mi autoestima y decidir qué hacer con mi vida, pero rebranchado en el sofá y preguntando a Michael qué hubiera hecho él en mi lugar, decidí que no había motivo para dilatar mi decisión.

Nunca había realizado un viaje igual. Mi vida se había desarrollado entre trabajo y resacas. No sabía lo que quería, ni lo que me gustaba, ni lo que esperaba... La vida pasaba y yo iba subido a ella sin un plan. Sin un objetivo. Antes me hubiera conformado, sin embargo..., algo había cambiado. Los acontecimientos del último mes habían hecho una muesca demasiado profunda en mi otrora alma de madera y, lejos de esperar a que se consumiera, se había despertado.

La aventura ya era demasiado grande y decidí tener como refugio, como castillo, un lugar conocido para sentirme protegido por ese flanco. La dueña de nuestra casa del pasado verano se acordaba de nosotros y se mostró entusiasta por alquilarme de nuevo el apartamento; incluso accedió a hacerme una rebaja sin que lo hubiera solicitado. Solo cuando entendió que esta vez viajaba solo, noté una leve tribulación en su voz. Intuí que, en realidad, era Julia quien le caía simpática. Su don de gentes superaba con creces mi proverbial aspereza en los encuentros iniciales. Al final de la conversación, la señora acabó confesando que en el fondo le hacía un favor: necesitaba que la calefacción, cañerías, electrodomésticos y demás aparatos se mantuvieran funcionando para que el frío y la inactividad no los dañaran.

Con los preparativos del viaje, apenas tuve tiempo de pensar en Vincenzo y en la caja. En el último momento decidí —no sé si por miedo, comodidad, o las dos cosas— no traer la caja conmigo. Pensé que Vincenzo tarde o temprano la reclamaría y opté por lo más sencillo, que fue dejarla de nuevo en el hotel. Quien la buscara, ya había pasado por allí y se había ido con una respuesta negativa, con lo que en teoría no volvería, y a mí me quitaba un peso de encima. Solo faltaba que la cajita de las narices me distrajera de mi verdadero objetivo: qué hacer con mi vida.

Cada vez que sobrepasaba una señal que anunciaba la proximidad de mi destino, un pequeño escalofrío ascendía por mis piernas. Era evidente que no iba a volverme atrás, pero sentía algo parecido al vértigo, y las dudas recorrían hasta el más escondido recoveco de mi persona. Era una apuesta a todo o nada y lo único que me empujaba a continuar adelante era el convencimiento de tener mucho que ganar y muy poco que perder. «¡¡Solo en Suiza durante un mes!!», exclamaba en silencio cada vez que pensaba en ello.

Mentalmente recorrí las empinadas calles del pueblo. Recordé el primer día que, junto a Julia, entré en la pizzería de la entrada para descubrir, divertidos, que no hablaban francés a pesar de estar a menos de treinta kilómetros de Sion, y lo que nos maravilló su capacidad de convivir hablando otro idioma, y lo mucho que teníamos nosotros que aprender de su sociedad.

Me acordé de Pierre.

Tenía la esperanza de que siguiera trabajando en uno de los bares del pueblo. Era un belga trotamundos de Charleroi que antes vivía en Ginebra, pero que aquel año había decidido cambiar de aires harto de los inmigrantes franceses que habían invadido la ciudad. Esto nos lo contaba sin ánimo de ser racista,

según decía, pero en el barrio donde habitaba él, de repente, comenzó a poblarse de coches con música magrebí a todo volumen y otros detalles que, sin tener nada en contra de ellos, prefería evitar. Un buen día realizó un viaje por el cantón de Valois y encontró trabajo en aquel pueblo, donde se quedó a vivir. Era un muchacho de mi edad, de unos treinta años, creía recordar, pero de esos que ya le han visto muchas caras a la vida y reaccionan con prontitud ante lo que sin duda saben que va a pasar.

«Si estuviera Pierre, al menos tendría una cara conocida con la que conversar cerveza en mano», pensé mientras sobrepasaba la señal de «Frontera suiza, 5 km».

Una vez en Ginebra, me esperaban aproximadamente otras dos horas y media hasta llegar justo donde acababa la autopista del valle del Ródano, pasado el bello pueblo de Sion. Me detuve en el puesto fronterizo a comprar la *vignette*: una pegatina verde que, puesta en el cristal del coche, permitía hacer uso de todas las autopistas de Suiza. Coloqué la pegatina con estudiada lentitud. Me disponía a cruzar mi Rubicón y quería recrearme, recordar más tarde este momento a partir del cual ya no habría vuelta atrás.

Circulaba a noventa kilómetros por hora y nadie me adelantaba. El tráfico en Suiza sufría de esas pequeñas anomalías: todo el mundo respetaba las normas de circulación. Siempre tenía la impresión de ver al mismo coche viajando detrás, pero debía comportarme como un ciudadano ejemplar y mimetizarme entre los usos y costumbres autóctonos. Comenzando por la prudente, responsable y aburrida conducción. Cuando la carretera se elevaba un poco, se podía divisar el reflejo y la luz que emanaba del lago Lemán. Su visión me provocó una mueca de infinita satisfacción, y fue como la señal que faltaba para convencerme de que de verdad me encontraba en esos momentos dispuesto a atravesar Suiza sin miedo y sin paracaídas.

A esa hora del mediodía, con el sol en lo más alto, la templada superficie reflejaba los Alpes vecinos hacia todas direcciones donde dirigiera la vista. El día era muy claro por la orilla sur. Al bordear el lago por la derecha, los Alpes nevados se posicionaron justo en mi trayectoria. Llegué a la desembocadura del Ródano y continué hacia la izquierda, dejando el lago atrás y sumergiéndome por el valle que se introducía hasta las entrañas de los Alpes, de donde nacía el espectacular río de origen glaciar que me acompañaría a mi izquierda durante el resto del trayecto.

Unos cuantos kilómetros más y..., por fin, a mi izquierda, apareció majestuosa la fachada de la residencia de los obispos y el *town hall*, ofreciéndose como baluartes de bienvenida a los visitantes del pueblo.

Subí emocionado las últimas cuestas rodeadas de viñedos que saludaban a los viajeros, y entré en Leuk-Stadt. Mi pueblo, mi morada. Origen y destino de mi fragilidad, testigo de todo lo que me sucediera a partir de este instante.

La propietaria esperaba a la entrada del pueblo, justo en la puerta de los garajes comunitarios. Realizó un gesto cariñoso y me paré a saludarla. Tras unas palabras triviales de bienvenida, me recordó la plaza de *parking* y me entregó las llaves. No había cambiado gran cosa, todo parecía descansar en el mismo lugar que la anterior ocasión. Me sentía como cuando vuelves a casa después de un largo e infructuoso viaje. Me facilitó de nuevo su teléfono por si la necesitaba o se estropeaba cualquier cosa y no olvidó decirme la contraseña del wifi.

—Últimamente la señal de Internet se pierde con frecuencia —apuntó—, pero no tarda en volver. Si le da problemas, llamaré al técnico enseguida —ofreció.

Nos despedimos y salí presuroso a comprar algo para cenar y desayunar. Recordaba que a partir de las seis de la tarde era como si apagaran la luz y el país desapareciese.

Tras colocar la compra en la nevera, entré en la habitación para deshacer parte del equipaje. La visión de la cama de matrimonio me resultó un poco espesa, así que me apresuré a retirar la colcha roja que la cubría para desperdigar ropa por encima y ordenarla luego por categorías. Jerséis, camisas, pantalones, ropa interior... No me acordaba del descomunal tamaño del baño. No tenía bañera, pero sí una gran ducha encerrada en un recinto de cristal de unos dos metros cuadrados en los que más de una vez Julia y yo comenzábamos nuestros juegos. Retrocedí sobre mis pasos y continué mi labor. El plan no consistía en recordar cada cosa hecha con Julia en aquella casa. No era el comienzo que dictan los manuales.

Entré en el salón y conecté el portátil. Mientras esperaba a que se encendiera, recorrí con la mirada el lugar donde habría de pasar una larga temporada: el sofá rojo de tres plazas, la mesa redonda de cristal en la esquina donde solíamos desayunar, la mesita baja frente al televisor... que, por cierto, este sí que era distinto. Una nueva de LCD había sustituido a la de tubo catódico, aumentando de paso el número de pulgadas. «Un gran detalle», pensé. El

ordenador pidió la clave y, a continuación, localicé a un nuevo grupo musical canadiense que últimamente enaltecía mi ánimo.

Al compás de la música, terminé de organizar las maletas. Cuando se acercaba la hora de cenar, decidí que la mejor opción era salir a la pizzería que había en la entrada del pueblo y que tanto frecuenté en mi anterior estancia. Era un pequeño restaurante familiar cuyas camareras eran las hijas del propietario; un lugar encantador y nada caro.

La hermana mayor me sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual, como intentando recordar dónde había visto antes mi cara; decidí sacarla de dudas comentándole en inglés que ya había estado aquí en verano y que me había encantado su pueblo. Si me proponía pasarme un mes por aquellos parajes, no estaba de más hacerme el simpático con los lugareños. Y dejé claro que yo era una persona normal hablando con otra persona normal — nunca se sabe lo que pueden pensar de un forastero que viene solo a un pueblo perdido en los Alpes.

Luego, tras la cena, subí la cuesta que desembocaba en la iglesia del pueblo y entré en el bar de Pierre a tomar una cerveza. Me alegró saber que Pierre continuaba trabajando allí, aunque no estaba ese día.

Eran las ocho de la noche y no había un alma en la calle. En el bar solo había dos clientes atendidos por un camarero enorme que charlaba a carcajadas con uno de ellos, y un anciano leyendo un periódico en alemán en una mesa de la esquina. Permanecí un rato observándole con disimulo. Siempre he sido muy mal fisonomista y no lograba asignarle ninguna edad. Era muy mayor, desde luego, pero no podía decir si tenía setenta, ochenta o incluso noventa años.

El hombre, ajeno a mis cavilaciones —o a pesar de ellas—, estaba ahí, solo, y se le veía tan a gusto saboreando una pinta de cerveza que de inmediato atrajo mi curiosidad. Ofrecía una mirada serena, culta. Había algo en su media sonrisa que me mantenía atento a sus gestos. Un par de veces levantó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Entonces fui yo quien con rapidez desvié la mirada, avergonzado por mi actitud de mirón; pero el caso era que la imagen sosegada y tranquila de aquel hombre me reconfortaba y por alguna razón, en cuanto me relajaba, mi mirada siempre acababa en su dirección. El anciano entendió que el único entretenimiento posible de tres desconocidos en un bar era observarse, y como él no miraba a nadie, comprendió que sería él el objeto de la curiosidad ajena, sobre todo del último en llegar; así que, con la experiencia que otorga la edad y el saber estar, aguantó mi mirada y me

dedicó un brindis virtual con su jarra ya medio vacía al que, ruborizado, tuve que responder. Consumado el ridículo, opté por vaciar mi cerveza y organizar mi retirada, no sin antes asegurarme del regreso de Pierre. Comenzaba a necesitar una voz amiga a mi lado.

Al llegar a casa, se me ocurrió buscar en Wikipedia alguna referencia sobre la familia Della Siere, y ante mi sorpresa, sí que había un comentario sobre Stefano della Siere. Era muy breve, pero por lo menos me proporcionó alguna información, quién sabe si útil, sobre su familia.

Nació en el año 1885 y murió en el 1949, a los sesenta y cuatro años de edad. «No mucho tiempo después de la foto», pensé. Una rama de su familia estaba emparentada con los Saboya. Por lo visto, durante la Segunda Guerra Mundial se vio inmerso en diversas intrigas políticas y familiares cuyo desenlace fue la pérdida de su fortuna. Murió en Lugano sin haber podido recuperar su patrimonio y su posición.

No había nada más reseñable.

Al segundo día de estancia en el pueblo y cuando ya no me quedaba nada que comprar, guardar, ordenar, limpiar, organizar, y con la despensa repleta de pasta, *pizza*, cerveza, leche y atún —con eso un hombre puede sobrevivir varios meses sin que sus biorritmos se resientan—, me enfrenté por primera vez a la gran pregunta que trataba de postergar: ¿qué hacer hoy?

Se me ocurrió que no me vendría nada mal hacer algo de ejercicio, y busqué alguna ruta fácil por algún paraje bonito. Encontré una ruta a una hora y media en coche desde Leuk-Stadt. Comenzaba en Morges, un pueblo desde el que nacía un camino que, lindando con el lago Lemán, llegaba hasta Lausanne. Catorce o quince kilómetros de ruta siempre a pie de lago y que, además, estaban unidos por tren. No me veía con fuerzas de ir y volver andando; me encontraba en forma, pero no tenía a nadie a quien impresionar.

Preparé un buen bocadillo para el camino y completé la mochila con lo esencial: un pequeño paraguas —nunca se sabe lo que puede pasar—, una botellita de agua, chicles, pañuelos desechables, calcetines, guantes, el móvil recién cargado de batería..., y me puse en marcha.

Sin duda, el camino era una zona turística de veraneo, pues de vez en cuando avistaba casas prefabricadas sin signos de vida y zonas de acampada. En algunas ensenadas se resguardaban pequeñas embarcaciones de recreo, e incluso patines y piraguas. La ruta lo mismo bordeaba el lago que se adentraba en la abundante vegetación que adornaba la orilla. Continuamente

me adelantaban familias enteras en bicicleta circulando en los dos sentidos, e incluso me pareció cruzarme con un par de caras que creía haber visto anteriormente, pero sin ubicarlas del todo.

Al cabo de lo que me parecieron un par de horas y que resultaron ser apenas cuarenta y cinco minutos, el cansancio anunció su aparición. Comencé a pensar si no había sido demasiada precipitación hacer una ruta de *trekking* sin el entrenamiento adecuado. Entre jadeo y jadeo, intenté recordar la última vez que anduve más de tres kilómetros seguidos y, para mi sorpresa, retrocedí cinco años atrás, cuando un amigo me engañó para acompañarle en las etapas iniciales del Camino de Santiago. Decidí tomármelo con humor; a fin de cuentas, nadie me esperaba al final del camino.

Ralentiqué la marcha hasta alcanzar la velocidad terminal de un andador en manos de un anciano, e incluso aventuré la posibilidad de quedarme en uno de los *campings* del camino. Continué hasta llegar a una especie de embarcadero salpicado con varios bancos de piedra y me lancé a por uno de ellos a descansar. Por fin sentado, observé a unos cisnes que, ajenos a cualquier drama sentimental, revoloteaban en el agua helada. Intenté dejar mi mente en blanco y disfrutar de ese momento de paz y tranquilidad.

El sol se reflejaba en el adormecido lago arrojando miles de destellos al espacio, manteniéndome con los ojos entornados por las descargas de luz que los sacudían, mientras trataba de adivinar qué pueblo francés me saludaba desde la otra orilla. Y como si el guiño de mis ojos fuera la señal para activar mi cerebelo, mis pensamientos no dudaron en retornar al pasado para recordarme a traición lo vivido en las últimas semanas...

Cuando llegué al bar de Dani, Julia ya se encontraba en la barra bebiendo una tónica: esa imperceptible anomalía debió haber alertado mis sentidos de inmediato. Julia era de las que llegan media hora tarde por sistema; el sistema que hace que las mujeres, en ocasiones, tengan un sentido no lineal del tiempo. Nos saludamos con un beso que distó mucho de ser apasionado. Hacía casi una semana que no nos veíamos y reaccionó como si nos hubiéramos visto hacía media hora.

Algo no iba del todo bien. Habíamos pasado por épocas de cierto distanciamiento, como si la rutina que ocupaba el espacio primario y esencial de nuestras vidas nos hubiera resultado demasiado obvia incluso para hablar de ello. Siendo conscientes de confundir comodidad con felicidad, ninguno de los dos hacía nada por finiquitarlo. No siempre era así, y eso era lo que

intoxicaba la relación. Había momentos realmente mágicos en los que disfrutábamos de nuestra convivencia como colegiales enamorados. El recuerdo de esos momentos prolongaba nuestros deseos futuros. Y cuando a todo esto se une la pereza... Solo cabía esperar que alguno rompiera la baraja.

Fue Julia.

Pedí media pinta y, tras una trivial conversación, entró directamente en materia.

—No me encuentro bien, Álex —arrancó algo decaída mirando fijamente la etiqueta de su tónica.

Ante mi cara de preocupación, se apresuró a aclararme que no le pasaba nada grave, que era un asunto interior, de ánimo.

—Han sido unas semanas muy complicadas —continuó—. No he tenido tiempo para mí, ni para ti; solamente trabajo y reuniones. Me siento mal por no haber estado cerca de ti en estos momentos que sé que lo has pasado mal...

—Hizo una breve pausa y me miró directamente a los ojos.

»Supongo que sabes qué me pasa, Álex. Llevamos mucho tiempo evitando hablar de ello, pero tal como se están desarrollando las cosas, no debemos esperar más. Estos días lo estoy pasando fatal. No sé ayudarte, no puedo ayudarte, y no sé si ayudarte a ti nos va a ayudar a nosotros. No sé estar a tu lado en estos momentos.

Esta vez fui yo quien apartó la mirada.

—Tengo miedo —prosiguió—. Me ha entrado miedo de repente al pensar que quizás estemos cometiendo un error. No quiero renunciar a mi futuro luchando por una relación de la que ahora mismo tengo dudas porque no he sabido estar a tu lado, y para mí eso es muy significativo. Piensa, Álex. Con el corazón en la mano, ¿crees que nos va bien? Aunque seas hombre, seguro que te lo has planteado. ¿Me has echado de menos estas semanas? —preguntó con ojos trémulos.

Fue en ese instante cuando comprendí que estábamos a punto de cortar nuestra relación. Me entró miedo y un calor intenso me subió por la espalda. No me situaba. Las palabras se escondían en mi boca y me arrepentí de no haber pospuesto la cita.

Mi orgullo varonil apareció en escena con palabras inconexas que trataban de prolongar la conversación buscando otro final.

—Escucha, Álex. Tengo sentimientos muy fuertes hacia a ti: siento que te quiero muchísimo. Pero estos días de inmersión absoluta en el trabajo me han hecho pensar... Mejor dicho, no he pensado nada en ti, y eso no es normal. Temo que ahora mismo no estoy enamorada y creo que hasta que pase este período de desconcierto personal deberíamos tomarnos un tiempo... Hasta aclararnos las ideas...

Ahora era ella la que mentía. Se echó el pelo hacia atrás y tuve la impresión de que se lo había cortado un poco.

El tiempo se detuvo. Allí estaba yo. Preguntándome si se habría cortado el pelo, mientras me abandonaba en el bar de uno de mis mejores amigos, quien, ajeno al drama, seguía atendiendo las mesas tarareando esas canciones que solo a él le gustaban. Un extraño sentimiento me dominaba: en esos momentos admiraba a Julia. Admiraba la valentía y la claridad con la que me estaba exponiendo su punto de vista, tan sincero que no me dejaba ningún resquicio por el que reprochar nada. Siempre me fascinó su inteligencia y su capacidad de análisis, y no me asombraba descubrir que una vez más tenía razón.

—Lo siento, Julia —acerté a decir—. No sabía que te encontraras así conmigo. Habría intentado hacer algo. ¿Es por dejar el trabajo? ¿Crees que hago una tontería dejando que me echen?

—No, no, Álex —me interrumpió—. No es tu trabajo, es un todo —respondió más tranquila después de haber expuesto lo que anidaba en su interior, retomando el mando de la conversación—. Lógicamente también ha influido... —aclaró—. Son un cúmulo de sucesos y sentimientos. Ahora mismo vamos a dos velocidades distintas.

Ahí te quería yo ver. Me has dejado un hueco por donde defenderme. Mi orgullo herido me impide darte la razón, aunque la tengas.

—¿Piensas que soy pusilánime? —pregunté en tono acusatorio—. ¿Que soy de los que abandona al primer contratiempo? —dije dejando caer el vaso con brusquedad sobre la barra, añadiendo un toque teatral a mi diatriba—. ¿Que no tengo agallas para enfrentarme a las situaciones difíciles? Ya me extrañaba a mí que me comprendieras y me apoyaras. Si es lo que piensas de mí, quizás sea mejor así. Que nos demos un tiempo hasta que nos aclaremos.

Volví a dar un trago de cerveza intentando mostrarme afectado.

—No, Álex, no es eso —dijo Julia ignorando mis señales de ofuscación—. Ahora te pareceré una insensible que te abandona cuando inicias un período complejo en tu vida, pero estoy convencida de que es lo mejor para los dos. Si te olvidas un segundo de tu orgullo herido y reflexionas sobre lo que te estoy diciendo, acabarás por darme, si no toda, al menos gran parte de razón. Sabes que es así.

—Estoy flipando, Julia —afirmé sin mirarla a los ojos—. No me esperaba esto. Quizás tengas razón, aunque ahora no pueda verlo, pero me dejas un sinsabor... como si yo no fuera lo suficiente bueno para ti, que no llego a la altura de tus ambiciones, que pudiera ser un lastre para una promoción... Pero creo que tú también deberías reflexionar —solté de repente.

La cogí de la mano para resaltar la importancia de lo que le quería transmitir, porque lo sentía de veras. Estaba claro que saldría de allí soltero y abatido por muchas razones, pero no quería salir de su vida sin antes haber dicho lo que paradójicamente nuestra relación me impedía decir. Sin hablarle de lo que pensaba de ella y de su trabajo.

—En esta vida hay más cosas que el trabajo. No solo yo, olvídate de mí. Piensa en ti —continué con tono paternalista—. ¿Hace cuánto que no sales con tus amigas? ¿Que no vas a ver a tus padres? ¿Que no vas de compras sin prisas? Tienes treinta años y estás abandonando tu vida. ¿No te das cuenta de lo absurdo que se vuelve todo cuando pasan los días y no esperas sino despertarte al día siguiente para continuar la jornada?

Intentó hablar para rebatirme. También era muy orgullosa y no se dejaría embelesar con mis consejos, que sin duda consideraba estériles; sin embargo, no le permití que me interrumpiera tan pronto.

—Crees que será temporal —continué con tono didáctico—. Que cuando consigas llegar a la cima, pararás y tendrás la oportunidad de recuperar el tiempo perdido. Pero no es así, tú no. No podrás parar, y si lo haces será para lamentar haber desperdiciado tu vida mientras hacías más rica a tu empresa, que encima, cuando te amortice y seas demasiado cara, se librará de ti. Lo tienes muy cerca. Mira tu padre: toda la vida trabajando en ese banco inglés, director de zona triple A. El tío que más sabía de banca personal, dedicando lo mejor de su vida a su banco, y a los cincuenta y cinco años lo jubilan porque la empresa hace números y le sale más barato mandarlo a casa pagándole la liquidación y contratar a un jovencuelo para hacer lo mismo. Ahora incluso estaban de juicios porque no le habían pagado los trienios o

algo así, ¿no? ¿Quién se lo iba a decir a tu padre cuando, comiendo en tu casa, nos arengaba con la responsabilidad y la ética del trabajo? ¡Pobre hombre, qué desilusión se ha llevado! ¿Crees que al banco le importó la depresión que sufrió?

Julia me miraba con el ceño fruncido, molesta por tanta franqueza, dando señales de que mis palabras provocaban un efecto que trataba de disimular.

—Yo no tengo la culpa de ser ambiciosa —respondió a la defensiva soltándome la mano—. Lo de mi padre le puede pasar a todo el mundo, incluso a ti, en ese trabajo ideal que quieres encontrar.

Súbitamente me apartó la mirada. Entonces contraataqué suavemente: no era este el motivo de nuestro encuentro.

—Tienes razón, quizás estemos pasando por etapas distintas o tengamos planes diferentes, y el seguir juntos por educación pudiera distorsionar nuestras vidas. De verdad espero que me dejes porque crees que no tenemos futuro como pareja, y no porque mi decisión haya sacudido tu conciencia.

—Álex, no te has enterado de nada —sentenció con tristeza.

Permanecimos un rato mirándonos en silencio, como si ya todo estuviera dicho entre nosotros, un poco perplejos ante lo rápida y formal que había sido nuestra momentánea ruptura, que los dos sabíamos era para siempre.

A esas alturas, mi amigo Dani ya se había percatado de la gravedad de la situación y nos miraba de reojo al final de la barra. Sin saber qué decir, le pregunté torpemente si quería tomar algo más y ella lo aceptó como una invitación a marcharse.

—No, Álex. Se está haciendo tarde —dijo recogiendo el bolso buscando el monedero.

—Déjalo, Julia, pago yo. Me voy a quedar un rato más aquí —añadí al ver que, nerviosa, no atinaba a encontrar nada en el inmenso bolso negro que traía.

Respondió con un «gracias» inaudible y me lanzó una mirada triste, decepcionada. Sus labios apretados y sus ojos vidriosos reflejaban la despedida de un sueño. Mi ánimo no estaba mejor. No soy proclive a llorar, pero sin duda mi rostro mostraba la emoción que sentía. Me levanté del taburete y la rodeé con mis brazos. Abrazados, le susurré con dolor sincero:

—Lo siento mucho. Sabes que te quiero. Quizás no sabemos demostrarlo día a día, pero no quiero perderte así como así. ¿Te puedo llamar?

—Claro. Vamos a dejarnos un tiempo. Necesitamos reordenar nuestras vidas. Cuando esté preparada, te llamaré, ¿de acuerdo?

Julia recogió el abrigo y se marchó. La seguí con la mirada a través del ventanal del bar hasta que desapareció entre la gente, y así permanecí un buen rato. El ruido del bar penetraba por mis sentidos, pero no escuchaba nada. Estaba aturdido, perplejo. Solamente cuando Dani me preguntó por tercera o cuarta vez si todo iba bien, escapé del túnel en el que me encontraba. Le respondí que sí. Pagué las consumiciones con el habitual descuento de amigo y salí desesperado a la calle a respirar una bocanada de aire húmedo.

La zona, antaño un oscuro barrio del centro, se había revalorizado peatonalizando los accesos y ahora estaba de moda. A todas horas se veía gente en los bares; mucho «cutre venido a más» al olor de lo moderno y lo *cool*. Anduve unas manzanas sin rumbo fijo sorteando a los demás viandantes que, ajenos a mi desdicha, esquivaban mi torpe caminar.

Traté de convencerme de que era lo mejor. Imaginando cuál sería mi nuevo estatus con Julia, deseando que fuera preferible una buena amistad que un mal noviazgo. No recuerdo con claridad cómo llegué a casa ni qué hice después; solo la extraña sensación de despertarme al día siguiente sin novia y sin trabajo.

Unas inoportunas nubes cubrieron el sol y una alargada sombra me alcanzó en el banco, provocándome un leve escalofrío. No sabía el tiempo que llevaba allí sentado, pero el cambio súbito de mi termostato corporal me recordó que debía iniciar de nuevo la marcha.

Mis pensamientos hacia Julia presidieron el resto del trayecto. Mientras rememoraba la conversación que derivó en la ruptura, añadía nuevos pensamientos y audaces respuestas, lamentando no haber sido más ingenioso en aquel momento. Siempre me ocurría lo mismo: a toro pasado, las discusiones se resuelven siempre a tu favor. Eran mis primeros días y entendí como normal que mi reciente pasado me asaltara continuamente. No dejaba de pensar en ella, en su risa, en su cuerpo..., en lo poco o nada que había hecho el amor desde ese día. Su recuerdo domesticaba mi cansancio.

Por fin, a media tarde vislumbré la zona del puerto de Lausanne. Estaba agotado. «El siguiente día que me encuentre con fuerzas de repetir algo así, debería sentarme hasta que se me pasaran», me dije sin apenas fuelle.

Me dirigí hacia la zona del castillo de Ouchy, un precioso castillo de cuento de hadas que alegraba la entrada del pequeño puerto deportivo. Lo rodeé, sacando algunas fotos, y en la misma esquina de la calle entré en una cafetería a tomar un refresco que me entonara y me permitiera descansar. Julia seguía allí.

Sospeché con ironía que en esas horas de asfixiante caminata había pensado más en ella que en los últimos meses. Me pregunté si a ella le pasaría lo mismo, si habría pensado en mí. Mi ego me impedía aceptar que no fuera así. A fin de cuentas, no todo resultó aburrido en nuestra relación. El sexo había sido magnífico. Inmediatamente traté de borrar las escenas que empujaban por salir desde lo más profundo de mi mente. Las imágenes de su cuerpo y los recuerdos de cama se proyectaban en Super-8 a través de mis ojos sobre cualquier superficie que mirara, y no era eso lo que necesitaba. Luché con débiles fuerzas y perdí; la seguía deseando. Durante un interminable momento soñé despierto con recuperarla de inmediato.

Que el hombre piensa con *la otra mente* es algo que sin duda adivinaba la camarera que me observaba con disimulo. Ser el único cliente tampoco nos estaba ayudando mucho.

Pasado el calentón, regresé a la realidad. Más descansado y menos afligido, había desmenuzado completamente los pros y los contras de mi nuevo estatus. Debía ser fuerte: una vez tomada una decisión, hay que llevarla hasta las últimas consecuencias. Sobre todo, si no la has tomado tú.

Apuré el refresco y salí del local aturdido, como si me hubiesen agitado por dentro y tuviera que esperar a que todos mis órganos encontraran su lugar natural. El aire gélido me golpeó la cara y me espabiló. Era lo que necesitaba. El corazón suavizó sus andanadas y comencé a caminar hacia el malecón que se internaba en el mar.

—*Álex, no te has enterado de nada.*

La frase me golpeó con fuerza. La niebla que envolvía mi entendimiento comenzaba a disiparse con el aire frío del valle. ¿Y si la madre del cordero fuera simple y llanamente que ya no deseaba seguir conmigo? ¿Y si su amor por mí se había diluido entre tardes de pelis malas y *pizza*? ¿Y si lo que yo le había ofrecido no satisfacía su curiosidad? ¿Y si se había acabado el amor?

Comencé a vislumbrar que el trabajo pudiera ser la excusa ofrecida a modo de cómoda coartada y objetivo fácil con que canalizar mi previsible protesta. De repente, una idea me sobrevoló y me trastornó de la cabeza a los pies. Surgió

como un haz de luz, pero lo suficiente nítida para que mi cerebro la desmenuzara concienzudamente en un nanosegundo. Fruncí el ceño sorprendido. La creía lo suficiente inteligente como para facilitarme un cebo apetecible, y yo, lo suficiente necio como para no descubrir el bosque tras el árbol.

Caminaba despacio, casi contando mis pisadas, con la mente en ebullición. Me acerqué todo lo que pude al final del muelle hasta poder sentir las gotas del mar espolvoreadas por el viento sobre mi cara. Permanecí un buen rato sintiendo el frío en mi rostro hasta que, de repente, todo dejó de importarme.

Era pura cordura.

Y allí, a merced de la naturaleza, me sentí renacer. Sentí que por fin me había enterado y podía reconciliarme con Julia, comprenderla y quererla. Olvidé mi absurdo rencor de macho alfa revenido y sonreí al pensar en ella: su ingenio, su arte, su inteligencia; y me maravillé de cómo había manejado la situación. Con un gesto de aceptación reconocí que, si hubiera sido sincera conmigo, habríamos roto para siempre de malos modos y echándonos en cara nuestras debilidades. Era mejor así.

—Gracias, Julia —murmuré—, por ser como eres. Te mereces alguien a tu altura, y yo debo encontrar a alguien de la mía.

Con la cara empapada de emoción, regresé al paseo marítimo visiblemente satisfecho. Despacio. Saboreando mi momento. Dirigí la vista hacia la ladera donde se asentaba la ciudad: se veía la imponente catedral iluminada rodeada de bandadas de pájaros que planeaban al unísono alrededor del cimborrio. Me sentí libre como ellos.

Crucé la calle y me dirigí hacia el metro, que era como un tren cremallera, pues no dejaba de ascender en ningún momento. Tomé la línea 2 directo a la estación de ferrocarril y, cinco paradas después, bajé justo enfrente de la imponente fachada blanca que daba acceso a las vías. Treinta minutos más tarde me encontraba en el coche de vuelta.

Cuando salí por la mañana, me había propuesto saludar a Pierre, quien, suponía, ya había regresado, pero el día había resultado especialmente intenso. Al aparcar lo único que me apetecía era refugiarme en casa y en Internet, conectarme al Messenger y descargar enseguida las fotos que había tomado por el camino, costumbre que adquirí cuando, en un viaje a París, dejé una estupenda cámara de fotos digital olvidada en el asiento de atrás de un

taxi con unas fotos inolvidables y que por pereza no había descargado la noche anterior. Hay cosas que se aprenden a base de olvidos.

Pasé el resto de la tarde-noche con un sabroso bocadillo de atún y una cerveza de marca alemana que hizo que aprendiera que *alcoholfrei* significaba «sin alcohol», lo que al día siguiente me obligó a comprar otra remesa. Era la primera vez desde que estaba en Suiza que me conectaba al Messenger, y mi satisfacción fue total al descubrir que mis dos mejores amigos y una antigua exnovia estaban conectados —no entre ellos, afortunadamente—. Aproveché para desahogarme y conseguir varios aplausos por mi osadía. Los necesitaba.

9 de mayo de 1920

Kiev, Ucrania

El humo de los cigarros serpenteaba lentamente en dirección a la majestuosa lámpara de centro que daba lustre al salón imperial del palacio Mariinski. El general polaco Edward Rydz-Śmigly, con un coñac en una mano y un puntero en la otra, se inclinaba sobre un mapa de la región de Kiev. Reunidos alrededor de la mesa ovalada, con las guerreras desabrochadas, atendían a las explicaciones del joven general el primer mandatario ucraniano Symon Petlyura con dos colaboradores y el general en jefe del ejército polaco Józef Pilsudski con sus ayudantes, el general polaco Listowski y el general Kutrzeba.

En sus rostros se reflejaba la satisfacción de la victoria y la expectación del que aguarda su insigne destino. El general Kutrzeba señalaba en el gran mapa desplegado los últimos movimientos de las tropas mientras el general Rydz-Śmigly narraba las nuevas disposiciones para la defensa. Los asistentes le observaban orgullosos. Nacido en las tierras que ocupaba el Imperio austro-húngaro en Polonia antes de la Gran Guerra, destacó con rapidez luchando junto al Eje por todo el continente europeo. Al recobrar Polonia su independencia, se había sumado entusiasta al nuevo ejército que se nutría de jóvenes polacos que en la Gran Guerra habían luchado en todos los bandos. Ahora hablaba arrogante de un sueño cumplido: la gran Polonia, que, olvidada durante siglos, por fin podía labrarse ella sola su camino.

Cuando el general Rydz-Śmigly terminó su disertación acerca de cómo se habían desarrollado las operaciones, el general en jefe polaco Pilsudski, poniéndose en pie, tomó la palabra.

—Excelentísimos señores. La campaña del glorioso ejército polaco ha sido un logro jamás visto en generaciones, éxito que sin duda se estudiará en las academias militares de medio mundo. Hemos acabado con la resistencia bolchevique en tan solo un mes, una acción que nos llena de orgullo — clavando la mirada en Petlyura, levantó la copa en un brindis imaginario.

El resto de los asistentes cruzaron educadamente sus miradas e imitaron el gesto de su general en jefe.

—Hemos puesto a nuestra joven nación en el lugar que nunca debió perder — continuó el general polaco—. Hemos dado una grave lección a los países que nos amenazan. A partir de esta fecha, nuestros enemigos deberán tratarnos con el respeto que merece la gran acción militar llevada a cabo por nuestro joven ejército. El mundo nos observa. Polonia nos aclama. No podemos defraudarlos.

Se puso de pie. Torció el gesto con aire melodramático y, girando sobre sí mismo, comenzó a hablar dirigiéndose hacia un cuadro de la princesa Alexandra situado tras él.

—Pero a su vez, debemos ser prudentes —dijo con firmeza sin mirar a sus interlocutores—, no embriagarnos con el aroma de la victoria eterna como hicieron nuestros antepasados. Tenemos que ser inteligentes, cautos, no dar un paso en falso.

Con estudiada lentitud se volvió de nuevo hacia la mesa.

—Estamos reunidos aquí hoy para decidir la estrategia futura junto a nuestros amigos de la República Nacional de Ucrania —con la mano extendida señaló a Petlyura y a sus colaboradores—, a los que felicito con una enorme satisfacción por el esfuerzo y valor de sus tropas durante la campaña.

Surgieron de nuevo sonrisas complacientes y gestos de satisfacción. El general Pilsudski miraba fijamente a su lugarteniente, Rydz-Śmigly, que no sonreía como los demás. Luego, cuando estimó que el ambiente era de nuevo propicio, se inclinó toscamente sobre el mapa con la palma de su mano abierta recorriendo todo el territorio conquistado desde que salieron de Polonia. Al llegar a Kiev, alzó su cuerpo y, con los nudillos sobre la mesa, tensó el rostro e increpó a los asistentes.

—Caballeros, he aquí mis conclusiones: como bien ha comentado el general Rydz-Śmigly, las fuerzas con las que actualmente contamos impiden seguir aventurándonos en territorio enemigo sin tener cubiertas las líneas de

abastecimiento material y humano. Polonia ha quedado demasiado lejos y los rojos no han sufrido tantas bajas como la pérdida de territorio diera lugar a pensar. El servicio de información ucraniano al otro lado de las líneas nos informa de que tras el Dniéper los bolcheviques se reagrupan. Podrían estar listos para contraatacar en menos de un mes.

—Excelentísimo general Pilsudski —dijo Simon Petlyura, al que ya no le brillaba la sonrisa—, ¿podría explicarse mejor?

—Muy sencillo, mi buen amigo —respondió el general en jefe—. Debemos parar el avance y reorganizarnos para la defensa.

—¿Puedo tomar la palabra, mi general? —El general Listowski se inclinó hacia el mapa mientras los representantes ucranianos se miraban confundidos, momento que aprovechó el general Pilsudski para, con un gesto, avisar a los ordenanzas de que rellenaran las copas de coñac que se amontonaban en una mesa auxiliar. Se hizo el silencio mientras los camareros hacían su trabajo.

—Adelante, general —contestó amablemente el líder polaco mientras atendía a su frondoso mostacho.

—Es mi deber informar que la situación actual de nuestro ejército es de extremo cansancio. Han recorrido una media de treinta kilómetros diarios enfrentándose al enemigo en numerosas ocasiones. No me cabe duda de que serían capaces de seguir el ritmo, pero la situación hace aconsejable que la vanguardia del ejército sea relevada del frente para que pueda descansar, sobre todo las tropas más veteranas. Según nuestras informaciones, el reemplazo no llega hasta dentro de diez días como mínimo. Si los bolcheviques atacaran en menos de quince días, pasaríamos graves apuros. Creo imprescindible dos puntos: primero, fortalecer las posiciones defensivas no solo de la ciudad, sino de todo el perímetro del río. Si los rojos atacan a treinta kilómetros por el sur, nos rodearán sin que podamos oponer resistencia. Para lo cual es necesario el segundo punto: conocer la evolución del ejército ucraniano. Es esencial su aportación en la defensa de los territorios conquistados; de lo contrario, un ataque concentrado de los rusos en cualquier posición alejada simplemente nos barrería. Ocupamos demasiado espacio.

El general Pilsudski se dirigió hacia el lado derecho de la gran mesa, donde estaba la representación ucraniana:

—Su excelencia aquí presente —dijo el general Pilsudski con el brazo extendido y la palma de su mano abierta, en un gesto que expuso a Petlyura

bajo la mirada inquisidora de toda la mesa—, nuestro buen amigo Petlyura —continuó—, está reorganizando el ejército de su república. Esperemos que tenga el éxito que todos deseamos. Toda la campaña depende de ello. —Y observando detenidamente al líder ucraniano, añadió—: Aunque las informaciones de que disponemos no son muy satisfactorias.

Petlyura reaccionó con rapidez al envite y se inclinó sobre el mapa intentando disimular su contrariedad. Efectivamente, el ejército con el que debía contar para defender Ucrania de los rusos no pasaba de quince mil efectivos. Una gota que el océano bolchevique engulliría sin contemplaciones. La desidia de sus compatriotas le desorientaba: no había logrado que la población se identificara con su ejército, que vistiera el uniforme con orgullo, que defendiera su patria con pundonor, sacrificio y gloria. En ocasiones, parecía que ese sacrificio solo estaba dispuesto a hacerlo él.

—Me temo que su excelencia tiene razón —contestó—. Es inútil contradecir los hechos; la república todavía no cuenta con efectivos suficientes para defenderse. Debemos inyectar el sentimiento nacionalista en el pueblo y, por alguna razón, no estamos siendo certeros en nuestros cálculos; sin embargo, nuestros países deben seguir colaborando estrechamente hasta que consigamos este objetivo, o las magníficas victorias conseguidas no se sostendrán durante mucho tiempo.

El general Rydz-Śmigly, que seguía la conversación de pie, carraspeó sonoramente. El resto de los asistentes le miraron con curiosidad.

—Perdone mi interrupción, excelencia. La cuestión principal que debemos plantear es la siguiente: si el ejército rojo atacara antes de lo previsto (y a la vista de los informes, lo puede hacer en cualquier momento pasados diez días) y si, llegado el momento, los ucranianos no han conseguido fortalecer su ejército, el peso de la resistencia caerá sobre nuestros hombres. Sin las líneas de abastecimiento consolidadas, será muy difícil contener su ofensiva y, aunque así fuera, sacrificaríamos nuestro ejército a mil kilómetros de nuestras fronteras. Creo que, si su excelencia me permite la expresión, nuestra posición táctica debería ser revisada.

El general Pilsudski ya había discutido anteriormente con el general Rydz-Śmigly esta cuestión y ambos estaban de acuerdo: no sacrificarían lo mejor de su ejército en Ucrania, pero en la reunión con Petlyura no sería Józef Pilsudski, el general en jefe polaco, quien debía plantear esta delicada

cuestión. Convinieron que fuera el general Rydz-Śmigly quien iniciara la inevitable discusión que acontecería después.

Efectivamente, le faltó tiempo a Symon Petlyura para, con los ojos bien abiertos y expresión de espanto, dirigirse al general Pilsudski en términos ya nada amistosos:

—Mi general, en virtud a los acuerdos firmados en agosto del año pasado, tienen ustedes la obligación de mantener al gobierno de la República Nacional Ucraniana en el territorio ucraniano que pactamos. No pueden retirarse antes de que estemos en disposición de defendernos. Condenarían a muerte a todos los valerosos ucranianos que les han ayudado. Hemos empezado un camino que no admite vuelta atrás. Si nos detenemos ahora, seremos vencidos. — Agarrándose al discurso inicial del general Pilsudski, apeló a la fibra patriótica, al nuevo papel internacional de Polonia—: ¿Qué pensarían el resto de las potencias si no cumplen sus compromisos, si se retiran ahora? ¿Dónde está el ímpetu, la fuerza y el honor polacos?

—Mi buen amigo... —contestó pausadamente el general en jefe—, esas virtudes que usted señala y que sin duda poseemos no están reñidas con la prudencia, la serenidad y la planificación. Sé muy bien los acuerdos a los que llegamos, pero tenga usted en cuenta que nos prometió la inmediata creación de un ejército propio que acompañaría al nuestro y al que todavía no hemos visto. Sus cálculos no han resultado ser correctos. No somos nosotros quienes no estamos cumpliendo los acuerdos, sino usted. Por lo visto, los ucranianos parecen no estar muy dispuestos a luchar por su independencia. Si perdemos a nuestro ejército aquí, dejaremos un camino de rosas al ejército rojo para que lleguen al Vístula tan rápido como hemos llegado nosotros al Dniéper. Le rogaría que pusiera toda su atención en reclutar y preparar ese ejército fantasma antes de que ataquen los rusos. Nos debemos a nuestra patria y tomaremos las decisiones oportunas. No sacrificaremos nuestro ejército..., depende de usted el éxito de esta aventura. Es de esperar que se haga usted cargo de los intereses que se están tratando esta noche —concluyó el general Pilsudski.

Petlyura estaba pálido: calibraba la gravedad de lo escuchado y era consciente de que su castillo se volatilizaba en el aire sin los cimientos polacos. Nunca fue partidario del reclutamiento forzoso; no lo creyó necesario. Pensó erróneamente que el ejército se nutriría de miles de entusiastas que acudirían en defensa de la ansiada libertad. No lograba entender que no fuera así. Era el momento de recobrar su independencia y su pueblo no reaccionaba. ¿Estaba

equivocado? ¿Perseguía un sueño propio? «No puedo estar solo en esto. El pueblo me tiene que apoyar; me lo deben», se martirizaba pensativo. Tenía que idear un revulsivo.

—Mi general —respondió Petlyura con gesto sombrío.

Dependía por entero de los polacos y estos empezaban a mostrar signos de impaciencia; no convenía desairarlos y necesitaba tiempo. Al cabo de unos segundos en los que nadie parecía respirar, dijo:

—Entiendo su postura. Llegado el momento, no tengo duda de que se tomará la decisión más apropiada para ambos ejércitos. —De repente, como si un haz de luz hubiera atravesado su enjuto cuerpo, exclamó—: ¡Debemos dotar a nuestro ejército de fe en la victoria! ¡Insuflar ánimos en la población! El pueblo ucraniano debe verse representado por su ejército. Los ciudadanos de Kiev deben percibir en mayor grado la presencia de los nuestros. ¿Sería mucho pedir que se permitiera a las unidades ucranianas el control de la ciudad? Sin duda, elevaría el ánimo de todos ver que su ciudad está defendida por su gente.

El general Pilsudski se tomó unos segundos en contestar. Cruzó unas miradas con sus extrañados generales, a los que observó con las cejas levantadas expresando sus dudas. Se alisó el mostacho y preguntó al responsable militar de la ciudad:

—¿Es eso posible, general Listowski?

—Si esa es la resolución tomada —contestó Listowski—, así se hará. Necesitamos al menos tres días para reorganizar las unidades y acantonarlas en las afueras. Podría surtir efecto. Según mis informes, los ciudadanos de Kiev tampoco se muestran muy entusiastas con nuestra presencia. Aunque el tiempo apremia, si eso puede mejorar la situación, hagámoslo antes de que se reorganicen los rusos.

—Claro que les quieren aquí. Sin ustedes, no sería posible este gran acontecimiento —bramó Petlyura—. Solo se les pide que no estén tan presentes. Déjennos a nosotros el control de la ciudad. Estamos deseando fundirnos con nuestro pueblo. Es más, cuando empiece el contraataque, mis hombres serán los primeros en acudir a la defensa de Kiev.

—Aceptamos su compromiso, excelencia —contestó el general Rydz-Śmigly.

—Mi buen amigo —respondió el general en jefe—, en una semana tendrá usted el control completo de la ciudad. Es su oportunidad, pero no lo olvide:

si no consigue su ejército, no podemos garantizar el autogobierno de su pueblo que tanto anhela. —Józef Pilsudski dirigió una mirada serena pero firme a su aliado—. En esto creo que hemos llegado a un nuevo acuerdo, ¿no es así?

VI

—*Salut, Pierre! Comment ça va, mon ami?*

—*Mon Dieu! Mais qu'est-ce tu fais ici, monsieur Álex?*

Como de costumbre, el bar estaba casi vacío; solo unas mesas al fondo con varios lugareños jugando a las cartas y el anciano del otro día sentado en la barra, leyendo esta vez un periódico en francés. Cuando asomé por la puerta, el viejo intercambiaba algunas palabras con mi amigo. Pierre salió a recibirme y nos dimos un apretón de manos.

Sabía que me encontraba en el pueblo porque el dueño del bar le había comentado que yo andaba por aquí y que había preguntado por él. Si se sorprendió al comprobar que estaba solo, lo disimuló muy bien; fue muy discreto, como corresponde a un hombre de mundo como él. Tras unos minutos de conversación trivial e intuyendo su ansiedad, decidí relatar mi ruptura con Julia.

—Lástima —dijo—. Pero la vida es así, unas veces se pierde y otras también.
—Me sirvió la primera cerveza de la noche.

Se dio la vuelta para ordenar los vasos que acababa de sacar del pequeño lavavajillas camuflado bajo la barra, y le observé mientras repasaba con un paño los restos de humedad de las jarras de cristal. Pierre era uno de esos tipos que, sin saber por qué, se gana tu confianza y acabas contándole tu vida, o más bien tus penas. Tenía un aire como despistado, con el pelo siempre necesitado de un buen peine y una cara anodina, como las de cientos de personas con las que te cruzas a diario en la calle, a las que miras, pero no ves. Quizás ese aire inofensivo alimentaba la sensación de que sus comentarios no podían herirte y no te ponía a la defensiva. Pero era una impresión errónea: a lo largo de mi estancia en Leuk, pude comprobar que

Pierre no era para nada una persona común. Poseía un fino y estilizado sentido del humor no siempre bien comprendido, aderezado con una personalidad no exenta de cierta pedantería que resultaba antipática en un primer encuentro, sobre todo a las personas que no se molestaban en indagar un poco más en sus comentarios.

Tras esa máscara de vulgaridad que se esforzaba por presentar, se escondía un tipo muy bien informado que podía participar en cualquier conversación con conocimiento de causa, ya fuera de física cuántica o de lencería fina. Sus observaciones solían ser breves y certeras, tanto que sus comentarios solían zanzar el tema de discusión. Era un pesimista alegre, es decir, de aquellos que no confían en el porvenir de la humanidad, pero que, mientras tanto, se lo pasaba lo mejor que podía.

A pesar de no ser guapo ni mucho menos, gozaba de tremendo éxito con las mujeres que buscaban en él un tipo divertido con que entretenerse de forma pasajera. De novias formales, ni hablar; huía del compromiso como de la octava plaga. Debía de ser un acuerdo tácito: las mujeres se lo pasaban bien un tiempo hasta que se cansaban de la novedad, justo cuando él comenzaba a comportarse como un pesado buscando una salida. Ese era el verdadero problema de Pierre: siempre huía hacia adelante, quemando etapas demasiado rápido sin afrontar ninguna responsabilidad más que la de mantener su puesto de trabajo mientras compaginara con su vida.

También era animoso seguidor de cualquier teoría apocalíptica que aventurara el fin del mundo; más que nada, porque la humanidad se lo merecía. Afirmaba que cuando llegara el momento en que se estrellara el meteorito, nos inundara el tsunami o el sol se apagara, lo esperaría en la terraza de su casa fumándose un buen porro tamaño XXL y que se marcharía de esta vida saludando a la afición con una sonrisa en los labios.

El tipo perfecto para un viaje imperfecto.

Nuestras miradas se cruzaron a través del espejo situado enfrente y se dio la vuelta dejando su labor a la mitad.

—Cuéntame, *mon ami*, ¿cómo va todo? —dijo Pierre, sin duda esperando una respuesta trivial.

—Pues en esta ocasión peor que a ti. Estoy sin novia, sin empleo y sin moral. No sé en qué orden suena peor.

Dejó el paño con el que había empezado a repasar la encimera y me dedicó una mirada de superioridad.

—Álex, no me toques las narices. Así estoy yo cada tres meses —dijo, simulando hastío—. Lo que tenéis los hijos de papá es que os venís abajo al primer envite serio. ¿No tienes trabajo? Búscate uno. ¿No tienes novia? Búscate una. ¿Estás alicaído? Aquí tienes una cerveza. Probablemente vivas mejor así. Las mujeres solo te quieren para que les proporcionen seguridad y estabilidad. De novios todo va muy bien, pero, ¡ay, amigo!, cástate y ya verás. Adiós a tus amigos, a tus aficiones, al sexo...

—Hombre, tampoco es eso —repliqué.

No me acordaba de la mítica misoginia de Pierre. A Julia nunca le cayó bien. Cuando en alguna conversación salía a relucir el papel de la mujer en la historia, Pierre no se cortaba y ponía toda la carne en el asador. El asador de mujeres, claro. Yo, como hombre solidario, le reía las gracias, pero a Julia se la llevaban los demonios, por lo que siempre tratábamos de evitar el tema. Ahora, libre de testigos, comenzó de nuevo su famoso discurso de cómo Dios nos podría haber dejado la costilla en paz. Por supuesto, Pierre continuaba soltero sin perspectiva de cambio, pero, a diferencia de mí, se le adivinaba muy contento. Al final de nuestra conversación acabó confesando que de vez en cuando se iba a Francia con un amigo y se ponía morado en los lupanares de Lyon. Una joyita.

—¿Le fuiste infiel? —A Pierre no le entraba en la cabeza la posibilidad de que fuera ella la traidora.

—No, no, yo desde luego no —me defendí—. Ya sabes, nuestras ilusiones empezaban a discurrir por caminos distintos.

—No seas cursi. Sigo una dieta baja en tonterías —dijo mientras seguía con el paño—. No teníais nada en común ni ganas de empezarlo. Cuando entrasteis en el bar por primera vez, ya se notaba que no estabais enamorados. Esas cosas se huelen a distancia; por lo menos yo, que soy muy observador. Sobre todo a ellas, claro.

Lo que me gustaba de Pierre era su gancho de izquierda. No éramos lo que se dice amigos —si acaso, compañeros de barra—, lo que no obligaba a ninguno de los dos a ser políticamente correcto. La grosería era su protección. Sin embargo, no estaba allí para discutir..., por lo menos no el primer día.

—Tienes parte de razón —respondí—. Fueron apenas veinte minutos de conversación que enterraron dos años de relación, y ya no soy un adolescente, voy teniendo una edad. Me dejó con la profesionalidad de un vendedor de seguros.

—Memeces —respondió Pierre, como si no hubiera escuchado nada—. Estamos en la mejor edad. Hemos dejado la adolescencia y ahora nos enfrentamos al mundo con las ideas más claras. Lo malo de las mujeres es que maduran antes que nosotros. Nos piden que hagamos cosas para las que sencillamente no estamos preparados. ¿Conclusión? Se produce el conflicto. Llega un momento en que tú todavía estás pensando en que llegue el viernes y quedar con los amigos, mientras ellas están deseando quedarse en casa y ver una película de Meg Ryan con palomitas. Hay una edad en la que se produce un desfase.

—En mi caso creo que seguiría desfasado aunque me ligara a una tía de veinticinco —respondí amargado.

—¿Y qué? No pasa nada. En el fondo, lo que les molesta a las tías es que son conscientes de que enseguida se vuelven sensatas y les jode. Pierden el sentido del humor demasiado pronto.

—Será biológico —dije, cerveza en mano certificando mi afirmación.

Pierre alargó la cabeza para mirar por encima de mi hombro. Yo, disimuladamente, la giré para ver el objeto de su atención: era el abuelo del periódico que le hacía un gesto inequívoco de necesitar otra cerveza. Nuestras miradas se cruzaron y no tuve más remedio que sonreír ante su gesto de complicidad.

Tras ponerle otra cerveza —esta vez en un vaso más pequeño—, se acercó de nuevo por el otro lado de la barra y preguntó en voz baja:

—¿Has conocido ya a Joseph?

—No. ¿Quién es Joseph? ¿El abuelo que está ahí sentado? —respondí, girando los ojos en su dirección para constatar que no nos miraba. Era el hombre mayor a quien había visto el primer día.

—Sí —respondió—. Te lo tengo que presentar. Es un tipo increíble. Tiene una casa aquí desde hace años, pasa largas temporadas y luego desaparece. Es un alemán retirado. Tiene noventa años por lo menos. Es muy discreto, pero conserva un oído de indio navajo; seguro que nos está escuchando desde el principio y disimula.

—¿Tiene algún problema? ¿Está enfermo? —pregunté alarmado. La gente tocada de la cabeza me incomodaba.

—¡Qué va! Todo lo contrario. Tiene una mente privilegiada para su edad. Casi siempre viene por las tardes a tomar una o dos cervezas y leer cualquier periódico. Habla cuatro o cinco idiomas... Para los bármanes solitarios como yo, un personaje así es una bendición. Luchó en la Segunda Guerra Mundial, en el frente ruso. Imagina las historias que cuenta... ¡Qué narices! ¡Te lo voy a presentar! —Sin darme tiempo para reaccionar, le llamó.

Miré a Pierre con los ojos bien abiertos y sonrisa de circunstancias. No me apetecía hablar con un extraño a esas horas. Le maldije a él por lo bajo mientras con el rabillo del ojo veía cómo se acercaba el abuelo. Dos taburetes con abrigos se interponían en su trayectoria y no me molesté en retirarlos. Pareció no importarle y se aproximó por el otro lado con la mano extendida. Imposible recular sin mostrarme grosero.

Era alto; quizás llegara al metro noventa. Pelo blanco y abundante. Sus manos, a pesar de mostrar el paso de los años, aún eran firmes y duras. Tenía una voz bastante suave y agradable para su edad. Hablaba un francés correcto, sin acento. De cerca, pude observar la claridad de sus ojos azules, casi transparentes, que imprimían a su mirada cierto aire misterioso y atrayente a la vez. Su rostro transmitía bondad, pero también carácter y seguridad. Exhibía una educación y modales exquisitos.

Tras una conversación trivial que duró segundos, añadió:

—Disculpad, estabais hablando de vuestras cosas. No quiero parecer entrometido. Seguid con lo vuestro. No os preocupéis —dijo el anciano iniciando su retirada.

En ese instante, me incomodó haberle prejuizado con tanta antelación. El hombre estaba sentado y tranquilo bebiendo una cerveza con su periódico, y probablemente le habíamos molestado más a él que él a nosotros.

—No se preocupe, Joseph. Estábamos hablando de mujeres —dije sonriendo como si sobrara otra justificación—. Imagino que usted tendrá más experiencia que nosotros, ¿verdad? —Le dediqué un guiño a Pierre para que me ayudara con la conversación. No conocía a Joseph, y necesitaba su apoyo para conversar. Nunca se me ha dado bien romper el hielo con un desconocido, ni hombre ni mujer. Esperaba que Pierre no me abandonara en ese momento para limpiar la cafetera.

—No estoy tan seguro, muchachos —dijo en tono afable, como disculpándose—. No he estado casado y las mujeres con las que he compartido algo fueron abandonándome a causa de mis viajes y mi trabajo. No creáis que conozco a las mujeres más que tú, Álex, pero sigue intentándolo, merecen la pena. No hagas caso a este desgraciado —dijo señalando a Pierre con la punta del periódico.

Su tono era casi didáctico; como el francés no era su idioma materno, marcaba muy bien los tiempos y la pronunciación. Era casi musical.

—Tiene razón, Joseph —respondí justificándome—. No le pedía consejo, solo me desahogaba.

Pierre fruncía el ceño.

—¿A que os cobro el doble por las cervezas? Para dos clientes que tengo, y me insultan.

Joseph se adelantó.

—Casanova, cóbrame antes de que te arrepientas, que ya es tarde.

Una sonora carcajada surgió de mi garganta.

—¡Vaya con el abuelo! —respondió Pierre sonriendo—. Para que veas que no soy rencoroso, te voy a invitar a la última cerveza. Siempre y cuando no se lo digas a mi jefe, que te conozco —respondió Pierre con un guiño cómplice.

—Por esto me tienes como cliente fijo, Pierre —dijo Joseph recogiendo el abrigo.

Se puso de pie y me ofreció la mano que gustosamente volví a estrechar, esta vez incorporándome yo también.

—Ha sido un placer, Joseph. Supongo que nos veremos por aquí a menudo —dije cordial.

—Seguro. No hay muchos bares en este pueblo, así que la mayoría de las veces vengo aquí. No por Pierre... —le dirigió otro guiño—, sino por la cerveza que tira, que me recuerda a mi tierra.

—Pues por aquí nos veremos, Joseph. Un saludo.

Me despedí de él y permanecí un momento observándole por detrás mientras desaparecía calle arriba. Llevaba un sombrero pasado de moda tipo años 50 y una bufanda larga blanca que le daba un aire de galán trasnochado de una película antigua. Había algo en él que me produjo una extraña sensación. Era

algo así como si le conociera o le hubiera visto antes. No era posible, desde luego, pero me recordaba vivamente a una persona muy cercana y, sin embargo, olvidada en el tiempo y ahora recuperada. Pensé mucho en ello, maravillándome de esa increíble percepción de cercanía, hasta que nuestra relación se intensificó y esa afinidad se incorporó inocuamente a mi vida.

—Es todo un personaje —dijo Pierre mientras recogía los vasos vacíos y me presentaba la cuenta.

Pagué solo dos de las tres cervezas que había bebido y nos despedimos con un fuerte apretón de manos. Había sido una tarde curiosa. Me alegré al observar que Pierre no había cambiado. Sería una buena vía de escape para momentos inestables. Ya conocía a dos personas en el pueblo. No estaba mal.

Me retiré un poco chispado. No recordaba la capacidad de aquellos vasos de cerveza; uno no cae en la cuenta de que va teniendo ya una edad en la que los excesos se pagan. Con intereses.

Al llegar al apartamento encendí la televisión. En todos los noticiarios la crisis económica ocupaba las primeras crónicas. Los gobiernos se endeudaban para inyectar dinero público en los bancos en quiebra y los ciudadanos se arruinaban. Atendiendo a las noticias, daba la impresión de que Inglaterra estaba en bancarrota con todos sus bancos intervenidos, pero así son los ingleses, pensé. Cuando lo hacen otros, está mal; cuando lo hacen ellos, está justificado. En fin, la próxima película de 007 será *James Bond salvando las finanzas inglesas y al resto del mundo por la gracia de Su Majestad*.

Pizza margarita y a la cama. Ya pensaría mañana lo que hacer.

Los siguientes cuatro días los dediqué por entero a recorrer los Alpes franceses. Internet confirmó que el tiempo sería frío, pero sin precipitaciones, así que aproveché para recorrer las estaciones de Chamonix y subir al Mont Blanc en el teleférico. Las vistas desde la aguja del mediodía eran espectaculares: se atisbaba todo el valle nevado y el pueblo de Chamonix, en pequeñito, parecía un reguero de motas de polvo sobre una sábana blanca. Permanecí casi media hora asomado a la barandilla, amortizando los cuarenta euros de la entrada y deslumbrado por la belleza del paisaje. No me cansaba de observar los picos nevados de alrededor y de maravillarme por el poder que la naturaleza me mostraba en esos momentos hasta hacerme sentir insignificante.

Otro día lo dediqué a Annecy, en Francia. Era un viaje largo y me propuse madrugar para evitar el tráfico de la mañana que rodeaba Ginebra. Seleccioné

cuidadosamente la música con unos grandes éxitos de The Waterboys y Aztec Camera y me lancé una vez más a la aventura en solitario. Cuando salí del *parking* en Annecy, inmediatamente percibí que había llegado a una ciudad distinta, como si algo en el aire la dotara de una sensación de grandeza. Me enamoré de sus calles, de su lago, de su sencillez.

El día amaneció despejado y el frío de la mañana fue dejando paso a un clima cada vez más templado que era una delicia. Me senté en una terracita a pie del canal que orillaba al Palais de l'Isle y, con un *cappuccino* calentito, comencé a repasar los lugares de interés de la ciudad gracias a un librito que encontré en el apartamento y que por fortuna decidí en el último momento introducir en la mochila.

A media mañana, tras visitar el castillo, busqué un lugar para comer. Sin discusión, la hora del almuerzo era el momento más incómodo de mis jornadas. Era comiendo cuando realmente me asaltaba el espectro de la soledad. Sin nada que hacer sino comer, mi mente rebuscaba entre mis recuerdos y me los exponía ante mis narices en un imbatible ejercicio de masoquismo, pues en lugar de sacar a la luz los recuerdos agradables de mi extinta relación, me mostraba las situaciones de incertidumbre, riñas y desencuentros.

Eso si pensaba en Julia. Si pensaba en mí, las dudas se multiplicaban y la pregunta que numantinamente esquivaba referente a la efectividad de mi viaje se mostraba en todo su esplendor. En esos momentos era cuando desconfiaba de mí, cuando no me sentía con la personalidad suficiente como para afrontar esta odisea sin más ayuda que mis temores. Es lo malo de estar solo: que a veces te aburres hasta de tu compañía.

Lo único interesante que me había ocurrido en cuatro días fue el haber visto a la misma persona —o al menos a mí me lo pareció— en Chamonix y en Ivoire... Para entretenerme, incluso fantaseé con la idea de que me estuvieran siguiendo y, como no podía ser de otra manera, lo relacioné con la caja. No la había traído, claro, pero... ¿lo sabrían? Estaba a buen recaudo. Yo mismo acompañé a la gobernanta, un encanto de persona, que me mostró su afecto no preguntándome nada más mientras me conducía al cuarto de objetos perdidos del hotel.

El viaje de regreso se hizo más pesado, pues ya no pude evitar el colapso de entrada en Suiza por la frontera ginebrina. Ascendiendo las cuestas de Leuk, me pregunté si parar a saludar a Pierre o tumbarme directamente en el sofá

con un bocadillo de atún. Y a pesar de que había resultado un día agotador, decidí hacer las dos cosas. Demasiado tiempo sin hablar con nadie. Me tomaría una cerveza antes de ir a casa, aunque solo fuera por oírme la voz.

Entré en el bar. Pierre, que se encontraba atendiendo una sola mesa en el fondo, se dio la vuelta al oír abrirse la puerta y me dedicó un gesto y una sonrisa a modo de saludo.

Se posicionó tras la barra y nos dimos la mano en plan colegas. Hacía cuatro días que no nos veíamos. Él había librado y yo me había dedicado a chatear por Internet y tomar algunas notas de mis experiencias. Se me ocurrió que escribir sobre el viaje me ayudaría a enfrentarme a mis complejos. Releer lo escrito y corregir mi limitado vocabulario me mantendría entretenido y me haría reflexionar sobre mis vivencias. Era curioso, pues tenía la impresión al leer mis notas de que era otro quien narraba mi vida, y me gustaba. A veces es necesario que otro te diga lo que tú sabes y no te atreves a decir. Mis notas acentuaban esa carencia y cumplían el papel de ese amigo invisible que todos hemos tenido o hemos querido tener.

—¿Qué tal va todo? ¿Has vuelto a ver a nuestro amigo Joseph? —pregunté, más por entablar conversación que por verdadero interés.

—Pues hace días que no le veo —contestó mientras atendía a las señas que la única mesa del fondo le hacía para llevarles la cuenta—. Vino aquí hace un par de días y todo normal, pero creo que, según me dijo la chica de la panadería donde él suele desayunar, está enfermo. Un cáncer de algo —respondió alejándose hacia sus únicos clientes sin que en apariencia concediera importancia al comentario.

La noticia me abatió un poco. No porque no esperara algo así —lo raro es que una persona de su edad no tenga nada averiado—, sino porque me hizo reflexionar un poco sobre él. No pude evitar pensar que al pobre hombre, si se confirmaba su enfermedad, no le restaba mucho tiempo de vida, y lo que le quedaba lo malgastaba aquí, en un pueblo perdido sin otra cosa que hacer sino beberse unas cervezas en el bar y leer todos los periódicos que aterrizaran sobre su mesa. Me preguntaba qué circunstancias de la vida provocan que un abuelo en apariencia inteligente y con don de gentes apagara su vida en un lugar como este. Esa pregunta me acompañó durante mucho mucho tiempo. Máxime cuando pensaba en mí, pues yo me encontraba en similar situación con sesenta años menos. Algo me decía que tenía que fijarme mucho en aquel anciano.

Había terminado la cerveza y todo el cansancio acumulado me sobrevino a la vez que el alcohol hacía su trabajo, por lo que decidí, a pesar de la insistencia de Pierre por no quedarse solo, batirme en retirada. Además, me había entrado hambre y el atún no espera.

Sonó el timbre.

Permanecí mudo y quieto. No era posible que fuera en mi apartamento. No conocía a nadie y no eran horas de recibir visitas. A los pocos segundos se repitió la llamada, confirmando mis temores. Era en mi puerta.

Por la mirilla vi a un hombre bien parecido que miraba en mi dirección, consciente de que era observado.

—¿Sí? —pregunté deseando que fuera una equivocación.

—Soy amigo de Vincenzo.

Retiré la cabeza hacia atrás de la impresión y permanecí como hipnotizado mirando el pomo de la puerta. No quería abrir. Me entró miedo. ¿Qué significaba esto? ¿Por qué había un amigo de Vincenzo en la puerta de mi apartamento?

Abrí la puerta con el cerrojo puesto.

—No se preocupe, no le robaré mucho tiempo. Necesito hablar con usted un instante. Vincenzo se encuentra en apuros y creo que usted puede ayudarlo —dijo el desconocido.

—No soy amigo de Vincenzo —respondí—. No sé cómo podría ayudarlo.

Permanecimos unos instantes mudos. Su mirada reflejaba que mi respuesta no había sido muy convincente y, tras otros ridículos segundos, abrí la puerta.

—Escuche, Vincenzo tiene problemas graves —dijo sin anestesia—. Necesita recuperar una serie de documentos que parece ser le envió a usted. Si los tiene, démelos, por favor. Su vida podría estar en peligro.

Permanecimos en el vestíbulo. Estaba claro que el individuo no quería perder el tiempo. Algo en él me intranquilizaba. Dijo llamarse Jean. No conocía a muchos amigos de Vincenzo, pero desde luego este no cuadraba con ellos. Su ropa, aunque era de marca, no le sentaba demasiado bien; los amigos de Vincenzo jamás hubieran salido de casa sin conjuntar. Le ofrecí tomar algo y lo rechazó. Si fuera su amigo, lo normal es que quisiera desahogarse contándome el problema..., pero parecía tener prisa.

—Mire, Jean, no sé de qué documentos me está hablando. No soy amigo de Vincenzo, solo su recepcionista favorito. ¿Por qué habría de enviarme una documentación, según usted, tan valiosa?

—Escuche con atención. —De repente, su tono cambió—. Esa caja es muy importante. Hay mucha gente detrás de ella. Si la tiene, dómela antes de que otros se la quiten y se deshagan de usted... ¡Vamos, Álex, dómela!

—Escúcheme usted a mí. —Me estaba cayendo muy mal y si en algún momento tuve alguna duda y me planteé entregársela, se difuminó de inmediato—. Ni tengo la caja ni sé dónde está, y no hay motivo para que Vincenzo me enviara algo así. Así que, si ese es el motivo de su visita, la entrevista se ha terminado, porque tengo sueño y me voy a la cama.

—Si cambia de opinión en estos días, póngase una gorra roja —fueron sus últimas palabras antes de que la oscuridad de la noche le engullera.

La visita había conseguido algo inaudito: cabrearme y acojonarme por igual. Mi precioso bocadillo de atún se quedó sobre la mesa y solo pude atender a la cerveza. Vincenzo me había introducido en un juego en el que ni quería ni sabía jugar. Según Jean, Vincenzo estaba en peligro, pero... ¿qué podía hacer yo? ¿Por qué no venía Vincenzo a recuperar la maldita caja, si tan importante era?

VII

Al día siguiente me levanté tarde. Había pasado muy mala noche despertándome varias veces con la dichosa caja instalada en mi pensamiento. A veces me felicitaba por haberla abandonado en el hotel, y otras deseaba haberla traído para dársela al primero que me amenazara y quedarme luego en paz.

Mis ánimos no estaban en todo lo alto. Observé con desgana la climatología y casi me alegré de que se anunciara lluvia en toda la región. Era la excusa perfecta para no moverme de Leuk. Me apetecía escribir un rato por la mañana y navegar por Internet. Todavía no había querido pensar mucho en el hecho de que el tal Jean conociera mi nombre y mi paradero en ese momento. ¿Quién más lo sabría? La sospecha de que alguien me había seguido tomaba forma en mi cabeza. De otra manera no se explicaba, pero lo que tenía claro era que no saldría nunca con una gorra roja.

A media mañana, recién duchado y bien abrigado, salí del apartamento dispuesto a dar una vuelta por el pueblo. Entré en el bar de Pierre y me lo encontré hablando con una chica rubia que me daba la espalda. Cuando se giró al ver el saludo de Pierre, me quedé mudo. No es que fuera guapa, es que estaba como un queso de los que hacían por aquí. Miré de soslayo a Pierre demandando una explicación ante tanta virtud, y él ignoró mi petición de clemencia y me la presentó. Se llamaba Sophie, holandesa de La Haya. Había pasado un par de veces por el bar y había preguntado por un trabajo. Por lo visto, su jefe se iba a marchar una temporada y quería dejar a Pierre de encargado. Sophie podría sustituirle en la barra.

—¿Y tú qué tal? Te hacía fuera del pueblo —me preguntó.

Y sin esperar respuesta, desapareció detrás de la barra y me dejó solo con ella. La situación que temía se materializaba desconsoladamente. Me parecía una escena casi infantil y decidí comportarme como un ciudadano de mundo habituado a conocer gente. Borré de mi mente el primer impulso de hacerme el simpático —por resultar patético— y me lancé.

—¿Y dónde vives? —pregunté con torpeza, como quien pregunta la hora. Quitándole hierro al asunto.

—Acabo de llegar. Llevo una semana viviendo en Sion. Me gustaría quedarme una temporada por esta parte de Suiza y me ha parecido buena idea trabajar en este bar. ¿Y tú?

En ese momento, el jefe de Pierre —que resultó ser la ballena ártica que había conocido el primer día— la llamó para conocerla y me ahorró la explicación de mi estancia aquí. Pierre salió de la barra y se dirigió hacia donde me encontraba.

—Está buena, ¿verdad? —dijo con la delicadeza de costumbre mientras Sophie se alejaba con el dueño hacia el fondo del local.

—Pirata. Dónde la habrás conocido. Esa chica no debería frecuentar los locales donde te tienen guardadas las botellas, bribón —dije, muriéndome de envidia. Los más canallas se llevan a la chica.

—No tienes nada que temer. Como has adivinado, no soy su tipo. Ha venido un par de veces, y... ya conoces mi proverbial elocuencia. Pero es dura. Un día me dio un corte muy educado y profesional que me puso en mi sitio y mantuvo la conversación como si nada. ¿Quién sabe? Quizás tengas una oportunidad.

Asentí dándole la razón del indiferente.

Al poco tiempo, Sophie y el jefe se incorporaron a nuestra conversación. El jefe de Pierre era el prototipo de suizo de postal de prados verdes y vacas inmensas: alto, entrado en kilos por los estragos de las *fondues*, con un bigote canoso cuya única finalidad era cubrirle la boca, y ademanes agradables y campechanos. Continuamente nos repartía palmadas en la espalda para apoyar sus palabras. Lo gracioso era que yo no entendía nada, pues hablaba en un alemán suizo ininteligible para mi desacostumbrado oído, así que yo, pendiente de la reacción de los demás, sonreía en el momento que consideraba oportuno. Tal situación terminó con una llamada de teléfono en el bar. Para mi espanto, fue Pierre quien inició el camino de la barra, pero por

fortuna Joaquim —que así se llamaba el entrometido suizo— se adelantó, sospechando ser el protagonista de la llamada.

El truhan de Pierre, al que no se le escapaba una, había detectado mi estado de inopia absoluta con la presencia de su jefe y decidió echarme un cable para sacarnos de allí. Se acercaba la hora de almorzar y me preguntó qué iba a hacer.

—Pues la verdad no lo sé —contesté desubicado—. Quería dar una vuelta por Brig —dije contento de haber improvisado un plan de la manga.

—¿Nosotros qué vamos a hacer? —preguntó Pierre a Sophie—. ¿Has quedado con alguien? ¿Quieres que te lleve a Sion?

—Tampoco tengo plan —contestó alegremente, como si fuera una novedad interesante el hecho de no tener plan.

—Tengo otra idea —dijo Pierre, mirándome como quien mira a una presa a punto de caer en la trampa—. Si Álex se va solo a Brig, podemos acompañarle. ¿O prefieres ir solo?

La pregunta trampa me cogió desprevenido. Balbuceé alguna cosa ininteligible y me recompuse. Imposible negarse delante de ella.

—Por mí, estupendo. No se me ocurre un día mejor para visitarlo. Vamos de excursión a Brig —dijo, mostrando su excelsa sonrisa.

Una vez roto el hielo y más tranquilo por la compañía de Pierre, invertí un poco de tiempo en observar a mi nueva conocida. Era incluso más atractiva de lo que sospeché al principio. Vestía unos *jeans* ajustados que desaparecían en unas botas marrones de algo parecido al ante. Un jersey de color crema demasiado amplio para mi gusto que, según qué postura adoptaba, dejaba a la imaginación el tamaño de sus pechos, y yo tenía mucha imaginación a ese respecto. Rubia de pelo largo y ondulado y ojos color avellana. Pero lo mejor, si es que todavía se podía endulzar más la vista, era una sonrisa encantadora y sincera que iluminaba todo lo que su vista abarcaba.

Lo que más me impactaba y a la vez me tranquilizaba era la paradoja de que, siendo la mujer más guapa que había visto en mucho tiempo, no me sentía atraído por ella. Reconocía cada uno de sus atributos como perfectos. Y para mi sorpresa, tampoco me intimidaba. De hecho, me dio la impresión de que a pesar de aparentar ser de esas mujeres seguras de sí mismas, asomaba algo de inseguridad en sus formas. «Demasiado simpática para ser natural», me dije solo por sacarle algún defecto.

Al rato, Joaquim llamó a Pierre y este entró un momento en la barra. Sophie y yo permanecemos conversando un rato más, maldiciéndome por no haberme puesto una ropa un poco más adecuada para salir. «Claro, como no iba a salir...», me consolé. Tendría que haber seguido los consejos de Julia cuando me desesperaba por lo que tardaba en el baño. Me decía: «Siempre, siempre tienes que salir de casa arreglado. Nunca sabes a quién te puedes encontrar». Y aquí me encontraba, con la mujer más buena de Suiza, y yo escondido tras una sudadera gris con capucha.

Al poco salió Pierre. Venía ladeando la cabeza y mascullando algo entre dientes. Al llegar a nuestra parte de la barra, soltó la novedad al aire para quien la quisiese recoger.

—Mala suerte —dijo—. Joaquim necesita ayuda hoy al mediodía. Han llamado por teléfono y tiene que marcharse, y me ha pedido cubrirle ahora. Me temo que no puedo ir a comer.

Se prolongó un curioso silencio. A mí me daba un corte tremendo comer con alguien que no conocía, por muy atractiva que fuera, así que me adelanté para inclinar la solución hacia mi lado. Pero, para mi sorpresa, Sophie insistió en continuar el plan y, antes de poder rebatir nada, Pierre, en un alarde de rapidez, me dio una palmada en el hombro aplaudiendo la idea sin dejarme otra salida.

Pasé por la puerta del apartamento en dirección al garaje y rápidamente descarté la idea de un cambio de *look*. No quería que pensara que me avergonzaba de mi apariencia o dar sensación de inseguridad.

Tardé unos segundos en adecentar el coche: tirar las bolsas de patatas vacías que descansaban en el asiento de atrás, mapas arrugados y todo aquello que dijera de mí lo desastroso que era para mantener un orden digno de tal nombre. Pierre y Sophie habían descendido por la cuesta y me esperaban a la entrada del pueblo. La chica subió al asiento del copiloto y nos pusimos en marcha. Observé por el espejo retrovisor a Pierre. Su sonrisa pícara me decía algo así como «Te la estoy poniendo a huevo, Sandokan».

Brig distaba apenas treinta kilómetros de Leuk-Stadt. No me sentía muy cómodo. Por primera vez desde que residía en Suiza, no controlaba los acontecimientos, sino estos a mí. Sophie era espectacular y no estaba acostumbrado a estos golpes de suerte. Antes de arrancar, coloqué varias veces el retrovisor, el asiento y el cinturón de seguridad. Las personas metódicas generan confianza, pensé.

Llegamos a Brig a la hora de comer, justo cuando ya habíamos agotado todos los temas de conversación políticamente correctos: número de hermanos, trabajo, familia, gustos, tópicos sobre Suiza, etc. Conseguí aparcar en el *parking* de la plaza del pueblo y salimos al exterior. El día continuaba frío y las nubes se instalaban cómodas entre las montañas sin aparente intención de continuar su camino hacia el lago, con lo que obviamos comer en las terrazas que, aun teniendo estufas, no resguardaban del aire.

La plaza del pueblo era toda empedrada, rodeada de pequeños restaurantes y cerrada al tráfico. La presidía un curioso edificio cromado que rompía la simetría del lugar y vampirizaba al resto de las edificaciones. Tras un primer vistazo general, le pregunté cortésmente en cuál prefería comer y me señaló el primer restaurante que salió a nuestro paso.

—Así que de La Haya, ¿verdad? ¿Y qué hace una chica como tú en un lugar como este? —«Siempre quise hacerle esta pregunta a una desconocida», me dije todo contento por la ocurrencia mientras nos sentábamos en una minúscula mesa del restaurante.

—Pues sí. Soy holandesa de La Haya. Me encuentro en una especie de viaje de iniciación, algo así como «Hay muchas cosas que conocer en esta vida antes de regresar a casa». Mi intención es estar un año viajando por Suiza y luego ya veré. No hago muchos planes por adelantado. Soy licenciada en Psicología y Psiquiatría; me gusta observar a la gente.

—¿Y luego la diseccionas?

—Jajajaja. Pues sí. Pero descuida, contigo no lo voy a hacer —mintió.

A los diez minutos de conversación parecíamos dos conocidos que habían perdido el contacto y se estaban poniendo al día. Incluso me animé y comencé a puntualizar muchas de sus observaciones. Reincidí además en el pequeño detalle que me facilitaba el diálogo: nunca me había sentido atraído por ninguna chica a las primeras de cambio, y descubrí con agrado que Sophie no era una excepción. El estar con una chica estupenda, simpática, buenísima, y no querer ligármela me reconfortaba sobremanera y me proveía de autoconfianza para rebatirle alguna de sus ideas con la que me empezaba a sorprender.

—Al final, todo se resume en encontrar tu lugar en el mundo. Ese lugar que dará sentido a tu vida. Yo llevo tiempo buscándolo. ¿Y tú? —respondió Sophie a una de mis observaciones.

La pregunta que me escondía a mí mismo me la servía en bandeja una desconocida. Temí ser grosero y comencé a hablar trastabilleándome, buscando palabras adecuadas que no me dejaran en mal lugar ni sonaran a «chico solo haciendo el canelo».

—A riesgo de parecer un poco infantil, inmaduro, o como quieras llamarlo —dije sin mirarla a los ojos—, la pura verdad es que no sé muy bien qué hago aquí ni de qué escapo, si es que estoy escapando de algo. Me quedé sin trabajo, sin novia, sin saber muy bien qué hacer y decidí tomarme un tiempo lejos de mi ambiente, quizás buscando también ese haz de luz que guíe mis siguientes pasos. Lo normal.

Ahora fui yo quien permaneció unos segundos callado por si ella quería intervenir. En lugar de eso, permaneció en silencio, mirándome con las cejas enarcadas. Sonreí con la boca cerrada y gesto de resignación que certificaban mis palabras con un «Esto es lo que hay».

La camarera se acercó con las bebidas que habíamos pedido, dos cervezas alemanas tamaño alemán. Debía estar atento, era de gatillo fácil.

—Bueno, yo no me quejo —continuó—. Es la vida que he elegido. Quizás te suene a «Voy de *hippy* por la vida», pero no soy de esas personas antisistema que viven del sistema. Estaría más cómoda viviendo en La Haya, junto a mis padres, con un trabajo sencillo y quizás un marido cariñoso, pero me parece demasiado fácil. Creo que la vida es demasiado corta como para no experimentar. Al final, uno se acomoda en su entorno y pierde la ilusión de explorar, de sentir emociones. Hoy... —Me miró durante un largo segundo para verificar que escuchaba lo que iba a decirme—. Hoy me he levantado pensando que iba a comerme una ensalada sola en casa, y el día me ha deparado una comida en un pueblo que hacía tiempo deseaba visitar, con un desconocido que parece simpático. No sé tú, pero yo me siento estupendamente.

¡Guau! ¡Mi ego acababa de llegar al punto de ebullición! Desde luego, Sophie sabía cómo inspirar confianza. A partir de ese momento, con las pilas cargadas de autoestima, me mostré más franco, más receptivo y saboreé mejor la cerveza.

—Claro que te entiendo y me alegro de tu actitud —dije, resuelto a darle la razón en todo—. No les tengo mucha simpatía a los perroflautas ilustrados.

En ese momento llegó la camarera para servir el segundo plato: una ensalada para Sophie y pollo para mí. Cuando viajó al extranjero, ante la duda, siempre

pido algo de pollo en los restaurantes; el pollo es el único alimento que sabe igual en cualquier país.

Tras unos instantes en los que nos centramos en nuestros respectivos platos alabando su sabor, volvimos a la carga. Cada vez nos mostrábamos más sinceros y nos abríamos más, como si el saberte escuchado por alguien en una situación parecida otorgara más naturalidad a nuestros temores. Las palabras fluían sin muros de contención. Por mi parte estaba encantado: no había tenido una conversación normal desde hacía varias semanas, me encontraba suelto y con confianza. Hablar con una desconocida es a menudo la mejor terapia, y así se lo hice saber. Era evidente que a ella le ocurría algo parecido.

—No creas que la forma en que dirijo mi vida es algo accidental —continuó de repente, como justificándose—. No me gusta cómo está construida nuestra sociedad. Nuestra generación es un desastre repleto de jóvenes inmaduros que se creen el ombligo del mundo. —De pronto posó su jarra y se dirigió hacia mí con burla—. ¡Oye, estamos hablando mucho de mí! ¿Qué pasa contigo? Eres tú el que está aquí, en otro país, buscando algo. Tus motivos seguro que son más interesantes que los míos —dijo, recostándose hacia atrás como quien se dispone a escuchar un fascinante relato.

Estaba desprevenido, cogido a traición. Y me esperaba con los ojos bien abiertos y la sonrisa armada.

—No hay mucho que contar, la verdad —me disculpé—. Hasta ahora he disfrutado de esa vida que tú no has querido llevar. Supongo que he sido uno de esos chicos a los que no les ha faltado de nada y no han valorado nada. Si me ocurría algo trascendente, lo atribuía al síndrome de «negrito porteador» —dije.

—¿Disculpa? —me respondió sorprendida.

—En las películas antiguas de Tarzán, cuando los porteadores negritos pasaban por un desfiladero, siempre había uno que se resbalaba y caía a los cocodrilos. Pues eso, la eterna pregunta adolescente de ¿por qué me pasa a mí? Con todos los negritos que hay en la fila, ¿por qué me tengo que caer yo? Es el síndrome del negrito porteador.

Sophie enarcó la ceja asimilando la tontería, y continué:

—Ahora me encuentro en un período de reflexión en el que decidir si quiero que todo siga igual o dar un quiebro y explorar un mundo de incertidumbres.

¿Sabes lo que es gracioso? No tengo miedo a dar ese paso y, sin embargo, no lo doy.

—¿Estás aquí con la intención de buscar trabajo? ¿O simplemente necesitas vacaciones, coger fuerzas y regresar para comerte el mundo?

—Creo que lo segundo.

—Tómatelo bien. La mayoría de la gente se quedaría en casa lamentando su mala suerte y amargando a los demás.

De sus palabras se desprendía cierta admiración. Era de esa clase de personas que no esperan que los problemas se solucionen solos, sino que dan un paso adelante buscando soluciones. Desde luego, yo no era así. El primer sorprendido de estar en Suiza era yo; esta aventura no encajaba con mi carácter.

Decidí sincerarme.

—No tengas un concepto equivocado de mí. En realidad soy lo contrario, soy de los que buscan la comodidad y el bienestar al menor coste posible; un burgués amante de la ley y el orden. Efectivamente, tenía la opción de volverme un ermitaño insoportable en mi propia casa, pero preferí convertirme en un ermitaño donde no me conocieran. ¿Te he dicho que además soy extraordinariamente tímido?

No buscaba compasión, pero unas palabras de aliento tampoco venían mal. Muchas mañanas me despertaba con la sensación de haberme dejado llevar por mi temperamento.

—Cuando tomamos decisiones importantes —comentó Sophie en tono psicoanalista—, hay que saber disfrutarlas.

Permanecí unos instantes en silencio macerando sus palabras, que desde luego me estaban sentando muy bien.

—¿Volverías con ella ahora? —preguntó como si estuviera espiando lo que sucedía en mi interior. No recordaba haber mencionado a Julia en ningún momento. Quizás el exceso de confianza me hizo hablar demasiado.

—No lo sé. No creo —respondí un tanto perplejo.

La verdad es que, pasado el mal trago de nuestra ruptura, en la que el orgullo dirige tus acciones, volver con ella era una posibilidad muy lejana. En alguna parte del disco duro de mi subconsciente seguía albergando sentimientos de cariño hacia Julia. Visto con la perspectiva de la pérdida, me daba cuenta de

que todos los recuerdos que surgían a traición eran buenos. Ya no existía rencor. Ante su observación, traté de recuperar algo que no hubiera sido formateado y, efectivamente, el amor se diluye, pero el cariño arraiga. No encontré motivos por los que luchar por la relación. Lo expuse como me salió.

—Pero aunque cierres una puerta, el amor siempre se puede colar por la rendija —insistió.

Nuestras miradas se cruzaron en silencio. La camarera se asomó rápida a retirarnos los cafés, como si nos hubiera estado observando para aprovechar el momento oportuno. Hacía tiempo que habíamos terminado de comer y me preguntaba qué haríamos ahora. De vez en cuando miraba por el ventanal en busca de algo o alguien. La presencia de Sophie había rebajado mi tensión por lo sucedido anoche, y de alguna manera, sí que estaba aplicando sus conocimientos de psicología conmigo..., además de los de hechicera.

Insistió en dar una vuelta y andar un poco para despejarnos. Comenzó a caer una finísima lluvia que no impedía pasear, pero molestaba lo suficiente como para evitar hacerlo, de modo que anduvimos con paso ligero deteniéndonos lo justo. Entramos en lo que me pareció un monasterio presidido por un imponente claustro, que resultó ser un palacio erigido por un rico comerciante de antaño. Los corredores del claustro nos resguardaban de la lluvia, así que permanecemos un rato caminando por sus pasillos, maravillándonos del paisaje que se intuía tras las dos torres de piedra oscura coronadas con unas cúpulas que, en mi ignorancia, me atreví a señalar que eran orientales. Sophie se rio de mi aportación comentando que en el siglo XVII los árabes no tenían la costumbre de cruzar por este paso de los Alpes.

—La ignorancia es muy atrevida —sentencié con fingida gravedad.

Durante el camino de vuelta a Leuk no hablamos mucho. Conducía concentrado para no llevarme por delante a ningún *caracol*, que era como comencé a llamar a los innumerables ciclistas que poblaban los arcones, pues parecía que con la lluvia se incrementaba su motivación. Sophie miraba al exterior distraída y respeté su silencio. Quizás habíamos hablado demasiado de nosotros mismos y ahora, con el monótono sonido del parabrisas sobre el cristal, pensábamos en ello. A fin de cuentas, era una reacción natural sentirse raro una vez has desnudado tu alma ante un extraño.

Justo antes de llegar al desvío de Leuk, pregunté si quería ver a Pierre y contestó que no. Estaba un poco cansada. Enseguida entendí que debía acercarla a Sion, y tras mostrar rotunda conformidad con mi decisión, enfilé

el Skoda hacia la autopista en dirección a su pueblo. Tampoco a mí me apetecía mucho alternar con Pierre y ser blanco de los irónicos comentarios que sin duda me dedicaría acerca de mi comida con Sophie. Quería llegar a casa, escribir un poco, escuchar música y conectarme al Messenger. Tenía muchas cosas que contar a mis aburridos amigos.

Los carteles que anunciaban la cercanía de su pueblo animaron su gesto, y la visión del castillo y la iglesia, que como vigilantes medievales dominaban el valle, la indujo a invitarme a Sion a pasar el día.

—¿Cómo negarme a eso? —respondí midiendo mi entusiasmo.

—Recuérdame cuando lleguemos que te dé mi número de teléfono —me dijo.

«Me olvidaré de mi nombre, pero de pedirte el teléfono, jamás», pensé intentando no perder la concentración mientras callejeaba por Sion siguiendo sus indicaciones.

Nos despedimos con sendos besos en las mejillas. Su calle era peatonal y no pude acercarla hasta su portal, por lo que no supe en qué edificio vivía, pero algo me decía que quizás no estaba lejos de averiguarlo. Me sentía bien. Había sido un buen día; quizás el mejor desde que estaba aquí. No me costó trabajo encontrar la ruta para volver. Por el camino, lógicamente, no pensé en otra cosa que en el casual encuentro con Sophie. La decisión repentina de quedarme en el pueblo había provocado el encuentro con Pierre y su amiga, y luego una llamada de teléfono cinco minutos antes de irnos nos había privado de la presencia de Pierre, detalle que sin duda no eché de menos.

—¡Qué cosas tiene la vida! —dije en voz alta.

Llegué a casa. No era muy tarde. Una extraña sensación recorría mi ánimo. Estaba agotado y excitado a la vez. No me apetecía salir, pero deseaba sentir el frío en mi rostro. Necesitaba hablar. Había pasado un excelente día y era urgente expulsar de mí los pensamientos que se aturullaban en mi cerebro luchando por ser escuchados. Pierre era una opción, la única opción, pero desde luego no me iba a ayudar. Se atribuiría todo el mérito de su celestinaje, eso seguro; además, lo último que necesitaba era que Pierre creyera que yo sentía algo por su amiga, porque desde luego no era así. O eso quería creer. Pero ¿cómo hablar de Sophie sin disimular el grato efecto que me había causado?

Abrí una cerveza y bebí un buen trago. El portátil ya estaba abierto. No había nadie interesante con quien chatear, por lo que abrí un archivo de Word y me

puse a escribir sin mucho orden en el pequeño cuaderno de bitácora que había comenzado hacía unos días. Con los recuerdos tan frescos, era momento de rasgar otra página en blanco y perturbarla con mis urgencias.

VIII

—*Oh là là! Mon ami!* ¿Qué tenemos por aquí? ¿Será el desventurado Álex quien le robe el corazón a la chica más dura del Oeste? —No le faltó tiempo a Pierre para atribuirse el mérito de haber hecho de mí un aprendiz de Don Juan.

—Joder, Pierre —contesté visiblemente molesto—. No todos estamos tan desesperados como tú. Sophie es una chica fantástica, pero no es mi tipo. Además, no creo que sea de las que se relacionan para solo una noche, como bien aventuraste, y yo no puedo quedarme aquí hasta comprobar si cambiaría de opinión. No me jorobes y ponme un tanque de los tuyos.

—Que sí, que sí —respondió ajeno a mi indignación.

Me apoyé en la barra y giré la cabeza hacia la esquina donde alguien se escondía tras un periódico alemán de hojas descomunales; al oírme hablar, dobló ligeramente el periódico por arriba dejando asomar su cabeza cana y realizó un gesto de saludo al que respondí con una sonrisa.

Era Joseph.

Pierre observó los saludos y se me acercó hablando en voz baja.

—Me dijo la de la panadería que estuvo en el hospital de Lausanne. Efectivamente, es cáncer.

—Vaya por Dios —exclamé.

—¿Dónde has estado estos días, Willie Fog? —preguntó Pierre cambiando de tema mientras sacaba brillo a unas botellas de *whisky* de malta que hacía años que nadie demandaba.

—Pues he bordeado el lago Lemán por la costa francesa, por Évian-les-Bains, Ivoire... Ahora estoy pensando en ir a Neuchâtel —respondí pendiente del tanque de cerveza.

—Yo no conozco Neuchâtel, pero creo que Joseph ha vivido una temporada allí. ¿No es verdad, Joseph? —gritó en dirección al anciano, que sin duda escuchaba nuestra conversación tras el periódico cual espía de novela barata.

Joseph inclinó el periódico de nuevo y asintió con la cabeza diciendo:

—Es una ciudad preciosa y tiene una universidad de mucho prestigio. Tuve el placer de dar clases allí.

Y antes de que hablara de nuevo, Pierre se adelantó sin poner el intermitente:

—Joseph, ¿por qué no te sientas un rato con nosotros? Venga, que te pongo otra cerveza.

—No quiero molestar.

—¡Nooo! —exclamé—. No se preocupe usted. Es imposible hablar de nada serio con este filibustero —dije, suponiendo que una pequeña broma que nos aliara contra Pierre le inclinaría a aceptar la invitación, cosa que hizo finalmente.

Como anfitrión accidental, me sentí obligado a iniciar la conversación.

—¿Y qué enseñabas en la universidad? —pregunté.

—Viví algunos años en Neuchâtel, «la ciudad de mantequilla», realizando una suplencia a un profesor titular del Departamento de Historia. Soy licenciado en Historia, especialidad en Historia Contemporánea.

—¡Como para no serlo! —interrumpió Pierre—. No ha tenido que estudiar nada, solo recordar detalles de su vida. ¿Verdad, Joseph?

—Bueno —respondió con aire melancólico—, el siglo XX ha sido muy intenso y me ha tocado la suerte o la desgracia de vivirlo apasionadamente.

—Joseph, no seas modesto —interrumpió Pierre.

—Ha sido una vida muy larga —comenzó a hablar el aludido, gesticulando con la cabeza, como pidiendo perdón por haber vivido tanto tiempo—, y, como penitencia, Dios me ha otorgado el don de poseer una memoria que a estas alturas de mi vida quisiera no conservar. Para resumir os diré que no soy alemán, en realidad soy ucraniano —afirmó solemne.

Pierre me hizo un gesto indicándome que no tenía ni idea y dejó el trapo para prestar más atención.

—Emigré a Alemania con mi familia en los años 20, una época terrible para mi tierra. A los dieciocho años, me enrolé en la Marina de Guerra alemana y participé en las primeras escaramuzas de la Segunda Guerra Mundial sirviendo en un acorazado. Después me reclutaron como agente del Servicio de Inteligencia alemán y combatí en la campaña de Rusia, primero como agente y luego como soldado. Al final de la guerra, fui prisionero de los americanos y acabé trabajando para ellos como agente de la CIA. A mediados de los 70, gracias a un golpe de fortuna que me hizo rico, me retiré del servicio y por fin pude dedicar todas mis fuerzas a cumplir el sueño de mi vida, que no era sino estudiar. Me matriculé en la Universidad de La Sorbona y me especialicé en Historia Contemporánea, sin ningún mérito por mi parte, como bien apunta Pierre...

Tras sus palabras se refugió en un gran trago de cerveza.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera cerrar la boca. Por un instante pensé que nos estaba vacilando: Pierre ya me lo había advertido, pero claro, escucharlo en directo me descolocó. A punto estuve de emitir mi desconfiada opinión, pero la voz de Joseph me lo impidió.

—Al lograr mi doctorado, realicé unas suplencias en distintas universidades hasta que me retiré. Decidí que me vendría bien un lugar tranquilo, cerca del mar y con temperatura agradable todo el año, y me decanté por un pueblecito maravilloso en la costa mediterránea, en España. Estuve varios años hasta que me cansé de sol y de turistas. Al principio solo los sufría en la temporada estival, pero aquello comenzó a crecer. Hoteles, urbanizaciones, restaurantes... La paz y la tranquilidad se terminaron con la llegada de rusos atiborrados de dólares de dudosa procedencia, y pensé que los motivos que me habían llevado allí se habían esfumado junto al aire marino, por lo que decidí volver a la docencia. La universidad de Neuchâtel me ofreció una plaza, y allí enseñé Historia Contemporánea hasta que dispuse retirarme en este país. Suiza emana la tranquilidad necesaria para los que buscan paz de espíritu. Un país tranquilo, tradicional, limpio, ordenado, sensato... Y aquí estoy desde entonces, viviendo en lugares donde me siento cómodo o donde puedo servir de ayuda. Ahora resido en este pueblo por quedar a medio camino entre Lugano y Ginebra, y porque la grandiosidad del valle del Ródano me recuerda todos los días lo insignificante que es el ser humano.

Sus palabras me insuflaron una mezcla de asombro y respeto, pero también de pena y soledad. Quise mostrarle mi admiración. Yo sí me sentía insignificante: no hay nada más saludable para solucionar tus problemas que conocer los problemas de los demás. Me sentí ridículo de mis charlas existenciales ante el espejo.

Sus ojos temblaron con el reflejo de la luz de la barra y me dedicó una tierna sonrisa de anciano resignado.

—No acostumbro a contarle mi vida al primero que llama a mi puerta, y eso que algunos lo han intentado, pero no sé por qué he comenzado a hablar y no he podido parar. Además, tampoco hay nada de malo en que a mi edad quiera presumir un poco de aventurero, ¿no crees?

—Sin duda es una licencia que te puedes..., corrijo, *te debes* permitir —afirmé con rotundidad.

Sus palabras se ablandaron y un silencio melancólico atravesó nuestros cuerpos. Intuí que una intensa lucha interior se libraba en el corazón de aquel anciano.

—Estos días ando un poco deprimido —continuó sin mirarme a los ojos—. Solo soy un anciano cuya única herencia son sus recuerdos. Mis días se acaban, y conmigo, mi memoria.

Intentaba recomponerse dibujando una sonrisa de circunstancia que no hizo sino empeorar la escena. Me vinieron a la mente los comentarios de Pierre acerca de su enfermedad; quizás le hubieran dado una mala noticia en su última visita al hospital. Le animé a que descansara.

—No, no, Álex —dijo de repente como animado por algún resorte oculto que le hubiera recolocado erguido sobre su taburete. Crucé de nuevo una mirada con Pierre, quien detrás de la barra me indicaba que todo estaba correcto, por lo que me relajé y me dispuse a escuchar.

Divagó un poco y nombró la CIA, y, como si esa hubiera sido la palabra clave, me lancé a preguntar.

—¡¡Al diablo con los secretos!! —Alzó la voz queriendo emitir un grito y le salió algo parecido al cantar de un grajo, lo que contribuyó a sonsacarnos unas buenas sonrisas y una mejor disposición a escucharle.

»En realidad solo era un oficial de enlace —continuó—. A menudo un mero traductor. La única ocasión en que realicé trabajo de campo fue en Israel. A

principios de los años 70, algunos de los judíos supervivientes de la Segunda Guerra Mundial provenientes de Ucrania deseaban instalarse en Israel. La motivación de muchos no descansaba precisamente en su fervor religioso, sino en escapar de un pasado terrible con los nazis y la esperanza de un futuro mejor lejos de la Unión Soviética. Mi misión consistía en captar un posible desencanto comunista y esa falta de ortodoxia religiosa para atraerlos a las redes de informadores de la CIA en Israel. Al ser yo el único agente disponible que hablaba ucraniano, me designaron la tarea de mantener la red. Mi tapadera de comerciante me permitía viajar a menudo y establecer innumerables contactos. Jamás pisaba la embajada americana, pues tanto el edificio como los supuestos agregados culturales estaban vigilados.

—Pero... ¿cómo acabaste en la CIA? ¿No eras un prisionero? —preguntó Pierre atento. Yo le escuchaba entusiasmado. No me podía creer que estuviera frente a un veterano de la CIA desgranando sus misiones. Suponía que luego no nos mataría.

—Un prisionero alemán de origen ucraniano despertó mucho interés en un campo de prisioneros de guerra aliado —contestó.

»En los días finales de la contienda, nuestro batallón se encontraba en el este. Defendíamos unas posiciones en las afueras de Berlín esperando la inminente llegada de los soviéticos. Muchos camaradas que habíamos visto y sentido las barbaries cometidas en suelo ruso sabíamos cuál era nuestro destino en caso de no morir y caer prisioneros: ser fusilados en el acto o llevados a campos de concentración peores que los nuestros. Nuestra única esperanza era elegir la forma de morir.

»Un teniente, que había sido degradado por haberse retirado con su sección de una posición indefendible y perdonado de la ejecución por falta de efectivos, tuvo la idea de cambiar de frente e ir hacia el oeste para así caer en manos de los americanos. Suponíamos que, al haber entrado en la guerra más tarde, tendrían menos motivos para odiarnos. Creo que no nos equivocamos. Para lograrlo, necesitaba contar al menos con toda una sección para atravesar el frente sin despertar sospechas. No le costó convencer a todos los desgraciados que ocupábamos la trinchera en la orilla del río Spree, y al día siguiente, aprovechando una escaramuza de los rusos, desertamos todos. Robamos un camión y huimos. Sospecho que ni siquiera nos echaron de menos; los rusos avanzaban como *bulldozers* y aplastaban la resistencia alemana como si fueran castillos de naipes. El teniente falsificó los papeles de traslado al frente occidental y gracias a que todavía conservaba su porte de mando conseguimos

movernos por la retaguardia en dirección al oeste. Sin duda, fue el viaje más peligroso de mi vida. En cada cruce de carreteras éramos detenidos por guardias de corps encargados de apresar a todo desertor. No les sobraba el trabajo, pero el truco radicaba en ver quién podía gritar más alto, y nuestro teniente alcanzaba varios registros por encima de aquellos perros. En cuanto llegamos a la línea defensiva del oeste, a la primera acción tiramos las armas y nos rendimos. Cinco días después los rusos entraron en Berlín.

»Mi última acción militar no fue nada heroica —dijo gesticulando con ambas manos. Pierre ya se había incorporado a la narración fuera de la barra. En el bar no quedaba nadie y solo se escuchaba la madura voz de Joseph—. Los americanos nos hacinaron en un campo de prisioneros donde cada día llegaban nuevos desarrapados como nosotros, sin higiene y sin comida, pero agradecidos de no estar en Rusia. Los veteranos del frente del este como nosotros escandalizábamos a los combatientes que habían estado de vacaciones cuatro años en Francia con nuestras historias. Todos nos entreteníamos narrando nuestras hazañas y nuestros temores, pero, al final de cada relato, el silencio atormentaba nuestra memoria y, callados, nos retirábamos avergonzados.

Influido por el nuevo recuerdo, Joseph hizo una pausa de unos segundos homenajeando a aquellos camaradas cuyas historias, seguro, no desmerecían las suyas.

—El hambre agudiza el ingenio —continuó de repente—. Un día, con la esperanza de mejorar mis condiciones de vida, me presenté a un oficial americano y le demostré mi habilidad con los idiomas eslavos por si podía servir de ayuda. Apuntaron mi nombre, unidad y número de confinamiento, y cuando ya me había olvidado del asunto, me llamaron para trasladarme a otra área del campo, donde los judíos supervivientes de los campos de la muerte provenientes de Ucrania, Bielorrusia y Crimea eran incapaces de entender a sus libertadores. A menudo ofrecíamos espectáculos surrealistas: yo traducía del ucraniano al alemán y otro del alemán al inglés. Un día pregunté por qué no se ayudaban de los rusos para realizar las traducciones y su silencio me hizo pensar que la presencia de sus aliados del Este comenzaba a no ser tan amistosa. Tampoco encontraban alemanes que hubieran servido en los campos. Los arios se habían escapado según sintieron el aliento de los aliados y era difícil dar con alguno. Cada vez que detenían a uno, lo confinaban en un lugar secreto, en parte para evitar venganzas descontroladas, en parte para

poder saber exactamente qué ocurrió allí, pues todavía nuestras mentes no alcanzaban a comprender la atrocidad cometida.

»A partir de aquel momento ocupé otro barracón, menos hacinado. Incluso había jabón. Aunque no me hacía muchas ilusiones. Solía pensar que, una vez realizado el trabajo, sería fusilado para asegurar mi silencio. Era lo que en Rusia estaba acostumbrado a ver.

»Pasaron varias semanas hasta que un día, sin avisar, me trasladaron. No tuve tiempo de despedirme del único camarada de trinchera que me quedaba. Habíamos coincidido en una deshonrosa retirada en Ucrania y desde entonces habíamos permanecido juntos. Jamás le volví a ver. Rudolph, se llamaba. Todavía conservo el primer plano de su mugrienta cara y sus negros dientes apretados mientras tiraba de mí para sacarme de debajo de la rueda de un anticarro que me aplastaba contra el barro. Habría muerto asfixiado si ese bruto no hubiera caído a mi lado. De las cientos de formas en que pude haber muerto en el *east front*, ahogado semiinconsciente en el barro sin duda habría resultado la más estúpida.

»Como os decía, un día me despertaron, me metieron en un camión y me sacaron del campo de prisioneros. A mitad de camino nos detuvimos, subió un policía militar americano y me vendó los ojos. No hubiera hecho falta, porque no tenía ni idea de por dónde circulábamos, pero viajar en un camión con los ojos vendados solo podía significar una cosa. Recuerdo que llovía. El sonido del agua golpeando la carrocería del camión era lo único que mi mente registraba. Me encontraba tan inerte que mi único pensamiento era que, con la tierra mojada, sería más sencillo cavar mi fosa.

»“Hasta aquí llegó tu suerte, amigo Joseph. Te van a dar de tu propia medicina”, me dije extrañamente sereno. De alguna manera, creí merecer ese final.

»Un escalofrío me recorrió el espinazo al sentir detenerse aquel camión. Escuché voces y un desagradable chirrido metálico: alguien se asomó al camión y habló con los policías militares que me custodiaban. Me encontraba paralizado. Creí poder afrontar mi destino final con entereza, y en el último momento me faltó el valor y la dignidad. En las horas que duró el trayecto, mi mente había viajado sin descanso por los senderos de la angustia, la locura, la esperanza, la tristeza y la fe. Con los nervios deshechos y las piernas temblando, bajé del camión para descubrir que mi lugar de destino no era sino otro campo de prisioneros.

»Nunca supe ni su nombre ni dónde se ubicaba. No era un campo de concentración propiamente dicho, sino una especie de recinto vallado donde la gente que lo poblaba gozaba de plena libertad para moverse, excepto para escapar. Era extraño: ni estaban encerrados ni podían huir; más aún, no querían irse de allí. Desde luego, la vida en aquel lugar no tenía comparación con otros campos: comida caliente, agua siempre tibia, duchas con jabón... Muchos prisioneros, por llamarles de alguna forma, vestían con elegancia, algunos con sombrero, e incluso a otros los acompañaban sus familias.

—Pues menudo cambio, ¿no? —interrumpí para que tomara un poco de aire.

—Con el tiempo averigüé que en aquel recinto se confinaba a los prisioneros importantes. Colaboradores del régimen nazi que, queriendo o no, habían puesto sus conocimientos a su servicio. Algunos hasta habían desarrollado su trabajo con notables éxitos en campos como la química o la física, científicos cuyas investigaciones no era deseable que cayeran en otras manos «amigas». Médicos, oficiales y miembros del Servicio de Inteligencia alemán que se habían identificado y entregado a los americanos. Los científicos permanecían poco tiempo en el campo; a los dos o tres días un coche los recogía y ya no sabíamos nada más de ellos.

»En aquel lugar no había excombatientes. Aquellas personas habían hecho la guerra desde despachos, fábricas o laboratorios. Nadie hablaba mucho. Apenas tímidas palabras corteses de saludo entre ellos, o miradas huidizas, culpables... El ambiente era de tensa espera. Cuando algún padre de familia era llamado al despacho del comandante, su rostro se contrariaba por los nervios. Aunque la mayoría, hasta donde yo sé, consiguió su objetivo: emigrar a Norteamérica y trabajar para el Gobierno estadounidense.

»Una vez probada la fruta, es difícil renunciar a ella, por lo que durante mis días de intérprete me preocupé bien de desarrollar mis mejores dotes teatrales de servilismo y abnegación. Por nada en el mundo quería volver a las comidas frías y el agua helada, así que me esforcé encarecidamente por resultar útil y eficiente. La dignidad era una virtud que en aquellos tiempos solo aportaba miseria. En la Kriegsmarine, los telegrafistas recibíamos clases de inglés para familiarizarnos con el enemigo y sus claves. Para el año 45 había olvidado lo poco que aprendí, pero poco a poco fui agudizando el oído y, para mi sorpresa, comencé a defenderme con cierta soltura.

»Pero todo lo bueno se acaba y me hicieron regresar al anterior campamento. Esta vez debía ayudar en otro tipo de interrogatorios... Desertores rusos.

»Con la euforia inicial por la victoria ya desaparecida, y cuando ya no quedaban más mujeres alemanas por violar, algunos soldados del ejército rojo decidieron escuchar con sus propios oídos los cantos de sirena del mundo occidental, cuya melodía capitalista aparentaba desafinar menos que la verbena de Stalin. En los meses siguientes al fin de la guerra, numerosos soldados soviéticos se pasaron a los territorios custodiados por los americanos, detalle que ambos aliados se cuidaban en silenciar. Al principio, los sorprendidos americanos devolvían los soldados a sus aliados, los rusos, aunque no tardaron en valorar aquella magnífica fuente de información y comenzaron a prestarles mayor atención. ¿Adivinas de qué nacionalidad eran la mayoría?

—¡Ucranianos! —exclamé eufórico.

—Exacto —dijo con tono docente—. Los pobres muchachos apenas sabían hablar ni escribir. La mayoría eran jóvenes cuyas familias habían sido arrasadas por los nazis y a los que, a la vuelta, solo les esperaba el trabajo en una granja colectiva. Soldados que al entrar en Polonia respiraron por primera vez un aroma distinto del que emanaba de los comisarios políticos del NKVD. A los oficiales los retenían durante más tiempo. Los americanos querían saberlo todo: nombre y número de divisiones empleadas en las ofensivas, armamento utilizado, nombres de oficiales al mando, tácticas empleadas, situación de los territorios ocupados, detalles de la ocupación nazi..., en fin, todo.

»Lógicamente, los rusos furtivos no se mezclaban con los demás huéspedes. Estaban separados del resto por una valla metálica cubierta con una gruesa tela que impedía la visión de un lado al otro. Supongo que no era fácil encontrar plazas libres en otros campos.

—¿Cuánto tiempo permaneciste allí? —preguntó Pierre, que no perdía detalle de sus gestos.

—Estos interrogatorios duraban ya varias semanas cuando tuve un encuentro que cambiaría de nuevo mi empleo al servicio de los libertadores.

»Era el último interrogatorio del día y estábamos todos agotados, yo de traducir, y los oficiales americanos de anotar cada palabra en un informe. Anunciaron la llegada de un tal capitán Kravets. Me desanimé un poco: al ser capitán, el interrogatorio sería más largo. Entró en el barracón, saludó y se sentó en una silla atendiendo a un gesto que se le hizo. Cuando el oficial americano comenzó a preguntar, permaneció unos segundos en silencio,

mirándome fijamente sin atender al oficial. Yo no entendía semejante atención, y la prolongación de su mutismo comenzó a turbarme, pues la situación se tornaba embarazosa. Sobre todo para mí.

»—¿Ahora trabajas para ellos, Joseph? —rompió Kravets el silencio con una amarga sonrisa.

»Los americanos solo entendieron mi nombre y el oficial se giró hacia mí alarmado. El capitán Kravets seguía mirándome fijamente, satisfecho por la confusión creada, mientras yo trataba de ubicar su rostro con evidente nerviosismo.

»—Hubo un tiempo en que quisiste que trabajara para ti, ¿recuerdas? —Sus ojos azules me retaban de nuevo.

»Repasé a toda velocidad la galería de rostros que como *flashes* surgían de mi mente, hasta que finalmente lo encontré: en Kiev, meses antes de la invasión. No recordaba su nombre; desde luego, no era el que había informado junto a su rango. Habría engordado unos diez kilos (de alguna manera, los soldados rusos habían encontrado la forma de alimentarse en estos últimos meses) y una pequeña pero gruesa cicatriz le cruzaba ahora la barbilla.

»El oficial al mando detuvo el interrogatorio en el acto y sacó al capitán ruso del barracón. Sin atender a mi reacción, me preguntó irritado:

»—¿De qué conoce usted a este ruso? —Sin esperar respuesta, ordenó con la mirada al otro oficial que me detuviera y pusiera las esposas. Enseguida capté la situación. De repente, ya no era el alemán bueno que les ayudaba a traducir, sino el posible espía ruso que sabe Dios para quién trabajaba.

»Cuando estuve esposado, el oficial al mando repitió la pregunta. A esas alturas del juego, ya no tenía nada que esconder. Por descontado, no era espía ruso y mi vida dependía de demostrarlo. Decidí poner toda la carne en el asador y que Dios me ayudara como hizo tantas veces en las trincheras de Ucrania.

»—Fui oficial de la Abwehr, el Servicio de Inteligencia alemán —contesté altivo, orgulloso, mostrando que era mi deber haber ocultado mi oficio anterior—. Conocí al capitán Kravets (quien, por cierto, no se llama así) en Kiev, en el transcurso de una misión que tenía por objeto atraer la disidencia ucraniana al servicio de los nazis y así facilitar la ocupación una vez se iniciaran las hostilidades contra los soviéticos.

Pierre y yo cruzamos furtivamente nuestras miradas. Joseph se percató de ello y, consciente del impacto de sus palabras, alargó la pausa hasta que digéramos e imaginamos la escena.

—La cara del oficial se contrajo —continuó el anciano retomando el hilo—. Su rostro se tornó rojo de ira, no sé si por creer que les había tomado el pelo o por pensar lo que se les avecinaba cuando relataran mi historia a sus superiores. Lo único que comprendió es que su rango no le autorizaba a seguir explorando mi historial y, acto seguido, llamó al cuartel general para que se hicieran cargo de mí. Escoltado por cuatro policías militares, me encerraron en una sucia celda en el mismo campamento de los rusos.

»Al día siguiente se presentó el coronel al mando, y dos agentes del Servicio de Inteligencia me sacaron de aquel agujero para llevarme de nuevo al barracón de los interrogatorios. Ahora era yo quien se sentaba al otro lado de la mesa. Apenas había dormido meditando hasta qué punto debía contar lo que sabía y lo que había hecho. Allí nadie me conocía, pero existían otros prisioneros del antiguo Servicio Secreto con quien contrastar mi información. Debía justificar mi pertenencia a la Abwehr para no ser acusado de espía ruso, pero... ¿era necesario contarle todo? ¿Debía guardarme algún as en la manga por si mi situación empeoraba?

»Con estos pensamientos, comencé mi particular tormento. Los americanos eran más duros de lo que pensaba. Además, iban a por mí. No fue un interrogatorio para obtener información, sino para cogerme en un renuncio y fusilarme por espía. Durante dos meses estuve narrando mis misiones y verificando informaciones recogidas por otros Servicios de Inteligencia aliados acerca de operaciones de la Abwehr. La información se convertía en un arma más eficaz que los órganos de Stalin. Les conté mi vida y milagros tal y como os lo estoy contando a vosotros. Alemania no existía. Solo le debía fidelidad a mi lucha por vivir.

»Al acabar los interrogatorios, fui encerrado de nuevo en el barracón-celda. Regresaron las duchas gélidas y las comidas correosas. Me tuvieron allí cerca de un año. Resultaba un prisionero muy incómodo; sabía demasiadas cosas de uno y otro bando, de los americanos, de los alemanes y de los rusos. Una vez confirmadas mis declaraciones, no me podían juzgar porque, como soldado alemán, era mi deber luchar contra el enemigo. No sabían qué hacer conmigo, como me confesó años después un superior en la oficina de la CIA en Berlín Oeste. Al final, acabaron ofreciéndome trabajo.

—¡Tócate los huevos! —grité yo escandalizado.

—¿Eso sería ya en el año 46 o 47? —preguntó Pierre—. Ya estabais en plena Guerra Fría, ¿no es así?

—Pues sí. La Guerra Fría comenzó antes de que terminara la caliente: en la Conferencia de Yalta. En el momento en que Stalin se convenció de que ya nada podría detener el avance de sus tropas. Entró en Rumanía, Bulgaria, Hungría, Polonia, y jamás tuvo intención de abandonarlas.

»En Yalta, Stalin hizo el papel de víctima —afirmó de repente—. Su país había sido el más golpeado por la guerra. Veinte millones de rusos muertos en la contienda despertaban solidaridad y compasión entre sus aliados; condolencias que desde luego él no sentía hacia los suyos: era un estadista por encima del bien y del mal. Se autoasignó el derecho de obtener más contraprestaciones que cualquier otro ante la mirada simpática de Roosevelt; no así de Churchill. El inglés conocía la doble moral de Stalin; por ello insistió en entregar a Francia una parte del pastel alemán cuando los franceses habían hecho bien poco o nada por la victoria aliada. El temor de Churchill era quedarse solo, cuando los americanos se marcharan, como muro de contención ante previsibles levantamientos comunistas que seguro encontrarían terreno abonado en países devastados, cuyas gentes se lanzarían a los brazos de todo aquel que les prometiera pan. Churchill necesitaba a Francia en plena forma para compartir esa carga.

Acompañó esta última afirmación con un sonoro golpe en la mesa con la jarra ya vacía; Pierre, dándose por aludido, hizo ademán de recoger el guante, pero un gesto autoritario de nuestro anciano amigo le detuvo.

Habíamos tocado su vena didáctica y nos había ofrecido una clase magistral de Historia Contemporánea... según su punto de vista, desde luego. A mí me valía y, por la cara que ponía Pierre, a él también.

Nos regaló una última sonrisa y alzamos nuestras cervezas en señal de gratitud. Sin dejarnos apenas tiempo para comentar sus palabras, hizo ademán de recoger su abrigo y ponerse en pie. Apoyó su mano en la barra y lanzó una breve pero intensa mirada al espejo que tenía enfrente, como juzgando la conveniencia de sus palabras.

—¿Nos veremos mañana, Joseph? —pregunté esperanzado.

—Eso solo Dios lo sabe, amigo Álex —respondió ya de espaldas levantando la mano en señal de despedida—. Solo Dios lo sabe —se repitió a sí mismo

mientras abandonaba el local.

Permanecí un instante mirando a Pierre. «¡Guau!», pensé. Qué extraños virajes concede la vida: hacía unos días me planteaba la posibilidad de regresar con el rabo entre las piernas, y ahora deseaba prolongar todo lo posible esta locura y dejarme llevar. Al día siguiente había quedado con Sophie para descubrir los encantos de Sion y quién sabe cuántas sorpresas más.

—Estoy mal de la cabeza —concluí.

Me despedí de Pierre y regresé al apartamento. No tenía mucho sueño a pesar de las tres o cuatro cervezas que me había atizado. Encendí el portátil y una irreprimible fuerza hizo que abriera el archivo donde guardaba mis anotaciones del viaje. Mis dedos comenzaron a jugar con el teclado y me encontré plasmando en la pantalla todo lo que recordaba del relato de Joseph.

La cerveza dificultaba la reacción de mi memoria, pero, aun así, todo estaba demasiado fresco y mi mente todavía disfrutaba del impacto recibido. Mis palabras se disparaban con una soltura desconocida: no quería olvidar nada y escribía como un loco, tal y como lo recordaba. Golpeaba las teclas atropellando las palabras. Todavía no había terminado de escribir una y mi mente ya dictaba la siguiente. Era como una montaña rusa de sensaciones. Imágenes yendo y viniendo. Me sentía vivo. La bisona idea de escribir un pequeño diario cobró la fuerza de un huracán: si no escribía ahora que tengo tiempo y ganas, nunca me lo perdonaría.

Cuando terminé y tras releer las primeras líneas, me convencí de que sería necesario un repaso y acomodar mejor frases y palabras, pero ya lo haría otro día. Sophie y las colinas de Sion me esperaban al día siguiente con los brazos abiertos.

6 de junio de 1920

Kiev, Ucrania

La noche resplandeció. La artillería roja saludaba así a las estrellas que se reflejaban en las tibias aguas del Dniéper.

Hacía una semana que los bolcheviques atacaban con violencia. Una semana en la que Yuriy vio caer a demasiados hombres; algunos, buenos camaradas, incluyendo a su compañero de camilla. Se había convertido ya en todo un veterano, atribuyéndose la facultad divina de intuir quién merecía ser evacuado primero y quién debía encomendarse a Dios.

Los ataques rusos se habían desarrollado según las estimaciones del general Rydz-Śmigły, lo que, lejos de parecer positivo, no hizo más que presagiar todos los temores del alto mando. Los reemplazos polacos habían llegado justo a tiempo para reforzar las defensas y se había forzado el reclutamiento de más ucranianos. Hasta ahora se habían contenido los desesperados ataques aun a costa de muchas bajas, pero no podía durar siempre. Los rusos no paraban de enviar hombres al frente, con o sin ninguna experiencia en combate y, por tanto, de cuestionable fiabilidad. En plena batalla, por el norte de la ciudad se multiplicaron los casos de desertión. Batallones enteros se pasaban de un lado a otro sembrando la desconfianza y el caos entre los contendientes. Los bolcheviques decidieron entonces mandar comisarios en sus ataques para evitar situaciones dudosas, y los polacos fueron retirando del frente activo a los batallones ucranianos, los cuales, a esas alturas, ya no sabían para qué o para quién luchaban. Era el caos.

Sentado en el borde de un cráter, Yuriy recordaba la conversación que a la luz de una hoguera mantuvo un día con una mujer de Kiev. La afligida señora no tendría más de cincuenta años, como intuyó mientras charlaban con un vodka él y un vaso de vino blanco ella. Los surcos de su rostro señalaban cada infortunio pasado como un recordatorio del presente.

—La política me lo ha quitado todo —dijo desgastada—. Los políticos son seres deleznable que no dudan en arrastrar a las masas en persecución de sus delirios de grandeza.

Hablaba serena. En su voz latía la sabiduría de sus años y mostraba la templanza de quien no tiene nada y, por tanto, nada que perder.

—Los políticos me arrebataron a mis dos hijos y a mi marido. Él murió en el frente alemán, y mis niños, en San Petersburgo, en las cárceles zaristas, defendiendo la Revolución. Dos ideales enfrentados y el mismo resultado: mi familia, muerta. Ahora, de nuevo los políticos arrastrando al pueblo a la contienda. ¿Para qué? ¿De verdad queremos la Revolución a cualquier precio? ¿De verdad queremos ser independientes a cualquier precio? De todos los ucranianos que van a morir en esta guerra, ¿cuántos han conocido más tierras que las que los vieron nacer? Y sin embargo, están muriendo a cientos de kilómetros de sus madres.

—¿Por qué seguimos a los políticos cuando nos envían a la guerra? —se hizo eco Yuriy.

—¿No demuestra eso que han fracasado? La guerra debería ser el último recurso de quien se atribuye el derecho de decidir por su pueblo, y llegados a este punto, el mismo pueblo debería sustituir al líder incapaz de encontrar otra solución más allá de la bélica. Pero la masa es estéril, inculta, apasionada. Una página en blanco donde cualquier iluminado puede escribir sobre el futuro de los demás.

Chocaron sus vasos a fin de rememorar el momento en que descubrieron el sinsentido de la vida.

Los ojos claros de aquella mujer reflejaban la misma lucidez que sus ideas. El tiempo había demacrado su rostro, pero su mirada era limpia y segura. A menudo pensaba en ella cuando descansaba tras una triste jornada. Se encontraron un par de veces más. Solía pasar delante de su puesto de camino al río. Se saludaban con la cabeza; no había mucho que decir. Él la seguía con la mirada hasta que su enjuta figura de luto riguroso desaparecía entre las

primeras casas que salpicaban la entrada a la ciudad. ¿Cuántas mujeres sufrían así?

Para entonces, el desgaste humano entre las filas era ya insostenible. El general Pilsudski había dado orden de no enviar más refuerzos; aguantarían las locas embestidas del enemigo mientras preparaban un plan de retirada. Nada se podía hacer ya por Kiev. Los bolcheviques eran demasiados, y el frente, muy amplio. Symon Petlyura permaneció inmóvil, atenazado. No movió un solo músculo de su cuerpo al conocer los planes de su aliado por boca de su general en jefe. Con gesto enérgico, se quitó el imaginario polvo de su hombro derecho y salió de la estación de ferrocarril donde Pilsudski despedía a los heridos. No había podido hacer frente a su compromiso de crear su ejército y la amenaza polaca se cumplía. La suerte estaba echada para los ucranianos. De nuevo salió cruz.

Petlyura reconocía su fracaso y no podía culpar a sus aliados. Ahora, con el peso de la realidad sobre sus hombros, se dirigía cabizbajo hacia el ayuntamiento, donde habría de dar la noticia a sus colaboradores.

Tendrían que huir con los polacos...

La noche dio paso a la mañana. Nadie había dormido. Los nervios estaban destrozados. Solo los más veteranos se habían preocupado de comer, de beber y de orinar. Enfrente, se apostaba el recién reconstruido duodécimo ejército bolchevique, dispuesto a no hacer prisioneros. Llegaron noticias del norte: los defensores estaban diezmados y la población civil había comenzado la evacuación. Familias enteras corrían peligro por haber ayudado a los polacos o no haber ayudado lo suficiente a los rusos, y huían con lo puesto hacia el oeste. La vida con la que soñaban se había tornado una pesadilla. La carretera hacia Zhytómir se colapsó en una lenta procesión de carros y caminantes.

A Yuriy le asignaron otro camillero. El ucraniano que le acompañaba fue alcanzado por una esquirla en la frente mientras regresaban con un herido. Yuriy, desde el suelo, vio cómo se irguió de repente, como preguntándose qué había pasado, para segundos después desplomarse como un saco.

Esta vez tenía por compañero a un ulano con una aparatosa venda en la frente. Una explosión le abrió la cabeza. Al levantarse, perdió el sentido de la orientación y se volvió a disparar contra los suyos, dando vítores al káiser creyendo que luchaba en el ejército alemán de la Gran Guerra. Le retiraron del frente y le cambiaron el arma por una camilla. Sirviendo de camillero, al menos, tendría una muerte honrosa.

Al principio, fue una sensación muda. Los atemorizados soldados se miraron extrañados. Al momento, notaron que el suelo temblaba y sintieron como un rítmico rugido que crecía cada vez con mayor intensidad. La bruma matutina envolvía el frente, apenas se distinguían varias decenas de metros. Al fondo, las primeras sombras se acercaban con rapidez. Los veteranos gritaron:

—¡¡¡Caballería, cosacos!!!

Asomado por los huecos que aireaba un muro derruido, Yuriy no podía dejar de mirar. No quería evitar los escalofríos que le provocaba la escena que se desarrollaba a apenas cien metros de su escondite. No podía apartar aquellos sucios binoculares de sus espantados ojos. La confirmación de sus teorías le mantenía sobrio en aquellos terribles momentos: la meticulosidad con que los hechos se empeñaban en darle la razón apenas mitigaba su dolor. De repente, sospechó que todo era un sueño. Dormía plácidamente, y una pesadilla se introducía en su cama transformándola en un campo de batalla. Las escenas se superponían unas sobre otras, como si, espectador de su propio sueño, el encuadre no abarcara toda la escena que se reflejaba en sus vidriosas pupilas. Soñaba en tiempo real, muy real, y estaba ocurriendo ahora. Las imágenes se mezclaban: a ratos a cámara lenta, a ratos fugaces. Entornó los ojos y volcó su mirada hacia las trincheras. La escena se materializaba ante su espantada mirada.

¡Pero era real! ¡Estaba sucediendo ahora!

Presas del pánico, los servidores de ametralladoras comienzan a replicar a ciegas sin que se dé la orden. Juramentos de los oficiales. De entre la bruma, ya asoman los primeros jinetes rápidamente desmontados por el impacto de las balas. A los primeros caídos los sustituyen otros, con mayor entusiasmo si cabe. El sol protege la retirada. Los sables brillan. Esta vez no han anunciado su presencia con fuego de artillería. Ahora sí se escuchan los primeros obuses. Los defensores se miran asustados. Caen los primeros soldados por las explosiones de la artillería. Estaban al descubierto. No esperaban a los obuses en plena carga cosaca...

Una explosión cercana sacó a Yuriy de su confusión. Buscó con la mirada a su compañero. El ulano permanecía a su lado agachado con los ojos cerrados y cubriéndose los oídos. Le empujó y abandonaron la protección del muro para hacer su trabajo.

Algunos bolcheviques lograron alcanzar la primera línea. Saltaron directamente del caballo a la trinchera, sable y pistola en mano. Contraataques

a bayoneta calada. Disparos a un metro de distancia, gritos, explosiones. Los polacos consiguieron reforzar la línea, de modo que fue rechazada la primera carga. La infantería rusa, mientras masacraban a los cosacos, había conseguido penetrar en la tierra de nadie. Habían tomado posiciones y hostigaban con sus ametralladoras. Aunque se mantenían firmes, no podían avanzar sin ponerse a descubierto. Todo ocurría muy rápido, pero por la mente de Yuriy las imágenes discurrían a cámara lenta. Reteniendo cada instante para no olvidarlo jamás. No era la primera vez que sufría una carga enemiga y, sin embargo, esta era distinta. Era absurda.

El fuego de artillería es muy potente; no pueden dar cuatro pasos seguidos sin agacharse sobresaltados. Hierros, maderas, esquirlas, lluvia de tierra cayendo todo alrededor. El polvo suspendido en el aire impide la visión y se adhiere a la garganta, provocando una sed terrible que aumenta el cansancio y el peso de las piernas. Avanzan a tientas hacia el rugido de los lamentos. Solo se escuchan explosiones, gritos, órdenes, juramentos, aullidos, cascos de caballos.

A los cosacos se les estaba uniendo una división de fusileros que avanzaba campo a través. Las municiones comenzaban a escasear. Las líneas de abastecimiento fueron barridas por la artillería, que no dejaba de disparar; muchos proyectiles caían entre la propia avanzadilla rusa. Era un festival de muerte y destrucción. Yuriy se encontraba paralizado: había tantos cuerpos esparcidos que no sabía por cuál aventurarse. Su compañero había perdido el juicio, no podía contar con él. Yuriy no se encontraba mejor, pero por alguna razón lograba controlar su miedo.

Una explosión los lanzó al suelo de nuevo. El ulano se incorporó de rodillas lentamente, aturdido, medio sordo. Cuando sus miradas se encontraron, supo que algo iba mal. Siguió la mirada del ulano hacia su propio brazo, de donde sobresalía una esquirla de metal sesgando el músculo y los tendones. Sangraba mucho. El ulano reaccionó: hizo un torniquete y le arrastró a un puesto de mando, donde ya solo permanecía un herido abandonado en una esquina. Parecía que respiraba.

Se recibieron algunos refuerzos y municiones. Los polacos se rehicieron y los rusos cesaron el ataque. Los fusileros, sin municiones y conscientes de su debilidad, se arrojaron al descubierto para precipitar su final y no caer prisioneros: fueron barridos en pocos segundos, aunque algunos rusos sobrevivieron a sus heridas. A los desgraciados les esperaba un implacable

interrogatorio y un triste final; más les hubiera valido caer como héroes en el ataque.

Días más tarde, la información que los polacos obtendrían bajo tortura les confirmaría que los rusos atacarían realizando un movimiento envolvente por el sur, a unos cuarenta kilómetros. Imposible defender el arco.

Yuriy y su compañero descansaban apoyados en una pared. Un enfermero le había limpiado la herida, cosido de urgencia y vendado de nuevo, pero no podía mover la mano. Su trabajo de enfermero llegaba a su fin. Hacía rato que no se oían más que disparos ocasionales, seguramente rematando heridos diseminados por el campo de batalla y cuyos gritos hacían perder los nervios a ambos lados. Les hacían un favor.

Esa misma noche, Yuriy fue evacuado: sin poder coger una camilla, ni un arma, y medio cojo, solo era un estorbo, una boca más que alimentar. Le dejaron acomodarse en el centro de Kiev con otros heridos esperando la orden de marcharse de aquel infierno. Su compañero de fatigas, con el que apenas había confraternizado, le entregó una carta. Era para su novia, que vivía en un pueblo de Besarabia. El ulano tenía muy pocas esperanzas de sobrevivir y, en la carta, declaraba amor eterno a su chica en un último acto de fe. Las probabilidades de Yuriy tampoco eran mayores, pero no podía negarse a dar un soplo de esperanza al pobre muchacho, quien, llorando en silencio, le abrazaba.

Al amanecer del siguiente día, recibió el permiso de evacuación. Abandonó el refugio en el mismo momento en que los primeros proyectiles estallaban en el sector sur. Su sector. Con la mirada perdida, evocó la carga de los cosacos con sus sables al viento, esquivando las balas sobre sus cabezas; los mismos cosacos que ahora mismo estaban diezmado a su tropa. Se subió a un camión militar que se dirigía a retaguardia con otros heridos e inició el camino de vuelta a casa. La guerra junto a los polacos había acabado para él.

IX

Sophie me esperaba en una cafetería en la calle central de Sion, la Rue du Grand-Pont. El día amaneció espléndido, incluso hacía calor, y los días soleados de otoño tenían la bondad de mejorar mi atribulado humor. Ella vestía unos pantalones vaqueros ceñidos que delataban su espléndida figura, las famosas botas de ante marrón por fuera, y un jersey color verde pistacho que dejaba poco a la imaginación respecto al tamaño de sus encantos. Me sorprendió con una coleta ligeramente ladeada cuya misión sin duda era liberar su angelical rostro de molestos obstáculos. Su nueva imagen me desconcertó un poco y, como es natural, comparé ambos recuerdos sin llegar a ninguna provechosa conclusión. Con el pelo recogido proyectaba una imagen inocente, quizás frágil. Con el pelo suelto, como la recordaba, era pura aventura, algo primitivo. ¿Cómo podía cambiar tanto una persona con un simple gesto?

Ralentiqué mis pasos para observarla durante unos segundos de más, y enseguida puse fin al estéril debate. Estaba fantástica desde cualquier perspectiva. Rozamos tímidamente nuestras mejillas y me senté junto a ella mientras disfrutaba de su té.

Según Sophie, habíamos tenido la suerte de coincidir con la celebración del mercado callejero que una vez a la semana inundaba la arteria principal de la ciudad. A mí particularmente no me hizo demasiada gracia. Detesto los mercadillos, herencia sin duda de mis anteriores parejas, fanáticas reconocidas de cualquier variedad de mercadillos callejeros en los que peludos tatuados exhiben sus sortijas caseras de hojalata con la esperanza de que mis novias les financien su estilo de vida. Sophie daba muestras visibles de disfrutar de todo aquello, con lo que yo me guardé mucho de exhibir mi opinión.

Esperamos hasta que terminó su té de hierbas y nos pusimos en marcha calle abajo para mostrarme el mercadillo en todo su esplendor, mientras que yo lo único en que pensaba en aquel momento era en la pendiente, que era muy pronunciada, y como decía un amigo, todo lo que baja sube...

Tras unos minutos de costoso descenso, muy a mi pesar, terminé reconociendo en íntimo silencio que el mercadillo tenía su gracia: los tenderos distaban mucho de ser piratas antisistema, más bien eran propietarios de tiendas que aprovechaban los viernes para mostrar sus productos en la calle en un día festivo. Lo que más abundaba eran puestos de comida: embutidos, quesos, salchichas, *raclettes* y otros manjares locales que esparcían sus aromas a quienes los apreciaban... y a los que no. Sin duda, pasear entre codazos debía despertar el apetito. Otros puestos de ropa eran menos interesantes, por lo menos para mí, que jamás he comprado nada en un mercadillo, aunque sí pagado. Mientras paseábamos, Sophie me mostraba los monumentos emblemáticos que encontrábamos en nuestro camino. El Hôtel de Ville —el ayuntamiento— era un precioso edificio cuyos soportales cobijaban a cuatro individuos vestidos al modo suizo tradicional, armados con unas trompetas inmensas con forma de pipa que llegaban hasta el suelo tres metros por delante de ellos, y que tuvieron la gentileza de hacer tronar a nuestro paso. Sophie sonrió encantada y yo le devolví una sonrisa de circunstancia cuya interpretación no era necesaria.

Al llegar al final de la cuesta, mis temores se hicieron realidad al señalarme de nuevo la pendiente recién bajada. Debíamos internarnos de nuevo entre la muchedumbre. A contracorriente y cuesta arriba, necesitaba algo con que ilusionarme.

—¿Te parece si subimos por este otro lado? —dije señalando hacia un callejón que salía a mi derecha.

—Como quieras, pero por ahí callejaremos más. La situación de los edificios es un poco anárquica y vamos a dar muchas vueltas, pero si tú quieres, por mí está bien —accedió.

—Entonces habrá menos gente, y así conozco mejor el pueblo —dije por mantenerme firme en mi espontánea decisión.

Sophie se internó por el primer callejón esbozando una sonrisa pícara de la que no mucho más tarde me arrepentiría.

Al principio, la marcha transcurrió más o menos bien hasta que, girando hacia la derecha, no pudimos continuar al presentarse ante nosotros un desnivel

imposible de saltar.

—Es lo que tienen estos pasajes. Son casas antiquísimas construidas unas sobre otras sin ninguna planificación. Los edificios descansan unos sobre otros y ocurre esto. Hay que retroceder.

—Y volver a subir —maldije en silencio.

—¡¿A que son bonitas?! —exclamó jubilosa para levantarme el ánimo sin mostrar el más mínimo atisbo del cansancio que a mí me devoraba.

Por fin localizamos la Rue des Châteaux, el camino que se empinaba hacia las colinas, y comenzamos la escalada. La cadencia de mi paso delataba mis debilidades. Sophie, sin perder la sonrisa, comenzó a burlarse de mi penosa forma física y a hacer bromas sobre los hombres aprovechando que mi ingenio estaba más ocupado en mover las piernas con ritmo acompasado que en responder a sus observaciones. A mitad de camino, un puesto de bebidas que hacía las veces de oasis separaba la ruta para elegir. El camino empinado de la derecha se dirigía hacia la iglesia de Valère, y el de la izquierda se elevaba hacia el Château de Tourbillon. Sophie me dejó elegir y yo me incliné por la iglesia. A unas malas, podía ser enterrado allí.

Durante todo el trayecto desde que desaparecimos por aquel callejón, Sophie me habló de sus proyectos. Yo me limitaba a jadear monosílabos de afirmación o negación, según la conveniencia de sus observaciones. No podía pensar en su contenido.

—Me gusta la vida en los pueblos, sentir la cercanía de la gente, el saludo de la panadera, el «buenos días» del florista... Eso es lo que me hace sentir bien. Las ciudades cosmopolitas son tan impersonales que nos hacen actuar como autómatas y no como personas. La humanidad reside en los pueblos —decía mientras sus firmes piernas encaraban las cuestas—. Las ciudades van contra natura. Es una simple regla de tres: las ciudades se alimentan de energía y la naturaleza no crea suficiente energía, por lo que el hombre exprime a la naturaleza para crearla. ¿Resultado? Naturaleza exprimida, humanidad extinguida.

«¡Y lo dijo sin un jadeo!», maldije.

Una vez en la iglesia, confesé que habría merecido la pena incluso subir a la pata coja. La iglesia era más pequeña de lo que por fuera se podía uno imaginar y estaba deliciosamente descuidada. Entraba una luz muy tenue que acentuaba una atmósfera como irreal. Daba la impresión de que los señores

feudales de la época acudirían en cualquier momento a su misa diaria. Quise hacer alguna foto dentro de la capilla, pero me sentí como si estuviera profanando a las ánimas que seguro moraban entre esos gruesos muros, y desistí. Las vistas desde lo alto eran sencillamente inigualables. Con razón habían fortificado aquellas colinas: nada podía atravesar el valle del Ródano sin el permiso de estos dos grandes colosos de Valère y Tourbillon. Sophie se encontraba bajo el pórtico. Estaba radiante; el sol destellaba sobre sus cabellos rubios que, aun recogidos, esparcían su vitalidad a quien quisiera recibirla. Por supuesto, ahí estaba yo.

Salimos de la iglesia y permanecemos un rato sentados encaramados a un muro, con la iglesia a nuestra espalda y Sion enfrente. Incluso tuve tiempo de pensar en la caja de Vincenzo. Desde que conocí a Sophie, e incluso a Joseph, mi vida se había sumergido en una especie de nebulosa, cuyas tenues sombras impedían que todos los sucesos anteriores a mi llegada a Leuk me afectaran. Solo sentía el presente.

—Es maravilloso, ¿no crees? —dije pletórico—. Te sonará infantil, pero muchas veces, cuando descubro lugares así, siempre pienso en cómo sería la vida de los antiguos habitantes del lugar. Imagina cómo vivían aquí hace mil años.

—Imagínate vivir hace mil años en cualquier lugar —corrigió.

—Sí, es cierto. No somos conscientes del privilegio del que disfrutamos. Visitar lugares como este me produce una sensación extraña... Nosotros aquí, deleitándonos con las vistas del valle, y no hace mucho, en este mismo lugar se oteaba el horizonte con intenciones bien distintas: avisar de los ataques.

—Me encanta este lugar —confesó Sophie—. En estos momentos, desearía que toda mi vida transcurriera así, con paz, armonía, sosiego, tranquilidad, naturaleza, lectura. No necesito más.

—No me extraña —asentí—, es una delicia. Lo malo es que no siempre luce el sol y el trabajo impide hacer lo que uno desea cuando desea.

—Yo opino que, si un trabajo te impide realizar tus ilusiones, es que no es un buen trabajo —respondió Sophie con rapidez, como si la velocidad otorgara determinación a sus palabras.

La miré sorprendido.

—Creo que no eres consciente de que a veces la gente no siempre puede elegir su trabajo —contesté—. Yo mismo, cuando regrese y no encuentre

pronto empleo, me veré obligado a trabajar en lo primero que me ofrezcan. Las personas normales tienen un orden de prioridades. Primero hay que comer; después, pagar el alquiler; luego, los pequeños vicios que te permitan olvidar las dos primeras y, por último, muy al final, intentar que algo te reporte un gramo de felicidad que ofrezca un motivo por el que seguir. Eso es válido mientras entre lo primero y lo segundo no se intercale algo que a veces incomoda y se llama *tu familia*.

—Es irónico plantear primero tus prioridades antes que tus necesidades —respondió pensativa, con la mirada perdida en el horizonte.

Permanecimos unos instantes en silencio; la inmensidad del paisaje animaba la meditación. Observaba a Sophie con una mezcla de admiración y desconcierto. Una parte de mi personalidad se empequeñecía a su lado. Me fascinaba su actitud ante la vida, pero me sentía incapaz de imitarla. A veces dudaba de ella. Dudaba si perseguía un ideal o necesitaba perseguir un ideal. Yo no veía nada malo en conformarte con lo que tienes, sobre todo si lo que tienes te reporta bienestar y felicidad. Acepto que siempre deseáramos algo mejor —bueno, algo mejor no, algo diferente—, pero quien siempre está buscando nunca encuentra nada. Sophie parecía estar embaucada en una búsqueda platónica de la felicidad, cuando la felicidad la tenía enfrente de sus ojos. Yo, por ejemplo, era feliz en aquel momento con ella.

—¿Te parece si vamos al castillo? —aventuré mirándome de reojo.

—¿Es una pregunta trampa? —respondí alarmado—. ¿Tienes ánimo para subir hasta allá arriba? Si quieres, yo te sigo, no hay problema —mentí—. Pero creo que nos vamos a agotar. —Miré al cielo; parecía que las nubes se abrían paso—. Además, el día se está nublando un poco; si al final llueve, prefiero estar en una cafetería. Y se acerca la hora de comer. ¿Tienes hambre?

—Los hombres de hoy en día estáis hechos de mantequilla salada —respondió con sarcasmo.

Saltó desde el muro de piedra e inició la bajada sin esperarme. Dudaba de que ella quisiera subir al castillo. Seguramente me había lanzado el guante para que fuera yo el que rechazara la idea. «Mujer, y lista. No hay nada que hacer», me dije resignado. Ella parecía una gacela brincando por entre las rocas, y yo, un oso pardo con patines.

Una vez aterrizados en suelo firme, decidí que una cerveza restituiría mi ego perdido. Encontramos un restaurante muy coqueto en la misma calle principal y aprovechamos para pedir una mesita en la terraza. Acomodamos nuestros

abrigo en los respaldos respectivos y nos dispusimos a comer en el mismo lugar. La carta ofrecía *fondue chinoise* y me decidí a probar. Era una *fondue* de carne, casi *carpaccio*, que, en lugar de freírse, se cocía con un caldo. Tenía una pinta estupenda y sería una comida más ligera. Últimamente, con la dieta que llevaba a base de bocadillos, cerveza y *pizza*, mis digestiones se asemejaban a bombas de hidrógeno en pruebas.

En la calle todavía no habían retirado los puestos ambulantes. Sophie resaltó con ímpetu que el mercadillo duraba todo el día. «Todo el día de los suizos», pensé yo; es decir, a las seis de la tarde ya no quedaría un puesto en pie.

Volvimos a encarar el tema de la tranquilidad y la paz de espíritu. Mientras hablábamos, la observaba fijamente: su embaucadora sonrisa, sin duda consciente de su poder, adornaba cualquier comentario. A ratos giraba la cabeza como para recolocarse el pelo que su inconsciente imaginaba suelto.

¿Y si al final resultaba que me estaba gustando? Quizás me estuviera relajando y mi maltrecho espíritu necesitara de otros ánimos. Quizás solo me estaba gustando por una razón: sencillamente, porque era imposible. En más ocasiones de las que reconocemos, acabamos perdiendo la cabeza por una chica solo por el hecho de que es inviable llegar a nada con ella. Además, en el supuesto utópico de que se sintiera atraída por mí, yo jamás podría adecuarme a su estilo de vida. Jamás. Era un estilo de vida genial, sí..., para quien le guste. Y aunque uno se llene la boca con las palabras libertad, espíritu y otros estupendos brindis al sol, en realidad a la gente como yo nos encanta la rutina y los planes establecidos. Con veinte años hubiera sido otra cosa, pero ya en la treintena no podría convivir con un espíritu tan libre. En cierto modo, a todos nos gustaría ser como ella: vivir sin ligaduras, sin que nada ni nadie nos controle la vida, etcétera, etcétera, pero a la hora de la verdad, seríamos incapaces de abandonar nuestra confortable aunque inane existencia por la incertidumbre de su caminar. La sociedad, el sistema, nos anestesia, pero nos gusta. ¿Somos cobardes? Probablemente sí, teniendo en cuenta la liviandad de la vida, pero es una cobardía universalizada y, por consiguiente, flota en el aire transformada en virtud.

La camarera se acercó a nuestra mesa. Vestía un atuendo que imaginé sería el tradicional de la región. Era muy común observar a camareros, dependientes y guías vestir semejantes ropas. Conservaban sus tradiciones y las lucían con orgullo. Me gustaban esos pequeños detalles y observar a la gente exhibir orgullosa sus raíces.

Sophie estaba determinada a continuar hablando de la relación entre dinero y felicidad. A mí me parecía obvio: prefiero ser rico a pobre, pero ella le daba un toque espiritual que mostraba más detalles de su personalidad.

—Lo que te decía —continuó ella— es que curiosamente las cosas que te hacen realmente feliz o infeliz no las puede comprar el dinero. La amistad, el amor, la pasión, los sentimientos...

»La felicidad es un estado emocional que sale de uno mismo —apuntó—. El éxito no es más que respetarte a ti mismo y ser consecuente con tus actos. Todo lo demás es accesorio. El secreto es ser fiel a uno mismo y aceptarse como uno es.

—Debería darte el teléfono de mi exnovia —respondí satisfecho de la ocurrencia y de no pertenecer al grupo descrito por Sophie.

—Yo deseo vivir —continuó—. Que cada día sea una experiencia que me proporcione bienestar. El ser humano tiene un problema: sabemos desde que tenemos conciencia de nuestra existencia que vamos a morir al llegar a determinada edad. En cambio, vivimos como si no fuéramos a morir nunca. El noventa por ciento de las personas puede estar semanas sin experimentar ninguna satisfacción. Madrugar, trabajar, niños, dormir, madrugar... Vivimos esperando que acabe el día solo para encontrarnos que el siguiente será igual o peor.

Yo asentía con la cabeza. ¿Qué podía hacer? La teoría la conocemos todos. La vida acaba con la vida. La realidad fulmina nuestros sueños. Y me pregunté... ¿por qué? ¿Cuál es esa fuerza que nos impide realizarnos? ¿Por qué sucumbimos mansos ante ella?

En ese momento ya disponíamos en la mesa de un gran puchero de caldo, y las bandejas de carne apenas cabían en la diminuta mesa de madera. Estábamos tan a gusto que ni se nos pasó por la cabeza meditar en la pequeña extravagancia que suponía comer a las puertas del invierno en una terraza a los pies de los Alpes nevados. Hicimos un alto en nuestra lucha de clases y hundimos el *carpaccio* de carne en el caldo hirviendo. Probé la carne y me sorprendió el sabor: el caldo soportaba demasiadas especias para mi gusto, pero estaba bueno y, sobre todo, caliente, lo que a esas horas de la tarde, con el sol desapareciendo poco a poco tras el valle, resultaba todo un reconstituyente.

—Solo digo que la vida es demasiado corta para que la desperdiciemos si creemos que la estamos desperdiciando —sentenció.

Cuando terminamos de comer, el sol hacía ya rato que había desaparecido tras los Alpes y comenzaba a hacer frío, a pesar de que todavía eran las cuatro de la tarde. Algunos puestos, especialmente los de comida, recogían sus pertenencias. Los que vendían abalorios aguantaban esperanzados una última venta entre la gente que todavía vagaba curioseando. Sophie insistió en enseñarme un poco más de la ciudad, y callejamos por la zona en donde se alzaban la catedral y una iglesia que combinaba románico con gótico, coronada con un reloj que, ante mi sorpresa, ¡¡¡iba retrasado!!!

Anduvimos un rato por entre las calles empedradas, conversando sobre cosas triviales, conociéndonos un poco más. Tenía la impresión —e intuía que a ella le pasaba lo mismo— de haber encontrado una excelente compañera de aventura. A lo mejor ya me había psicoanalizado y solo hablaba de lo que yo quería oír. Me daba igual. Me gustaba.

Llegó la hora de la despedida y no quise ofrecer la impresión de ser el típico pelma sin nada que hacer. Esperé a que saliera de ella la decisión de una próxima cita y, antes siquiera de pensar la estrategia, me preguntó mientras me despedía a la puerta del *parking* si tenía pensado realizar alguna otra excursión la semana próxima. Tardé en contestarle lo que tardé en disimular el cosquilleo de satisfacción que me recorría desde el dedo gordo del pie; no quería resultar pedante ni ansioso. Al final resulté las dos cosas, pero Sophie hábilmente me rescató del inoportuno entumecimiento mental al que me dirigía y me hizo saber lo mucho que le apetecía repetir la experiencia como cicerone para turistas accidentales. Con cara de casi haber echado todo a perder en el último instante, esperé a que ella se inclinara para ofrecerle mi cara de haba y darle dos castos besos que aceptó descuidada antes de despedirnos.

Saqué el coche del garaje y conduje lentamente hasta alcanzar la autopista. Me apetecía ir despacio, recreándome en el apenas visible paisaje que la oscuridad dejaba entrever. De alguna manera quería prolongar el momento de llegar al apartamento. No quería estar solo; de repente, temí llegar a casa y no saber qué hacer. Había sido un día tan intenso que no deseaba que llegara su fin.

A mi pesar, los pocos kilómetros que separaban Sion de Leuk se volatilizaron en un instante. Mi cabeza se encontraba tan ocupada repasando cada coma de nuestras charlas que ni me di cuenta de que se acababa la autopista, y a punto estuve de terminar en un campo de albaricoques que amenazaba cada curva.

Entré en casa dominado por una extraña sensación, como expectante. Por el camino no tenía duda de que cenaría algo y me metería en la cama enseguida; ahora no lo tenía tan claro. La excitación me mantenía alerta. Creí haberlo hecho todo bien.

«¿Debería enviarle un mensaje de agradecimiento? Sí, seguro que lo espera.»

«No, mmmmmmmmmmm, ¿me estoy precipitando?»

«Si lo mando, puede pensar que me estoy tomado una licencia que sin duda pondría un velo invisible en nuestra próxima cita, en caso de que la hubiere.»

«Claro que puede que ella lo estuviera esperando y creyera que soy un memo vergonzoso...»

«¡¡¡Dios, qué coñazo de mujeres!!!»

Entré en la habitación y... algo no iba bien.

Mi mirada se dirigió impaciente hacia el libro de la mesilla, y gracias a Dios, se encontraba en el lugar adecuado, las esquinas alineadas, pero... Era como si algo no estuviera en su sitio. Las zapatillas estaban bajo la cama, pero quizás demasiado ordenadas. No solía colocarlas, me las quitaba y punto. Tampoco recordaba haber cerrado el armario, aunque lo podría haber hecho. Estaba todo ordenado como si entrara en la habitación de un hotel. Yo no era tan ordenado. ¿O sí?... ¡Tantas emociones me estaban pasando factura!

Recorrí el pasillo hacia el salón despacio, casi contando los pasos. Tuve la misma sensación. Todo estaba demasiado ordenado. Quienquiera que fuese, ya debía saber que no tenía la caja. ¿Por qué insistían?

La aparición en mi vida de Joseph y Sophie había desterrado por completo mi pensamiento hacia la caja, pero, como si fuera víctima de una extraña maldición, esta se empeñaba en mostrarse cada vez que conseguía algo parecido al «bienestar».

¡¡Maldita caja!!

Me senté frente al televisor y lo encendí. Mis ojos miraban, pero no veían. Mi mente recordaba con nitidez el momento en que la dejé en objetos perdidos del hotel e intenté visualizar de nuevo el rostro de Vincenzo della Siere. Tenía una casa en Lugano. No muy lejos de aquí.

Abrí una cerveza y recosté la cabeza hacia atrás meditando mi siguiente paso.

Dubyna. Ucrania

20 de junio de 1920

La suerte de nuevo le resultó esquiva en el camino de regreso a casa. Controles del ejército polaco buscando desertores, traidores o lo que viniera más a mano hicieron del viaje una interminable tortura. En cada uno de ellos Yuriy y sus compañeros tenían que bajar del camión, enseñar papeles, documentos o permisos. Siempre había un oficial demasiado orgulloso de su función que no desistía hasta descubrir una irregularidad que obligara a algún desgraciado a quedarse en tierra. Afortunadamente para Yuriy, su reciente herida, siempre al borde de la infección, y su cojera no daban lugar a duda de su incapacidad para seguir participando de aquella locura.

Continuamente eran adelantados por columnas de polacos que se retiraban hacia el oeste, hacia Polonia.

—Se ha consumado. Hemos perdido —dijo Yuriy cubriendo su rostro para esconder su turbación.

El resto de los ocupantes de aquel viejo camión observaban con estupor el éxodo polaco. Todos sabían lo que significaba, pero nadie hablaba. Las herméticas miradas lo transmitían todo: cansancio, apatía, resignación. Yuriy lloraba en silencio, sin lágrimas. Era un llanto que le nacía desde el fondo de su alma.

—¿Por qué? —se repetía una y otra vez. Los recuerdos de los días pasados regresaban a su mente en forma de jinetes fantasmales esparciendo tragedia y dolor a su paso. Rezaba con todas sus fuerzas para que su mujer le hubiera comprendido y se hubiera marchado de ese lugar condenado que era su hogar,

y a la vez deseaba abrazarla y poder llorar amargamente sin el disimulo y la vergüenza que sufría en aquel camión. La contradicción de sus sentimientos, entrelazando egoísmo y esperanza, no le dejaba respirar. El camión circulaba con desesperante lentitud; varias averías y carreteras cortadas a vehículos civiles provocaban que cada segundo en él fuera una tortura, maldiciendo en silencio cada nuevo contratiempo.

Tras una infinita semana, por fin llegó el día en que sus ojos observaron de nuevo las granjas sembradas alrededor de su tierra. A medida que se acercaban y observaba las primeras casas de madera que anunciaban la entrada al pueblo, sus ojos y su alma se fueron entumeciendo.

No había dejado de advertir que, desde hacía al menos día y medio, no les habían sobrepasado los polacos en su apresurada carrera de repliegue.

—Los rusos deben de andar muy cerca —pensó en voz alta, atrayendo la aterida mirada de su compañero de banco. Apenas había cruzado con él unas frases en toda una semana.

Al pasar por la arteria principal del pueblo, el ruido del motor provocó la salida en estampida de varias mujeres que vagabundeaban por los soportales. Con la esperanza tallada en sus rostros impidieron avanzar al camión que, finalmente, tuvo que frenar con violencia para no añadir más drama al que ya transportaba. Gritaban los nombres de sus maridos mientras se abalanzaban hacia la parte de atrás. El corazón de Yuriy se encogió, deseando ver y no ver a su mujer. Bajó del camión. Se encontró de frente con miradas de espanto, de rencor, de miedo. Sollozos que le taladraban el alma. Casi se sentía culpable por ser él el afortunado y no alguno de los maridos de estas mujeres desamparadas.

Habían transcurrido apenas tres meses desde su marcha, y la eternidad que se abría entre aquel día y el de su llegada mortificaba la conciencia de Yuriy. El pueblo ya no era el pueblo; el campo ya no era el campo; el ganado ya no era ganado. Todo parecía irreal, trágico. Las calles eran las mismas, pero no era su pueblo. Tampoco él era el mismo. Después de la Gran Guerra donde sufrió el infierno en la tierra, salió adelante creyendo firmemente que el mundo había cambiado y nunca más volvería aquella orgía de muerte y destrucción. Sin embargo, se había repetido, y Yuriy entendió que se repetiría siempre, por los siglos de los siglos.

No vio a su esposa entre las mujeres que comenzaban a retirarse, con la cabeza agachada y cubriendo sus rostros de pura vergüenza. Pero al alzar la

vista, se encontró con la mirada de Yevhen. Le contemplaba sereno desde la herrería. Una pequeña mueca en la comisura de sus labios mostró la infinita alegría de su vuelta, aunque fuera en aquel estado; no era momento de expresiones de júbilo. Con una seña, le sugirió que pasara a la herrería. Se abrazaron largamente; sollozaron ambos. Las lágrimas por fin salían de la oscuridad. Cuando se serenaron, la mirada inquisitiva de Yuriy hizo que Yevhen hablara de su familia.

—Tu mujer y tu hijo escaparon a Alemania —dijo Yevhen.

—Loado sea Dios, Yevhen —dijo Yuriy escondiendo la cara entre sus manos, agachando el mentón para no mostrar a su amigo las lágrimas que pugnaban de nuevo por salir. Le fallaron las piernas y se sentó en un taburete. Un dolor insoportable se le agarraba al pecho.

—Escucha, Yuriy —dijo su amigo agarrándole de los brazos con fuerza para que reaccionara y saliera del estado de estupor en el que parecía haberse sumergido—, es lo mejor que han podido hacer. He oído que las cosas van a ir mal.

La noticia de la caída de Kiev le dejó inerte. Había oído rumores de los soldados que los adelantaban; sus silencios respondían a las preguntas que les lanzaban desde los transportes. Sus pensamientos se dirigieron veloces hacia los pocos conocidos que hizo en Kiev. Su compañero de camilla, la simpática mujer que mantenía el refugio, la anciana del río, los habitantes que habían saludado a la fuerza invasora con entusiasmo..., ¿qué sería de ellos? Las imágenes le perseguían. Los insaciables cosacos, sable en alto; los ahorcados que los recibieron a su llegada a Kiev, el pueblo saludando al desfile... ¿Cuántos ajusticiados habría ya?

—Lo sé —respondió Yuriy sin atreverse a levantar la mirada del suelo, como si el mirar a los ojos a su amigo condenara de antemano su razonamiento—. He visto cosas terribles, Yevhen. Estas heridas me condenan. Alguien hablará para salvarse.

Yuriy emitía frases inconexas con voz trémula.

—Los polacos se están retirando, no defienden ya ninguna posición. Es una persecución. Esto se llenará de cosacos y bolcheviques clamando venganza a los que les ayudamos.

—¡Huye!, ¡estás a tiempo! —aventuró Yevhen cogiéndole de las manos.

—No. Sería inútil —respondió afligido—. Mi salvaguarda es hasta aquí, mi permiso termina en Dubyna. Los polacos no quieren que los sigamos en su retirada; les estorbamos. ¿Dónde iba a ir? Con estas heridas no podré avanzar mucho. Si me detienen, creerán que soy un desertor. Y eso nunca —dijo Yuriy levantando la mirada enfurecido.

—Si te quedas, te detendrán —suplicó Yevhen—. Si huyes, tendrás una oportunidad. Tal vez encuentres a alguien que te ayude por el camino. No seas loco. ¿Y tu mujer? ¿No le vas a dar la oportunidad de reunirse con ella?

—Dios mío, Yevhen. No puedo pensar, estoy aturdido. Roto. —Sentado en el taburete, mantenía su rostro escondido tras sus sucias manos. Se le habían acabado las lágrimas.

—Escucha, Yuriy, vete a casa. Descansa. Te vas a llevar algo de queso y remolacha. Cuando te levantes, pensarás con más lucidez y me harás caso. También puedes quedarte con nosotros esta noche. Anna estaría encantada.

—Gracias, Yevhen —respondió Yuriy con los ojos vidriosos, negando con la cabeza para rechazar la propuesta de su amigo—. No os preocupéis, estaré bien. Seguro que hay mucho que hacer en la granja. Debo volver a casa.

—Confío en ti, Yuriy —respondió su amigo cogiéndole de los hombros.

Cuanto más cerca se encontraba de su granja, más lejos se sentía de allí. La tristeza embargaba cualquier otro sentimiento que pudiera despertar en ese instante. Solo podía estar triste, nada más. Ni amor, ni odio, ni venganza. Solo el abatimiento le anunciaba que seguía vivo.

La granja, su vida, apareció ante sus ojos solitaria como él: el campo amarillo clamaba por su atención. Le echaba de menos; si no actuaba pronto, se perdería la poca cosecha que podía obtener a esas alturas. La sequía de ese año no hacía sino añadir más dolor a su amado campo. Las espigas se estiraban hacia el cielo como buscando lo que el hombre y la tierra no le querían dar: amor. Se sentían desamparadas ante la apatía de sus dueños, pues querían ofrecer su fruto y el hombre, egoísta, lo desdeñaba.

Entró en la casa. No pudo reprimir una sonrisa amarga al descubrir todo recogido y ordenado. Parecía que le esperaran a cenar, como cada día al terminar la dura jornada, y que madre e hijo le iban a recibir con una sonrisa y un plato caliente de sopa de remolacha.

Subió a las habitaciones.

Las piernas le temblaban. La congoja no le abandonaba y le costaba avanzar por el pasillo. Aguzó el oído para escuchar algún sonido esperanzador. Su corazón necesitaba que su esposa siguiera allí.

No estaba.

Entró en el cuarto de matrimonio y se dirigió directamente hacia la almohada. Metió la mano por la parte donde dormía él, y el tacto de lo que encontró le hizo inmensamente feliz. Tenían por costumbre dejarse notas de amor debajo de la almohada para que el otro las descubriera como por casualidad. Era un juego inocente que los llenaba de vida. Su amor estaba fragmentado en miles de pequeños momentos inofensivos, que se sumaban y sumaban hasta hacerlo infinito. Su cara se iluminó al reconocer la letra infantil de su mujer.

Amado Yuriy:

Te echamos de menos, mi amor. Esta carta es una copia que guardé por si no te llegaban mis cartas. Te he escrito todas las semanas que permanecí sola aquí. Me encuentro desesperada por no saber si te llegan mis noticias. Únicamente recibimos una carta tuya a las dos semanas de marcharte. Nos la entregó en mano un oficial muy cariñoso; por lo visto, el correo está vigilado. Nos dio mucha alegría saber que, a pesar de todo lo que cuentan de las batallas en las que habéis participado, te encuentras vivo.

Cuando te enrolaron no pude alcanzarte; sé que no tenías otra opción, pero hubiera dado media vida por haberme despedido de ti en ese momento. A tu hijo le he dicho que te ibas con los buenos a salvar a la patria, para que por lo menos te vea como al héroe que sé que eres. Los héroes son las personas como tú, Yuriy, las personas buenas que hacen el bien todos los días de su vida, sin mayor reconocimiento que el saber que el día de mañana les espera otro día igual de duro. Los que se levantan al alba para mantener a sus familias. Los héroes son anónimos. Tú eres mi héroe, Yuriy, no lo olvides nunca.

Hemos sabido en estos días que vais ganando la guerra, que estáis ya en Kiev. No entiendo lo que me dices. No entiendo que quieras que nos vayamos. ¿Por qué, Yuriy? ¿Qué es lo que te asusta? Los rusos no me parecen tan malos como los ves tú. Sabes que por estas tierras han pasado todos los ejércitos del mundo y siempre hemos salido adelante. No obstante, escribí como me dijiste a nuestra familia de Alemania, y me han respondido. En realidad, les viene bien algo de

ayuda; escasea la mano de obra. Saben que puedo trabajar igual de bien o mejor que un hombre. Son muy buenas personas; si deseamos ir, me esperan. Pero dejar esto, Yuriy, dejar nuestra tierra, nuestra vida, nuestro porvenir... Sin ti aquí, la cosecha se ha perdido. Nadie ha querido o podido ayudarme, y esta sequía ha sido fatídica.

¿Cómo quieres que nos vayamos sin saber nada de tu estado? Me da mucho miedo irme sin ti; el viaje con el niño me aterra. Sé que quieres que vaya y tendrás tus razones y lo haré, Yuriy. Me iré porque te amo, porque lo has ordenado y porque eres una persona inteligente que no harías nada que nos perjudicase a tu mujer y a tu hijo. Nos vamos dejando el alma en esta casa para que tú la encuentres cuando llegues y la llesves contigo hasta que nos veamos y nos la devuelvas.

Te amo, Yuriy. Sé que tú también, y me quedo con el recuerdo de tu amor. Te esperamos en Alemania. No tardes, mi vida.

Joanna

15 de mayo 1920

El dolor se volvió insoportable. Yuriy se rasgó la camisa. Quiso salir corriendo de la casa, atravesar campos, ríos, montañas y no parar de correr. Quería llorar, pero no le quedaban lágrimas con las que honrar la carta de su mujer. Necesitaba gritar. Habría matado por no estar ahí. Golpeó la mesita, lanzó la silla por el aire. Su ira pujaba por salir.

—¡¡¡Maldita sea, malditos sean todos!!! —gritó con la garganta quebrada, trémula de aflicción.

Cayó de rodillas y allí rompió a llorar sin consuelo.

Permaneció unos minutos en silencio de rodillas en el suelo. Inclinado sobre la cama. Golpeando con fuerza el colchón. Impotente. Desencajado. Superado por la desesperación. Los ojos cerrados con fuerza. Deseando que todo hubiera sido un sueño. Que se despertaría al olor del pan recién hecho abrazando a su hijo, quien, con esfuerzo, trepaba por su cama para despertarle y jugar.

Continuó de rodillas un tiempo infinito hasta que, agotado por la tensión, el sueño le fue venciendo y las imágenes se fueron haciendo cada vez más lejanas, casi borrosas, y cayó medio inconsciente.

Se despertó en el suelo. La claridad del día se filtraba por las contraventanas. Le dolía la cabeza. No sabía cuánto tiempo había dormido. Sentado en la cama, intentó poner en orden su mente ahora que por lo menos sabía a qué enfrentarse: su mujer, su maravillosa mujer, se había puesto a salvo junto a su hijo. Jamás en su vida se lo agradecería lo suficiente. De repente, reparó en sus dudas y temores y rio con estrépito. El cansancio y la tensión afloraron por fin con todo su esplendor con unas carcajadas histéricas que le dejaron sin aliento. Se incorporó y comenzó a preparar un pequeño saco con algo de ropa para su marcha. Partiría esa misma mañana.

Al rato, su estómago comenzó a rugir. No había comido desde el día anterior y bajó a la cocina a preparar el queso de su amigo.

Al principio, no notó nada.

Estaba absorto intentando recordar dónde guardaba su mujer los platos y demás vajilla. Encontró lo que buscaba y se sentó a comer en aquella mesa destartalada que tantas veces su mujer quiso cambiar. Qué poco importaba todo ahora.

—Dios, qué hambre tenía —rio Yuriy mientras engullía a grandes bocados el queso rancio de su amigo.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan entero. La decisión de irse inmediatamente le había proporcionado fuerza y determinación. Observó con detalle la cocina: tanto esfuerzo que había costado mantener aquella granja, y ahora todo se había perdido. Sería el último de su familia en verla. Se le pasó por la cabeza prenderle fuego antes de irse; al fin y al cabo, ya no le pertenecía nada que no pudiera llevarse consigo.

El fuerte olor del queso anulaba cualquier otro sentido; aun así, a los pocos minutos, comenzó a notar un olor familiar. Un olor que no tenía sentido a esas horas. Frunció el ceño, prestó atención, y entonces, más calmado, lo identificó con claridad: humo.

Extrañado, se asomó a la ventana. Desde ahí no podía ver nada, el fuego estaría en la parte posterior. Salió corriendo por la puerta principal, cada vez más asustado por la creciente intensidad del olor. Fue a la parte de atrás y, petrificado, vio cómo ardía la granja de Vadym, su vecino. Estaba a unos dos kilómetros de la suya. Ardía como una gran pira. Imposible hacer ya nada. ¡Qué desastre! Echó una mirada rápida, instintiva, a su propiedad; todo parecía en orden.

Sin embargo, algo le inquietaba...

Permaneció alerta. En el frente había desarrollado un sexto sentido que le hacía desconfiar de cualquier cosa, aunque no supiera bien el qué, y ahora...

Algo no encajaba.

El silencio. Eso era.

La granja de Vadym parecía arder sola. No había nadie intentando apagar las llamas. De hecho, no había nadie en absoluto. Con las manos extendidas, intentó proteger sus ojos del sol y divisar alguna figura. No veía nada. Su mujer, antes de irse, debía de haber vendido las mulas. No tenía medio de acercarse más que corriendo, pero, según lo pensaba, se paró en seco.

El silencio.

Yuriy miró a su alrededor, en dirección al pueblo. Entornó los ojos y... Le fallaron las piernas y cayó de rodillas.

—Ya han llegado —murmuró abatido.

Varias columnas de humo rompían el horizonte en dirección al pueblo. No les habían dado ninguna oportunidad.

Una lágrima silenciosa resbaló por su mejilla. Mil imágenes barrieron su mente. Su mujer, su hijo, su infancia, Alemania, su compañero de camilla... La mirada vacía se perdió en el horizonte amarillo.

El viento le golpeó con el ruido de cascos de los caballos. Llegaban al trote, sin prisa, seguros de su poder. Eran cosacos. Imposible huir. Se sentó a la entrada de su querida granja y decidió afrontar su destino con la dignidad ausente del mundo que conocía.

—Que sepan estos malditos cómo muere un inocente.

—¿Yuriy Majaluk? —preguntó el jinete que mandaba la escuadra.

—Soy yo. —Su voz se quebró. Ya no importaba.

Mientras esperaba sentado al pelotón de ejecución, pensó en recibirlos a tiros. Alguno se llevaría por delante. «Pero ¿para qué? —se preguntó—. Otro muerto más que no cambiará mi destino.» Decidió plantarles cara desarmado. Sereno. Digno. Había puesto en paz su alma. Había salvado a su familia. De alguna manera, la templanza que mostró en el frente surgió de nuevo frente a aquellos cosacos.

—Yo soy Yuriy Majaluk. Ciudadano de la República Popular Ucraniana — repitió levantándose altivo, soberbio, orgulloso.

—Ha sido denunciado como colaborador del régimen traidor a la República Soviética de Ucrania. Sus propiedades pertenecen ahora al pueblo ruso —dijo el oficial cosaco mientras desmontaban los hombres.

Escuchó cómo cargaban sus armas y miró al cielo con una sonrisa serena.

—Te esperaré, amada mía.

X

Me levanté muy temprano; de hecho, apenas había dormido nada, martirizado por la incertidumbre. Debía recuperar las riendas de mi destino y acabar de una vez con la presión que suponía en mi subconsciente la dichosa cajita. No tendría paz hasta revelar el misterio.

Cogí mi Skoda y me interné por la carretera E62 que se dirigía a Lucerna para luego desviarme a Lugano. Una buena elección musical, un buen bocadillo, agua, el depósito lleno y... ¡A viajar! La posibilidad de encontrarme algún otro puerto cerrado añadía todavía más dosis de teatralidad a la aventura que iniciaba. La idea era ir a Lugano y, ya que andaba por aquella zona, regresar por Lucerna.

La carretera atravesaba unos pueblos de ensueño. Casas de madera oscura, cuyas ventanas, repletas de flores y con visillos bordados, saludaban a los viajeros que atravesaban el empedrado de sus calles. En cualquier momento Heidi saltaría sobre mi coche buscando a Clara. Las praderas nevadas se difuminaban con las distintas tonalidades verdosas del interior de los valles. El tiempo no quería perderse ese festín de color, y la luz radiante del sol daba su aprobación para que no faltara detalle a este fabuloso día otoñal. Me relajé y dejé que ocurriera lo que tuviera que pasar..., y pasó.

Unos grandes carteles luminosos anunciaban que el puerto del Simplon, que se internaba hacia la frontera italiana y era el camino más corto hacia Lugano, se encontraba cerrado. No había más remedio que continuar hasta Lucerna y desviarme de nuevo hacia abajo, hacia Italia. Por un momento retomé la antigua idea de no ir a Lugano y dirigirme a Lucerna, pero fue algo fugaz. Necesitaba arrojar luz sobre el origen de la caja si no quería volverme loco. Puse un CD de Morcheeba e intenté dejar la mente en blanco durante un tiempo.

Según me internaba en el valle, la carretera ascendía, se estrechaba y las curvas se cerraban. Otro peligro añadido eran los maravillosos y amables ciclistas. Daba igual que lloviera o tronara: ciclistas a todas horas y en cualquier carretera te hacían prestar una porción extra de atención a tu interés previo en no saltarte los límites de velocidad.

Al llegar al puerto de Furka, detuve el coche en un mirador para sacar unas fotos al impresionante glaciar que se extendía ante mis ojos. El espectáculo era sencillamente desgarrador. Pensé en los antiguos moradores de estos valles, en su subsistencia, en cómo el hombre desea domar a la naturaleza y con ilusión óptica cree haberlo conseguido. Permanecí varios minutos extasiado y bien abrigado del aire serrano que cortaba la respiración; me venía bien estirar las piernas en el frío. Al fondo del valle se adivinaba un trenecito de época que avanzaba muy lentamente por la garganta; luego me informé de que se llamaba Glaciar Express y que precisamente atravesaba el valle ofreciendo a los turistas un recuerdo inolvidable a través de su techo de cristal.

A ambos lados de la ruta se izaban sendos muros de nieve apilada, que permitían el paso a los coches que valientemente comenzaban a descender por las pendientes. Todavía en primera, me disponía a comenzar el descenso cuando un gendarme se abalanzó sobre mí agitando sus brazos. Estaba seguro de no haber infringido ninguna norma de circulación, por lo que le recibí tranquilo. Me encontraba de excelente humor y quise compartirlo.

Bajé la ventanilla y, cuando se acercó el gendarme, saqué mi mano derecha e imitando el gesto de acariciar el lomo de un gato le espeté:

—Estos no son los droides que buscáis.

Me quedé tan ancho. Por fin había dicho la frasecita a un agente de la autoridad en uniforme. La sonrisa me desbordaba la cara.

Al momento, intuí que lo único no exportable de Suiza era su sentido del humor.

Con grandes aspavientos y seguro que insultándome en alemán suizo, el *startrooper* señaló un cartel donde con dibujos para niños se indicaba la obligatoriedad de poner cadenas en la bajada al puerto, detalle que lógicamente había obviado. Si en ese momento no hubiera tenido que atender a otros conductores, me habría arrojado una multa sin pestañear. A lo Charles Bronson. Se le notaba en la cara.

Con mucho nervio y dramatismo, bajé del coche, abrí el maletero, saqué las cadenas y traté de adivinar cómo diablos se colocaban. Las saqué de su caja, me quedé mirándolas como si hipnotizándolas se fueran a poner solas, y comencé el espectáculo. Cuando llevaba más de diez minutos para poner la de una rueda, se acercó mi amigo el gendarme para conocer la razón de mi torpeza. Nos miramos por unos segundos. Al final, levanté una ceja, y con una mueca le hice comprender que no tenía pajolera idea de poner las malditas cadenas. Con un gesto de desesperación nada disimulado, me las arrancó de las manos y se dispuso a ponerlas él. Estuve muy atento de la jugada para, después de la clase práctica, continuar yo con el resto. La verdad es que cuando cogí ritmo terminé enseguida.

Satisfecho con mi labor y resoplando contento, ya iba a meterme en el coche cuando mi amigo, por fin, dio rienda suelta a sus deseos. Me miró fijamente con ojos entornados, sacó su libreta y estiró la mano con la destreza de Billy el Niño para plantarme la deseada multa. Permaneció unos segundos esperando desafiante a que abriera la boca. Consciente de mi inferioridad, la cogí, la firmé con un garabato ilegible y, humillado, continué mi camino maldiciendo en arameo, con la música en silencio para escuchar mis tacos con regocijo.

Quitarlas fue más sencillo. Las arranqué como pude y las arrojé al fondo del maletero convertidas en un amasijo de metal y goma. No pensaba volver a poner cadenas en mi vida. Procuré que el reprimido gendarme no me estropeará la excursión y puse en marcha toda mi maquinaria neuronal para recordar las infracciones de tráfico que había cometido en las últimas fechas merecedoras de sanción. Satisfecho del número de felonías y la impunidad alcanzada, mi humor se suavizó.

Y por fin, después de casi cinco horas de viaje, llegué a Lugano. No reparé en lo cansado que estaba hasta que salí del coche. Estacioné en la entrada del pueblo e intenté localizar la calle donde tenía entendido que vivía Vincenzo. El mapa me indicaba que debía bordear el lago de Lugano hacia la derecha y dirigirme hacia una especie de saliente de tierra que se internaba en el lago, formando como una minipenínsula, a la Via Marianda, 43, que era la última dirección conocida del italiano.

Salí de la autopista y entré en una vía llamada La Collina d'Oro, y no tardé mucho en reconocer lo acertado del nombre. Una serie de casonas y palacetes se peleaban por hacerme reverencias a mi paso. Sin duda, era la zona donde los ricachones de Lugano se afanaban en sus mundanos placeres. Las calles

serpenteaban y me despisté un buen rato hasta que pude acceder a la Via Marianda. Ralentiqué mi marcha buscando los números de la calle en las columnas de entrada hasta que unas luces atraieron mi atención. Eran sirenas de policía. Frené con brusquedad y aparqué en el arcén.

Paralizado, otras luces se encendieron en mi cabeza. No tenía duda de que ese coche patrulla estaba parado justo delante del número 43. Apagué el motor, preguntándome si debía continuar el juego o continuar con mi vida.

Me decidí a salir del coche.

—*¡Buongiorno!* —exclamé al gendarme que me salía al paso. Afortunadamente hablaba francés—. ¿Es este el número 43? Busco la residencia del señor Della Siere, Vincenzo.

El gendarme asintió y me preguntó si le conocía. Ante mi respuesta afirmativa, requirió mi documentación y llamó por radio a su superior.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

El gendarme me miró y dirigió su mentón hacia la persona que salía en ese instante del palacete.

Era un tipo bajito, de abundante pelo y bigote con barba de tres o cuatro días. Gabán gris perla desaliñado y bufanda negra de lana. Hablaba un francés terrible que apenas entendía y que el cigarro de las comisuras de sus labios se empeñaba en torpedear.

—Buenos días. ¿Conoce al señor Vincenzo della Siere? —preguntó mirando hacia su libretita de notas.

En ese momento pensé que contarle toda la historia a aquel personaje de mirada torva solo me causaría problemas, así que opté por la explicación más sencilla. Le comenté que era un conocido que me facilitó su dirección por si un día viajaba a Lugano, cosa que había ocurrido hoy como podría haber ocurrido dentro de un año.

El inspector, por llamarle de alguna manera, escuchó sin aparente interés mi relato y me pidió que identificara mi lugar de residencia y un teléfono. Luego me preguntó cuándo fue la última vez que vi a Vincenzo della Siere, los motivos de mi estancia en Suiza, mis planes futuros y de nuevo el porqué de mi visita a Lugano.

Recordando mi experiencia con el incorrupto gendarme de las cadenas, me mostré dócil y dispuesto a entregarle hasta mi carné de los Jóvenes Castores,

pero no hizo falta. Guardó su libreta y se despidió.

—Pero... ¿qué ha ocurrido? —pregunté antes de que hubiera dado el primer paso.

Se giró y dijo:

—Desde hace semanas no se conoce el paradero del señor Della Siere y, por lo visto, alguien ha entrado en la casa.

Me quedé allí plantado observando el vuelo del gabán gris mientras se alejaba y meditaba cómo afectaba esa noticia a mi inmediato futuro. Desde la entrada del palacete, todavía pude observar cómo el inspector dirigía su mirada hacia mi coche mientras tecleaba su celular. En aquel momento no le di mayor importancia. Vuelta a la casilla de salida: la caja en mi poder y el posible dueño desaparecido, robo en su palacete incluido. Lógicamente, ambos hechos tenían que estar relacionados, y por un instante pensé que en ese momento podrían estar robando de nuevo en la mía o en Leuk, pero, extrañado, descubrí que no me importó. Comenzaba a estar harto de tanto robo y misterio. Me sentía como un jugador obligado a echar cartas sin saber a qué juego apostar. Solo podía perder.

Me senté en el coche perplejo. Esperaba arrojar luz y únicamente había añadido más sombras. Eran las tres de la tarde. No me apetecía seguir un segundo más en Lugano. Miré de nuevo el reloj y me dije: «¿Por qué no?». Saqué el mapa y me dispuse a buscar la carretera que se dirigía hacia el norte.

En Lucerna me esperaba ya una noche cada vez más cerrada y mucho cansancio acumulado. Mis piernas me pedían a gritos ir al hotel que había buscado por Internet en un Starbucks frente al Kapellbrücke, el famoso puente de madera que cruza el río Reuss. Pensé en cruzarlo, pero en lugar de eso preferí dirigirme hacia el lago. No estaba de humor para apreciar ningún tipo de arte.

Me interné por una zona peatonal del casco viejo; apenas se veía gente por la calle. Una figura mirando un escaparate cuyo rostro se reflejaba en el cristal hizo que ralentizara mis pasos. De nuevo, la sensación de haber visto antes ese rostro provocó que a los pocos segundos girara bruscamente la cabeza, para descubrir alarmado que ya no estaba. Era imposible. Solo corriendo podía haber desaparecido así, pero... ¿para qué correr por una calle de Suiza? ¿Dónde había visto esa cara antes? ¿Por el retrovisor en un semáforo? Sí, puede ser. Un Golf oscuro que me había adelantado despacio cuando estacioné unos metros antes de la casa de Vincenzo. Le había hecho una seña

de disculpa por la brusca manera de aparcar. Iban dos personas, el copiloto se me quedó mirando. Un tipo con el pelo negro y rizado, gafas de sol y un bigote demasiado frondoso. Sí. Era el mismo tipo que el del escaparate.

Todavía con su rostro perfilándose en mi mente, llegué al muelle.

Anduve entre puestos de salchichas y hamburguesas, sorteando carteles que anunciaban inolvidables paseos en barca e inmigrantes que, sin nada que hacer, formaban corrillos, fumaban y gesticulaban violentamente con intención de reforzar sus razonamientos. Por fin localicé un banco de cara al lago y me dispuse a comer una *crêpe* de chocolate que había comprado en uno de los puestos.

Me había abrigado muy bien y el relente que subía del lago perdía fuerza al atravesar mi plumaje. El chocolate caliente de la *crêpe* me entonó y por primera vez en todo el día pude descansar. Mi mirada se perdía entre las luces de las embarcaciones cercanas y los edificios de enfrente. Acababa de tener otra experiencia de las que hacen temblar las piernas pero, por algún motivo, no estaba asustado. Me encontraba... ¿expectante? Sí, es posible que esa fuera mi sensación. Sin duda, la curiosidad comenzaba a vencer al temor.

Los carteles en alemán no tardaron en dirigir mis pensamientos a la figura de Joseph. Me confesó que nunca le había contado a nadie su vida en el frente aunque, por alguna razón, conmigo era distinto. Sus días acababan y necesitaba escuchar en voz alta lo que tantas veces murmuró en silencio.

Sus palabras pausadas acentuaban la intensidad de su relato.

«No entré en combate hasta principios de marzo de 1944. Finalmente Canaris perdió el pulso con Himmler y la Abwehr fue disuelta. Un día, a mediados de febrero, se presentó un sargento de las Waffen SS dando una patada a un cubo pestilente que hacía las veces de basurero y orinal y me escupió con rabia que mi trabajo allí había terminado.

»—¡Maldita escoria! Por fin se ha desenmascarado al traidor de vuestro jefe. Se te ha acabado la vidorra que llevas. —El canalla no podía ocultar su satisfacción—. A partir de hoy perteneces a mi batallón, donde, si tienes suerte, te volarán la cabeza los rusos antes de que lo tenga que hacer yo.

»—¡¡Bastardos burgueses!! —gritó—. ¡Has sido degradado a tropa, así que, a la menor mueca, te mando debajo del primer tanque enemigo atado a una mina, cerdo! De hecho, creo que lo voy a hacer. —La espuma que salía por su boca destacaba sobre sus asquerosos dientes, negros como el carbón.

»Le miré receloso. Ningún sargento se hubiera atrevido a entrar directamente en nuestro refugio ladrando así a un miembro del servicio secreto; aun así, lo que decía era sencillamente imposible. Yo tenía el grado de capitán. El que un mierda de sargento se dirigiera a mí de esa forma le iba a costar caro a alguien; sin embargo, el sargento no aflojó la arenga, y menos cuando se vio respaldado por sus hombres, que en ese momento entraban propinándome un puñetazo en el estómago y lanzándome una MG 38 para que cargara con ella. Me incorporé y todavía sufrí un acceso de orgullo y dignidad. Sería el último en toda la guerra.

»—Como sabe, los traslados de unidad tienen que ser entregados por un superior a su debido tiempo y las degradaciones deben ir acompañadas de la consiguiente sanción disciplinaria, la cual, hoy por hoy, no ha sido notificada. Solvente usted esta irregularidad en el procedimiento.

»La carcajada se debió oír en Moscú, amén del puñetazo que me tiró al suelo.

»—Órdenes directas de nuestro amado Reichführer, el salvador de la patria, el que acabará con la escoria como vosotros. —Lanzó a mi lado un papel sepia arrugado—. Te fusilaría ahora mismo, pero los de arriba quieren todos los hombres disponibles para aguantar a los monos siberianos que están apretando tras las líneas. Te voy a ofrecer, contra mi voluntad, el honor de morir como un soldado alemán. Sal de aquí enseguida, perro.

»Así fue como entré en acción en un comando de las SS al que tenía más miedo que a los rusos. Había llegado mi hora. Sin experiencia en combate y con un puñado de chalados, ya podía contar los minutos que me restaban por respirar.

»Al final, caí a las órdenes de un comandante de las SS que, si bien no era un asesino redomado como sus compañeros de partido, era muy consciente de que le había llegado la hora. Cada día que pasaba lo consideraba como un triunfo personal, comiendo manjares mientras los demás lamíamos el suelo. De nuevo mi conocimiento del idioma suavizó mi existencia.

»Debía acompañar al sargento loco a saquear las casas e informar de las ventajas de entregar todo lo que tenían a riesgo de ser colgados. El comandante se quedaba la mitad y la otra mitad la entregaba a los oficiales para que la distribuyeran como quisieran. Siempre me tocaba el queso podrido. Sentía que formaba parte de los soldados del infierno, pero cuando el hambre te nubla la razón, no hay que buscar otras explicaciones: yo comía como el que más las provisiones de aquellos desgraciados.

»A mediados de primavera, las líneas de ambos ejércitos serpenteaban alrededor de Borove, en Ucrania, y algunos de nuestros batallones se rezagaron tras las líneas rusas. Cuando caía la noche, la oscuridad impregnaba la zona, primero disparábamos y luego preguntábamos.

»Nuestra sección estaba peinando el bosque en busca de rusos o rezagados cuando nos perdimos por culpa de un teniente recién llegado de la academia de subnormales nazis. No tendría más de veinte años. No sabíamos dónde estaban los rusos, ni los alemanes, ni nosotros. Éramos solo diez soldados sin granadas antitanque. Si nos encontraban los rusos o partisanos, nos harían trizas. Decidimos avanzar solo por la noche. Cada chasquido de una rama nos precipitaba al suelo con los nervios destrozados. Oíamos explosiones lejanas, disparos cuyo eco no permitía distinguir su procedencia. Solo podíamos avanzar hacia el oeste. Aunque nadie hablaba, todos pensábamos lo mismo. Los rusos habían penetrado mucho más de lo imaginable.

»A la segunda noche, el soldado de primera Walter, que abría el camino, se detuvo en seco. Los demás nos agachamos y aguzamos el oído.

»En mitad del silencio, una risa de mujer. Nos miramos aturridos.

»—Chissst. ¿Habéis oído? —murmuró el cabo Kauffman.

»—Risas de mujer. No son alemanes, eso seguro —bromeó Keppler.

»—Están muy cerca. ¡Atención! Grupo de asalto. Bayoneta calada. Preparados para el cuerpo a cuerpo —ordenó el cabo. El teniente Zorn no articulaba palabra paralizado por el miedo.

»El viento nos arrojaba la risa cada vez con mayor nitidez.

»—Abandonad los objetos metálicos. Los tenemos encima. —El cabo avanzó unos metros. Le quitó los prismáticos al teniente y escudriñó en la oscuridad—. Hay una luz a unos cincuenta metros. Parece una granja.

»El resto, incluido el teniente, le miramos esperando una reacción. También era mi primer contacto con el enemigo. Las piernas no me obedecían. Era el terror. Terror a enfrentarme a otro ser humano dispuesto a matarme. Terror a fallar a mis compañeros. Terror a no poder moverme mientras un ruso dirige su pala hacia mi cráneo.

»—Hasta aquí llegó nuestra suerte —murmuró el cabo—. No podemos evitarlos. Aprovechemos la sorpresa y caigamos sobre ellos. Abríos en abanico. Adelante.

»Avanzamos en completo silencio sin escuchar más que la propia respiración. El cabo iba delante, casi en cuclillas. Progresando muy despacio, no había prisa. La silueta de lo que parecía una casa empezó a dibujarse frente a nosotros. Era una granja de dos pisos que, milagrosamente, se erigía casi intacta. La luz en el piso de abajo era muy tenue y arrojaba algunas sombras frente a la ventana; en el de arriba se distinguían dos ventanas sin luces. Las risas sonaban más fuertes ahora; había por lo menos dos mujeres y varios hombres. Otra sección. Carcajadas sin control. ¿Se habían vuelto locos los rusos?

»De repente, el cabo se echó al suelo.

»—Pozo de tirador a veinte metros —gesticuló girándose hacia atrás.

»Lo teníamos justo delante, bien camuflado; era increíble que no nos hubiera sentido; habría acabado con nosotros en unos segundos. El cabo se arrastró hasta llegar casi al borde del agujero. Se paró en seco y asomó la cabeza incrédulo. El centinela estaba durmiendo y, a tenor de su pestilencia, borracho perdido. Sin pensarlo, sacó su bayoneta y le envió al otro barrio. El ruso ni se enteró.

»Con los ojos bien abiertos, intentamos descubrir otros pozos. Keppler encontró otro. Vacío. El cabo se subió a un árbol cercano desde el cual se podía adivinar lo que ocurría en la casa. Las risas eran más fuertes. Un ruido seco. Un portazo. Nos tiramos todos al suelo con las armas a punto. A los pocos segundos, otras risas rasgaron la oscuridad.

»El cabo miraba petrificado desde su árbol. En su enorme boca abierta podían haber anidado una bandada de cigüeñas y ni se habría enterado. Descendió en silencio y, pasmado, nos dijo lo que ocurría en el interior de la casa.

»—O ya hemos perdido la guerra o estoy viendo visiones —acertó a decir—. Dentro hay dos rusas completamente borrachas vestidas con uniformes alemanes, bebiendo y bailando con los brazos izados, haciendo gestos obscenos imitando al Führer. A los hombres no los he visto; estarán sentados enfrente. Habrá cuatro o cinco.

»—Vamos a rodear la casa antes de iniciar el asalto —susurró el cabo—. Vosotros dos —dijo señalándome a mí y al teniente, que a esas alturas ya había comprendido que, si quería sobrevivir, debía escuchar al cabo— os quedáis fuera durante el asalto. Cubriendo las ventanas superiores en nuestra huida.

»"Por detrás debe de estar la puerta que hemos oído —adelantó el cabo señalando a dos hombres—. Vosotros dos os encargáis de ese lado. Cuando estallen las granadas entramos, los liquidamos a todos y salimos echando leches en aquella dirección. El resto de material lo dejaremos atrás. Eso confundirá a los rusos antes de que se nos echen encima. Bien, ¿preparados? ¡A mi señal! —ordenó el cabo.

»Esperó los que a mí me parecieron los segundos más largos de mi vida, y cuando se oyó otra risotada, hizo la señal. Al instante volaron tres granadas de mano que entraron por las ventanas rompiendo los cristales. Un agudo chillido reemplazó a las risas. Un segundo más tarde, una horrible cadencia de explosiones barrió el interior de la casa. Entró el comando y el tableteo de los subfusiles hizo el resto. Mi mirada permanecía fija en las ventanas de arriba, pero de alguna manera veía y sentía lo que sucedía abajo. Lancé una granada. La inmediata explosión no produjo mayor efecto que el estruendo. Ahí arriba no había nadie, o dejaría de haberlo a partir de ahora. A los pocos segundos, mis compañeros corrieron como locos hacia la dirección indicada. El teniente y yo aguantamos unos segundos más frente a la casa. Nos miramos aterrados y enseguida comprendimos que debíamos huir tras nuestros camaradas.

»No recuerdo el tiempo que estuvimos corriendo. El eco del bosque nos acercaba voces de rusos gritando; algún disparo lejano que el viento traía cerca. Tropezábamos, caíamos al suelo, nos levantábamos y seguíamos corriendo. La oscuridad era casi total.

»Finalmente alguien cayó derrumbado de agotamiento y nos fuimos deteniendo. Sin aire. Sin agua. Maldijimos haber dejado nuestras cantimploras en el bosque. La sed nos abrasaba.

»—Mierda, no puedo más. Estoy muerto, no puedo seguir —gimió el teniente.

»—No tendrá esa suerte de espicharla aquí; todavía tiene que sufrir un poco más. El buen soldado alemán no se queja, actúa —respondió jadeante Keppler.

»Al momento, uno de los soldados que había cubierto la parte de atrás de la granja comenzó a reír sin control. Cruzó la mirada con el otro camarada, y este se derrumbó también a carcajada limpia. El cabo se levantó y pateó al soldado, pero este, rodando por el suelo, no podía parar de reír. Ante la mirada atónita del resto del grupo, balbuceó:

»—No os lo vais a creer. Justo antes del asalto, Hansen oyó un ruido y nos echamos al suelo. El ruido se intensificó y me arrastré hacia el lugar de donde provenían los jadeos mientras Hansen aguardaba la señal y... —Su risa se hizo más incontenible—. En otro pozo de tirador había una pareja de rusos fornicando como locos —arrastró la última palabra hasta confundirse con otra sonora carcajada a la cual esta vez nos unimos todos.

»Me quedé pasmado. No sabía si llamar a Hansen o disfrutar yo solito del espectáculo, pero en ese momento comenzó la acción y no tuve más remedio que freírlos allí mismo, abrazaditos. —Las risas continuaron un buen rato hasta irse apagando poco a poco a medida que el cansancio reaparecía.

»Todavía tardamos dos noches en alcanzar nuestras líneas.

»—¿Morteros? —susurró Hansen asomando la cabeza por entre unos arbustos para escuchar mejor.

»—Sonido de Orugas —gritó el cabo—. ¡Son nuestros Tigers!»

Recuerdo que no podía dejar de mirarle; de vez en cuando interrumpía su narración para agarrar su vaso de cerveza y, aun así, le seguía con la mirada, intentando descubrir algún indicio que me mostrara que la persona que tenía delante era irreal. Su traje gris oscuro, su pelo cano, su rostro huérfano de sentimientos. Nada de su figura parecía indicar la intensidad de vivencias que narraba. A diario podía cruzarme con decenas de tipos como él sin molestarme en cederles el paso. «Qué injusto es todo», pensé.

La presencia de Joseph de alguna manera me estimulaba. Era mi némesis. Alguien que, a su pesar, había luchado cada minuto de su existencia, mientras que yo, a mi pesar, había desaprovechado cada minuto de la mía.

Las pequeñas luces que como motas de polvo salpicaban las orillas del lago me inundaron de añoranza y recuerdos. Me descubrí allí solo, divagando sobre mi existencia, y pensé en Julia. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? No había vuelto a saber nada de ella desde aquel día. Era como si ambos hubiéramos finiquitado una relación comercial en la que intercambiar cariño, compañía y sexo a fondo perdido. Me sentía vacío, como si el tiempo pasado no me hubiera aportado nada con lo que afrontar el futuro. Dos años de relación y ya está. ¿Y ahora? Julia ya se buscaría otro reto donde esconder su fragilidad y camuflar su inconsistencia. Era de las que huyen hacia adelante por miedo a verse reflejadas en el espejo. Había sido valiente para romper su relación conmigo, pero mantenía una actitud distante para consigo.

Pensé en mí. Mi deprimente existencia me había conducido a desterrarme frente a un lago en Centroeuropa gimiendo de melancolía. Flagelándome gratuitamente y regocijándome de ello. «Pero ¡qué diablos! Un poco de autocomplacencia y autocompasión tampoco viene mal. Si no me compadezco yo de mí, ¿quién lo va a hacer?»

No todos somos héroes de película que se rehacen en el acto de sus desgracias y terminan salvando al mundo. Estoy solo, ¿y qué? De hecho, las personas que he conocido en Suiza también están solas. ¿Habrá un polo de atracción para los descarriados cuyos imanes se atraigan y a la vez se repelan? Es curiosa la naturaleza humana. Rechazamos a las personas con las que compartimos defectos, si es que a la soledad se le puede llamar defecto. Detectamos enseguida ademanes que nos son muy conocidos y le ponemos un freno invisible a la tentación de confraternizar con quien únicamente nos recuerda nuestras carencias. Normalmente preferimos simular y rodearnos de personas a las que consideramos mejores creyéndonos estar a su altura, esforzándonos por imitar lo que nos parecen virtudes, cuando en la mayoría de los casos son simulacros que camuflan lo que nosotros tratamos de enterrar.

Pierre estaba solo y más le valiera seguir así. Joseph, por su trabajo, no hubiera podido mantener una relación con nadie en serio. ¿Y Sophie? Sophie me desconcertaba. Estaba sola porque quería: lo que no acertaba a comprender era *por qué quería*. No sabía si era una actitud esnob o buscaba un príncipe azul imaginario. Ya tenía una edad para comprender que los príncipes azules también tienen taras. Inevitablemente realicé la consiguiente comparación con Julia. Dos chicas, dos mundos. ¿Cómo puede el ser humano ser tan distinto y tan parecido a la vez?

¿Y yo?

Mi soberbia disimulaba mi temor a aceptar que yo, en el fondo, me encontraba como ellos, pero estaba dispuesto a ser feliz, aunque tuviera que empezar a mil kilómetros de mi casa.

Tras mucho meditar en aquel banco, llegué a la conclusión de que todos éramos iguales; lo único que cambia es la forma en la que disimulamos ese parecido. Julia lo ocultaba liada en la oficina; Sophie, viajando sin destino, y yo, intentando descubrir lo que este me ocultaba. No había más: ser feliz con uno mismo y su circunstancia, sin desear más de lo que mereces y contentándote con lo que disfrutas. Paz, amistad y fútbol los domingos. Si

consigues eso, la relación vendrá sola..., aunque tengas que sacrificar los domingos.

Unos muchachos en patines pasaron rozando mis pies y me devolvieron bruscamente a la realidad. Me había autoproporcionado un discurso esperanzador y me sentía reconfortado. «Sigue adelante, Álex. Cuando regreses todo va a ir sobre ruedas. ¿O no?...» Mis muecas delataban mis pensamientos. Pasaba de felicidad a pesadumbre en la misma frase. ¿Me estaría volviendo loco o, al menos, un poco chiflado? Las dos cosas podían ser correctas porque, a pesar de mis ánimos, mi mente seguía a lo descorazonadoramente práctico y se repetía la pregunta que nos hacemos todos los que iniciamos la treintena recién separados: ¿volveré a tener pareja?

Llegué al hotel y me tumbé en la cama. La habitación era extremadamente sencilla. Sin duda el dueño era de los que pensaban que cualquier tiempo pasado fue mejor. Una televisión que debía de ser el modelo inmediatamente posterior a la Telefunken Palcolor, cortinas decoradas con círculos y cuadrados superpuestos de tonalidades ocre y marrones que dañaban la vista, y un teléfono de los que tenían los números en una rueda que debías girar para marcar le daban un aire «retro» años 70 que debía de funcionar como atracción y valor añadido, pero a mí lo único que me provocaba era querer dejarme de nuevo el pelo largo. Desde luego, original sí que era, y además el precio también era acorde con los años 70, así que, procurando no mirar hacia la cortina asesina, abrí el portátil. El baño estaba limpio y el colchón no se hundía demasiado. ¿Qué más quería? El único signo de modernidad era la señal wifi. Me pareció más que suficiente.

XI

Después de un buen desayuno acompañado de dos cafés cargados, mi humor no se dejó influir por el día gris con que había amanecido. En la psicohabitación del hotel había leído un folleto de la ciudad que había despertado mi interés, por lo que decidí antes de partir dar una pequeña vuelta por el casco antiguo y atravesar el puente de madera.

Resultó que Lucerna se había erigido como una importantísima villa de paso entre Italia y el Sacro Imperio germánico, y hoy en día, continuaba siendo la ciudad más importante del centro del país de los Alpes. Sus únicos conflictos reconocibles —como casi en toda Suiza— tuvieron lugar el siglo XVI con el impulso de la Reforma protestante y, para mi sorpresa, descubrí que Lucerna había liderado las filas católicas.

Así que, con esta escueta pero esencial información, me dirigí al Kapellbrücke, el puente más antiguo de Europa, el cual curiosamente tuvo que ser reconstruido en 1993 por un incendio causado por una colilla. Mi pensamiento se deslizó por el puente intentando descubrir en qué lugar un turista de pacotilla intentaría apagar un cigarrillo sobre una construcción de madera de seiscientos años. Tras sortear un grupo de despistados japoneses que seguían un paraguas verde pistacho, conseguí subir los peldaños que daban acceso al puente.

El recorrido se transformó en un intenso viaje a través del tiempo. En el interior, todavía se observaban pinturas y frescos originales del siglo XIV. Las maderas crujían a mi paso, se escuchaba el murmullo del agua golpeando los pilares de madera, y los cisnes, ajenos a esos animales con dos patas que les lanzaban migas de pan, revoloteaban nerviosos buscándose una sombra que no existía. Me asomé por una barandilla para embriagarme de un escenario que me atrapaba y que probablemente no había sufrido cambios

durante siglos. Fachadas con trampantojos saludaban la rivera del río, calles empedradas cuyos adoquines habían albergado el eco de los caballos a su paso. El tiempo se había detenido en aquel lugar. Mi retina reemplazó los cafés por tabernas y las tiendas por almacenes, e imaginaba soldados mercenarios con sus pesadas armaduras y pendones de todos los colores recorriendo las posadas, codiciosos de cerveza de la tierra. La misma sensación me asaltaría más tarde al enredarme por sus calles.

Me llamó la atención la extraña trayectoria que seguía el puente. No cruzaba de una orilla a otra en línea recta, como sería lo natural, sino que se adentraba en el río, como si, curioso, quisiera seguir su curso, y luego giraba repentinamente en el último tramo para alcanzar la orilla opuesta. No encontré explicación para el fenómeno. La torre octogonal en donde el puente rompía su trayectoria y que fue en su origen un faro y una prisión ahora albergaba una pequeña tienda de *souvenirs*. Trasteando un poco entre los estantes, acabé encontrando una cajita que al darle la vuelta emitía un mugido de vaca; me hizo gracia la tontería y la compré. Ya me arrepentiría más tarde cuando no supiera dónde guardarla. Curiosa la transformación de la sociedad: los desesperados presos habían sido sustituidos por despistados turistas, y la vida sigue...

Retrocedí sobre mis pasos y me adentré en el casco medieval. Como era relativamente pequeño, lo recorrí enseguida. Me maravillaron el colorido y las pinturas de algunas de sus fachadas. Las calles no dibujaban un orden urbanístico al uso, y se enmarañaban formando pequeñas plazuelas cuya visión te trasladaba a tiempos pretéritos, temiendo en cualquier momento la aparición tras una esquina de un mosquetero mosqueado.

Entré en una de las muchas tiendas de *souvenirs* que salpicaban las calles y, sin complicarme mucho la vida, compré imanes con forma de vaca que adoptaban posturas indecentes para todos mis conocidos, bastante más cómodos de llevar que los cientos de relojes de cuco que adornaban todas las tiendas para turistas. Tentado estuve de comprar uno para hacer la gracia, pero por fortuna, me salvó la campana en forma de ociosa dependienta cuyo desagradable timbre de voz apremiaba a decidirme.

Con los imanes auestas y una excelente disposición, me senté en el coche y abrí el mapa de carreteras. Paseando por el puente había decidido regresar a Leuk rodeando el macizo montañoso que alimenta el Ródano por el norte. Se trataba de llegar a Berna por la carretera 8 que atravesaba el bello paraje de Interlaken, donde me podría detener a comer, y más tarde, rodear el lago de

Thun por su rivera izquierda para llegar a Berna. Desde Berna accedería a la E27 hasta el lago Lemán y, desde allí, tomaría el valle del Ródano desde Montreux.

El proyecto era ambicioso: si me entretenía o surgía cualquier imprevisto, tendría que hacer noche de nuevo por el camino, pero una vez roto el tabú de mi primera noche en solitario, no me importaba lo más mínimo repetir la experiencia. De momento, no me estaba aburriendo de mi compañía y debía aprovechar esa circunstancia. Además, había mucho que pensar durante el camino. Justo antes de apagar la luz de la mesita de noche, había sonado la alarma de los mensajes en mi móvil. Era Sophie.

Me faltó velocidad en los dedos para contestar que estaba más que encantado de volver a verla, y que cuando llegara a Leuk, la llamaría sin falta para que fuera preparando algún plan que le pareciera interesante. Al pulsar el botón de enviar y de verificar por tres veces que el mensaje ya estaba en el éter, permanecí unos segundos observando el desconchado techo. Había triunfado. No sabía cómo, pero lo había hecho. Una chica a la que acababa de conocer me había llamado para hacer algo juntos. Haciendo memoria, creí jurar que era la primera vez que me ocurría algo así. Ni con mis anteriores relaciones triunfé de esa manera. No quería decir que fuera el inicio de una relación ni nada de eso. Sophie no me gustaba... «¿No?», me dije.

Mi relación con Julia había resultado ser asimétrica; con Sophie, amenazaba serlo todavía más. Comencé a sospechar que mi vida era una continua asimetría. Pero ¿qué diablos?, ¡no tenía nada que perder!... Aparte de la dignidad, claro.

De repente, la folclórica decoración de la habitación me pareció más acogedora y el colchón fue adquiriendo consistencia. Aún tardé un poco en conciliar el sueño aventurando algún plan que nos resultara inolvidable. Los impulsos eléctricos de mis neuronas navegaban a toda velocidad activando espacios somnolientos, escudriñando un destino alternativo por si Sophie era de las que confiaban en que los hombres tuviéramos todas las soluciones.

Al salir del último semáforo que accedía a la autopista E35, la bombilla se encendió.

—¡¡¡Ginebra!!!

Perfecto. Tenía aparcado ese destino como comodín para el día en que realmente no supiera qué hacer. Siempre me quedaría Ginebra. Se encontraba a una hora y media larga de Leuk. Un simple paseo en coche. A medida que

pensaba en ello, me convencía de que era la excursión perfecta para dos personas que se quieren conocer un poco mejor. Sacrificaba el comodín, pero valía la pena utilizarlo. No se me ocurría nadie mejor con quien gastarlo que Sophie.

La autopista terminaba a la salida de Lucerna; el resto de la carretera se introducía en el valle donde reposaban los dos lagos, en cuyo punto de unión se encontraba la ciudad que iba a visitar. Tras dos horas de precavida conducción, vislumbré el primero de los lagos a los que debía su nombre: Interlaken. Los picos estaban nevados, y no pude evitar sentir un tremendo escalofrío al pensar en desenredar las cadenas que se habían hecho fuertes en el maletero. Afortunadamente, el trayecto culminó lento, pero sin incidencias.

La visita duró menos de lo que pensaba. Una vez recorrido el eje principal completamente abarrotado de tiendas de *souvenirs* y paseado en rededor de uno de los lagos, plegué velas y continué. Me llamó la atención una de las excursiones que anunciaban en una agencia de la calle principal: se trataba de comer en el lugar donde se rodó la película de James Bond *007 al servicio secreto de Su Majestad*. Era una estación de esquí con formas circulares que construyeron para la ocasión.

Recuerdo que el malo era Telly Savalas y Bond lo protagonizó sin mucha suerte un tal George Lazenby. ¡Pobre George! Mi traviesa mirada se encontró reflejándose en el escaparate de la agencia. Una idea perversa se cruzó en mi juicio: «¿Me apetece subir a la estación?», se preguntaba mi reflejo. La idea de sacarme unas fotos imitando a George me producía un estimulante cosquilleo, pero eso significaba dormir en Berna y no acudir a mi cita con Sophie.

La disyuntiva me produjo un conato de lucha interior: por un lado, quería subir a la estación, precisamente por no haberlo planeado y porque es el tipo de cosas para las que jamás se te vuelve a presentar la ocasión, pero otra parte de mí era reacia a cambiar mis planes por no frustrar otros venideros. La lucha tenía su lógica. Se suponía que viajaba sin planes u obligaciones. Que podía hacer en cualquier momento lo que me viniera en gana.

Caminando lentamente hacia el coche pensaba en ello: ya no se trataba de subir porque me apeteciera, sino para demostrarme a mí mismo que podía hacerlo. Había perdido la espontaneidad de la idea y, con ello, la ilusión. Estaba claro lo que iba a hacer: la parte más educada y disciplinada de mí sabía que me marcharía sin fotos de 007, por lo que me puse en marcha lo

antes posible para salir de aquella ciudad que había puesto a prueba mi personalidad y me había vencido.

Durante la primera parte de la travesía no desapareció la sensación de derrota que me invadía; luego, como circular por los pueblecitos que orillaban el lago y la carretera solicitaba mi atención, la lucha interior fue decreciendo en intensidad, sobre todo a medida que trataba de auto-influenciarme. Ocurre que al final tomas una decisión, y vas justificándola y defendiéndola hasta que la convicción es tan absoluta que incluso te preguntas cómo pudiste siquiera pensar en otra alternativa. Continué conduciendo.

A punto de llegar a Berna, unas luces lejanas se interpusieron en mi trayectoria. Cuando me aproximé a ellas, mis dudas se disiparon: era un control policial.

Instintivamente disminuí la velocidad al acercarme. Parecían buscar a alguien, pues no había otros coches estacionados, pero, entonces, un gendarme que portaba un cono amarillo de señalización comenzó a agitarlo en mi dirección. De inmediato, los otros gendarmes que estaban detrás de una señal de límite de velocidad me dieron el alto y me indicaron que sacara el coche de la vía hacia mi derecha.

Repasé mentalmente las cosas que guardaba en la guantera. Disponía de toda la documentación en regla, aunque sabía por experiencia que siempre, siempre, había motivos para endosarte una multa. Recordé al *startrooper* y bajé la ventanilla con mi mejor sonrisa.

Delante del coche patrulla vislumbré un Sedán negro. Se abrió la puerta y un hombre bajito con bigote y barba de varios días bajó de él. El inspector de Lugano.

Se acercó y me pidió con brusquedad que abriera el maletero y saliera del vehículo. Al no encontrarme en una posición dominante en la conversación, hice lo que me pidieron sin abrir la boca. Mientras duró el concienzudo registro de mi coche, el inspector no movió una pestaña, y menos se dirigió a mí. Cuando sus hombres acabaron de removerlo todo, pregunté:

—¿Puedo saber qué están buscando, inspector?

El hombre me miró y respondió:

—En casa del señor Della Siere falta documentación extremadamente valiosa. Si tiene usted alguna idea de dónde se encuentra, será mejor que me lo diga si

no quiere tener problemas —respondió el personaje, del que ya a esas alturas intuía el peligro que portaba a sus espaldas.

Negué con firmeza cualquier tipo de conocimiento acerca de documentaciones robadas y otras vagas acusaciones. Al final, viendo que no me podía retener sin más, me despidió con una frase que heló mis venas durante el resto de la jornada:

—Si encuentro la documentación y usted está cerca, solo la documentación verá la luz.

Llegué a Berna sobre la una del mediodía, justo a la hora de almorzar y con las palabras del inspector taladrándome por dentro. Decidí no obedecer mi primer impulso de largarme de allí corriendo, probablemente era lo que buscaban, por lo que me dije: «Álex, si no te han liquidado ya, es que no pueden hacerlo, así que no te acojones y sigue con tu vida. Eso les joderá más».

Las nubes cubrían toda la región amenazando lluvia. Intenté no pensar en ello, pero saliendo del *parking* noté que las primeras gotas hacían su estelar aparición. Rogué que se tratara de un contratiempo pasajero y me adentré por los fornidos soportales de la ciudad medieval. Como la noche anterior había sido vencido por el sueño y el sonido de los violines, no había planeado la excursión, de modo que me introduje por sus calles sin mayor miramiento.

En directo, la estampa me pareció sublime: las calles empedradas brillaban por el contacto de la llovizna, y de ellas emergían unos inmensos soportales que cobijaban de la lluvia en una perfecta simbiosis ciudad / ciudadano. Más tarde leería que el nombre de la población se debía a que un noble de la región decidió asentarse en ese magnífico paraje donde el río Aare dibuja un sinuoso meandro y resolvió llamarla como el primer animal que matara en su próxima cacería. Resultó ser un pobre oso despistado que nunca llegaría a ser consciente de la importancia de su sacrificio. *Berna* significa «oso» en el idioma que se gastan por estas tierras. Desde luego, era difícil imaginar que en algún tiempo no muy lejano hubiera osos por aquí. ¡Pobrecitos! Milenios de osuna existencia eliminados de un plumazo en aras del progreso. Y había más, pues Berna estaba hermanada con otras capitales europeas en cuyo escudo también retrata a un oso: Berlín y Madrid. Me pareció una tradición muy suiza.

En este punto de la jornada y con el recuerdo del inspector enquistado en mi mente, me pregunté si me estarían siguiendo también aquí. Tampoco tenía

mucho más que hacer, por lo que me procuré una pequeña diversión.

Mientras caminaba por entre los sobrios pilares de los soportales, cambié bruscamente de dirección y retrocedí sobre mis pasos, fijándome detenidamente en todos los rostros con los que me cruzaba de frente sin descubrir nada relevante. Al rato giré sobre mis pasos de nuevo, esta vez cruzando corriendo la calle y esquivando por los pelos un tranvía que, lejos de dar modernidad al centro histórico, aportaba un increíble halo de romanticismo. Llegué al siguiente soportal y volvía a girar sobre mí mismo, y entonces lo vi. No era el Bigotes, de Lucerna, pero esa cara también la había visto antes. Además, su actitud de frenar en seco y mirar hacia un escaparate cuando giré le delató. Para mi sorpresa, no sentí temor alguno; al contrario, podría aventurar que me estaba acostumbrando al jueguito.

Continué caminando por el impresionante empedrado de unas calles que se encontraban dispuestas a dos niveles: a pie de calle, aparecían con frecuencia escaleras que se dirigían a unos semisótanos que eran en realidad comercios a los que se accedía por unas puertas de madera a modo de escotillas. Observé que la mayoría eran tiendas de ropa, de juegos y de música orientadas a la juventud, cuya vigorosidad no les impedía bajar las empinadas escaleras. Las tiendas que se apostaban arriba, en el interior de los soportales, eran más clásicas: tiendas de encajes, regalos, muebles y cafeterías. Hasta en eso eran ordenados.

Con estos pensamientos, y aprovechando que ya no llovía, salí de los soportales de la calle Munstergasse para darme de bruces con una maravilla arquitectónica erigida como catedral, cuyo nombre era Münster St. Vinzenz, de estilo gótico. Escogí un lugar estratégico para vigilar a toda persona que pasara por allí y, a la vez, maravillarme con la policromía de las imágenes del pórtico, protegidas por unos alambres casi invisibles de lejos que impedían el paso de palomas y otras aves famosas por el efecto nocivo de su descomer sobre estatuas y monumentos.

Estuve un buen rato sentado allí hasta que se me ocurrió rodearla. Aligeré el paso y, cuando giré por la parte de atrás, miré a mi espalda para comprobar que nadie se molestaba en seguirme. «Seguramente se han sentido descubiertos y han abortado la operación», pensé creyéndome un espía de vodevil. De repente, mis ojos se abrieron como platos. Apoyados en una columna, dos gendarmes oteaban la plaza que se abría frente a la catedral. No había nada de particular en ello, de no ser porque uno de ellos era el mismo que me había dado el alto por la mañana.

Retrocedí rápidamente, interponiendo el edificio entre su posición y la mía. ¿Me seguía también la Policía, o iba tras mis perseguidores? Me situé en una esquina de la plaza para ampliar mi campo de visión. Detrás de mí, el río Aare serpenteaba entre gabarras y vegetación. Al llegar a mi altura, se ensanchaba formando un pequeño recodo donde el agua reposaba para descansar y recomponerse de tanta curva. Siguiendo su curso con la mirada, descubrí algo parecido a un palacete que intuía debía de ser un hotel o un edificio oficial por sus banderas y la majestuosidad de su fachada y que, a partir de ahí, desaparecía de mi vista girando repentinamente hacia la izquierda. Estaba medio escondido tras un kiosco de bebidas y los gendarmes no podían verme sin acercarse a la plaza. Parecían algo inquietos. Una turista se acercó a uno de ellos y, para su asombro, fue rechazada con brusquedad. Decidí bordear el kiosco en el único momento en que me pareció verlos despistados y me introduje de nuevo por el casco antiguo.

Entré en una tienda de deportes y compré un amplio chubasquero azul marino. Cuando salí, camuflé la mochila bajo el chubasquero y me puse la capucha. Ahora sería yo el perseguidor. Sabía dónde se encontraban, y ellos buscaban a un hombre con mochila azul claro, gorra y cazadora beis. No me costó mucho localizarlos. Al cabo de un rato, decidieron retirarse, los seguí y, cerca del *parking* donde había estacionado, observé cómo se acercaban al Sedán oscuro. El inspector salió airado del coche en cuanto escuchó a los gendarmes. Desde donde me encontraba no podía escucharlos, pero por los gestos del inspector algo me decía que aquellos dos merluzos regresarían al turno de noche.

Descubrir que la Policía quizás estuviera al tanto de mi situación, lejos de tranquilizarme, me preocupó. El inspector del gabán gris perla no me inspiraba la confianza que se le supone a un inspector con gabán gris perla. Solía desconfiar de la gente con barba sucia sin afeitarse, y el inspector modelaba a la perfección mi teoría.

El sol anunciaba ya su despedida y decidí imitarle. Aproveché que un grupo de gente entraba en el *parking* para mezclarme con ellos. Quizás vigilaran el coche, pero ya no me importaba. Tenía cierta ventaja sobre ellos: yo sabía que no me podía fiar de la Policía, pero ellos no sabían que yo lo sabía, y al otro también creía haberle despistado. Sea como fuere, continuaba sin entender nada. Necesitaba pensar con claridad; a lo mejor precisaba ayuda. Mi viaje a Suiza no estaba aportando nada de paz a mi atribulado espíritu; más bien todo lo contrario.

El viaje de regreso se me hizo muy corto. Tenía demasiadas cosas en que pensar. Lo poco que había disfrutado de Berna me había provocado sensaciones muy intensas. Era difícil de explicar, pero me sentía muy reconfortado después de haber deambulado por sus calles. Como si la robustez de sus edificios hubiera apuntalado mi voluntad. Era una ciudad recia, pero a la vez colorida, fría pero acogedora. Me sentía cómodo con esa combinación. La extraña persecución a la que estaba siendo sometido enseguida se diluyó bajo los compases de un CD recopilatorio de música *techno* británica de los 80 —Yazoo, Thompson Twins, Erasure, Depeche Mode...— y me suscitó una sonrisa burlona revisando mis años inocentes de pelos de punta y ademanes misteriosos.

Alrededor de las ocho de la tarde enfilé la cuesta que anunciaba la entrada de Leuk-Stadt. Aparqué el Skoda y recogí la bolsa de ropa y de regalos. Ya asentado en el apartamento, me invadió una pereza horrible. No me apetecía ni siquiera encender el horno para la sempiterna *pizza*, pero en fin, algo había que hacer, tenía hambre. Debía vencer mi vagancia a cenar en casa o a salir, y esta vez ganó la opción aventura. Saldría a que Pierre me preparara algo de comer en su bar.

Una vez tomada la decisión, me fue más fácil aceptarla; además, tenía ganas de conversación y de narrarle a alguien mis experiencias por la Suiza germanófila. Necesitaba sacar a la luz las emociones de estos últimos días... y las que me restaban.

Al entrar en el bar, dudé por un instante si debía contarle a Pierre que había quedado con Sophie. Aunque no había nada que esconder, preferí no sacar el tema a menos que él preguntara. Estaba claro que a Pierre no le importaría beneficiársela y que tampoco se escandalizaría si yo intentara lo mismo; es más, lo contrario le sorprendería, pero no me apetecía que nuestra conversación girara sobre mujeres en general y Sophie en particular. Fue una grata sorpresa encontrar a Joseph. Vestía con los mismos tonos grises de la última vez que coincidimos. La ropa oscura acentuaba su palidez y aspecto sombrío. Me hizo un gesto con la mano y esta vez fui yo quien se acercó a su mesa a saludarle.

La estampa habitual que emanaba de su semblante me reconfortó: periódico doblado —esta vez español—, jarra de cerveza a medio terminar, sombrero apoyado en la mesa, sonrisa plácida. Esta imagen provocó que, por primera vez desde que llegué al pueblo, me sintiera partícipe de este lugar. Los primeros días en los que aparecía por la puerta, me embargaba la sensación de

ser el foco de atención, el intruso, el extranjero, la persona de quien todos se preguntan los motivos de su estancia, lo que trama, su oficio. En esta ocasión, entré en el local saludando a los pocos parroquianos que apuraban sus cervezas obteniendo gestos de aprobación y me acerqué a un amigo para sentarme con él. Todo natural.

—Hola, Joseph. ¿Cómo se encuentra? —pregunté con amanerada educación.

—Buenas tardes, Álex —me respondió—. Bien, ¿y tú? ¿Haces progresos con lo que buscas?

—Querido Joseph, si supiera lo que estoy buscando, créeme, ganaría algo de tiempo —respondí resignado. Él hizo un gesto de aprobación que yo tomé como una invitación a continuar—. Suiza es un país increíble. Parece mentira la diversidad ciudadana que existe y lo bien que se manejan. Qué claridad, qué limpieza, qué fácil parece todo aquí. En algunos lugares simulan estar en el siglo XVII sin que ello altere su devenir diario.

—Es cierto, es un país muy prosaico —respondió Joseph. Y enseguida, como si hubiera activado un invisible resorte, se incorporó y me dedicó una de sus deliciosas pláticas—. Aunque también luce sus claroscuros —aclaró—. No pienses que esto es un cuento de hadas. El pilar de su riqueza proviene de su industria bancaria; aquí reposan las fortunas más sospechosas e inmorales del mundo. El suizo es un superviviente nato. Pragmático, nunca participa de la algarabía ajena si no le va a reportar beneficios. Seguramente no te has dado cuenta, pero es un país cuasipolicial y legislan hasta qué días debes ir al servicio. La libertad individual está sometida al supuesto beneficio de la colectividad. Tú no podrías vivir aquí mucho tiempo.

—Sí, lo he pensado en alguna ocasión. Es como si caminaran paseando a un perro, pero sin el perro —sentenció.

Me sorprendió el análisis de Joseph. Desde luego, no me había parado a pensar en los suizos como colectividad. Me había limitado a admirar su país desde el aspecto típicamente turista, aunque debo decir que la multa de aquel gendarme estuvo de más, y sospecho que una defensa de mi derecho a no saber poner unas cadenas me hubiera traído problemas con aquel soldado clon. Lo bueno de hablar con Joseph era que con pocas palabras te desgranaba todo un argumento de debate.

—Lo cierto es que la famosa neutralidad suiza estuvo a punto de saltar por los aires durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Sabías que Hitler estuvo a punto

de invadir Suiza? —preguntó, como si ese detalle fuera importante en nuestra conversación.

—Pues no —respondí orgulloso de mi ignorancia.

—¿Qué crees que hubieran hecho los suizos? —preguntó de nuevo mirándome fijamente.

—¿Dejarse invadir? —respondí.

—Veo que has captado la idiosincrasia de los suizos. Se hubieran defendido, claro, pero en cuanto hubieran sopesado las ventajas e inconvenientes de seguir la lucha, habrían elegido la solución menos mala: un protectorado alemán. Más beneficioso, más seguro y, sobre todo, más rentable.

—¿Por qué no se llevó a cabo la invasión?

—Mi jefe, Canaris, lo impidió.

Mis cejas arqueadas demandaban más información. Me acomodé en la silla, atendí a mi cerveza rubia y luego le dediqué una sonrisa esperando que me acribillara con la historia que, sin duda, se moría por contarme.

Joseph se aclaró la garganta y prosiguió empleando su dulce tono académico.

—No tiene mucho misterio. Hitler quiso invadir Suiza al menos en dos ocasiones: en el verano del 40, cuando cayó Francia e Inglaterra se defendía panza arriba de la Luftwaffe, y en el verano del 42. En la primera ocasión, Hitler quería simplemente hacerse con el oro suizo para poder sufragar los gastos de guerra. En aquel verano no era una idea descabellada: Estados Unidos todavía no había entrado en la contienda, y otros muchos países al otro lado del Atlántico, aunque neutrales, simpatizaban con la eficacia nazi. Los países sudamericanos, en especial Argentina, no esquivarían el oro suizo a pesar de su procedencia. *Pecunia non olet*. Para el verano del 42, el oro suizo ya no nos servía de mucho, puesto que con el mundo entero en llamas, nadie nos vendería ni un kilo de alubias. Lo único que motivaba a Hitler esta vez era vengarse de los judíos adinerados que, según sus informaciones, habían podido salvar sus fortunas en territorio helvético.

—¿Cómo le convenció Canaris? —pregunté.

—En ambas ocasiones, Canaris le deslizó informes negativos de las consecuencias que tales acciones comportarían, aunque también tenía sus razones personales. Necesitaba a una Suiza neutral que emergiera como una isla ante el maremoto nazi. Él mismo ayudó a numerosos amigos de

ascendencia judía a escapar a Suiza y escondía allí a sus colaboradores cuando se sentía amenazado por las SS de Heydrich; pero, además, toda la red de espionaje de la Abwehr recibía los pagos a través de sociedades fantasmas o de capital alemán desde los bancos suizos. En especial las redes de Sudamérica. Una invasión alemana a Suiza habría puesto fuera de juego todas esas sociedades y las transacciones desde Suiza al resto del mundo habrían quedado bloqueadas. Alemania no podría enviar dinero sin delatar su procedencia. Los bancos de Zurich funcionaban a modo de ventanillas de caja de los alemanes. Invadir Suiza equivalía a provocar la quiebra de tu propio banco.

—Supongo que los banqueros son así en todas partes... y en todas las épocas
—dije suspirando.

—La actitud de los suizos es la del aceite sobre el agua fría: da igual lo que pase por debajo, ellos siempre se las arreglan para que no afecte a su filosofía de vida. Te puede parecer una actitud ventajista y nada generosa, pero tú no eres suizo. Solo los suizos saben ser suizos.

—¿Y cómo sabes tú eso?

Joseph me dedicó una sonrisa y enseguida comprendí que la pregunta estaba de más. Sin embargo, mi nuevo amigo se encontraba de buen humor: había encontrado un oyente interesado, disciplinado y entusiasta. Bebió un sorbo de su jarra, me miró unos segundos y continuó regalándome los oídos:

—Me enteré de eso después de la guerra. En el verano del 42 me encontraba en Ucrania; no supe nada de todo esto hasta llegar a Estados Unidos. Cuando Canaris se sintió amenazado, puso a buen recaudo sus documentos privados. ¿Adivinas dónde? En una caja de seguridad en Zurich. Además, Canaris tenía en Suiza sus propias redes de espionaje paralelas a las actividades de la Abwehr.

»El personal de la Abwehr ya había informado a Canaris de las actuaciones de los Einsatzgruppen de las SS en Bielorrusia, y ese verano se conoció la existencia de los campos de concentración. Fue en ese momento cuando los altos mandos de la Abwehr, que eran abiertamente antinazis, comenzaron a trabajar directamente para el enemigo sin que Canaris hiciera gran cosa por impedirlo. Desde el principio de la guerra, operaba desde Lucerna una red de espionaje dirigida por un patriota alemán apolítico, pero profundamente antinazi, que pasaba información a los Aliados. Canaris tenía conocimiento de ella y la utilizaba para contactar con el enemigo. Una invasión de Suiza

destruiría esta red y a los alemanes de su organización implicados. Incluido él. El problema de Canaris fue que estos espías también informaban a los soviéticos; la suerte para los alemanes radicó en que Stalin era otro paranoico y no comenzó a valorar dichas informaciones hasta el verano siguiente. Cuando Canaris se enteró y quiso cortar cualquier comunicación con los suizos, ya era demasiado tarde, pues él mismo estaba siendo vigilado por los esbirros que Himmler había infiltrado en la Abwehr. No fue hasta octubre del 43 cuando los nazis descubrieron la red Lucy, pero el mal ya estaba hecho. El fracaso alemán en la ofensiva de aquel verano en el saliente del Kursk terminó con las esperanzas de la Wehrmacht de vencer a los rusos, y la derrota alemana ya fue cuestión de tiempo. El almirante Canaris jamás habría autorizado ni consentido que los soviéticos disfrutaran de esa información, pues era un reconocido anticomunista y un patriota. Nunca hubiera llevado a los soldados alemanes a una trampa en territorio soviético. Se equivocó con el tamaño de esa red. Fue laxo en su persecución, infravalorando su radio de acción.

»La verdad es que aquella conexión suiza nunca tuvo mucha suerte, y eso que fue una de las más activas mientras operó. Los receptores de la información subestimaron fatalmente sus valiosas advertencias. Franceses y belgas supieron del inminente ataque a Francia en mayo del 40 y no lo creyeron. También se avisó a los noruegos con el mismo resultado.

—¿Y de la invasión a Rusia? —preguntó Pierre sin perder detalle de su monólogo.

—También. Stalin tuvo noticia de la inminente invasión alemana desde tres fuentes distintas: a través de la red suiza, de los británicos y de su espía en Tokio, un tal Richard Sorge. Un personaje de película con conexiones en la Embajada alemana, quien más tarde tendría una importancia capital al informar en el otoño del 41 a la Stavka, el alto mando soviético, de que los japoneses atacarían a los americanos e ingleses en el Pacífico y no a los rusos en Manchuria, lo que permitió a los soviéticos sacar a sus tropas siberianas del Este y enviarlas justo a tiempo para la defensa de Moscú.

—Y Stalin, teniendo tanta información al respecto, ¿no hizo nada?

—Bueno, aquí entran en juego muchas teorías. Durante los años 50, en plena Guerra Fría, tuvimos ocasión de interrogar a algunos generales rusos que habían desertado del Telón de Acero y nos contaron distintas versiones que al principio nos parecieron inverosímiles y, luego, simplemente conjeturas sin

fundamento, expuestas quizás para impresionar a sus interrogadores; lo malo es que con Stalin nunca se estaba seguro de nada.

»La más curiosa fue una que afirmaba que Stalin, conocedor de la inminente invasión, dejó hacer a los alemanes confiando en que su ejército aplastaría la incursión alemana y que le servirían en bandeja la excusa para su añorada expansión por el oeste a costa de rumanos, búlgaros y los propios alemanes. Pero falló en sus cálculos: su ejército era un gigante con pies de barro y los alemanes les barrieron durante cuatro meses seguidos hasta que llegó el invierno.

»Y otra teoría, más inverosímil si cabe, afirmaba que era el propio Stalin quien se estaba acercando a la frontera alemana para en breve comenzar él la guerra. En el momento de la invasión alemana, la frontera rusa estaba atestada de divisiones rusas y casi toda la aviación se encontraba en los aeródromos del Oeste. Simplemente no era lógico.

—¿Tú qué crees que pasó, Joseph? —preguntó Pierre de nuevo.

Sonrió con su mirada astuta.

—En la mente de Stalin se magnificaba la idea de una destrucción mutua entre Gran Bretaña y Alemania, solo debía esperar la fruta que, zarandeada por la guerra, cayera mansamente en sus manos para luego surgir él, recoger los escombros y extender el comunismo por el mundo, ocupando Europa del Este y con los restos del Imperio británico en el Oeste.

»En el año 48, un general ruso se pasó al bando occidental en la embajada británica en Polonia. No recuerdo su nombre, pero sí su relato: perdió a sus dos hijos en la gran guerra patriótica. Uno de ellos militaba en una compañía bajo sus órdenes y encontró la muerte en una carga suicida a campo través contra una división acorazada alemana. Lo hizo sin dudar, nos dijo. Creían de veras en Stalin. Más tarde perdió a otro hijo en el sitio de Leningrado. Al acabar la guerra, y aun habiendo perdido a su familia, en lugar de honores, fue destinado a un puesto fronterizo por el mar Caspio con la misión de diezmar a las poblaciones poco afines al régimen. Fue él quien nos dijo que a mediados del 41 el ejército ruso realizaba maniobras de ataque hacia el oeste simulando juegos de guerra, y que entre la oficialidad soviética era un hecho que tarde o temprano se atacaría a Occidente.

Esperé unos segundos para digerir la narración de Joseph. Desde luego, nunca había oído nada de esas teorías y me costaba elegir entre creérmelo o pasar del tema. No sabía cómo reaccionar, si con amanerado escepticismo o

generosa confianza. Tras unos segundos de silencio, una idea me asaltó de repente y le increpé a quemarropa:

—¿Nunca te has planteado escribir algún tipo de memorias sobre tu vida? Yo intento escribir un diario, pero creo que lo voy a dejar; no me queda nada interesante por contar después de escucharte.

Mis edulcoradas palabras tuvieron efecto y, al final, acabó confesando que, durante su estancia en Ucrania, había escrito un pequeño diario sobre sus experiencias en el frente. Algunas escenas todavía no se habían borrado de su memoria. Nunca había vuelto a hablar de aquello. Hasta ahora.

A esas alturas no se me pasaba por la cabeza que Joseph no estuviera presente en el mío, así que le pedí permiso para escribir sobre él, a lo que accedió sin demasiado entusiasmo. Además..., ¡qué diablos! ¡Si ni siquiera sabía su apellido!

Cuando llegué a casa, encontré que mi libro de la mesilla estaba en su correcto lugar. No supe si alegrarme.

1 de abril de 1941

Berlín. Cuartel general de la Abwehr.

—Mi querido amigo...

El almirante Canaris trataba afablemente a todo el personal bajo su mando, en especial al de operaciones. Conocía la dificultad, el riesgo y la importancia de nuestra labor, por lo que se mostraba gentil y agradecido. Creaba vínculos de lealtad, éramos una familia, y por la familia uno lo sacrifica todo. Si fallabas con tu cometido, le habías fallado a él. Al hombre que vela por ti, que te cuida, te protege. No trabajabas para los nazis, trabajabas para él. Era un hombre de honor y esperaba ser correspondido.

—Estoy impaciente por escuchar las novedades. ¿Por quién apuestan los ucranianos, Joseph? —preguntó mientras servía dos copas de coñac.

—Su excelencia tenía razón. Como he informado durante estos meses, el armamento soviético es mucho más potente de lo que sospechábamos, y la frontera se ha ido reforzando con nuevas divisiones, aunque sin entrenamiento adecuado. Los pocos generales con experiencia que le quedan a Stalin se están moviendo

sigilosamente sin despertar su atención. Regresando aquí, he adelantado a un ejército que se acercaba de maniobras a la frontera polaca, y en la frontera de Ucrania y Besarabia me he topado con más de cinco cuerpos mecanizados, mucho más de lo que sugirió su excelencia.

—Sí, ya sabemos por nuestros hombres en Bielorrusia que el ejército soviético está bien pertrechado. Hemos conseguido fotografías de esos tanques de los que informaste, los KV-1. Parecen temibles, desde luego, pero Hitler no atiende a razones. Va a lanzar el ataque a pesar de nuestra información. —Hizo una pausa y añadió con cierta amargura—: Y luego están esos generales advenedizos, ávidos de gloria, que le ríen las gracias y sus ocurrencias. Se pasean por el cuartel general como pollos sin cabeza. Solo el mariscal Von Rundstedt se lee nuestros informes, aunque no hace nada al respecto.

—¿Puedo preguntar a su excelencia cuándo se llevará a cabo la operación?

—Sí, puede usted preguntarlo. ¿Qué más da? Hemos perdido lo que usted bien afirmó era imprescindible para tener éxito: el tiempo. En estos momentos, nuestras divisiones acantonadas para atacar el frente sur soviético se dirigen a Grecia. ¿Qué le parece? La ofensiva se retrasa hasta nueva orden. Antes del verano no será posible —continuó con una mueca mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Me temo que es un grave contratiempo —apuntó Joseph—. Según nuestros contactos, la clave de toda la operación es llegar a Moscú antes del invierno. ¿Cree usted que lo lograremos?

—Quién sabe. Si lo que me dice de su armamento es cierto, será un invierno muy largo. Pero basta ya de malas noticias. —Se incorporó hacia adelante esperanzado—. Dígame qué nuevas trae de Ucrania.

—He contactado con nuestros hombres en Kiev —continuó Joseph—. Tendremos más apoyo de lo que sospechábamos.

—Esos desgraciados... —interrumpió Canaris—. Se agarrarían a un clavo ardiendo si se pudieran vengar de los bolcheviques.

—Tiene razón, excelencia, hay mucha amargura contenida, pero no se fían de nadie. No iniciarán el levantamiento de Ucrania mientras no caiga Moscú. Hasta que esto no se produzca, no se pasarán a

nuestro lado. Cuando se inicien las hostilidades, habrá un reclutamiento masivo del que no podrán escapar. Dependerá de nosotros, de lo rápido que lleguemos a Moscú y a Kiev.

—¡Maldita sea! —exclamó exasperado—. Todo puede fracasar por esos ineptos italianos. ¿Y en el resto de las poblaciones? ¿Qué impresión ha sacado? ¿Podemos contar con su ayuda?

Canaris se removía intranquilo sobre el butacón. El plan se diluía entre sus manos y no había nada que pudiera evitarlo. Dirigió su mirada hacia el techo y permaneció unos segundos callado.

Joseph le observaba con cierta preocupación. Era frustrante dirigir una organización de inteligencia a la que nadie hacía caso. Tenía enemigos por todas partes: los nazis esperaban un resbalón para saltarle encima y Hitler le tenía por un viejo de una época ya caduca. No entendía cómo no le habían sustituido ya. Quizás fuese porque en este juego del espionaje todos tenían información de todos y nadie se atrevía a dar el primer paso.

—El campesinado es apolítico —continuó Joseph para recobrar su atención—. Vive del campo, lo ha pasado tan mal con unos como con otros; apoyará a quien le facilite su modo de vida. Solo quieren vivir en paz. Lógicamente habrá una leva que se llevará a los jóvenes, pero los que queden colaborarán si hacemos bien las cosas.

—Ese es el problema. Heydrich está al tanto de toda la operación (que, por cierto, se llamará Barbarroja, como nuestro gran emperador) y no me fío de él. Quiere mi puesto y nuestro descrédito.

—El almirante hizo otra pausa y permaneció unos segundos dirigiendo su mirada hacia el gran ventanal que iluminaba la estancia; luego, mirando hacia su copa, añadió arrastrando las palabras—: Estoy muy cansado, Joseph. Si no temiera tanto lo que pudiera hacer Heydrich con toda la información que manejamos, hace tiempo que hubiera solicitado que me reemplazaran.

Dedicó una agria sonrisa a Joseph mientras se levantaba para poner fin a la reunión.

—Pero no voy a darle ese gusto a los nazis... Disculpe, estoy hablando demasiado, hay cosas que no debería saber. Me estoy comportando como un viejo cascarrabias. Olvide lo que le he dicho. Estamos todos en el mismo barco.

Uno de sus perritos anunció su presencia con un pequeño ladrido. Se escondía tras su sencillo escritorio, como temeroso de haber escuchado la conversación. El almirante le dedicó un gesto cariñoso con la mano y miró a Joseph fijamente.

—No va a volver a Rusia hasta que comience la invasión. No me puedo arriesgar con usted. Tómese unos días de descanso, visite a su familia. Cuando esto empiece, va a ausentarse durante mucho tiempo. Le informaré por el canal habitual.

—Gracias, almirante, estoy a su disposición para lo que su excelencia ordene.

—Puede retirarse, Joseph. Gracias por sus servicios.

Joseph salió del despacho un tanto abatido y tomando conciencia de que, efectivamente, tenían más posibilidades de perder la guerra que de ganarla. Decidió hacerle caso y visitar a su familia.

XII

La noche ya se había desplomado sobre el valle. Antes de entrar en el apartamento, decidí desentumecer mi alma y cuerpo y me senté en un pequeño muro que limitaba la carretera con el desnivel del valle. La nevada se hacía más densa y los copos de nieve comenzaban a simular hojas de papel lanzadas por algún travieso colegial.

Mientras regresaba de Ginebra con Sophie, animado por la conversación, no me percaté de que esas pequeñas motas que golpeaban la luna del coche cada vez con mayor frecuencia formaban parte de una incipiente nevada que atrajo el recuerdo de «gendarme + cadenas + multa». Solo de pensar en Sophie colocando mis cadenas me entró urticaria africana, por lo que me apresuré todo lo que pude para dejarla en su casa, en Sion, y entrar en Leuk sin aterrizar en un campo de albaricoques. «Me temo que te vas a quedar por lo menos un par de días sin salir», aventuró Sophie antes de dejarla en la calle que la llevaría a su casa.

No me importaba que la nieve se fuera acumulando silenciosamente sobre mis piernas. Necesitaba que el frío me mantuviera alerta. No es que tuviera una experiencia imbatible respecto a los sentimientos femeninos, pero había notado cierta duda en su temple. Me había preguntado si me invitaría a su casa a tomar una última copa. Había imaginado la escena conmigo de protagonista: una pareja sondeando su amistad, indagándose mutuamente, resolviendo en silencio sus dudas bajo la luz tenue de un portal con una adorable nevada sobre sus hombros... Pero en ese instante, había temido parecerme más a Jerry Lewis que a Clint Eastwood. No había duda de que la química había encontrado su fórmula entre dos elementos contradictorios. Nos habíamos despedido un tanto incómodos, pero ambos supimos que era lo mejor. Unas palabras de cortesía que a esas alturas sonaron extrañas y un

«estamos en contacto» acompañado, esta vez sí, de un tierno beso en las mejillas. Fue cuanto necesité para convencerme del peligro que rondaba mi alma.

La excursión a Ginebra había resultado fantástica. Habíamos confesado inquietudes, anhelos, anécdotas y esperanzas. Resultó que era protestante, una noticia que provocó en mí una desconcertante impresión. Nunca había conocido a ningún protestante, y me dolió mi propia observación al juzgar como protestante a quien un segundo antes consideraba mi amiga... Era inconmensurable el poder de la religión para separar a las personas. También nos tropezamos con un séquito de árabes que salían de una joyería y me contó detalles de sus viajes por el norte de África, de cómo en Egipto comenzaron a llamar *el pound* a una pequeña herida que se hacen los hombres en la frente al rozar con el suelo mientras rezan, suponiendo con este gesto ser más devotos. Me contó la historia de Sissi la emperatriz cuando paseábamos bajo su estatua, la vida de Rousseau, de Calvino, me habló de religión, de Dios, de sus teorías sobre el mundo árabe y el desfase con relación a la línea del tiempo respecto a la civilización occidental... Hablamos de temas muy profundos y parecía conocerme muy bien, pues cuando la conversación decaía, introducía con habilidad temas por los que yo sentía verdadera curiosidad. ¡¡Era la compañera perfecta!! No tenía reparo en reconocer su femenina superioridad en agudeza e inteligencia. Conmigo lo tenía fácil, me rendía con placer al primer envite. Era una persona que se hacía preguntas y no se desesperaba por desconocer las respuestas, pero buscarlas daba sentido a su vida. Mi admiración no hacía sino crecer con cada sentencia que pronunciaba.

Sobre aquel muro sentí ese vértigo que surge ante la posibilidad de iniciar una inesperada relación: volvía a tener quince años. Era una sensación olvidada y ya ni me acordaba de que fuera tan bonita. Debía analizar si era un capricho pasajero propio de una situación extrema que de ningún modo hubiera ocurrido en mi entorno natural, o si era algo más. Algo que llevaba ahí fuera esperándome todos estos años. Aunque me sintiera como un atolondrado adolescente, estaba vivo. ¿Hasta qué edad se cometen tonterías por amor? Regresar a casa solo y enamorado no era la terapia que me había impuesto, pero en aquel momento, con el aire frío golpeándome la cara y la nieve bajo mis pies, no me hubiera cambiado por nadie en el mundo.

Regresé al apartamento. Sereno, con un aplomo distinto. Era como si de repente hubiera adquirido la personalidad que se evadía de mí cuando la

necesitaba. Ahora la tenía. Creía haber despertado del letargo. Solo restaba ser capaz de disfrutar de ello sin adornos superficiales, sin pueriles esperanzas. Disfrutar con intensidad de lo que llegara y, sobre todo, de lo que no llegara. Mi vida era ahora una montaña rusa en la que Sophie, Joseph, Vincenzo, los esbirros, el inspector e incluso Julia en la distancia aderezaban, cada uno a su modo, todos y cada uno de los segundos de mis días. Me encontraba tan pletórico que me daba igual lo que ocurriera con tal de sentirme vivo.

Recordé que tenía una botella de vino español de La Rioja sin abrir esperando un momento especial. Decidí que el momento había llegado y me vestí de nuevo. No quería beber una copa de vino solo y en pijama.

Me estiré sobre el sofá frente al televisor y fui haciendo *zapping* hasta toparme con una escena que transformó mi expresión. Era un canal de habla alemana; no importaba. Robert Duvall con sombrero del séptimo de caballería arrojaba naipes sobre los heridos norvietnamitas en la playa de Da Nang.

—«Me encanta el olor del Napalm por la mañana. Huele a... victoria» — repetí en voz alta.

¿Existía mejor manera de acabar el día que disfrutando de *Apocalypse Now* con una copa de buen vino atrapado en una nevada?

No. Definitivamente, no me cambiaba por nadie.

Como profetizó Sophie, la intensa nevada caída durante la noche impidió cualquier salida que supusiera conducir algo que no fuera una quitanieves. Aquella noche me había acostado sin tener claro lo que iba a hacer y, desde la cama, bien cobijado bajo un espeso nórdico, no aventuraba que mi ánimo fuera a cambiar mucho.

Me levanté y abrí la contraventana para verificar mis sospechas: el patio trasero de la casa de enfrente se perfilaba cubierto de un tupido manto blanco. Los árboles, tejados, muros... Todo aparentaba lo que realmente era: un hermoso paisaje de la campiña nevado como, según me confesó más tarde Pierre, hacía tiempo que no se veía. Me acosté de nuevo y me dispuse a observar desde la cama las ramas de los árboles y los tejados que se recortaban desde el marco de la ventana.

Una claridad especial inundaba la habitación. Era un tono gris muy claro, tenue, amortiguado, como si no quisiera molestar, como si respetara el silencio del dormitorio y esperara a que tomara la cada vez más difícil

decisión de ponerme en marcha. Miré el reloj. Eran las nueve y media de la mañana; demasiado tarde para hacer algo y demasiado pronto para no hacer nada. Me revolví bajo el nórdico con la esperanza de conciliar un poco más el sueño, pero estaba claro que mi mente ya se había adelantado a mi espíritu. Ya estaba alerta y despierto.

La previsión meteorológica indicaba para los dos próximos días inestabilidad y bajas presiones, pero que luego mejoraría considerablemente. La perspectiva en sí no era mala: no me vendrían mal un par de días de descanso para aprovechar y continuar la bitácora del viaje que ya amenazaba con quedarse a medias, como otras tantas cosas que había empezado. A medida que lo razonaba, me autoconvencía de tal manera que, cuando salí a comprar mis cruasanes favoritos, parecía no haber pensado nunca otra cosa sino quedarme en casa navegando por Internet.

Permanecí vagando por el espacio exterior unas dos horas, buscando información de los lugares en los que había estado, descargando imágenes, etcétera. Se me ocurrió insertar fotografías en el diario para que resultara más ameno y para que, una vez realizado, tuviera ánimos de consultarlo con frecuencia, aunque solo fuera para verlas de nuevo. Luego abrí mi correo. Un extraño *email* destacaba en negrita en mi bandeja de entrada. La dirección era un código con arroba de Gmail. Pensé en eliminarlo temiendo que fuera un virus, pero algo me decía que era para mí. Lo abrí.

El miércoles a las 11:00 a. m. en el Museo Olímpico de Lausanne. Por favor, es muy importante que lleves la documentación. Vincenzo.

Durante interminables segundos no pude quitar la vista de aquella simple frase, como si fuera a salir de la pantalla para darme más pistas de lo que sucedía. El correo se había enviado hacía apenas cinco horas. Al rato caí en la cuenta de que Vincenzo me había escrito a una cuenta personal que solo unos cuantos amigos íntimos tenían —él, desde luego, no—. Realicé mil cábalas sobre el motivo de aquel mensaje y, especialmente, en el detalle de que iba a presentarme sin la caja. Si era una cuestión de vida o muerte, desde luego no podía confiar mucho en mí. Me sentí angustiado y maldije el momento en que decidí no traerla conmigo. Por algún motivo, Vincenzo había confiado en mí y le había fallado.

«¡Maldita sea! ¿Y ahora qué?»

Lo primero que hice fue responderle que no tenía la caja. Cuanto antes lo supiera, mejor para él. Para los dos. Si tenía que buscar un plan B, este era el

momento.

«El miércoles a las 11:00 a. m. en el Museo Olímpico de Lausanne»

La frase me martilleaba constantemente; no podía pensar en otra cosa. Justo para el miércoles anunciaban buen tiempo. Todo encajaba demasiado bien. Necesitaba salir y respirar aire frío.

Me planté en la calle parapetado tras mi anorak de pluma, guantes, orejeras, gorro, bufanda y calcetines —esta vez sí, de los feos y calentitos—, con la esperanza de sacudirme la sensación de vértigo que me atenazaba. Dos días atrapado en Leuk con la angustia recorriendo cada poro de mi piel: planazo a la vista. Debía relajarme y encontrar algo con que distraerme urgentemente.

Me dirigí al mismo muro que la noche anterior había sido testigo de mi despertar, como esperando de nuevo sus consejos. Desde allí, apenas se distinguía la carretera al fondo del valle. La niebla protagonizaba aquel frío día en los estertores del otoño.

El aire soplaba sin pudor y la sensación térmica provocaba que el frío comenzara a calar hondo tras mi forraje de ropa, sobre todo por las piernas, pero regresar tan pronto a casa suponía iniciar el día con un minifracasito. Decidí aguantar estoicamente un rato más encaminándome hacia el castillo.

El patio del castillo era una especie de recinto ajardinado cubierto de nieve, que en algunas zonas dejaba entrever el césped que lo adornaba. Tendría unos cien metros cuadrados y por el lado sur no estaba amurallado, con lo que se podía uno asomar al valle e incluso caer al vacío. Decidí no asomarme y dejar un imaginario metro de distancia entre yo y la nada. Tampoco era un día para admirar ningún paisaje.

Volvía hacia el calor del apartamento para iniciar mi retiro cuando una voz conocida captó mi atención:

—Buenos días, Álex. Veo que la nevada te ha atrapado en el pueblo —dijo Joseph con su temple habitual.

—Buenos días, Joseph —contesté, sorprendido por su repentina presencia—. Pues sí. Serán unos días de televisión y hogar.

—A mí también se me han trastocado los planes —dijo—. Pensaba ir al mercado de Sion, pero con este tiempo no es agradable pasear. No esperaba que la nevada cuajase de esta manera. Es bonito, ¿verdad?

Permanecimos unos instantes en silencio observando el valle y la inmensidad de las blancas montañas que adivinábamos enfrente. Cuando el frío en los muslos comenzó a ser un problema, me dispuse a decir las frases de despedida y disculpa para retirarme, pero instantes antes de abrir la boca, me preguntó:

—La nevada me ha sorprendido y no tengo ganas de comer solo en un restaurante. ¿Querías acompañar a este anciano para que no se aburra?

—Ehhh... umm...

Totalmente desprevenido, no pude sino balbucear palabras inconexas que me permitieran ganar tiempo para dilucidar con rapidez si me apetecía comer con él o buscar una excusa creíble para no hacerlo. En décimas de segundo, mi mente analizó los pros y los contras: en realidad no tenía nada mejor que hacer, pero me daba corte comer con él. Habíamos intimado un poco, cierto, pero no era lo mismo compartir una cerveza informal que una comida formal. No obstante, si la conversación giraba más en torno a él que en torno a mí, tal vez surgiera una agradable sobremesa. Además, ¿no había venido a Suiza para enterrar mis prejuicios y mis temores? «¡Adelante!, ¿qué vas a perder? Si la comida es un coñazo, pues la acortas y te vas al apartamento», me dije.

—Claro, ¿por qué no? —respondí tras unos largos segundos en los que Joseph esperó con profesionalidad mi respuesta. Era un hombre de mundo que sin duda transcribió antes que yo la indecisión que surcaba mi mente.

—¿Te parece que comamos aquí? —dijo señalando el restaurante-pizzería que había a la entrada del pueblo.

—Por mí, estupendo —respondí—. Me encantan las *pizzas* de este sitio.

Iniciamos nuestra plática con las típicas observaciones triviales acerca del tiempo, de la situación económica y de las costumbres suizas comparadas con las de nuestros lugares de procedencia. Más tarde, a medida que consumíamos las *pizzas* que con una amabilidad exquisita nos trajo la encantadora hija del dueño, pugué por desviar la conversación hacia él con la excusa de que yo era muy joven y en mi vida no habían ocurrido sucesos de mucho interés. Joseph sería una gran solución con la que distraer mi recién adquirido problema.

—¿Cómo te reclutaron para la guerra? —pregunté sin darle tiempo a pensar por dónde empezar.

—En realidad fui voluntario —afirmó sin mirarme—. Es una larga historia —continuó al ver que yo permanecía callado sin apartar la mirada, esperando

carnaza.

Tras unos segundos, levantó la mirada, como intentando cazar las imágenes que sin duda su cerebro evocaba, y comenzó a hablar pausadamente, acomodando sus primeras palabras para ordenar su memoria. Como si estuviera recitando sus recuerdos; como si leyera en voz alta lo que su mente le dictaba; como si hubiera estado esperando ese momento para poner a prueba su memoria. Como si, en lugar de mi presencia, una anónima grabadora registrara sus palabras para ser escuchadas y no juzgadas...

Su voz detuvo el tiempo dentro de aquel restaurante.

—Me alisté en la Kriegsmarine, la Marina de Guerra alemana, en 1936. En aquellos tiempos, la crisis económica que golpeaba Occidente estaba en su punto más álgido. Dresde no era una excepción. Mi familia poseía una granja a las afueras de la ciudad y, aunque la situación no era holgada, se podía decir que nunca pasamos hambre como algunos de mis amigos de escuela. Por aquella época tendría unos dieciocho años y, según el credo femenino, se me consideraba bastante atractivo. Mis rasgos y mi suave acento eslavo me otorgaban cierto aire irresistible que prendía en las jovencitas de mi barrio. —Sonrió cómplice—. Mi destino parecía haber sido escrito en unas pocas líneas, deseándome una plácida vida en la granja con una guapa esposa que me diera hijos y, juntos, ocuparnos de las cosechas. Era mucho más de lo que la mayoría, en aquellos años, podía aspirar. Pero para disgusto de mi madre, yo no era como los demás. Era lo que podíamos llamar *un inconformista*, de esos que basta que le digas que hagan una cosa para inmediatamente hacer la contraria solo por el gusto de no hacer lo que le ordenan, o por seguir su propio criterio. De los que persisten en el error por no ceder en sus planteamientos. Era un rebelde buscando su causa. Pero había algo más: existía en mí una fuerza que en ocasiones provocaba ilógicas reacciones desesperadas, a veces incluso violentas. Solo mi madre conocía la causa de mi desorden interior, pero nunca habló de ello con la esperanza de que, con el paso del tiempo y la aparición de alguna mujer, mi vida quedara atada para siempre en aquella granja.

»Hasta que un lejano día de marzo, una revelación me golpeó con la fuerza salvaje del deseo adolescente... Descubrí el mar.

»Era aquel misterioso manto grisáceo lo que me perturbaba sin saberlo. La visión de aquellas masas de hierro que milagrosamente flotaban sobre las aguas me acompañaba sin indulgencia durante aquellos días. La revelación

tuvo un efecto narcótico en mi ánimo y mi tío bromeó mucho al respecto, pues por lo visto no abrí la boca en todo el viaje de regreso a Dresde.

»Sucedió muy rápido. Mi tío Andrei decidió que debía acompañarle a Hamburgo, donde tenía que arreglar unos papeles para importar una maquinaria americana con una aseguradora marítima. Pensó que me haría bien para calmar mi atolondrado espíritu adolescente.

»Al segundo día de estancia, mi tío resolvió llevarme al puerto. Cada día recordaría la atracción que emanaba de aquella masa azul. Los inmensos buques mercantes amarrados en los muelles se me aparecían como animales domésticos amaestrados por unos seres diminutos que surcaban sus cubiertas. La visión de barcos de todos los colores, el tronar de las chimeneas, las mercancías embaladas en medio del muelle, grúas gigantes ennegrecidas por la herrumbre, marineros gritando con rudeza, ásperos, viriles... Me sentí muy pequeño en medio de aquella frenética actividad, pero, a la vez, fascinado por la magnitud que mis sentimientos experimentaban.

»Y entonces, lo vi... Un barco de guerra. Mi tío, advirtiéndome mi turbación, le preguntó a un marinero el nombre. Era un acorazado. El Schleswig-Holstein.

»Me impactó su majestuosidad, la simetría de sus cañones, las poderosas chimeneas, los uniformes impecables de la oficialidad que en ese momento se asomaba por cubierta. Nunca me pude quitar de la cabeza la fascinación que me produjo su poder. De regreso a la pensión, mi tío me contó que creía que era uno de los pocos barcos de guerra que los aliados habían permitido conservar a Alemania tras la Gran Guerra, y que ya estaba muy viejo. Aun así, su comentario ya no pudo influir en mis arengas mentales en las que el acorazado surcaba nuevo y reluciente los océanos de mi imaginación.

»En el viaje de regreso, mi entusiasmo no dejaba de situarme en lugares maravillosos descritos en mis libros de aventuras. La excitación era incontrolable. Confirmé la existencia de otro mundo más allá de las colinas de Dresde. A partir de aquel momento quise descubrirlo; y sabía cómo hacerlo.

»Al llegar a Dresde, aunque el estudio y el trabajo cotidiano rebajaron mis expectativas y anhelos, no consiguieron barrer por completo el sedimento de aquel impacto. Aquel barco seguía allí, amarrado en un refugio imaginario, esperando la orden de zarpar.

»Un día, en el periódico local, descubrí la foto del mismo acorazado realizando unas maniobras en Uruguay como buque-escuela. Todavía permanece en mi memoria el instante en que me atisé sirviendo por la

cubierta, saludando a los guardiamarinas con mi impecable uniforme blanco. Fue un pensamiento fugaz, imperceptible, que me dejó como aturdido. La fotografía me perseguía y me acosaba en cuanto me distraía, ya fuera agachado con los aperos de labranza, fregando o barriendo. En cuanto mi mente se ausentaba un poco de la tarea encomendada, ahí estaban esos cañones, esa chimenea dibujándome señales de humo con mensajes irresistibles. Mi confusión adolescente no me permitía orientar mi futuro, pero lo único que a esas alturas tenía ya claro era que mi porvenir no caminaría junto a las verduras de mi huerta.

»De repente dejé de ser el muchacho indolente y contestón para convertirme en alguien con un plan. Mi madre reconoció enseguida ese repentino aplomo en mi ánimo y sospechó, como solo una madre puede sospechar; también ella entendió que mi futuro germinaría muy lejos de allí.

Joseph hizo una pequeña pausa para recobrar el impulso. El brillo de su mirada mostraba que sin duda estaba recuperando una pasión quizás olvidada. Desgranaba cada instante de su juventud como si la reviviera en ese mismo instante. Cada nimio detalle parecía imprescindible para entender el siguiente.

—Como te he dicho —continuó tras un buen trago de agua—, la crisis económica golpeaba muy duro y la gente desocupada comenzó a anegar plazas y cafés. La vida se tornó gris. La tristeza, la resignación y el hastío barnizaban cada adoquín de la ciudad. Rostros amargos ignoraban saludos con cabizbaja indiferencia. Era deprimente atravesar las calles camino a casa y observar hombres estilosos con sombreros de paño gris haciendo cola en un improvisado comedor social o en una oficina de colocación: la amargura que destilaban sus rostros conmovía, pero yo era demasiado joven para entender la tristeza de aquellos hombres, y demasiado egoísta para preocuparme por algo que de momento no me alcanzaba.

»Ya por entonces se escuchaba algún episodio de saqueos en algunos almacenes de judíos, cuya persecución no era todo lo diligente que cabía esperar. Uno de mis mejores amigos, un judío de origen ucraniano, regresó a Kiev cuando sus padres leyeron entre las líneas de la desdicha humana lo cerca que estaban del precipicio. Estando en Kiev con las fuerzas de ocupación alemanas en el otoño del 41, leí su nombre en una lista de deportados que finalmente acabarían en el fondo del barranco del Babi Yar...

»Pero eso... es otra historia.

»Solo los más inteligentes y experimentados podían sospechar el monstruo que estaba gestando, pero el caso fue que el ejército comenzó a ser una vía de escape para los jóvenes desocupados cuyo futuro terminaba a la vuelta de la esquina; una salida digna que aliviaba la carga familiar. Y aunque muchos no tenían la edad reglamentaria, se miraba hacia otro lado. Había que engrosar la maquinaria de jóvenes entusiastas escapando de la miseria, y lo que comenzó siendo una huida hacia adelante pronto se convirtió en un prestigioso destino. En aquel momento, nadie de mi círculo cercano se había planteado alistarse, pero todo cambió en el verano del 36: el en aquellos momentos candoroso ejército alemán ocupó la zona de Renania que, en virtud de los acuerdos versallescos, debían no solo de estar desmilitarizados, sino a disposición de Francia si esta se veía amenazada. Los franceses, inmersos en su *grandeur* y sus problemas internos, no prestaron suficiente atención a semejante desafío. De repente, el ejército alemán había realizado una brillante y arriesgada maniobra resuelta con la eficacia de los que no tienen nada que perder. Antes de que acabara aquel mes de junio, dos amigos cercanos se alistaron.

»Nunca antes había pensado en el ejército como forma de vida. El colorido y la impresión de contemplar impecables uniformes desfilando era un espectáculo que, como buen jovenzuelo, me fascinaba, pero aún creía que ese no era mi camino. Hasta que a las pocas semanas, la madre de uno de mis amigos alistados me permitió leer una de las cartas escritas en caliente desde la frontera con Francia. Lo que expresaban las misivas de aquellos intrépidos despertaron en mí un sentimiento comparable a la visión del mar: una intensa emoción me abrasaba cada vez que leía algo en los periódicos sobre aquellos valientes. Las sirenas de mi barco anunciaban su salida. Un tumulto se organizaba bajo mi piel, la excitación sobrepasaba mi cuerpo: necesitaba hacer algo con mi vida, y lo quería ya. Las cartas de mis amigos en el frente habían activado el invisible resorte de lo imparable. La envidia no me permitía pensar con claridad. Para algunos de ellos era la primera vez que salían de Dresde y se encontraban en Renania, retando a los franceses, viviendo emociones intensas, respirando peligros, templando nervios. Quise estar ahí con ellos. El capitán dirigía desde cubierta la maniobra de embarque y yo no estaba allí.

Joseph volvió a detener su relato, quizás para que digiriese la intensidad de sus palabras y su significado.

—Como ya te comenté, no soy alemán de nacimiento. Soy ucraniano, y por la mezcla de culturas entre las que me crié, los sentimientos patrióticos no

despertaban en mí tanta pasión como el hecho de iniciar una colosal aventura; además, la cultura ucraniana estaba muy presente en cada rincón de la granja. En mi casa se hablaba ucraniano, más como homenaje a mis parientes muertos, como si de alguna manera estuvieran presentes y escucharan nuestro devenir diario, que por orgullo patrio. De hecho, mi familia ostentaba un sentimiento de amor-odio hacia su país de origen difícil de entender para un joven como yo, que no había vivido las guerras en sus pueblos como ellas.

»Ucrania les había arrancado a sus seres más queridos de una manera cruel e injusta. Se avergonzaban por haber sido incapaces de construir un país llamado a ser la envidia de Europa y que devino en un lodazal de miseria humana; a pesar de todo, el amor a su tierra no podía ser enterrado sin más y, naturalmente, a lo que no estaban dispuestos era a perder a su único hijo en otra aventura militar.

»En una ocasión deslicé la remota posibilidad de ser llamado a filas. Mientras viva, recordaré la férrea expresión de mi madre. Nunca hasta entonces la había visto perder los nervios, pero ese día, el espanto, el temor y la ira se apoderaron de cada centímetro de su cuerpo. Golpeando con furia la mesa, me juró que, si me alistaba, se quitaría la vida. En mi hogar, mi madre y mi tía se escandalizaban del cariz que estaban tomando los acontecimientos; habían sufrido en primera persona los horrores de la guerra, el hambre, la humillación, el destierro y la desesperación que acompaña a las madres y esposas que esperan angustiadas el regreso de sus hombres del frente. Con tan solo imaginar que podrían revivir aquellos años en Ucrania, sus rostros se inundaban de silenciosas lágrimas. Pero mi egoísmo me dominaba. Era un hombre de acción envuelto en otras ambiciones que se asomaba por la ventana y observaba cómo se movía el mundo sin poder intervenir en su trayectoria.

»No tenía derecho a herir a mi familia, por lo que solo cuando la bomba de relojería larvada en mi interior amenazó con detonar, encontré una solución de urgencia. Embarcaría..., pero en la Marina Mercante. Saldría a surcar el mundo a bordo de algún buque de carga, aparcando así mis impulsos bélicos. Mi madre no se acostaría cada día con los nervios destrozados y yo cumpliría parcialmente mis anhelos.

»Por lo que había oído, las travesías en los buques mercantes podían durar un año, y estaba decidido a hacerlo para luego alistarme en la Marina, realizar la instrucción y embarcar en algún buque de guerra. Estaba convencido de que a

mi vuelta asumirían la nueva situación y se sentirían orgullosas de ver a su hijo de impecable uniforme de la Kriegsmarine.

»Pero, ¡ay, amigo! Arribé a Hamburgo con un hatillo y unos pocos marcos, y mi ilusión se desmoronó con la misma rapidez que las buenas noticias. Encontrar trabajo resultó una misión imposible. Solo los poseedores de excelentes recomendaciones y mejores padrinos lograban alguna plaza de estibador o simple mozo de carga, pero mi orgullo me impedía regresar a lo que podría significar mi última oportunidad de salir de Dresde. Cuando mi situación rozaba con la indigencia y tras discernir distintas estrategias acuciadas por el hambre y la humedad, decidí no esperar más; a fin de cuentas, solo se trataba de adelantar mis planes.

»Llamé a la puerta de la Kriegsmarine.

»Tardé todavía un año en poder embarcar. Hasta finales de 1937, no fui seleccionado para formar parte de la tripulación de un barco. Como no podía presentar ninguna credencial ni experiencia marina que me hiciera apto para el servicio, decidí centrar todos mis esfuerzos en algo que me llamó la atención y que en aquellos momentos se desarrollaba de forma espectacular: la criptografía, las claves secretas y la radio. Intuí que tendría más oportunidades de embarcar si era capaz de manejar con soltura aquellos aparatos y estudié las señales, banderas, códigos y pulsaciones como si me fuera la vida en el intento; de hecho, así era. Leí libros y todo lo que pasó por mis manos para prepararme igual que si fuera yo el maldito capitán del barco.

»Mi promoción se componía de gentes que no ofrecían otra pretensión que buscar un futuro mejor lejos de su lugar de procedencia, cualquiera que fuera, por lo que, gracias al interés que mostraba por todos los aspectos relacionados con mi labor, destaqué con rapidez ante mis estrictos superiores. Fui de los primeros de mi promoción; de hecho, adelantaron mi instrucción. Se necesitaban marineros despiertos para cubrir los puestos de radio y allí estaba yo, de casualidad, desafiando de nuevo al destino.

»Me gradué, por fin, y me embarqué como ayudante del oficial de comunicaciones del acorazado Schlesien. Nada más calentar la mohosa silla de madera de aquel despachito de telecomunicaciones, el barco zarpó a Sudamérica. Imposible describir con palabras la cascada de sensaciones que me salpicaron en aquellos momentos: la sirena que tronó al zarpar atravesó mi alma como un arpón ballenero.

»Sin duda fue la mejor época de mi vida. Éramos los chicos mimados del capitán. Nos dedicábamos a captar todas las señales de navíos e informar al capitán de las órdenes recibidas. Nunca nos deslomamos en trabajos de limpieza y dormíamos por riguroso turno. Pasábamos todo el día encerrados en un cuartucho sin parar de trabajar, pero era un trabajo privilegiado, al margen de la férrea disciplina de la marinería.

»Éramos de los primeros barcos de guerra alemanes que navegaban por aquellas aguas desde la Primera Guerra Mundial, y era todo un acontecimiento atracar y zarpar de los puertos sudamericanos. La multitud se agolpaba como si jamás hubieran visto espectáculo igual; sin duda, la curiosidad de ver con sus propios ojos a esos alemanes arrogantes que a punto estaban de dar otro vuelco a las fronteras europeas los animaba a ello. En ocasiones, y siempre en la oscuridad de la noche, embarcábamos pasaje de paisano a los que trasladábamos a otros puertos. Cuando esto sucedía, debíamos dejar nuestro puesto de radio para que ellos lo utilizaran. Era todo muy teatral y nadie podía hablar de ello...

»... Y como ocurre cuando descubres tu lugar en el mundo, el tiempo avanzó demasiado deprisa. Las horas se hicieron minutos y los minutos, segundos. Entramos en el año 39 sin apenas reparar en ello.

Hizo una pausa, y me miró por un momento a los ojos, como discerniendo si continuar o no. Mi embelesamiento despejó cualquier duda.

—Todo cambió aquel verano del 39 —dijo con un resoplido de resignación—. Se informó a la Armada de que regresara a sus bases para recibir instrucciones. Solo la oficialidad estaba al corriente de las tensiones que se vivían en el alto mando. El regreso supuso una alegría para la tripulación. Todos deseaban pisar tierra firme para dar rienda suelta a sus innombrables vicios. Yo fui el primero en saberlo, pues me encontraba de guardia ese día. Mi mueca de satisfacción alertó al capitán, quien, al recibir el mensaje transcrito, golpeó mi espalda visiblemente satisfecho y se marchó, no sin antes prohibir comunicárselo a nadie. Fue inútil: a las pocas horas hasta las ratas del barco sabían que regresábamos a Alemania.

—¿Y tu familia? ¿Cómo lograste que aceptaran tu nuevo..., digamos, destino? —pregunté ansioso.

—En Hamburgo conocí a otro muchacho que, como yo, trataba de buscarse la vida en los muelles. Las desgracias crean poderosos lazos y entablamos amistad. Era un muchacho de la cuenca del Ruhr que intentaba escapar del

cruel destino de su familia en las minas. Su hermano había muerto en un corrimiento de tierras y su padre debía seguir trabajando para mantenerle, pues su madre había fallecido años atrás de tuberculosis. Como ves, cada uno tenía su propia historia. Es curioso, no recuerdo su nombre, pero sí su rostro adulto a pesar de los diecisiete años que confesaba. Nos repartíamos la poca comida que conseguíamos y prometimos apoyarnos mutuamente si surgían problemas. En aquella época abundaban los matones que hacían papilla a ilusos como nosotros.

»Un día se acercó corriendo hacia mí, agitando un papel y gritando a los cuatro vientos su nueva dicha. Había conseguido un puesto de mozo en un barco que zarpaba hacia el Índico en dos días. Imagínate su estado de ánimo: nos gastamos el poco dinero que le quedaba de taberna en taberna con la excusa de que en Australia no aceptaban patéticos marcos del austriaco bigotudo. Antes de zarpar, le entregué dos cartas que debía franquear en algún puerto extranjero. En las cartas no aclaraba en qué puerto me encontraba, pero afirmaba que todo me iba muy bien y que tenía ganas de regresar para contarles mis aventuras. Un engaño menor para ablandar el ánimo a mi madre...

»De hecho, regresar a puerto tenía para mí un significado especial, pues esta vez sí que me presentaría como lo que era: un suboficial de la Kriegsmarine. El cómo había ido a parar de un buque mercante a otro de guerra era algo que todavía tenía que decidir. Ya era todo un hombre, y la educación y el deber aprendidos en la exquisita conducta de la oficialidad exigían de mí continuar el ejemplo. No tenía sentido continuar la farsa. Habían pasado más de dos años de esquivas cartas; era un hombre que había elegido su destino, no había mucho más que explicar. Significaba liberarme, aun siendo consciente de que posaba la preocupación sobre los hombros de mi madre, pero era lo mejor. Mi privilegiada posición en el barco me hacía poseedor de información delicada y sabía que la guerra era inminente. Tarde o temprano sería llamado a filas; en este caso, tendría más probabilidades de sobrevivir en un buque de guerra que en un barrizal en Flandes. Ese debía ser un buen argumento para tranquilizar ambas conciencias.

Joseph contrajo sus labios evocando esa escena como pidiendo perdón al cielo encapotado que nos acompañaba. Bebió un trago de cerveza y continuó:

—Los ojos de mi madre al verme de uniforme no mostraron rencor; más bien resignación a algo que de algún modo sabía y había tratado de ocultarse. No hubo reproches ni lamentos. Los acontecimientos se habían precipitado

durante mi ausencia y la indignación ocupaba cada palabra que emitía. Mi familia era abiertamente hostil a Hitler y los sucesos del último año anunciaban una nueva guerra de la que tendrían que huir. No éramos judíos, pero a mi tía y mi madre comenzaban a tratarlas como a apestadas. La violencia que asolaba de vez en cuando a inocentes vecinos indicaba que la ruleta de la venganza podía no distinguir entre las estrellas de David y los oriundos extranjeros. Estando todavía de visita, prendieron fuego a una herrería de un ciudadano polaco que habitaba en Dresde desde la Primera Guerra Mundial. Solo los nazis y sus acólitos quedaban libres del pecado original de no ser un fanático y embrutecido teutón.

De nuevo realizó una breve pausa. Las solía intercalar en su relato. Seguramente se detenía para proyectar en su mente la escena que acababa de narrar. O para tomar fuerzas. A veces parecía no poder continuar, pero sacaba energía y seguía hablando a la invisible grabadora testigo de su vida.

—Llegó la hora de la despedida y se despertaron en mí las dudas hasta ese momento aparcadas. Pronto se desataría una feroz contienda contra Inglaterra, nuestro histórico rival en los océanos, cuyo resultado podría fácilmente enviarme al fondo del mar. Sentí congoja al pensar en abandonarlas de nuevo quién sabe hasta cuándo, pero yo había descubierto mi lugar en el mundo y no podía renunciar a él. La granja era un sitio acogedor, pero nada podía compararse con la sensación de libertad de acostarse en el Uruguay y levantarse en el cabo de Hornos. Además, flotaba en el aire una confianza ciega en Hitler, maestro en tensar la cuerda y en obtener siempre lo que quería evitando el choque de los ejércitos.

El silencio de nuevo se hizo dueño del espacio.

—... Y entonces... Llegó el mensaje cifrado.

»Se acababa de firmar un pacto de no agresión con los rusos y se cancelaban todos los permisos. Toda la tripulación debía estar en sus puestos de combate en las próximas treinta y seis horas.

»Estuvimos amarrados en Kiel, sin poder abandonar el barco, hasta que a finales de agosto recibimos la orden de zarpar hacia el Danzig para unirnos al acorazado Schleswig-Holstein, el cual llevaba allí una semana fondeado realizando maniobras de entrenamiento. El capitán recibió aliviado la noticia. Ya había arrestado a la mitad de la tripulación por un motivo u otro y sospechaba que la misión final del navío haría que los hombres derrocharan toda la tensión acumulada durante la última semana.

—¿Sabías cuál era el destino final del acorazado? —pregunté.

—Sí. Zarpábamos hacia Polonia a participar en unas maniobras con el permiso del gobierno polaco, pero la sospecha de que se tramaba algo gordo cortaba el aire. El nerviosismo de la oficialidad disparaba los rumores: todo el mundo opinaba y todos tenían una explicación para tanto secretismo. Como suboficial de comunicaciones más joven, era blanco de todas las preguntas. Los más veteranos me amenazaban por mi silencio. Lo cierto es que yo recibía los mensajes, pero no los descifraba. Desde que zarpamos de Kiel era mi superior quien lo hacía y lo comunicaba al capitán.

»El último de ellos secó la sonrisa de mi compañero: debíamos situarnos frente a la costa polaca, en la península de Hela, en zafarrancho de combate, y esperar instrucciones. Fuimos aislados del resto de la tripulación para que no pudiéramos filtrar las últimas noticias que nos acercaban a nuestro destino final.

De nuevo se tomó un respiro antes de continuar. No había dejado de hablar ni un segundo, apenas había probado su *pizza* y los restos permanecían fríos en el plato ante la mirada inquisidora de la muchacha, que no sabía si recogerlos o esperar un gesto de mi interlocutor. Nada de eso sucedió. Apuré de un trago el agua de su vaso, me miró y continuó:

—La madrugada del 1 de septiembre me encontraba de guardia en la cabina de transmisiones. Mi compañero me informó de las novedades de su turno; no había cesado un segundo de recibir y transmitir mensajes. Me comentó con sorna que me esperaba una buena noche de trabajo y que él se marchaba agotado.

»Justo a las 00:00 del día 1 de septiembre, recibí el mensaje.

»Llamé inmediatamente a mi superior, pues tenía código de acceso restringido, y se presentó en el acto, como si hubiera estado esperando mi llamada. Transcribió el mensaje, me miró durante unos gélidos segundos y corrió hacia al camarote del capitán.

»Unos minutos más tarde sonaban todas las alarmas del barco indicando zafarrancho de combate.

»A las 4:45 debíamos dar apoyo militar al acorazado Schleswig-Holstein, que comenzaría a disparar sus cañones de 280 mm contra las posiciones polacas. Nosotros debíamos barrer el fuego costero, mientras ellos volcaban su fuego a discreción sobre la fortaleza que vigilaba la bahía.

»La guerra había comenzado.

XIII

El intenso silencio que se desplomó tras sus palabras solo fue roto por el chasquido de un *zippo* que Joseph manejaba con su mano izquierda. No recordaba el momento en que lo hubiera utilizado, ni siquiera intuía que fumara.

—Es muy bonito. ¿Recuerdo del frente? —pregunté para relajar el ambiente creado por el relato.

—No. No guardo nada del frente. Este mechero fue un obsequio de un soldado americano. En Berlín. Gracias a mí se libró de un arresto de la policía militar en una pelea de taberna. Se licenciaba al día siguiente.

El giro de nuestra conversación no había conseguido cambiar el rostro serio de mi amigo. Continuaba con la vista baja, a veces fija en el mechero, a veces simplemente en el aleteo de sus dedos. Por fin, aguantamos la mirada unos segundos y sonrió, más para acompañar mi gesto que por convicción. De alguna manera, él se había quedado estancado en aquel 1 de septiembre de hace sesenta y nueve años.

Parecía aturdido. Recordar todo aquello le había emocionado y ahora escondía su rostro tras un vaso de agua que tardaba demasiado en beber, quizás ahogando un atisbo de agitación; sin embargo, enseguida se recompuso y volvió a ser el Joseph sereno que creía conocer.

—Joseph, quizás estoy siendo un poco egoísta al remover cosas que igual preferirías no recordar. Espero que perdones mi curiosidad —dije con cierto remordimiento.

—No te preocupes, es un buen ejercicio para la memoria —respondió resuelto—. Hace tanto tiempo ya... No recuerdo si alguna vez le he contado esto a alguien. Quizás tengas razón y deba escribir sobre ello.

—Pues claro. Escribir extrae tus miedos y temores y los encierra en el papel —sugerí como si hubiera descubierto la pólvora.

Me miró sonriente y continuó su relato al hilo de mi primera pregunta.

—¿Qué sentiste? —pregunté.

—No lo sé —respondió al vacío—. De alguna manera, todos esperábamos aquel momento. Fue más bien la constatación del fin de una ilusión, de una época. De repente, el mundo que había construido alrededor de una vida plena rodeado de oficiales cultos y educados se esfumó con el sonido del primer cañonazo.

»La guerra, tantas veces temida y para algunos deseada, se presentaba para cambiarlo todo.

»Durante las semanas siguientes apenas pudimos dormir cuatro horas seguidas. La radio escupía los mensajes sin parar y el capitán tomó nuestro cuartucho como puente de mando. Como te comenté, nuestra misión consistía en cubrir al Schleswig-Holstein que tenía dificultades en la península de Hel, en el fortín de Westerplatte, donde la heroica defensa polaca nos mantenía a raya.

»Cuando finalizó la campaña de Polonia, nuestro orden de batalla consistió en patrullar el Báltico en nuestro viejo cascarón. No teníamos ninguna posibilidad frente a los ingleses, por lo que navegábamos siempre en convoy. Más tarde proporcionamos apoyo a nuestras tropas que se dirigían a Noruega, para finalmente permanecer fondeados en Oslo escoltando transportes.

»Aquellas semanas en el Báltico tras la derrota polaca fueron extrañas. La guerra entró en un incómodo letargo y los días se alargaban demasiado. Pensaba en mi familia, lamentando que hubieran tenido razón una vez más. Me sentí miserable por haberlos abandonado siguiendo un incontrolado impulso egoísta. En aquellos momentos me necesitaban más que nunca, y yo a ellos. De repente, durante aquella estúpida espera, ya no quería vivir ninguna aventura. Quería regresar en el tiempo, volver a Dresde. Deseé que todo hubiera sido un sueño y despertar con los gallos al alba, calzarme las botas de agua para limpiar el establo y que un desayuno caliente me saludara como cada mañana.

»Pero no fue así.

—¿Cómo terminaste en la Abwerh de Canaris? —pregunté impaciente.

Joseph me sonrió como quien sonríe a un chiquillo que reclama más golosinas después de haberse comido todas las demás con disimulo, pero me siguió el juego. Creo que comenzaba a disfrutar también de su relato.

—Todo empezó el día en que Hitler desarrolló sobre el papel la invasión de Rusia —dijo con gravedad—. Por lo que a mí concierne, la orden me llegó en el verano del 40.

»El almirante Canaris fue llamado a la Guarida del Lobo e informado de la operación. Himmler y Heydrich ya se veían desfilando en la plaza Roja. Canaris, más realista, aconsejó realizar la campaña lo antes posible, a más tardar al inicio de la primavera, o no llegarían a tiempo a destruir el frente ruso antes del invierno. Heydrich, presente en la conversación, le tildó de derrotista y antialemán; este abogaba por una victoria en cuatro meses. Hitler asintió divertido al intercambio de reproches sin ponerse del lado de ninguno. No consentía que la realidad le nublara sus fantasías. La gran guerra por la civilización alemana no se debía librar en Occidente; Francia e Inglaterra eran consideradas molestos inconvenientes que obstaculizaban el gran objetivo nazi: la eliminación de los bolcheviques.

»A pesar de que Canaris no podía obviar la sorprendente eliminación de Francia del tablero de juego y la desorientación británica, por sus informadores en Ucrania conocía el potencial ruso. Cuando supo que la operación no se detendría, dedicó todo su empeño en desarrollar un plan que había estudiado años atrás, en plena purga estalinista: ya que combatiríamos contra los rusos, lo más conveniente sería ganarles.

»El viejo almirante había establecido un magnífico servicio de información en la Unión Soviética y conocía el descontento que reinaba en muchas áreas de ese vasto territorio; incluso yo, a través de mi madre, había sido testigo de la desolación del pueblo ucraniano. No parecía difícil atraer ese descontento y el odio de esas gentes que lo habían perdido todo con la irrupción bolchevique y que se encontraban esclavizados en granjas que antes les pertenecían. Ucrania había sido pasto de la miseria de demasiados ejércitos en muy poco tiempo. Los últimos en llegar habían literalmente masacrado a todo sospechoso de haber colaborado con el enemigo. Esta ambigüedad de criterio les había otorgado la potestad de tomar represalias contra cualquiera que habitara esas tierras o confiscar la granja que más produjera. A comienzos del año 41 existían en Ucrania no menos de veinte células preparadas para facilitar el camino a los tanques de Guderian.

»Tras el ejército, debían llegar nuestros equipos de propaganda animando a la población a sumarse a la causa germana. Teníamos la misión de reunir a los alcaldes y personalidades de cada pueblo y ciudad y cantar las bondades del régimen nazi, la organización, el progreso. “Con el nazismo llegará una época de prosperidad que durará mil años. Nunca pasaréis hambre, no os mataréis a trabajar para los bolcheviques, recuperaréis lo que os quitaron. ¡Basta ya de aguantar el yugo comunista que solo ha traído odio y miseria! ¡¡Observad el progreso alemán!!”, les diríamos...

—¿Querían vengarse de los rusos? —pregunté.

—Querían vengarse de su desdicha —corrigió Joseph—. A principios de los años 30, la colectivización agraria impuesta por Stalin para industrializar el país a marchas forzadas provocó una hambruna indescriptible. La adquisición de maquinaria industrial se abonó con lo único que disponía el país: grano.

»Los ucranianos fueron obligados a trabajar hasta la extenuación para luego ceder todas sus cosechas. A los que se negaron a abandonar sus granjas les hicieron pagar tantos impuestos que, al no poder afrontarlos, se requisaban las granjas igualmente. Muchos comieron el grano crudo mientras lo recolectaban. Cuando llegué detrás del ejército alemán, me narraron escenas espantosas de muertos famélicos por las calles y otras barbaries. Los antiguos combatientes nacionalistas nos recibieron como libertadores.

—O sea, ¿que queríais sublevar a los rusos contra su propio gobierno? —pregunté. Mi cara de asombro le incitó a seguir narrándome esa parte de la historia que inevitablemente se confundía con la suya propia.

—A grandes rasgos, ese era el plan original de Canaris —prosiguió—. De hecho, una vez iniciada la invasión, supe que ya antes de la contienda, en el año 37, el frente nacional ucraniano contactó con el régimen nazi para que apoyaran una sublevación. Muchos generales soviéticos, hartos del despotismo y de la intromisión de los comisarios políticos en sus filas, la apoyaron. El resto, pobres desgraciados, hubieran seguido a cualquiera que les hubiera prometido la devolución de sus tierras y algo de pan. Los agentes de la Abwehr enviados constataron sobre el terreno las posibilidades de dinamitar la Rusia comunista desde sus mismas entrañas. No obstante, por aquellas fechas, Hitler y Stalin jugaban otra partida de ajedrez en España, cada uno probando su armamento en los bandos enfrentados. Hitler no estaba preparado todavía para un enfrentamiento frontal, y para rematar la faena, apareció en escena el personaje más siniestro de cuantos incubó el nazismo y

medraron bajo su amparo: el mismísimo Reinhard Heydrich, el más astuto, ladino e implacable de todo el organigrama nazi. El hueco que dejaba libre su ausencia de escrúpulos lo ocupaba su maldad.

El sonoro apellido del alemán me sobresaltó y me paralizó. Producía inquietud escuchar su nombre por alguien que lo conoció.

—Heydrich, esa mantis religiosa despiadada, anhelaba con ferocidad apoderarse de la jefatura de la Abwehr para así gestionar la información, es decir, el poder absoluto. Nunca camufló su ambición ni delante de su mentor, el mismísimo almirante, hacia el cual profesaba sentimientos contradictorios.

»Cuando Himmler le nombró jefe de la SD y puso a la Gestapo bajo su control, nunca tuvo el menor miramiento para interferir en las propias acciones de la Abwehr si ese era su deseo, poniendo incluso en peligro a los propios agentes de Canarias. Su mal disimulada ambición le cegaba. Así, desde su atalaya de poder, seguro de su influencia sobre Himmler y Hitler, inició el siguiente movimiento. Infiltró a su propia gente en la Abwehr, inaugurando así una lucha sin cuartel entre los dos hombres de los que dependía el futuro de la Alemania nazi.

»No tardó mucho tiempo el astuto Heydrich en poseer los documentos originales con las informaciones que nos llegaban desde Ucrania y la asonada que fraguaba: nombres de oficiales soviéticos, lugares de entrenamiento, armas... Era una información capital para cualquiera que supiese manejarla. Canarias, fiel a sus principios de caballero, prefirió obviarla. Era un furibundo anticomunista desde el fin de la Primera Guerra Mundial, pero no podía arriesgarse a que su país entrara en guerra con Stalin. No apoyaba la insurrección soviética, pero tampoco pensaba interferir en ella. Los ucranianos se disponían a agitar el árbol en su lugar; él solo debía esperar sentado para recoger las manzanas.

»La Abwehr contuvo el aliento esperando la noticia que pusiera fecha a aquella jugada que podría cambiar el destino de Europa. Pero de repente, a mediados del año 37, las informaciones provenientes de la disidencia empezaron a espaciarse cada vez más hasta casi desaparecer. Paralelamente, por otras fuentes secundarias, se recibieron inquietantes informes de masivos arrestos entre la oficialidad rusa. Dos agentes alemanes fueron descubiertos y heroicamente se sacrificaron con su cápsula de cianuro para no delatar su misión. Todavía no lo sabíamos, pero... se habían iniciado las purgas. Stalin comenzó a fusilar a todo oficial que respirara aire distinto al suyo.

—¿Qué? ¿Stalin descabezó a su propio ejército? —pregunté asombrado de semejante estrategia absurda más propia de un líder débil y asustadizo que del líder astuto y despiadado que imaginaba. Aunque, bien mirado, quizás no fuera incompatible con su personalidad.

—Correcto. Entre 1937 y 1938 se ejecutaron, acusados de traición, a miles de oficiales soviéticos, lo más granado del Ejército Rojo, incluido su mejor hombre, el mariscal Tujachevski. Cientos de comunistas de regiones sospechosas como los países bálticos, Ucrania y Bielorrusia fueron arrestados y fusilados. Se desató una furia vengativa que llegó incluso hasta España, un país donde los soviéticos disponían de una inmensa delegación apoyando a los republicanos y que en aquellos años era un auténtico hervidero de espías de todas las nacionalidades disfrazados de corresponsales, escritores y asesores. Cualquier hombre o mujer delatada con o sin razón era fusilado o enviado a Siberia.

»Canaris no daba crédito y presintió que el máximo organismo soviético había sido alertado. Hacía tiempo que sospechaba de filtraciones dentro de su organización y fallos en la seguridad. No tardaron mucho en descubrir que la sección tercera que se ocupaba de las operaciones en el extranjero estaba bajo estrecha vigilancia de los hombres de Heydrich. Se fueron atando cabos y...

—¡Heydrich! —exclamé.

—A través de su embajador en Berlín. Este informó a Beria, el jefe de la NKVD, que el ejército entero estaba organizando un golpe militar para acabar con Stalin, e incluso le mostró documentos originales robados de las oficinas de la Abwehr por sus hombres. Para Heydrich era un golpe audaz; para el exquisito Canaris, una burda treta indigna de su excelsa organización.

»Heydrich convenció a Hitler de las bondades de un plan que eliminaría a los nazis de cualquier sospecha. Canaris, en cambio, montó en cólera cuando por fin descubrió al culpable de arruinar su inmensa red de informadores. Se ejecutó a los jefes del ejército, pero también a toda la oposición, y lo que más le preocupaba, ya no quedaría nadie que hiciera sombra a Stalin, de quien recelaba tanto como de Hitler. Su titánico proyecto de eliminar a los dos dictadores no solo se desinflaba, sino que veía cómo estos se hacían más y más fuertes sin que ni él ni sus hombres, que ahora quedarían expuestos, pudieran evitarlo, todo gracias a la *vedette* de Heydrich.

—¿Pero tú en aquella época estabas todavía embarcado? ¿Qué tienen que ver contigo estos sucesos?

—Canaris sabía que, aun con su ejército descabezado, Rusia era un hueso demasiado grande para las fauces nazis. Nunca terminarían de comérselo. A pesar de perder a toda su organización, no desatendió a sus potenciales amigos ucranianos. Solo que, en esta ocasión, habría que ir a buscarlos. Necesitaba gente preparada en Alemania que sustituyera a los agentes caídos y contactara de nuevo con la disidencia. A principios del 39 ya había rehecho parte de la red, y para esta nueva etapa se creó una oficina tan especial que ni los propios trabajadores en la sede la conocían, y los pocos implicados, escogidos personalmente por el almirante, despachaban directamente con él. Los esbirros de Heydrich nunca supieron de la nueva operación.

»Ya tenía fecha para la invasión: trabajaba contrarreloj y comenzó la búsqueda de agentes en el único estamento que sabía no estaba contaminado por los nazis.

—¡¡La Marina de guerra!! —exclamé entusiasmado.

—Tenía poderosas razones para acudir a la Armada —respondió complacido—. Los nazis nunca consiguieron infiltrarse en la Kriegsmarine. Los códigos del honor y el deber impermeabilizaban los intentos de Himmler de manejar a la oficialidad: estos se debían a Alemania, no a los nazis. Otra ventaja era la habilidad de esta en el manejo de códigos, comunicaciones y criptografía y, por supuesto, los excelentes contactos del almirante con sus excompañeros.

»... Y resulta que el comandante del Schlesien era un viejo camarada de Canaris, que no dudó en devolverle un antiguo favor a su amigo aun a costa de desprenderse de su aventajado operador de radio.

Me miró unos segundos esperando mi reacción.

—Que no era otro sino tú.

—Que no era otro sino yo —respondió—. Me llamó a su camarote y, sin darme oportunidad de expresar mis deseos, me comunicó que la patria necesitaba de mis servicios en otro lugar. Un avión me esperaba en Oslo donde atracaríamos en dos días, y de allí volaría a Berlín para comenzar mi instrucción como agente de campo. «Muchas gracias por sus servicios a bordo y buena suerte.»

»No tuve la más mínima oportunidad de rechazar la sugerencia. Mi conocimiento del idioma, el hecho de que viviera en Alemania desde los tres años, lo que me inmunizaba a la hora de ser espía soviético, y mis conocimientos en radiotransmisiones me convirtieron en el candidato que

estaban esperando. El mismísimo almirante Canaris me recibió en persona y subrayó la importancia del reclutamiento de alguien con mis cualidades. Los acontecimientos avanzaban con tal rapidez que me arrollaban sin darme tiempo a valorar los peligros de mi nueva misión. El sueño que ocupó los mejores años de juventud junto a un barco de guerra se desvaneció como quien aparta de un manotazo el denso humo de un cigarrillo.

»Te puedes imaginar el miedo y el orgullo que sentí en su despacho: ¡me fui de allí convencido de que iba a ganar la guerra yo solito! La verdad es que el viejo sabía cómo motivar a su gente. Fui trasladado a la capital, donde comencé a trabajar en la ciudad-búnker, en pleno centro de Berlín, justo debajo de Wilhelmstrasse, el cuartel general de la Inteligencia.

—¿Cómo te prepararon? —interrumpí.

—En noviembre de ese año ya estaba en Kiev, así que debió de durar unos tres meses, una décima parte de lo que se tardaría en preparar a un agente de campo. Imagínate en qué condiciones me lanzaron: aprendí nuevos códigos de comunicación y una nueva máquina Enigma distinta a la que utilizábamos en el Schlesien; me enseñaron a interpretar planos, orientación; técnicas de interrogatorio, de captación, de supervivencia. Me asignaron un compañero ucraniano de Zhytómir para que practicara con él el idioma. Me resultó muy complicado hablar sin acento, por lo que al final se decidió que mi lugar de procedencia fuera la zona de la Galitzia, que había sido polaca y de donde mi acento bien pudiera ser originario. No obstante, lo mejor seguía siendo que esquivara cualquier contacto con todo aquel ajeno a la organización local.

—¿Te dieron una pastilla de cianuro? —pregunté.

—Sí.

No por esperada, la respuesta me resultó más fácil de digerir. Había visto decenas de películas de espías en las que la cápsula de cianuro formaba parte de la coreografía de la escena, pero claro, era ficción. Ahora estaba delante de un tipo que seguramente alguna vez la había tenido en la mano, preguntándose si debía engullirla o no. Es decir, suicidarse por una causa no personal. Suicidio como deber. De repente, me sentí muy pequeño al lado de aquel anciano: fue una cohibida sensación que me acompañó varias veces en su presencia a medida que me desgranaba su vida.

Quizás en ese momento, Joseph estuviera evocando la misma escena que yo proyectaba fuera de mí. Quizás, escondido en un granero escuchando las voces de los rusos agitando heno buscándole; acariciando la cápsula con los

dedos sudorosos. Muerto de miedo, descubriéndose incapaz de matarse en ese momento e imaginando las consecuencias de su captura... *«Los ruidos de las pisadas se amortiguan. Un motor en marcha. Los rusos parecen desistir de buscar por ahí. El sudor te recorre la nuca y un escalofrío te sacude la espalda. El cuerpo se derrumba, quizás unas lágrimas de pánico. Un instante de reflexión preguntándote por qué no te introdujiste la cápsula en la boca. Miedo a fracasar, a delatar a tu gente. Quieres volver a casa, pero son los tiempos del apocalipsis. Nadie tiene casa. Solo sobrevivirán los elegidos por la ruleta de la fortuna.»*

Mientras mi mente divagaba en silencio, Joseph aprovechó la ocasión para concluir e invitarme a un licor en el bar de Pierre. Nuestra simpática camarera hacía tiempo que nos había dado por imposibles y se había retirado a la cocina junto a su familia. La nota estaba pagada, y la puerta, abierta. El local era nuestro.

Al salir a la calle, el frío golpeó sin piedad mi rostro. Enrollé la bufanda alrededor de mi cuello por encima de la nariz y me calcé un gorro de lana dejando únicamente una diminuta franja al descubierto a la altura de los ojos. Joseph se puso su sombrero de paño gris y salió del restaurante como si el aire polar le esquivara. Con andar estirado caminaba sin esperarme; yo intuía de vez en cuando que miraba atrás para ver mi patética actuación sobre la nieve. Con los brazos estirados cual funámbulo de feria, intentaba guardar el equilibrio mientras mis pasos se deslizaban cuesta arriba.

Por fin alcanzamos el bar de Pierre para descubrir que no estaba. Debo confesar que me alegré al comprobar que el a veces pesado y siempre inquieto Pierre no atendía la barra aquella tarde —me encontraba muy cómodo escuchando a Joseph, y Pierre no habría tardado en hacer alguna observación inoportuna obligándonos a cambiar de tercio—. Bueno, en realidad, no es que no estuviera Pierre, es que no lo atendía nadie: el bar estaba abierto, pero completamente vacío. Nos apoyamos en la barra a la espera de alguna señal divina hasta que esta apareció en forma de oronda señora portuguesa que se identificó como la limpiadora del local. Nos confesó en un alemán arcaico que, debido a la nevada, no había podido venir nadie a abrir el bar, y que el propietario la había llamado para que aprovechara para limpiar, pues la moza vivía en el pueblo; pero si aparecía algún cliente, cosa que dudaba mucho, le atendiera, pues con un tiempo como este si alguien se presentaba por allí es que estaba muy necesitado.

Sonreímos cuando Joseph terminó de traducir, no pudiendo sino dar la razón a aquella delirante lógica. Joseph se atrevió a pedir un Drambuie mientras que yo preferí continuar con la cerveza. Mezclar a esas horas de la tarde no auguraba un final feliz. Ante nuestra sorpresa, la portuguesa nos atendió con una profesionalidad que ya quisieran algunos, «en especial Pierre», bromeó mi amigo. Tiró la cerveza sin apenas espuma y sirvió el licor con rodaja de naranja incluida que apareció de la nada.

Nos miramos un poco desconcertados por la insólita situación y sonreímos tras nuestras copas. No tenía claro si a Joseph le apetecía seguir narrando episodios de su alborotada vida; seguro que por educación atendería mi sugerencia, pero tampoco quería agotar al pobre hombre. Sin embargo, antes de que mi mente ideara alguna excusa para continuar la charla, Joseph se adelantó a mis plegarias:

—Como puedes ver, nunca tuve que utilizar la cápsula de cianuro —dijo con envidiable tranquilidad para tan tétrica declaración.

Absorto, exclamé:

—¡Es increíble que el ser humano sea capaz de hacer cosas así!

—Nunca he pretendido ser lo que fui —aventuró—. Me vi en una situación que requería la presencia de alguien como yo en un infame momento de la historia en la que era muy sencillo erigir héroes y esconder cobardes. Con apenas veinte años resulta muy fácil ser permeable a los halagos y realmente creí en mi misión. Partí hacia Ucrania, la tierra de mis antepasados, intuyendo que, por alguna razón, mi destino se forjaría de nuevo allí. Supongo que me sentí como una especie de elegido para saldar la deuda que Ucrania tenía con mi familia... y, como puedes observar, no fui ningún héroe; de hecho, la misión fracasó. El pueblo ucraniano no se levantó contra Stalin. Es más, se revolvió contra nosotros una vez se descubría con estupor las masacres indiscriminadas que los nazis inoculaban en la población judía en los territorios conquistados: pensaban que les ayudaríamos a salir del barro y a patadas los hundimos más en él.

Dejó de hablar por un momento para mitigar el pequeño sofoco que por un instante le había hecho perder el hilo.

—Tuve mucho miedo. El peso de la responsabilidad en ocasiones me ahogaba. Sospechaba que nunca saldría vivo de aquella misión y era entonces cuando el recuerdo de mi madre se hacía insoportable, pero los días pasaban y el margen para el arrepentimiento se diluyó.

»El día que subí al avión en el que ensayé el salto de paracaídas, supe que ya no había vuelta atrás.

Levantó su jarra reclamando mi complicidad ante sus últimas palabras y, respetuoso, asentí. Joseph no tenía pinta de ser un cobarde, pero... ¿quién sabía? ¿Acaso conocía algo de él aparte de lo que me contaba? Su trémula voz narrándome episodios delicados invitaba a creer en la veracidad de sus palabras, pero lo más importante era que, falso o verdadero, disfrutaba enormemente de su compañía. Prefería creerle, y lo hacía.

Todavía permaneció un buen rato narrándome episodios de su vida hasta que la oscuridad de la noche se coló por las ventanas. Fue como una señal, pues, a esas alturas de la tarde, mi amigo se mostraba ya cansado y, aunque intentaba disimularlo, sus ojos ligeramente vidriosos por los recuerdos —y quién sabe si también por el Drambuie— parecían lejanos y ausentes. De la camarera portuguesa nada más se supo. De vez en cuando se escuchaba desde el *office* de la cocina el sonido de un cacharro golpeando a otro sin miramiento alguno y nada aventuraba a pensar que fuera a asomar la cabeza para evaluar nuestras necesidades.

Permanecimos unos segundos en silencio hasta que los dos fuimos conscientes de que nada más teníamos que hacer allí. Avisamos a la señora de nuestra marcha y le dije que apuntara lo consumido, que ya vendría mañana a abonarlo. La señora asintió desde el fondo de la cocina y continuó con sus ruidos. Salimos a la calle para comprobar que un manto de densa niebla se colaba por los recovecos del pueblo. Nos despedimos afectuosamente: yo, agradecido de escuchar, y él, de haber encontrado un oyente entregado. No quedamos para otro día. Un detalle casi mágico de nuestras charlas era precisamente la sorpresa de nuestros encuentros.

Antes de darnos la espalda me preguntó:

—¿Vas a viajar esta semana por el lago Lemán? ¿A Lausanne o Ginebra?

Mi cara paralizada le animó a contestar por mí.

—Si pensabas ir por allí, no lo hagas. La previsión del tiempo es pésima y creo que van a cortar las carreteras por obras. —Me miró durante unos segundos más y se marchó dejándome literalmente noqueado.

XIV

Entré despacio en el apartamento. Las últimas palabras de Joseph aún revoloteaban en mi mente. ¿Casualidad? Es posible. ¿Sabe algo? Es improbable. Joseph ya vivía aquí antes de mi llegada. ¿Conocerá a Vincenzo? No lo podría descartar. A fin de cuentas, estoy aquí gracias a sus referencias. Algo no encajaba. Joseph no podía estar jugando esta partida, y si lo hacía, debía ser de los míos... ¿O no?

¿Me estaba volviendo loco? La agitación no me permitía pensar con claridad. El rostro de Vincenzo se confundía con el de Joseph.

«No vayas a Lausanne.»

¿Y si fuera una trampa? Alguien debe tener claro que no he traído la caja. Han registrado mi apartamento y apuesto a que el coche también. ¿Qué quieren de mí? No puedo ayudarle.

Mi mente no era capaz de descifrar la confusión que se condensaba sobre mis neuronas. ¿Debía hacer caso a Joseph o a un mensaje de *email*?

Encendí el ordenador con el ánimo de distraerme. Miré el correo buscando alguna respuesta al *email* de Vincenzo, para descubrir con estupor que su dirección de correo había rechazado mi envío. No existía. La imagen de Joseph se posicionó frente a mi retina. Necesitaba ayuda.

Abrí casi sin querer la carpeta donde escribía el diario y releí unas líneas. Mis últimas anotaciones describían precisamente la conversación con Joseph en el bar. Pensé en la guerra, la crueldad, la tiranía, la maldad, la insolencia, el egoísmo... Todo me evocaba a Joseph vagando por la estepa rusa; los mortales juegos de espías; el engaño y la mentira; las ilusiones rotas; las esperanzas traicionadas; la muerte al acecho. De repente, Joseph se había introducido en mi vida como si yo pudiera redimirle de sus pecados. Recordé

de nuevo sus palabras en el bar junto al vaso vacío de Drambuie y los ojos vidriosos de anciano cansado.

—Fue un invierno especialmente frío —dijo, taladrándome con su mirada—. Y estaban sobre aviso. A finales de febrero del 41 me encontraba en el norte de Ucrania, justo al sur de Pripyat, un inmenso territorio cubierto de espesos bosques, lagunas y pueblos diseminados por todas partes, granjas abandonadas y carreteras inaccesibles. Un buen lugar donde esconderse. Una célula bielorrusa me mantuvo trabajando en una granja cerca de la frontera. Fue mi último destino antes de regresar a Berlín.

»Durante semanas, vigilé la carretera principal que se dirigía al oeste. Mis anfitriones me contaron que los rusos andaban preocupados. Por aquella fecha, ya era notoria la cantidad de divisiones alemanas agazapadas tras la frontera, y aunque Stalin seguía confiando en su suerte, algunos generales rusos comenzaron a movilizar sus tropas hacia el oeste. Mis nuevos camaradas no eran guerrilleros, ni soldados, ni partisanos: eran granjeros corrientes a los que los soviéticos habían despojado de un hijo, un padre, una cosecha o una vida. La llegada de los alemanes para algunos constituía una feliz venganza. Canaris contaba con ello para formar un futuro aliado. Solo supe la fecha de la invasión en el momento en que la radio escupió la señal. Cuando informé a mis amigos de mi marcha, se prepararon. “Si vienen, tienen que hacerlo ya”, fueron sus tensas palabras.

»Al llegar a Berlín, informé a Canaris de todo lo que había visto: la agitación de los rusos, sus movimientos y, sobre todo, de un mastodóntico carro de combate que jamás había visto hasta entonces. Resultó llamarse KV-1. Ni siquiera había visto su foto en los búnkers de la Abwehr. No conocía su potencia de fuego ni su blindaje, el cual resultaría inexpugnable para nuestra artillería antitanque, como más tarde pudieron comprobar nuestras atemorizadas tropas.

»El viejo almirante se alarmó. Convocó de inmediato una reunión con el Estado Mayor del Ejército y deslizó mis informes. El éxito de la ofensiva radicaba en la sorpresa, potencia de fuego y, principalmente, la rapidez de ejecución. Todavía no sabía lo de los Balcanes y ya estaba preocupado por el retraso. La sombra del KV-1 sobrevoló el búnker de la reunión, pero a esas alturas nadie podía siquiera modificar el curso de la ofensiva. La operación era imparable.

»Además, se estaba iniciando una nueva operación político-militar en Irak que debía constituir una prueba a pequeña escala de nuestro plan. Logramos que los iraquíes se levantaran contra los ingleses; lamentablemente, se precipitaron y fracasaron. Canaris pidió tiempo para retrasar un año la ofensiva con la respuesta habitual.

—Resumiendo —dije yo—, que todo fracasó.

—Fracasé, sí. Las células fueron diezmadas y acabaron luchando contra nosotros. Nada pude hacer tras el paso de los grupos especiales de las SS que iniciaron el genocidio en los territorios ocupados y que echaron por tierra toda la operación que debía realizar. Algunas matanzas de las que fui testigo nunca podrían ser explicadas por un hombre cabal. Los *einsatzgruppen* eran una jauría de locos sanguinarios que mataban a judíos y granjeros por deporte y aburrimiento. Tras aquellos jinetes del terror, ya no hubo tierra fértil donde sembrar nuestra causa. El gran plan del viejo almirante murió bajo las botas de aquellos asesinos.

Hizo una pausa, miró el baile de hielos de su copa y desistió de repetir. Sus ojos me traspasaban, pero no me veían. Permanecían clavados en algo imaginario detrás de mí. Casi podía adivinar sus recuerdos reflejados en aquella mirada. De repente, pareció enfocarlos.

—Al principio no comprendí bien lo que ocurría. Tuve noticia de los primeros rumores de fusilamientos masivos mientras trataba de encontrar a antiguos *kuláks* en una aldea ucraniana desperdigada cerca de la frontera. Pensé en un exagerado ajuste de cuentas por algún acto de sabotaje. Algo habitual en la inauguración de retaguardias.

»No fue hasta la segunda aldea cuando percibí algo extraño en aquellos rumores que me llegaban con sordina. No eran fusilamientos propios de un comandante loco y exaltado. Era algo más. No tenían sentido. Las aldeas ya estaban pacificadas; no existía actividad partisana; ya había pasado por allí nuestro ejército; ya eran nuestras.

»Una tarde me encontraba hablando con el comandante de otro pueblo, hacía semanas ocupado, cuando entró un oficial de las SS. El comandante me miró en silencio y comprendí que mi presencia enturbiaba el ambiente, por lo que me disculpé y salí de su despacho. Por la noche me enteré de que habían citado a todos los judíos de la aldea a las 06:00 a. m. para trasladarlos a un campo de trabajo. Comenté el suceso a un teniente con el que solía tomar un vaso de vino.

»—No quieras saber su destino —me dijo—. Será el mismo que el de todos nosotros, solo que ellos lo encontrarán antes, de un tiro en la nuca.

»Salí de la taberna aturdido. ¿Cómo iban a fusilar a doscientas personas? No era estúpido; sabía que la vida de un judío no valía nada tras el paso de nuestras tropas, pero ¿asesinarlos a sangre fría?

»El camión donde se hacinaban los ancianos rugió y la lenta caravana se puso en marcha. Los hombres iban bien vestidos y cargaban con las maletas; detrás, las mujeres achicaban el llanto de los niños, agitados por el temprano despertar. Tras ellos, un silencio espeso se instaló en la plaza del pueblo. Las calles permanecían desiertas. Ni un alma se atrevía a salir de sus refugios. Las contraventanas, cerradas a cal y canto, adivinaban la presencia avergonzada de los aldeanos cuya única virtud era no ser judíos. Ni los soldados rasos de la guarnición se atrevían a mirar de frente.

»Por fin, el eco de los disparos se fue distanciando hasta cesar. Eran las siete de la mañana. Doscientos judíos asesinados en una hora.

»Tardé mucho tiempo en reaccionar. Mis ojos se asomaban por la ventana con la esperanza de ver regresar a la sombría caravana que cerraban unos críos somnolientos. Poco a poco, empecé a ser consciente de lo que realmente sucedía: los rumores eran ciertos. “¿A cuántos judíos se habría asesinado ya a esas alturas de la guerra?”, me preguntaba atormentado con la visión de esos críos martilleando mi mente. Me faltó el aire y salí a la calle.

»Necesitaba ver con mis propios ojos lo que mi mente se negaba a aceptar y me dirigí hacia el lugar de donde provenían los disparos, pero a la salida del pueblo me detuvieron unos SS. No eran necesarios testigos, y menos de la Abwehr. Por el camino encontré una rebeca de lana en el suelo. La reconocí. Era de la hija de uno de los antiguos *kuláks* de la aldea. Un firme partidario de los alemanes que nos esperaba con los brazos abiertos... sin saber, ¡pobre desgraciado!, que los alemanes no traerían el maná, sino la ruina y la destrucción. Recogí la rebeca y regresé abatido. En mi corta vida había asistido ya a demasiadas escenas de las que avergonzarme, pero aquello..., aquello era distinto. Era la maldad hecha carne. Una maldad arrolladora que envolvía el entendimiento humano desde la raíz y de la que no se podía escapar. Sentado en un muro, apretando la rebeca contra mi pecho, comprendí que jamás ganaríamos aquella guerra. No podía ser. No podíamos ganar así. El odio que sembrábamos era tan inmenso que acabaría por sepultarnos. En aquel instante olvidé mi misión. Ya era imposible, y además, no podía

colaborar con aquellos asesinos. Nunca pude olvidar aquella opresión del alma mientras deshilachaba aquella rebeca. Me habían aleccionado para odiar a los rusos; sin embargo, en aquellos momentos solo deseé ayudarles a escapar. Comprendí que ellos luchaban por su vida, por su tierra, por sus hijos, y nosotros solo lo hacíamos por el deporte de exterminarlos. La mayoría eran campesinos que solo aspiraban a que su cosecha no se malograra u obreros que solo querían dar un beso a sus hijos antes de acostarse. Personas humanas cuya vida había saltado en pedazos con nuestra presencia y cuyos restos habían sido pisoteados por el odio y el rencor. Pensé en la guerra. En cada muerto. En cada familia destrozada en Varsovia, París, Londres, Rusia... ¿Quién ganaba desatando aquella locura? No. No podíamos ganar. No quería ganar. Únicamente sobrevivir.

»En alguna ocasión logré adelantarme a los escuadrones de la muerte y avisar a algunos judíos de su suerte, pero, para mi sorpresa, la mayoría no me creía. No podían sospechar que se los fuera a exterminar y esperaban junto a sus hijos la llamada al alba como si en el último momento todo resultara ser una broma. La tercera vez que escuché las detonaciones ya no tuve fuerzas para continuar. Me refugié en Kiev hasta que fui empujado por la retirada alemana.

»Aún tuve tiempo de iniciar una breve pero intensa relación con una aldeana de Berdichev. Se llamaba Violetta. —Aquello lo dijo casi avergonzándose, pero no dejó de hablar—. Era una campesina cuyo encanto turbaba mis inexpertos sentidos. No perdió la sonrisa ni cuando los partisanos la ajusticiaron por colaboracionista. La protegí de los míos, aunque no pude protegerla de los suyos. Ocurrió en el otoño del 42, en el momento más álgido de la batalla de Stalingrado. En aquel momento fui yo quien sintió la punzada del dolor arrebatado y me hundí, al igual que todo el ejército alemán. Todavía hoy pienso en ella.

»Tras el asesinato de Violetta, mi mente se evadió de todo lo que me rodeaba: durante semanas navegué de nuevo por los océanos que un día surqué; me vi de nuevo en el Río de la Plata, saludando a las mismas embarcaciones que salieron a recibirnos el primer día de nuestro ataque. Ya no me sentía un oficial de la Abwehr; ni siquiera me sentía ser humano: era un cuerpo que vagaba por las estepas ucranianas con la esperanza de no ver lo que allí sucedía. Escribir aliviaba mi conciencia, aunque para mantener mi mente lúcida, decidí no sentirme responsable de lo que allí veía.

»La última vez que vi a Canaris, en febrero del 43, relaté con todo detalle lo que él ya sabía por otras fuentes. Entonces me encomendó otra misión, más

arriesgada si cabe: contactar con el espionaje soviético y solicitar una paz con condiciones. Yo era el único agente de campo que conocía el terreno y a las gentes que lo poblaban. Tal vez el viejo ya tuviera noticia de los nuevos planes para asesinar a Hitler y necesitara saber la reacción de los soviéticos para tal suceso, pero mi nueva misión no tenía futuro. Los rusos contraatacaban en todas direcciones. Tras su victoria en Stalingrado, habían llegado hasta Kharkov. Se imaginaban en Berlín en un año; no querían pactar una salida al conflicto. Además, el atentado contra Hitler en Smolensko fracasó y, con ello, sus ilusiones. Más tarde lo intentó por el oeste, con los británicos, pero solo obtuvo cavilaciones, pues Gran Bretaña no quería la paz con Alemania, solo su derrota incondicional.

»De nuevo, fracasé en otra misión —dijo bajando levemente su mirada; tras unos breves segundos, prosiguió—: En lo que sería mi última visita a casa, justo antes de que la Abwehr cayera en desgracia y el viejo sueño de Heydrich se materializara, el sexto sentido que desarrolla todo el que ha vivido en el filo de la navaja me alertó para que facilitara a mi familia unos pasaportes suizos, falsificados por los leales compañeros que me quedaban en Alemania. La derrota germana era un hecho para todo el que luchaba en el Este y no fuera un autómatas fanatizado, así que ordené a lo que quedaba de mi familia (mi tío había fallecido dos años antes) que huyeran a Suiza lo antes posible. Les facilité unos contactos en Zurich y en Lucerna de unos judíos a los que Canaris me había ordenado salvar unos años antes; gente muy bien posicionada que les ayudarían en los primeros momentos.

»Tardé una década en conocer su paradero. Solo pude localizar a mi madre, convaleciente en un hospital de Lucerna. Mi tía decidió no moverse de su granja, de su vida. Muerto mi tío, no encontró motivos para huir, y mi madre permaneció con ella hasta el bombardeo de Dresde. Cuando la hubo enterrado, decidió marcharse, pues los rusos se acercaban y la granja estaba ya perdida. Solo se llevó una pequeña maleta y muchos recuerdos.

»Me reconoció al instante.

»No quedaba nada de aquella lozana y luchadora mujer que nos había sacado adelante en los tiempos más espantosos que recordaba la historia. Fue un momento feliz y amargo. Su deterioro había comenzado en el momento en que sacó a mi tía de entre los escombros con el eco de los aviones aliados en el horizonte. Pensó que su amado hijo había muerto y, muerta ella en vida, se adentró en la carretera que se dirigía a Múnich para luego alcanzar Suiza. Su cuerpo huyó de allí, pero su alma permaneció para siempre entre las ruinas de

lo que una vez fue su vida. Encontró a la señora Szymanska, quien le proporcionó trabajo de portera, y pasó los últimos años de su vida fregando suelos y barriendo escaleras.

»Mi aparición la inundó de alegría y rencor hacia la vida que la había tratado de esa injusta manera. Durante tres días hablamos sin parar. Los dos sabíamos que el tiempo se agotaba. Me narró su penosa huida por las destrozadas carreteras alemanas, rogando que alguien la llevara en coche. Tardó casi dos semanas en llegar, durmiendo en cobertizos o en cunetas junto con otros hombres y mujeres que, como ella, huían de las temidas represalias. Me contó escenas espantosas en la frontera: el ejército había desplegado un enorme contingente para capturar desertores y todos los días fusilaban a atemorizados muchachos que intentaban cruzar, unos con documentación falsa, otros por las montañas. Ella tardó dos días en atravesarla debido a la aglomeración y la concienzuda revisión de la documentación mostrada. Gracias a Dios, mis compañeros habían hecho un buen trabajo con aquellos pasaportes.

»Durante tres días no me separé de su cama, pidiéndonos perdón por nada; por haber vivido aquella locura; por no haber podido o sabido evitar nada de lo que nos ocurrió. A pesar de su insistencia, hablé poco de mi vida en el frente. No quería atormentarla con detalles de las atrocidades cometidas contra su pueblo, contra la tierra que la vio nacer, donde una vez fue feliz, hacía tantos años ya.

»Tampoco le dije que había estado en Dubyna.

»A los tres días su alma expiró. Apenas tenía pertenencias. La portería donde malvivía estaba ya ocupada por otra persona que había amontonado sus cosas en una raída caja de cartón: algo de ropa, unas descoloridas fotos de tiempos muy lejanos y un pequeño cuaderno atado con una tosca cuerda que me resultó familiar.

»Era mi diario.

»Lo agarré tembloroso. Mis piernas flaquearon por una intensa emoción que me hizo buscar asiento. Lo abrí con cuidado, dudando, sin estar seguro de querer que realmente lo fuera. Abrí una página al azar, y me enfrenté a una letra escrita muchos siglos atrás. Reconocí aquellos trazos inmaduros y sonreí con lágrimas en los ojos al descubrir las inocentes anotaciones de mis primeros días. No pude seguir leyendo; no era ni momento ni lugar.

»Lo estreché contra mi cuerpo y miré hacia el desconchado techo. No podía creer que lo hubiera encontrado y llevado consigo. ¿Lo habría leído? En esos

tres días no hizo mención a él, ni aventuró ninguna pregunta que indujera a pensar que alguna vez lo leyó. Conociendo a esa gran mujer, seguramente lo guardó con la esperanza de entregármelo algún día. Quizás lo olvidó. Quizás quiso olvidarlo. Por lo menos, pude regalarle un último momento de sosiego: marcharse en paz consigo misma por haberme visto una vez más y por poder decirle a su amado esposo que su hijo estaba vivo.

Intentaba recordar las palabras exactas de Joseph y trasladarlas al ordenador tal como él las sentía. Me atormentaba la idea de olvidar algún detalle y reescribía continuamente al recordar alguna frase que se rezagaba en mi cabeza para, luego de eso, seguir tecleando sin pensar, dejando que las palabras de Joseph fluyeran por mis dedos sin control. Lo importante era plasmar los sentimientos que surgían de su voz. Cuando terminé de escribir, respiré aliviado fijando mi vista en las últimas palabras. Estaba exhausto: era como si quisiera revivir la vida de Joseph, pero conmigo de protagonista. Experimentaba una extraña envidia. Su vida había resultado ser un drama estéril y, aun así, sentía envidia de su experiencia, de su vitalidad y, sobre todo, del poder que sus palabras ejercían sobre mí.

Pensé en mi infancia y en la de Joseph. Yo, Álex, a mis treinta y pocos, tenía la vida medio resuelta y gastaba mi tiempo buscando mi lugar en la sociedad de consumo. Joseph, a sus veintipocos, había sido marino y recorrido medio mundo. Soldado en el frente ruso. Espía y hombre de confianza del mismísimo Canaris. Su novia había sido asesinada en la guerra y su familia, refugiada de un país a otro.

Me sentí muy pequeño. Me sentí muy indigno.

Pensé en la sociedad actual. La sociedad de lo fácil, de lo gratis, de lo banal, de lo artificial. ¿Qué opinión tendrán estos ancianos, que vivieron la miseria y la guerra en sus carnes, de nuestra juventud de porro y cocaína, de fiestas y bares de copas, de perroflautas antisistema que no saben qué es un sistema?

¿Qué opinión tendrá Joseph de mí?

Tenía la sospecha de que algo en mi forma de ser, de actuar o de pensar le motivaba a utilizarme como si de un saco de arena se tratara, en el que golpear toda su furia acumulada. No sabía lo que era. Quizás le recordara a alguien. ¿A un amigo del frente? Fuera lo que fuese, allí estaba yo, recibiendo sus palabras cuan confesor del que esperas una redención. Yo, Álex, un muchacho malcriado al que una reserva de hotel mal procesada le sacaba de sus casillas, juzgando a... ¿a quién?

Recostado en la silla de plástico, manteniendo el equilibrio sobre las dos patas traseras, observaba un insípido cuadro de inspiración marina que adornaba la cabecera de la mesa. Un cuadro que no habría costado ni cinco euros en un bazar, seguramente hecho en China por unos trabajadores, a euro la hora, con jornada de catorce horas. ¿Por este mundo se luchó?

Los jóvenes de mi generación no conocemos la indigencia, la desesperación, la ruina de la guerra y posguerra que arrastran los corazones y limitan el entendimiento. Nos hemos convertido en unos burgueses de clase media a quienes no les falta cobijo, alimento y compañía, y cuyo único afán y motivo de disgusto reside en no encontrar un acomodo acorde con nuestras expectativas o no ser comprendidos.

¿Incomprensión? Qué palabra tan banal, y qué poco la merecemos. No sabemos entender que, apenas cuarenta años atrás, nuestra vida la hubiera envidiado cualquier caprichoso millonario exento de milicia.

¿Cuándo perdimos la perspectiva?

¿Qué será de nosotros cuando el castillo que hemos edificado al amparo de una sociedad volátil y etérea se derrumbe? La dictadura de la clase media mundial, endeudada hasta lo insoportable..., ¿nos arrastrará de vuelta a nuestra condición? Quizás ya haya comenzado. Tras las crisis económicas devastadoras, siempre aterrizan las crisis humanas devastadoras.

Las palabras bullían silenciosas en mi mente escapándose por la comisura de mi entendimiento. ¿Por qué? Quizás Joseph tuviera razón en lo de que escribir expía tu conciencia. Decidí continuar para ver dónde me llevaba todo esto. La tristeza y entereza con que Joseph describía sus sentimientos me hacían sentir culpable por la vanidad de mis preocupaciones, buscando la felicidad y mi circunstancia. Joseph se debía reír de un tipo tan vacío y egoísta.

«Pero no», me dije sobresaltado.

Joseph me quería ayudar. Quería ayudar a un desconocido, y tal vez con ello ayudarse a sí mismo, pero... ¿sería yo capaz de ayudar a un desconocido? ¿Sería capaz de ayudar a Vincenzo? Dudé de mi respuesta. Quizás la decisión de abandonar la caja en el hotel se había posicionado en mi subconsciente precisamente para evitarme problemas. Quizás, si hubiera querido ayudarle..., la hubiera traído.

Abrí la ventana. Un manto blanco cubría el jardín, y un pequeño foco encendido amarilleaba una de las esquinas de la parcela, distinguiéndose

algunas pisadas y un montoncito de nieve deforme. «Los hijos de la vecina», pensé sonriente, imaginándome la escena en la que los dos chiquillos eran interrumpidos por su madre mientras jugaban a construir un muñeco de nieve. ¡Qué pudorosa inocencia habita en los niños! ¿Cómo permitimos que se pierda la necesaria ingenuidad para ser felices?

¿Es el conocimiento lo que alimenta nuestro pesimismo?

Un sonido familiar me devolvió al calor del apartamento. Busqué mi móvil, que descansaba debajo de un cojín, y leí el mensaje. Era Sophie: «Si la carretera lo permite, me acercaré esta semana a Leuk a firmar el contrato del bar. ¿Comemos juntos?».

Qué extraño era todo. La primera semana de estancia a punto estuve de tirar la toalla y ahora, poco tiempo después, mi vida giraba en torno a dos personas tan diferentes... En estos momentos no concebía mi vida aquí sin ellas.

«Será estupendo. Cuando termines envíame un mensaje y voy al bar. Besos.»

No hay nada tan reconfortante como recibir un mensaje de una chica guapa y creer que lo mereces. Mis problemas de conciencia mundial se diluyeron a la vez que subía el volumen de la televisión para escuchar los diálogos desternillantes de Kevin Kline pescando un pez llamado Wanda.

XV

Miércoles por la mañana. Apenas había dormido. El día anterior lo había ocupado en escribir e intentar aclarar mis ideas y sentimientos hacia Sophie, Joseph, Vincenzo y la vida en general. Sophie había llamado comentándome que adelantaba su visita para hoy. Pero hoy, yo debía ir a Lausanne. Tras un primer momento de pánico y después de mirar la pantalla del teléfono un par de veces, sin saber muy bien ni cómo ni por qué, acabé pidiéndole que me acompañara. El peso de la púrpura era demasiado para mí y una ayuda de alguien ajeno a la trama bien pudiera aportarme alguna idea nueva de qué hacer. Al final Sophie se saldría con la suya y participaría de mi desdicha.

Se presentó a las nueve en punto.

Habíamos quedado a la puerta del garaje. Llevaba un anorak rojo de inmensa capucha y el pelo recogido. Me sonrió al verme y permaneció como expectante, deseando conocer más detalles. La verdad es que no le había dado demasiadas pistas; simplemente le comenté que era muy importante ir a Lausanne a las once, y que tampoco sabía muy bien por qué. Ese detalle fue lo que la animó: la incertidumbre.

Entramos en el garaje, ella presa de la emoción, y yo, de la duda, y nos quedamos de piedra: las cuatro ruedas del coche estaban deshinchadas.

No me lo podía creer. ¡Vandalismo en Suiza! ¡Justo hoy!

El gesto de mi cara debió de asustar a Sophie, pues instintivamente me cogió una mano con gesto tranquilizador. Con los ojos desorbitados, rodeé el coche en varias ocasiones solo para confirmar, una y otra vez, la magnitud de mi desgracia. En Leuk no había ningún taller y, aunque lo hubiera, ya no podría llegar a tiempo.

Maldije entre dientes. Me puse de cuclillas y escondí el rostro entre mis manos. Tras la inmediata oscuridad, surgió la perenne sonrisa de Vincenzo. La que me dedicaba cuando le conseguía una reserva imposible en algún restaurante de moda. La que dedicaba a todo el mundo por el simple hecho de que siempre existía un motivo para hacerlo. Le había fallado. ¿Estaría en peligro? Sí. Seguro que sí. El robo en su casa lo certificaba...

¿Cómo era posible?... Espera... ¡Un momento! ¡Claro! El cabrón del bigote. «Ha sido el cabrón del bigote quien me ha rajado las ruedas para que no llegue a la cita... ¡Será hijoputa!»

Miré a Sophie. Había permanecido en silencio calibrando la situación sin apartar los ojos de mí. Aguanté su mirada un instante más hasta que me desmoroné. Estaba claro que esto me venía grande y necesitaba ayuda. Le conté todo; solo omití los allanamientos en mi casa.

—Pero vamos a ver —dijo—, tú no tienes la culpa de nada. Recibiste un paquete sin remitente y no tenías por qué traerlo en tu viaje de iniciación. Debería comprenderlo... Es decir, alguien debería comprenderlo.

Su punto de vista era lógico, aunque no me tranquilizaba. Una sensación de fracaso se removía por mi cuerpo. Tenía una misión y había fallado. De nuevo, la sombra de Joseph se proyectó tras mis palabras. Debía tratar de enmendar mi error.

Ni podía ir a Lausanne ni podía avisar a Vincenzo. Dije a Sophie que me esperara en la cafetería y entré en el apartamento para enviarle un *email*. Igual tenía uno de esos móviles con Internet y lo recibía a tiempo. Frente a mi portátil, mientras esperaba la confirmación en elementos enviados, hice una llamada a mi antiguo hotel para hablar con la gobernanta.

Al salir y acceder a la calle principal, me topé con Joseph, que se marchaba de la cafetería. Me alegré infinito y no tardé ni medio segundo en contarle mi desgracia omitiendo los motivos del viaje. Se mostró muy extrañado de que esa clase de cosas sucedieran en un pueblo como este, donde ni siquiera había estación de Policía. Debía ir a Sion a poner la denuncia. No obstante, él conocía a alguien en Sion que tenía una máquina de aire comprimido que podría hinchar las ruedas.

Mientras agradecía sus gestiones, Sophie salió de la cafetería y regresamos al garaje. Afortunadamente, las únicas que estaban pinchadas eran dos; las otras, solo sin aire. Don Bigotes se había tomado demasiadas molestias.

Permanecemos casi una hora encaramados en mi querido muro hasta que apareció Joseph con un tipo desgarrado que arrastraba en un carrito una bombona de aire comprimido. Hinchamos las dos ruedas y cambié una de las pinchadas por la de repuesto. Quedaba cambiar la otra. El tipo me miró, miró a Joseph y se marchó. Joseph aprovechó para dejarnos también, pues tenía cosas que hacer. A la media hora apareció el tipo con una rueda nueva de las mismas medidas que la mía.

Con la operación resuelta, fuimos a un taller de Sion para reparar todas las ruedas. Al salir detuve el coche. Sophie adivinó mi turbación.

—¿Quieres ir a Lausanne? Está a una hora de camino, ya no llegas a la cita, pero si te vas a quedar más tranquilo, yo te acompaño.

Todavía permanecí unos segundos más con la mirada perdida a través del parabrisas. Tiempo atrás hubiera desistido, pero precisamente ese pensamiento aceleró mi decisión. Arranqué el coche y enfilé la autopista en dirección a Lausanne mientras observaba el gesto de satisfacción de Sophie.

Durante el trayecto, decidimos parar en la estación de servicio de Martigny para comprar cualquier cosa y envolverla. Debíamos aparecer con algún tipo de «paquete» en una bolsa. Una caja de bombones nos pareció la mejor opción.

No recordaba haber visto anunciado el Museo Olímpico en mi anterior visita, por lo que nada más llegar me perdí. Pregunté a un transeúnte que me dirigió hacia la costa. Estacionamos en un *parking* subterráneo frente al metro, al lado del puerto, y nos dirigimos hacia el este por la playa. Un poco más adelante vislumbramos los carteles que anunciaban que sobre la ladera se erigía el museo, y un escalofrío sacudió mis piernas. Quizás no había sido buena idea. La compañía de Sophie había impermeabilizado mis miedos, pero ahora... Ahora estaba aterrorizado. ¿Quién me mandaba hacerme el valiente? ¿A quién quería impresionar? ¿A Sophie? Sí. Era Sophie. Su presencia agitaba mi ego.

«¡Seré gilipollas!...», murmuré para mis adentros.

Antes de iniciar la subida, Sophie sugirió separarnos. Me detuve en el acto y la miré disimulando el terror que me inspiró semejante iniciativa.

—Así nos cubriremos mejor. No esperan que acudas acompañado. Yo te seguiré a distancia y podré ayudarte. No me esperan —dijo dándome un pequeño empujoncito para que avanzara.

¿Qué decir? Su apuesta era razonable..., aunque eso significara dejarme expuesto a lo que me pudiera ocurrir. Me costó levantar la vista del empedrado mientras ascendía por la colina. Temía encontrarme con el Bigotes esperando al final de la cuesta. Para mi desgracia, el camino de baldosas finalizó y no tuve más remedio que mirar de frente a la moderna entrada del museo. Eché con disimulo la vista hacia atrás para cerciorarme de que «la ayuda prometida» seguía allí. Sophie ralentizó sus pisadas para guardar la distancia y me indicó con los ojos que avanzara.

Di unos pasos cortos y giré la cabeza en todas direcciones. Nada. No vi más que algunos turistas despistados. La entrada disponía de una amplia zona ajardinada con numerosos recovecos para ocultarse, por lo que decidí pasear entre los jardines y columnas que lo decoraban. Por si ocurría algo. Lo único claro es que ellos sabían quién era yo, pero yo no tenía la más remota idea de quién me acechaba, por lo que me correspondía a mí el papel de esperar alguna señal.

Tras más de media hora paseando sin rumbo, pasé frente a un banco y me detuve. Pegado a él había una nota en mi idioma:

«Entre en el museo.»

No hacía ni cinco minutos que había pasado por allí y, desde luego, la nota no estaba. Apreté con fuerza la caja de los bombones y busqué a Sophie con la mirada: estaba sentada en un banco a cincuenta metros de mí, disimulando leer un folleto del museo. Afortunadamente estaba frente a la trayectoria de entrada, así que me dirigí hacia allí.

Al pasar por su lado, murmuré:

—Quieren que entre.

Alcancé la taquilla y casi me dio un soponcio al encontrarme a un numeroso grupo de japoneses esperando a que su guía les facilitara el *ticket* correspondiente. No sabía de dónde habían salido y un sudor frío comenzó a resbalarme por la espalda. Los nervios empezaron a comerme vivo. La bolsa estaba a punto de reventar de la presión que ejercía sobre ella, y encima, Sophie se había movido del banco y no la veía.

Por fin, tras más de diez minutos haciendo cola —que me parecieron diez horas—, conseguí entrar. El *hall* del museo era inmenso y diáfano, y estaba iluminado con una luz tenue que hacía resaltar el color oscuro de la madera que lo decoraba. De unos cables en el techo colgaba una especie de trainera

gigante, o quizás una barca de competición de remos. No me apetecía mucho fijarme. A mi izquierda había una tienda de *souvenirs* y me colé dentro.

Permanecí rondando la puerta para vigilar la entrada de Sophie. No se la veía por ningún sitio. Comencé a mascullar entre dientes y, cuando estaba ya a punto de salir a buscarla, un hombre con un gorro blanco se acercó por detrás y me tocó el hombro. Casi me muero del susto con gemido y todo. El hombre me miraba sonriente. Sacó con mucha parsimonia un teléfono móvil y me enseñó una foto; no dejaba de sonreír.

Era Sophie. Estaba sentada en alguna parte del jardín. A su lado, un hombre escondía su mano tras la espalda de la chica. Su inconfundible bigote borraba su sonrisa. El hombre del gorro me hizo una señal tranquilizadora. Seguramente no era la primera vez que lo hacía. Con un gesto indicó que mirara de nuevo el celular. Me mostró un mensaje de texto.

«Entrégale la bolsa y dejaré ir a la chica.»

En las películas, el protagonista siempre se las arreglaba para no entregar nada y salvar al rehén, pero yo estaba literalmente acojonado. Todavía me dio tiempo a marcarme un farol del tipo «Primero suelta a la chica», dicho con poco convencimiento antes de que ambos escucháramos la recepción de otro mensaje. El hombre del gorro se sorprendió y lo miró dejándome la pantalla a la vista. Era otra fotografía. Esta vez del Bigotes tendido en el suelo. El tipo del gorro permanecía pasmado cuando el teléfono vibró de nuevo con otro mensaje, esta vez en mi idioma.

«Huye.»

Cuando el hombre del gorro levantó la vista, ya le sacaba seis cuerpos de ventaja. En mi huida había abandonado la bolsa de los bombones. No sé por qué lo hice. Quizás pensé que el hombre de la gorra se tomaría un tiempo abriéndola y nos daría más margen para correr. Luego, cuando se lo conté a Sophie, me lo recriminó, pues se suponía que era nuestro comodín. Ahora, no solo no disponíamos de cartas, sino que los habíamos cabreado.

Salí a toda prisa del museo y vi cómo Sophie corría hacia el paseo de baldosas por el que habíamos venido. Fui tras ella. No dejamos de correr hasta que nos internamos en el puerto frente al castillo de Ouchy. Nos detuvimos jadeando y nos sentamos en un banco para recuperarnos un poco.

—¿Qué ha pasado? —pregunté ansioso.

—No lo sé —respondió entre jadeos—. En cuanto te perdí de vista entre los japoneses, un hombre se acercó por detrás y, mostrándome una pistola, me agarró de un brazo y me llevó a una zona apartada. Luego, otro tipo con una gorra se acercó, nos hizo una foto y entró en el museo tras de ti.

Me miró unos segundos. No estaba asustada; más bien como sorprendida.

—Luego no sé bien qué ocurrió. Escuché como un golpe seco y una voz que me dijo: «Huye y no mires atrás». Eché a correr y cuando iba a girar la vista, volvió a gritar: «No mires atrás». Luego te vi salir a ti.

Yo le conté mi parte de la historia con el hombre de la gorra. Nos miramos; fue entonces cuando me recriminó haber dejado la bolsa.

Decidimos que ya habíamos visto bastante de Lausanne y que aquí no se nos echaría de menos.

De vuelta a Leuk, intentamos deducir quién nos podía haber ayudado. Yo voté por Vincenzo. De alguna manera, se había librado de sus secuestradores y se había quedado para ayudarnos.

—¿Y por qué no se mostró ante nosotros? Creo que a estas alturas te debe una explicación muy convincente —reprobó Sophie.

Asentí.

No habíamos comido y paramos de nuevo en Martigny a tomar un sándwich. Más calmados, caímos en la cuenta de la locura que habíamos cometido: acudir a una cita mafiosa con una caja de bombones. Nos miramos y, fruto de la tensión, nos echamos a reír. Primero con una sonrisa y luego a carcajada limpia. Tanto que me costaba trabajo mantener la boca cerrada, atragantándome varias veces. A pesar de que el día estaba resultando grotesco, me sentía muy bien. Ya disponía de mi aventura diaria. Quizás acabara con un tiro en la frente tirado en una cuneta..., pero ¿qué importaba? Joseph lo sufrió a diario.

De vuelta en el coche, tras un prolongado silencio, confesó que al día siguiente era su cumpleaños. Para animar la conversación, hice la típica pregunta que las mujeres abominan; la adorné un poco para sonsacarle una sonrisa que sin esfuerzo alguno me dedicó, confesando que iba a cumplir unos magníficos veintiocho años.

—Desde luego, volvemos a lo de siempre —asentí al certificar que era unos años más joven que yo—. Las chicas maduráis mucho antes que los hombres.

Yo todavía no he dejado la crisis de los veinte y ya me encuentro inmerso en la de los treinta. Se me amontonan las crisis.

—Jajajaja. ¿Pero qué dices? Seguro que tú triunfas más de lo que te atribuyes. Lo que pasa es que me da en la nariz que eres una persona muy especial, de los que rechazas lo fácil y temes lo difícil. Además de un poco tímido y torpe en los inicios...

Noté cómo se me encogían los hombros y me hacía pequeñito. Me sentí retratado con una sentencia quirúrgica que atravesó mis defensas; la vaporosa seguridad se congeló junto a mi esperanza. Sophie detectó mi expresión aturrida y acudió al rescate con eficacia:

—¡Eh, si te he hecho un piropo! Al menos esa era mi intención. Lo que quiero decir es que tienes mucha vida interior y muchas cosas que ofrecer. Quizás, de una manera inconsciente, lo que propones es un reto: solamente la persona que se interese en descubrir tu vida interior encontrará el tesoro. Parece una estupidez, pero en estos tiempos de urgencias la gente no pierde el tiempo interesándose por los demás; prefiere que se lo den cocinado. Tú deseas que te conozcan, pero no lo demuestras. Quizás tú mismo te impones límites que nadie te pide; quizás te encorsetas en un cómodo papel secundario de quien se liga a la chica secundaria; quizás temes el éxito y te rehaces en el fracaso.

Permanecí mudo unos instantes. No atinaba a encajar esa descripción en mi persona, aun reconociendo la agudeza de Sophie. La miré:ladeaba su cabeza hacia la ventanilla, como si en vez de vapulearme hubiera dictado el parte meteorológico, pero sus palabras quemaban mi piel como un tatuaje recién bordado. No quería creerla, pues describía con demasiada crueldad mi debilidad. Me sentía desnudo ante su impactante razonamiento.

Aunque, en el fondo, sabía que tenía razón: yo era un tipo encorsetado. ¿Cómo podía no ser consciente todavía de la experiencia tan brutal que estaba viviendo? Quizás el no estar acostumbrado a gozar de momentos así hacía que *administrara* este tipo de sensaciones. Por alguna razón, no disfrutaba al cien por cien de todo lo que ocurría a mi alrededor. ¿Cuestión de carácter? ¿Timidez? ¿Vergüenza? Seguro que de vuelta a casa recordaría este momento y lo echaría de menos. Más tarde, en mi casa y liberado de prejuicios, descubriría, primero con temor y luego con vergüenza, que sencillamente era así.

Sophie, quien sin duda sabía que sus palabras habían perforado mi armadura y calibraba las heridas, respetó mi confusión, pero se sintió responsable.

—Perdona, Álex, de verdad. No sé por qué lo he dicho; pensé que era una buena idea que conocieras mi punto de vista. Desde luego, no es nada negativo.

—No, si tienes razón —respondí herido—. De verdad, lo que me has dicho me va a ayudar. Puede que hasta ahora me haya conducido por la vida reservando fuerzas por si acaso, pero es un rasgo de la personalidad que no se cambia con un chasquido de dedos. Se necesita valor, ganas de enfrentarte a tu pasado para reescribir tu presente, y no me engaño: no voy a regresar a casa siendo un tipo estupendo, sin dogmas, sin corsés. Seguramente en cuanto mi rancio ambiente me envuelva con su soporífero manto, volveré a ser el tipo gris que era. Solo espero que la tonalidad del gris se haya aclarado un poco más que cuando me fui. Estoy aprendiendo a distinguir las cosas que realmente me hacen feliz de las que se supone que me hacen feliz. A encajar las piezas del rompecabezas simplemente eliminando los prejuicios que, como piedrecitas, impiden su acoplamiento. A descubrir lo fácil que puede ser todo visto desde una perspectiva optimista.

—¿Te preocupa ser una persona previsora? La vida es demasiado corta para ser previsor —dijo resuelta.

—La vida puede ser demasiado larga si no lo eres —respondí más resuelto aún—. Además..., ya no tengo edad para buscar quimeras.

—¡¡Por Dios!! —gritó exaltada—. La edad no existe.

La miré extrañado, sin saber muy bien qué responder. Lo hizo ella.

—Es nuestra manía de medir todo lo que nos encasilla en un segmento numérico que facilite su búsqueda, su análisis y su juicio —dijo gesticulando con las manos abiertas en señal de desesperación, como si me estuviera recordando algo que debería saber y de lo que, por supuesto, no tenía ni idea—. Estamos empeñados en medir y, por lo tanto, en juzgar; si no, nos encontramos perdidos. Y sobre todo, siempre tenemos que valorar, contar en dinero. ¡¡Si hasta la inteligencia se tiene que medir!!

»Y resulta que lo que nos convierte en seres humanos, la moral, el espíritu, el valor, la amistad..., ¡¡es lo único que no se puede medir!! Por eso no cuentan en la vida.

Me sentía un poco perplejo ante la violencia de sus palabras. Estaba realmente enfadada y el cabreo iba en aumento según se calentaba. Hasta que llegó a su cenit y dijo:

—¡¡Qué mundo!!

—La edad se lleva en el corazón, y la experiencia, en la cabeza. No hay más —acerté a decir como acompañamiento a su diatriba, más para no contrariarla que por convencimiento—. Y tienes razón; tratándose de mujeres, creo que los perjuicios se magnifican —continué resuelto a darle cancha.

—¡Pues claro! Una mujer de cuarenta años se encuentra en lo mejor de la vida, en plenitud moral e intelectual; sin embargo, si está sola, esa virtud a ojos mezquinos se transforma en algo sospechoso —saltó Sophie como un resorte.

—Conclusión: según tú, las medidas nos encasillan.

—Definitivamente. Tengo veintiocho años. Si te hubiera dicho que tengo treinta y cinco me juzgarías de otro modo. ¡Y sigo siendo la misma chica a la que casi secuestran esta tarde! —exclamó.

Quería decirle que no y defender mi capacidad de criterio, que para mí no importaba la edad. Pero me di cuenta de que no valía la pena intentarlo. Tenía razón.

No recordaba la última vez que me sinceré con alguien de esa manera. Ni siquiera con Julia; ni cuando rompimos. Sentía tan lejana aquella tarde en el bar de Dani que dudaba si alguna vez estuve allí. Todo era tan distinto de unas semanas a esta parte que me preguntaba si alguna vez recuperaría mis recuerdos o, más bien, si merecía la pena recuperar algo. Percibía que todo lo que había hecho antes en la vida me había traído a este lugar. Un lugar donde dejar atrás mi timidez y mi angustia vital. Contra mi propio pronóstico, había sido capaz de conocer a dos personas extraordinarias como Joseph y Sophie. Había derribado los muros de mi languidez y construido los cimientos de algo, aunque todavía no sabía qué.

—Vamos a ver —dije más tarde—. Tu filosofía es idílica, utópica. ¿A quién no le gustaría ser un espíritu libre, sin ataduras sociales, y hacer lo que uno quiera en el momento que quiera? Según lo explicas, yo querría ser igual, pero no todo el mundo puede ser así. No es sostenible que todos vivamos a tu manera.

—No, no estoy vendiendo mi modelo de vida; soy consciente de eso. Todos llevamos una carga de la que es muy difícil aligerarse y casi todos desearíamos hacerlo. ¿Adivinas qué es lo que ocurre cuando observamos a alguien sin su mochila cargada de reglas? Pues que con la hipocresía que

esconden nuestras carencias le marginamos. Rechazamos su modo de vida, le criticamos y, encima, lo aprovechamos para justificar la existencia de nuestra carga. No me refiero a evadir responsabilidades, sino a ser consecuente para no cargar con un peso que sencillamente no se quiere llevar. Podemos tener la tentación de llamarlos inmaduros, pero no es eso. La inmadurez es no saber, no poder o no querer hacer frente a las responsabilidades adquiridas, tanto si es voluntariamente como si no. No soy inmadura por vivir como quiero.

—Pues yo necesito estabilidad presupuestaria. Planificación. Necesito una vida previsible, que no necesariamente aburrida. Para hacer lo que haces tú, hay que tener una personalidad a prueba de bombas que, desde luego, yo no tengo.

—Ya verás como no será así...

—Respuesta acertada —aventuré.

A ratos pensaba en Vincenzo. Era todo como irreal. No me podía estar pasando a mí. ¿Cuál era la pieza que no encajaba en este *puzzle*? En circunstancias normales, haber dejado colgado a Vincenzo en una situación así me ahogaría; no podría con la responsabilidad del fracaso. Ahora, en cambio, pasado el sofoco inicial, no me sentía agobiado. Era como si mis tribulaciones formaran parte de un guion y yo me limitara a seguirlo hasta que alguien me indicara el final.

Por fin llegamos a Leuk. Sophie todavía tenía que firmar el contrato en el bar de Pierre. A mí no me apetecía mucho entrar. El cansancio acumulado se manifestó con toda su crudeza y le sugerí esperarla fuera. Todavía tenía que llevarla de vuelta a Sion y no me apetecía beber nada.

Me senté en una fuente en medio de la plaza. No tuve que esperar mucho. Me acerqué hacia ella despacio, memorizando su silueta recortada en la entrada. Era inexplicable: su mera presencia anulaba cualquier pensamiento que pudiera evitar el protagonismo de su figura. Irradiaba magnetismo. Junto a ella me sentía como una cobaya girando en el interior de una rueda.

Poco a poco, Vincenzo fue retrocediendo en mi subconsciente. Ella tenía razón: jugaba una partida en la que alguien tiraba los dados y movía la ficha por mí. Lo único que podía hacer era dejarme llevar sin martirizarme por un resultado que yo no había elegido. Lo que tenía que hacer era relajarme y disfrutar de la compañía de una chica maravillosa.

—Vaya día, ¿verdad? —exclamó entusiasta.

—Pues sí. Siento haberte metido en esto. Podía haber acabado muy mal.

—¿Qué dices? ¡Si ha sido lo mejor que me ha pasado en semanas! De hecho, no me apetece mucho volver a casa ahora. ¿De verdad no quieres tomar nada?

—No creo que deba beber con lo cansado que estoy. A mí sí me apetece sentarme en el sofá. ¿Quieres tomar algo en mi apartamento?

Me quise adelantar antes de oír un «no» de sus labios, así que yo mismo comencé a desechar la idea, hasta que de sus labios escuché un «Me encantaría» que me dejó de piedra. Tan sorprendido me quedé que a punto estuve de preguntar: «¿Te encantaría qué?».

Subimos la pendiente en silencio. No había previsto un final así. Debía analizar la situación con rapidez para no parecer un mojigato, un impresentable, o las dos cosas a la vez. Seguro que las intenciones de Sophie eran puras y realmente solo deseaba un café, pero mi mente primitiva y obscena ya me veía enzarzado en una bacanal.

¿Cómo comportarme? ¿Como un *latin lover* de extrarradio y asustarla, o como un *gentleman* trasnochado y decepcionarla? Es más, ¿por qué narices me estaba preocupando de esa manera? ¿Por qué mi imaginación respondía así y no se limitaba a actuar según el guion? Chico invita a chica a café, conversan como amigos y chica se vuelve a casa quedando para otro día. El runrún ocupaba todo mi parietal izquierdo. Resultaba imposible abstraerme del color que acariciaba el nuevo paisaje. A pesar de su atractivo, seguía sin ser el tipo de chica al que un timorato como yo accede sin pagar peaje.

Recordé sus propias palabras sobre mí: «Rechazo lo fácil y temo lo difícil». ¿Y si todo se resumiera a esa sencilla ecuación? ¿Y si era tan mamón que, una vez conseguido lo difícil, de una manera inconsciente lo rechazaba y ante mis ojos y orgullo perdiera su atractivo? ¿Podría ser tan gilipollas? ¿Me dejaría de gustar Sophie una vez hubiese probado el néctar? Triunfar con Sophie era ganar a la lotería, pero imaginando que ese era el día, ¿dejaría de echar un polvo por las pajas mentales que me estaba haciendo en ese momento?

«¡¡Qué difícil es todo, la leche!!»

Ya habíamos entrado en la casa. Sophie había respetado mi silencio en vista de que mi disco duro funcionaba sin descanso. Me dedicó una sonrisa cuando le cedí el paso y la encaminé hacia la salita que estaba nada más entrar, a la derecha.

Le señalé el sofá y la mesita... con restos de la cena del día anterior —«genial»—. Luego recorrimos el pasillo que llevaba a la cocina y le mostré el resto del apartamento. Mi habitación, con una cama de metro y medio, y el inmenso cuarto de baño. No había más.

—Ni menos —contestó ella—. Tendrías que ver mi cuarto de Sion.

Dejé a Sophie en una esquina del sofá y me dirigí a la cocina a por los cafés. Justo antes de introducir la cápsula en la cafetera, escuché desde el fondo del pasillo:

—Mejor ofrécame una cerveza.

Asentí encantado y, por supuesto, la acompañé.

Sentados en el sofá, continuamos divagando un poco acerca de la vida pasada, y especialmente de la futura. Hubo muchos comentarios graciosos por mi parte que buscaban acomodarla en mi ambiente. Pasara lo que pasara, era mi invitada, y ofrecer una buena impresión era lo mínimo. Poco a poco los temas banales se fueron agotando y entramos con disimulo a hablar de nuestro pasado sentimental. Los dos nos sorprendimos de las pocas conquistas del otro y entre risas llegamos a la consabida conclusión de que éramos unos imperfectos perfeccionistas. El tiempo pasó volando y nos encontramos en el punto donde las personas adultas toman la decisión adecuada. Fue ella.

—¡¡Buf, qué tarde es!!

Se incorporó un poco... Pero no demasiado.

Nuestras manos se rozaron, primero con timidez, luego buscándose. Nos inclinamos despacio. Una última mirada a los ojos antes de cerrarlos para sentir toda la intensidad del sabor de sus labios. Ligeros roces. Bocas entreabiertas y... nuestra pasión se desencadenó como una riada incontenible. Imparables, mis manos exploraron sin pudor su delicada piel. Levanté su jersey y alcancé el éxtasis sintiendo sus pechos contra mi cuerpo. Mi hombría lucía en todo su esplendor y ella lo agradeció con sus caricias. Se puso de pie y deslizó sus pantalones. Me quise morir allí mismo. Sus braguitas apenas escondían su vello púbico en hilera. Creí explotar en ese momento. La atraje hacia mí y besé la felicidad. Hicimos el amor allí mismo. En el sofá. Sus pechos eran la culminación de la creación. No podía dejar de poseerlos. Era la mismísima Venus saliendo de las aguas.

El primer asalto duró menos de lo habitual por la emoción del momento. Luego, la llevé a mi habitación, donde pudimos dar rienda suelta a nuestros

más salvajes instintos. Sus caricias electrizaban mi piel. Agarraba su pelo y lo estrechaba junto a mi rostro para sentir aquel manantial de vida. La excitación me dolía. Introducía mis dedos en el cielo y lo acariciaban bajo la lluvia y la densidad. Nuestros cuerpos rodaban abrazados con fuerza. Necesitaba el contacto con su piel, su pelo, sus labios, su espalda, sus pechos. Mi boca no se podía despegar de su cuerpo salado. Sus ojos medio entornados me invitaban a explorar y su boca entreabierta me susurraba palabras extrañas, pero reconocibles en cualquier lengua. La inevitable explosión sacudió los cimientos de mi consciencia. Ni siquiera sabía dónde había descansado mi virtud. Ella me sonrió y me dedicó un suave beso retirándose un imaginario pelo de mi cara. Yo ya me encontraba flotando en una nube y mis recuerdos languidecían...

Cuando desperté, seguía allí, su cabeza apoyada en mi pecho y su melena extendida por todo mi cuerpo.

XVI

Dormimos abrazados. Todavía hubo un tercer asalto temprano por la mañana. Se despertó antes que yo y sus suaves caricias me animaron. No tardé en reaccionar, pero no dejó que tomara la iniciativa y terminé demasiado pronto. Esta vez sí supe dónde.

Se vistió rápido. Me rogó que no la acompañara y, todavía aturdido por todo lo que había ocurrido, la vi desfilar por el pasillo hasta escuchar el ruido de la puerta. Me senté sobre la cama e intenté poner en orden mis sentimientos. De nuevo, no lograba situarme. Las ruedas pinchadas, el viaje a Lausanne, el hombre de la gorra..., el polvo con Sophie... Muchas emociones para una mente obtusa. Miré el reloj. Las ocho y media. Demasiado pronto, aunque ya estaba despierto. Me levanté y encendí el ordenador.

Sin noticias de Vincenzo.

No sabía cómo sentirme. Sophie inundaba cada descarga eléctrica de mis neuronas y la visión de Vincenzo se me hacía cada vez más borrosa. Miré de nuevo la bandeja de entrada. Vacía.

No encajaba ni una sola pieza del rompecabezas. ¿Quién había inutilizado mi coche? ¿Quiénes eran el hombre de la gorra y el Bigotes? ¿Quién había ayudado a Sophie? ¿Qué hay en la caja tan importante? ¿Dónde narices está Vincenzo? ¿Por qué tengo yo la caja?

Tampoco la conversación con Julia a través del Messenger tuvo la bondad de tranquilizar mi espíritu. Todo lo contrario: fue la gota que desbordó el torrente de sentimientos que amenazaban mi cordura.

Miré a mi alrededor. El apartamento de repente se me hizo pequeño. Las paredes parecían comprimirse. Me ahogaba. Necesitaba aire y salí corriendo para que el frescor de la mañana templara mi entendimiento. Permanecí unos

segundos apoyado en la pared aspirando bocanadas de aire frío hasta que los latidos de mi corazón cobraron su pulso normal. No quise entrar de nuevo en casa y me dirigí a la cafetería de la panadería. Nunca había entrado y pensé que un café recién hecho y un cruasán me levantarían la moral.

La decoración del lugar irradiaba bienestar. Era un poco infantil. Casi daba pena utilizar las servilletas de hilo que decoraban todas las mesas. Me senté en una del fondo y con señas logré pedir la comanda. Mientras observaba a la oronda camarera alejarse, mi mente recuperó los fragmentos de mi conversación con Julia. Fue una cascada de sensaciones que me dejaron noqueado. Acababa de echar el polvo de mi vida y de repente se asomó Julia por la ventanita del Messenger, justo cuando iba a apagar el ordenador y meterme en la ducha.

Sin comprender muy bien por qué, mi corazón se disparó sin que pudiera controlarlo. No lo entendía. Permanecí unos segundos hipnotizado hasta que reaccioné y abrí el Messenger para certificar si seguía allí o había preferido ocultarse al descubrir mi conexión abierta.

Seguía allí.

Después de tanto tiempo, me resultaba extraño iniciar una conversación trivial con quien en su día significó tanto para mí y cuyo recuerdo se difuminaba ahora entre tantas nuevas experiencias. Parecía que habían pasado varios años desde nuestro último encuentro, y apenas habían transcurrido un par de meses. Ya había aceptado que la ruptura había sido mutua y la había despojado de toda culpa. Ahora, al ver su nombre en la pantalla, puro, claro, sin esconderse en un zafio *nick* como la mayoría de mis amigos, reconocí que toda la frustración de macho alfa herido había por fin desaparecido. El egoísmo se había deslizado entre los desfiladeros de mi nueva perspectiva.

Los furiosos latidos de mi corazón se fueron ralentizando al compás de la sonrisa que nacía en mi rostro al recordar los buenos momentos que habíamos vivido y soñado juntos.

Al principio nuestras palabras fueron correctas, educadas, sin atrevernos a ir más allá de lo que comentan dos amigos que hace mucho no se ven, es decir, evitando preguntas comprometidas y personales. Parecía que no teníamos mucho más que contarnos cuando leí en la pantalla que había dejado el trabajo.

De nuevo me estiré hacia atrás sorprendido y pregunté el motivo.

El silencio fue su primera respuesta. Un silencio que se alargó tanto que pensé que había cortado la conexión. Luego, una frase se iluminó en la pantalla.

«Me fui porque no aguantaba más a mi jefe. Se insinuó.»

«¿¿¿Te acosó?!?», grité a través de la pantalla.

«No quiero hablar de eso.»

Lo poco que a esas alturas la conocía me decía lo contrario. Al final, acabó confesándome que al salir de un cóctel donde se presentaba un producto de cosmética para mujeres de avanzada edad, Thomas —que así se llamaba el maldito— había insistido en llevarla a casa. Ante su negativa y las dos copas de más, la situación se tornó embarazosa para ella y extrañamente divertida para el jefe, al punto de que Julia tuvo que casi empujarle para que le soltara el brazo.

Intenté ponerle cara al hijo de puta ese; creía saber quién era. En mi mente se dibujó el perfil de un hombre impecablemente trajeado, con gomina hasta en la nuca, modales exquisitos y sonrisa tan falsa como solo los trepas profesionales pueden simular. Seguro de sí mismo, de los que se creen más atractivos de lo que son y logran lo que quieren. Cuando Julia me lo presentó, me saludó indiferente y me ignoró con rapidez. Ninguno de los dos perdió el tiempo en pensar en el otro. Lamenté no recordar bien sus rasgos para cagarme con fuerza en su puta madre.

A medida que conversábamos, sus palabras se fueron suavizando y dejaron de rezumar tristeza. Intenté animarla: sabía lo que significaba ese trabajo para ella y lo que nos había costado a los dos. Era su vida y, tras tanto sacrificio, tendría que empezar de cero en cualquier otro lugar que encontrara con la crisis que nos asolaba. La nueva moda se encaminaba a contratar a gente sin experiencia que cobrara una miseria; las personas preparadas y eficaces no tenían sitio en el nuevo paradigma empresarial. Una mierda. Una inmensa mierda de vida, de país y de mundo.

De repente, a mitad de la conversación, un rayo de duda y temor me partió en dos. Una pregunta, que mis dedos no se atrevían a escribir, comenzó a martillar mi mente ¿Desde cuándo sufría ese acoso? Por lo que leía entre líneas, conociendo al canalla, seguramente la presión venía de mucho atrás. ¿De cuando estábamos juntos?

¿Sería eso? ¿Acaso su actitud distante de los últimos meses se había debido a la frustración y preocupación por la situación que Thomas le creaba en la

oficina? ¿Me lo habría ocultado por miedo? ¿Por vergüenza? ¿Por orgullo? ¿Por apatía?

Se lo pregunté.

Tras el silencio que esperaba, respondió que sí. Que lógicamente no era culpa mía y otras disculpas similares para exonerarme de responsabilidades. Pero el mal ya estaba hecho. Repasé con dolor cada una de las imágenes que se agolpaban en mi cabeza de nuestros últimos meses: esos días que llegaba cansada, malhumorada e irascible en los que competíamos en malsanos agobios y malas maneras.

En aquel momento, no podía calibrar si el conocimiento de aquella terrible experiencia que había estado sufriendo Julia habría cambiado algo nuestro destino final; quizás solo lo hubiera aplazado. La perspectiva y sensibilidad que había adquirido en estos meses me eran ajenas en aquellos momentos. Conociéndome, es posible que incluso lo hubiera empeorado.

Me sentí un tanto miserable, egoísta e incluso cobarde. Me disculpé con palabras sinceras —puede que las más sinceras que había tenido con ella en mucho tiempo— y ella lo agradeció con palabras amables. Era evidente que me había olvidado, quizás hacía mucho tiempo, y me alegré por ello. Me alegré de haber iniciado ambos un camino que, aunque paralelo y lleno de incertidumbres, nos colocaba de nuevo en la línea de salida de nuestra vida. Incluso me reconoció parte de razón en mi obstinación por no dejar que lo laboral destrozara el resto de mi vida.

«Ahora te entiendo un poco más», confesó sin rubor.

No recuerdo el tiempo que estuvimos chateando; superado el impacto inicial y una vez desahogada por lo sucedido con el canalla salido, la conversación se deslizó sin forzar y sin nuevos silencios. Al final, Julia acabó reconociendo las dudas que la asaltaron respecto a la conveniencia de hablar conmigo. Cuando me vio conectado, pensó exactamente lo mismo y se alegró de que hubiera sido yo el que se lanzara a la piscina, pues ella, probablemente, no lo habría hecho.

Nos despedimos con un beso virtual y sospecho que con una sonrisa reconfortante. Ahora comprendí mejor sus movimientos de alfil negro, trazando diagonales ante situaciones incómodas, buscando cobijo tras las líneas defensivas.

Me había portado mal con Julia, me arrepentía de ello y, siempre que estuviera en mi mano, haría todo lo posible por compensarla, pero ahora ambos teníamos otra vida y había que mirar hacia adelante. Debía abandonar mi papel de torre: tosco, brusco, directo, frontal, romo, previsible, y por cuya torpeza se había perdido la pieza más elegante del tablero, la reina negra.

Frente al segundo café con leche, a punto de liquidar mi tercer cruasán, ya había desgranado letra por letra nuestra conversación, pero hubo un momento en que se encendió una luz roja en mi cerebro que no supe identificar. Me concentré en esa luz que parpadeaba avisándome de un detalle que hasta ahora se me había diluido entre los dedos y que en este momento necesitaba captar mi atención. ¿Qué era? Habíamos recordado nuestro viaje a Suiza y comenté los lugares que habíamos visitado juntos. Lucerna, Ginebra, Lausanne, Zermatt... ¡¡Zermatt!!!

¡¡La factura del hotel de Zermatt!! ¿Cómo no se me había ocurrido ir allí?

—¡Si está a menos de dos horas de Leuk! —exclamé satisfecho de haber encontrado un nuevo aliciente para pasar el día.

Mientras me imaginaba tropezando por las calles de Zermatt, observé cómo un sombrero conocido pasaba por delante de la ventana a pesar del visillo bordado que cubría el cristal. Mi mirada se detuvo en la puerta y esta se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío que, afortunadamente, no llegó adonde me encontraba.

Joseph.

Nuestras miradas se encontraron e hizo un gesto con la cabeza saludando. Le señalé mi mesa y sonrió con gusto aceptando la invitación. Se acercó sorteando con facilidad pasmosa las mesas que me separaban de la entrada; por un momento, incluso creí que las atravesaba. Vestía como en él era habitual: todo conjuntado en diversos tonos de gris —pantalones, abrigo, jersey grueso— y, como colofón rompedor con la triste armonía, una larga bufanda de color bermellón.

Exhibía un rostro inexpresivo, no exactamente serio, pero no transmitía emoción alguna. Se había quitado el sombrero y, por casualidad, atisé entre su pelo canoso lo que parecía ser una cicatriz que le cruzaba en diagonal por la cabeza que no había visto antes. Cuando acabó el café, me ofreció tomar otro. Me negué en rotundo; ni siquiera estaba acostumbrado a beber dos tazas.

—¿Qué planes tienes? —Formuló la pregunta sin apenas interrogación; tanto es así que por un momento no supe si se refería a ese momento o a la vida en general.

—Pues hoy voy a hacer un poco el tonto por ahí. Creo que iré a Zermatt, la estación de esquí.

Enarcó una ceja y continuó con su tostada.

—¿Y usted? —contraataqué.

—¿La verdad? No había pensado en eso hoy. Supongo que nada en especial.

Joseph sumergió su rostro en el café y lo apuró hasta la última gota. Dejó suavemente la taza en el plato y permaneció en silencio, mirándome sin verme.

Tuve un ligero sentimiento de culpa, y entonces recordé lo que le había echado de menos en Lausanne.

—¿Quiere acompañarme a pasar el día a Zermatt? Voy solo y seguro que me pierdo cosas importantes por no saber ni alemán ni esquiar.

Su primera reacción fue agradecerlo y rehusar con educación, pero según se disculpaba él, más me reafirmaba yo. Sentí lástima al verle allí, tras una taza vacía y una sonrisa forzada. Una vida que valía por cuatro de las de cualquier adolescente atocinado por los juegos de ordenador le había conducido a una ingrata soledad. Ignoraba las razones por las cuales consumía su vida en aquel paraje, alejado de cualquier suceso excitante. Quizás fuera eso: demasiadas emociones para una sola vida, y ahora, en el ocaso, necesitara reflexionar con tranquilidad sobre su paso por este alocado mundo.

¿Se escondería de algo o de alguien?

El caso es que yo también me encontraba solo y en mi mano estaba evitarlo. Por lo menos hoy. Además, ya había decidido contarle parte de mis últimos incidentes, ¿y qué mejor momento que en el mismo hotel de Zermatt, cuya factura me traía de cabeza?

—Bien, amigo Álex, no quiero ser el responsable de que Zermatt sufra su ausencia. Iré con la condición de que no me trate de usted.

—¡Magnífico! —exclamé—. ¿Te parece bien quedar aquí a las diez y media?

A las diez y media en punto, se acomodaba en el asiento de copiloto de mi Skoda y tomábamos la carretera E62 que se internaba por el valle en dirección

a Lucerna.

Cuando iniciábamos las primeras cuestras que accedían al puerto, hice un comentario que, por desgracia, le alertó de que apenas le había hablado de mí y de mis circunstancias. Ante su insistencia, confesé que tenía una hermana y, como sospechaba, me obligó a hablar de ella.

—Elsa, que así se llama, es lo que podríamos llamar una chica pragmática. Desde muy joven tuvo claro lo que quería, cosa que te da una gran ventaja cuando todavía tienes edad para cometer errores homologados. Su filosofía consiste, básicamente, en ganar lo máximo posible trabajando lo menos posible, y con un horario lo más cómodo posible. Trabaja como funcionaria en un museo de arte contemporáneo. Desde luego, al principio no ganaba mucho. Ahora, con los años, pagas, trienios y otras prebendas ministeriales, ya gana lo suficiente como para mantenerse y disfrutar de los pequeños homenajes de la vida. No tiene coche ni móvil de última generación, apenas un portátil de segunda mano y mucho mucho tiempo libre para leer y viajar. Es una chica con una vida de chico. La envidio.

En ese momento caí en que me recordaba a Sophie en muchos aspectos: dos espíritus libres de malicia y tan repletos de sentido común que despertaban recelos entre los mediocres. Y entonces, entre curva y curva, según hablaba de mi hermana, me di cuenta de que pocas veces había expresado en voz alta mi parecer ante la vida de Elsa. De hecho, eliminando a Julia de la ecuación, creí no haberlo hecho nunca. Mi relación con Elsa fue la clásica entre hermano y hermana que se llevan cinco años de diferencia. Es decir, nula. Yo era el hermano pequeño coñazo y chivato que disfrutaba haciéndole jugarretas —o más bien putadas, del tipo esconder su ropa interior o chivarme a mis padres de cualquier movimiento sospechoso—, y yo, para ella, era el renacuajo metomentodo al que había que suprimir lo antes posible.

Nuestra relación no se había normalizado hasta que yo entré en la veintena. Nuestros problemas comenzaron a coincidir y, poco a poco, consejo a consejo, el paréntesis que se abría entre ambos fue disminuyendo hasta labrar una pequeña amistad. Hacía tiempo que no la visitaba sin motivo aparente.

—A mi vuelta tengo que explorar más este regalo —me dije con firmeza.

Joseph escuchaba con su acostumbrada discreción mi discurso interior, y no habló hasta que el silencio sugirió que no pensaba seguir hablando mucho de mí. Los dos permanecíamos inmersos en la belleza del paisaje nevado. Al fondo se escuchaba el rumor del agua. Como casi siempre que nos

adentrábamos por entre los valles, un río de montaña acompañaba nuestra ruta; este era un afluente del Ródano que nacía justo bajo el monte Cervino.

No parecía que esa mañana estuviera muy hablador, pero no me di por vencido y me ensañé con preguntas de todo tipo hasta que dejó de responder con monosílabos acompañados por educadas respuestas. Fue paulatinamente alargando sus comentarios hasta que lo tuve a punto de nieve.

—¿Cómo fueron aquellos años, Joseph?, ¿aquel 1939 en el que el mundo perdió la razón?

Joseph me dirigió una mirada complaciente que enarbolaba una bandera blanca y comenzó a hablar con la voz un poco tomada y ese acento neutro que le caracterizaba.

—La verdad es que de los sucesos de aquel invierno del 39 y primavera del 40, justo antes del colapso francés, solo te puedo comentar lo que averigüé más tarde, cuando ya pertenecía a la Abwehr —respondió rindiéndose ante mis sibilinas encuestas que dirigían su veneno en la misma dirección—. Vivir en el acorazado Schlesien era vivir en una burbuja de madera y cables.

»Te diré que los nazis no deseaban una guerra con Inglaterra. Su intención fue siempre buscar una salida negociada al conflicto. Despreciaba a los franceses, pero con los ingleses era otra cosa. El precio por vencerlos podía ser demasiado alto. Hitler se la jugó con una temerosa baza. Consideraba a las democracias occidentales marionetas decadentes que jamás se embarcarían en otra gran guerra con el recuerdo aún caliente de los caídos en las trincheras veinte años atrás. Su verdadero objetivo eran los bolcheviques, y para acabar con los eslavos necesitaba calma en su orilla izquierda. Estaba convencido de que los ingleses acabarían por adecuarse al nuevo orden si ello conllevaba la desaparición de un comunismo que estaba haciendo estragos en sus fábricas y minas.

»Además, la alta aristocracia inglesa vería con excelentes ojos que fascistas y comunistas se batieran a miles de kilómetros de su isla. Eran expertos en mirar hacia otro lado, como en España, una guerra civil que mostró las miserias de todos los participantes tanto en el campo de batalla como en el graderío. ¿Por qué, a la vista de los acontecimientos, no hacer de la necesidad virtud?

»Pero sucedió algo con lo que Hitler no podía contar: sir Winston Churchill.

La carretera se internaba en el valle aventurándose por la garganta del río como una serpiente juguetona. La nieve lo cubría todo. Disminuí la velocidad a ritmo de ciclista mientras mi mente trataba de procesar todo lo que Joseph me narraba.

—... También ayudó mucho que mi jefe, el almirante Canaris, informara a los ingleses del inminente ataque a Francia.

—¿Cómo? —exclamé sorprendido—. ¿Canaris trabajó para los aliados?

—Más bien trabajó contra Hitler.

—Ya me estás contando eso —le exigí ansioso.

—No hay mucho que contar —dijo con mal disimulado orgullo—. El gobierno y el espionaje inglés conocían el inminente ataque alemán por la frontera belga, y también sabían que ni Gran Bretaña ni el imperio estaban preparados. La noche del 8 de mayo fue crucial en la historia de Inglaterra: se decidía nada menos que aceptar la paz con Hitler y devolver parte del imperio que pertenecía a Alemania antes de la Gran Guerra, o embarcarse en una nueva deflagración mundial de consecuencias desconocidas y, en aquellos momentos, nada favorables a los intereses británicos. Chamberlain estaba abatido: había sido derrotado en el parlamento y hasta los conservadores se habían dado cuenta de que no era el líder apropiado para guiarlos en aquellos espantosos momentos. Había dedicado todos sus esfuerzos a evitar la guerra y esta se presentó inexorable ante sus ojos cuando el director del Servicio de Inteligencia británico puso sobre la mesa el plan de ataque alemán. Convocó una reunión urgente con sus ministros y, por suerte para ellos, asistía Winston Churchill. Todos comprendieron que el hombre que debía conducir la guerra era aquel señor gordo del puro que mostraba una inusitada energía y determinación para su edad. Los acontecimientos se precipitaron y justo el día en que Alemania atacaba Francia, Churchill era investido primer ministro.

—¿Y eso lo cambió todo? —pregunté.

—Sí —respondió como satisfecho de que hubiera sido así—. Churchill fue todo un personaje que no dudó en expoliar sus colonias en beneficio de la metrópoli; excesivo, corajudo, valiente, excéntrico, genial y tozudo, se echó el país sobre los hombros y acabó con cualquier atisbo de una paz negociada con Hitler.

»¿Te imaginas que se hubieran firmado unas tablas entre el Führer y el primer ministro inglés? ¿Ultramar y las colonias para Inglaterra, y Europa para

Alemania, con un gobierno francés y sus colonias en armonía con los intereses alemanes? En julio del 40 era una posibilidad muy real —confirmó Joseph.

—Desde luego uno no puede hacerse a la idea. Al final cometió el mismo error que Napoleón.

—Sí, pero Napoleón no fue un loco genocida que arrastró a su pueblo y al mundo a la vergüenza y a la desesperación —dijo Joseph con rostro serio y dolido, y continuó—: La historia sigue una línea caprichosa en la que un pequeño detalle, un golpe de suerte o un líder inesperado puede cambiar el curso de una batalla y, así, de la humanidad... Los persas perdieron la guerra con los griegos por una tormenta en el mar justo antes de la gran era de la Atenas de Pericles... Si España hubiera tenido grandes reyes en la flor de su imperio... Si el mal tiempo no hubiera impedido el movimiento de las tropas francesas en Waterloo... Reyes que murieron sin herederos, cuyas guerras sucesorias marcaron el destino de Europa, trastocando las fronteras más tarde reivindicadas con otras guerras y revoluciones... Si Churchill hubiera gobernado en Francia, la guerra hubiera durado pocos meses. La casuística quiso que los personajes estuvieran donde los encontramos...

»Si los alemanes —prosiguió lanzado— no hubieran permitido a Lenin viajar a San Petersburgo en plena Primera Guerra Mundial para desestabilizar al zar, no hubiera triunfado la Revolución bolchevique... Si los rusos hubieran ganado la guerra ruso-polaca de los años 20 (y a punto estuvieron, de no ser por un joven comisario político ávido de reconocimiento llamado Josef Stalin, que alteró los planes de batalla para ser el primero en entrar en Varsovia), la Revolución habría llegado a las fronteras alemanas; y ten por seguro que habría triunfado como ariete esperanzador ante la miseria traída por la derrota en la Gran Guerra, por lo que nadie llamado Adolf Hitler habría podido subirse a una tribuna para proclamar sus delirios. Una cosa u otra se debieron a ocasionales decisiones que muy bien hubieran podido ser distintas de haberlas tomado otro.

»¿No entiendes? —preguntó exaltado—. Nuestra existencia, nuestro futuro... es fruto de casualidades pretéritas que nos han conducido al momento en que vivimos, a decisiones imprevistas tomadas por otros que quizás no conocemos, y que acaban interfiriendo en nuestra vida.

»No hay una verdad absoluta que guíe nuestro comportamiento. Este es el problema del hombre. Cada cual cree que puede cambiar el suyo. Es la

grandeza y la miseria del ser humano: ser capaz de cambiar su destino, y a su vez, ser prisionero de la casuística, del azar.

—Me parece un poco..., no sé explicarlo. ¡Es tan contundente tu afirmación!... ¿Estás diciendo que el hombre no es libre? —dije yo un tanto desconcertado.

—La libertad es otro concepto que, según qué época de la historia elijas, puede tener una connotación u otra. Hace siglos que la libertad la proporcionan la riqueza y la posición social. Dentro de cincuenta años, quién sabe..., igual es libre solo aquel que tenga acceso al agua.

Permanecí un momento analizando la posible influencia del azar y la casuística en mi vida. Era evidente que si hubiera llegado al hotel otro director u otro director comercial, yo ahora seguiría peleándome con clientes pesados y no aquí, en la garganta de un río suizo con un espía. Las palabras de Joseph me hacían reflexionar, pero ahora no era el momento. Ya pensaría en todo eso al llegar al apartamento.

En aquel instante, el Skoda ya saludaba a las primeras casas diseminadas a la entrada del pueblo de Täsch. Desde aquí se accedía a Zermatt en tren, pues la circulación en la estación estaba restringida al tráfico. Como no podía ser de otra forma, nada más sumergirme por su calle principal, un gigantesco *parking* al lado de la estación, el Matterhorn terminal Täsch, me liberó de una preocupación más. Aparqué, recogimos nuestras ropas de abrigo y nos dirigimos a las taquillas de la estación.

A partir de ese momento fue Joseph quien se hizo cargo de la situación, informándose de horarios, precios, excursiones y lugares para comer una vez estuviéramos arriba. Mientras mi amigo conversaba con una chica parapetada tras un mostrador turístico, yo intentaba poner en orden y analizar sus palabras. Mi mente inició un viaje a través del tiempo para situarme en aquellos convulsos años 40. ¿Qué pasaría por la cabeza de Churchill al decidir proseguir la guerra? ¿Acaso no conocía que Stalin esperaba cual lobo hambriento el debilitamiento de su imperio para hincarle el diente? ¿No sabía que Japón se lanzaría ese mismo año a por sus posesiones en el mar de la China? ¿O acaso sí sabía todo eso?

El trayecto hacia Zermatt lo hicimos en un reconfortante silencio. ¡Cómo iba a echar de menos esta vida cuando regresara a casa! Durante unos segundos, permanecí mirando fijamente el reflejo que me devolvía la ventanilla del tren. De repente, la palabra *casa*, *hogar*, *morada*, cobraron otro significado: traté

por primera vez de imaginar mi regreso a las cotidianas costumbres de un apático aburrido sin trabajo. No me vi; desafiando mi propia mirada, sentí por primera vez que tenía la oportunidad de hacer algo distinto sin temor a equivocarme. Es más, seguro que me equivocaba, pero sin la congoja de pensar en las consecuencias.

Era ya mediodía y el sol lucía con garbo. Las sombras de las montañas vecinas abarcaban todo el espacio disponible; sin embargo, la incipiente sensación de frío enseguida se disipó al contacto con el calor que emanaba la gente. El ambiente era fantástico. Jóvenes y niños forrados de colorida ropa competían en carreras y travesuras, mientras las madres se relajaban esperando a que el agotamiento hiciera mella en sus vástagos con un café caliente en la mano. Las tiendas de *souvenirs* ofrecían todo tipo de vituallas, así que aproveché que Joseph recibía una llamada de teléfono para entrar en una de ellas y comprar otro imán para la nevera de mi casa. Elegí el menos feo y salí a buscar a Joseph, a quien me pareció ver con el gesto torcido.

—¿Todo bien, Joseph? —pregunté con gesto serio, pues tuve la sensación de que había recibido malas noticias.

—No, no te preocupes. Era del hospital. Quieren que repita unas pruebas. Parece ser que, según las últimas, ya debía haber muerto hace meses —dijo tranquilamente, como si introduciendo algo de humor sus palabras causaran menos efecto.

Anduvimos un rato en silencio hasta que Joseph me señaló un coche tirado por caballos: era una diligencia de color rojo propiedad de un hotel, el Mont Cervin Palace.

Inmediatamente recordé lo que me había traído hasta aquí.

Deslicé en nuestra conversación que me gustaría tomar algo en algún hotel con solera de Zermatt. «Deformación profesional», bromeé. Con curiosidad, seguí su ruta y observé al jinete descender para recoger el equipaje de los clientes que le esperaban a la puerta de la estación: una rubia impresionante, vestida con pieles blancas y gafas de sol inmensas, con maletas Louis Vuitton tipo baúl, y un hombre de mediana edad, alto, atractivo, con abrigo de paño y bufanda negra, que daba la impresión de vestir igual aquí que bajo el sol de Mónaco.

«Definitivamente hay otra vida», pensé, entremezclando envidia y pereza. Unos metros más allá nos adelantó otra diligencia —esta de color negro y

tirada por un barbudo con sombrero de copa— que me sobresaltó, pues parecía un cortejo fúnebre. También la seguí con la mirada calle arriba.

La explanada de la estación se había convertido en un gigantesco vestíbulo cuyos clientes esperaban la llegada de las diligencias o, en su defecto, de pequeños trenecitos eléctricos que bajaban a buscarlos para llevarlos a los distintos hoteles. De alguna manera, Zermatt me pareció como un pueblo del Oeste americano: casi todos los edificios eran de madera oscura o la imitaban, no había coches y las personas caminaban despreocupadas por entre los portales contemplando los caros escaparates. Solo faltaban los abrevaderos para los caballos, porque la diligencia ya ocupaba sus empinadas calles.

Según avanzábamos por la vía principal y llegábamos a las afueras, las tiendas y hotelitos dejaban paso a casas unifamiliares que para sí las hubiera querido la señorita Rottenmeier. Todo irradiaba paz, sosiego y tranquilidad; incluso el bullicio del gentío cobraba otro sonido en este pueblo.

Avanzamos por la Bahnhofstrasse hasta que la blanca fachada del hotel recibió nuestras miradas. Permanecí un instante observando sus balconadas rebosantes de nieve. Una extraña sensación me dominaba. Necesitaba entrar, pero no quería hacerlo. Miré a Joseph. También se encontraba mudo frente al edificio, solo que a él le brillaban los ojos.

—Te invito a un café —fueron mis palabras de ánimo mutuo.

A la izquierda se erigía el mostrador de recepción. La decoración era como la imaginaba. Maderas de todas las tonalidades inundaban cada rincón: pasillos, paredes, mobiliario. Lámparas de araña antiguas, sillas clásicas, mesas de anticuario. El recepcionista nos miró y, ante mi pregunta, señaló el camino del bar.

Entramos en la cafetería y pedimos dos cafés. El hotel era magnífico. A través de un ventanal se observaban piscinas climatizadas y, detrás, un inmenso *spa* parecía querer engullirnos, pero, a pesar de la impresionante instalación, no lograba encontrar ninguna conexión entre Vincenzo, la caja y yo. Pensé que tal vez al atravesar las puertas un haz de luz iluminaría mi camino, pero estaba claro que no sería así. De hecho, la idea original de confesar a Joseph mi desventura se desvaneció. Zermatt no estaba resultando demasiado revelador.

Decidí levantarme y dar una vuelta por el *hall*. Joseph prefirió no acompañarme. Sus ojos se habían humedecido y no quise molestarle. No era capaz de imaginar lo que pasaba por su cabeza en aquel momento.

Joseph se agarró a la butaca temiendo perder el equilibrio. Mientras caminaba hacia el hotel, no creyó que la visión de aquel *hall* de madera le afectaría tanto como lo estaba haciendo. La visión de aquel recepcionista le derrumbó y, a su vez, le espoleó hacia un viaje muy atrás en el tiempo. Sobre el mostrador se extendían aparatos electrónicos que antes no estaban —pantallas de ordenador, datáfonos, teléfonos...—, pero, por lo demás, poco había cambiado desde la última vez. ¿Cuándo fue? A finales del 49, quiso creer. Tampoco el rollizo recepcionista actual se parecía a aquel tímido y delgado muchacho al que salvó la vida. ¿Cómo se llamaba?... Ah, sí, Luca. Era un chico italiano que había perdido a su familia en la guerra. El pobre a duras penas había aprendido alemán y trabajaba de botones en el Mont Cervin ganándose la vida con las propinas. Cuando todo acabó, le escondió por unos días en su guarida personal, y luego se le envió a su país con una renta de por vida. Stefano della Siere fue un hombre generoso y se la había ganado. El chico nunca supo el porqué de su buena o mala suerte; simplemente se encontró envuelto en un juego superior que pudo haberle costado la vida y al que respondió, a pesar de su timidez, con firmeza y honradez.

XVII

Cuando rescaté a Joseph de su ensimismamiento, salimos del hotel y entramos a comer en la primera pizzería que salió a nuestro paso. Joseph se mantenía en un mutismo absoluto. Parecía emocionado. Respeté su silencio un rato más hasta que, viendo que nuestra excursión se deslizaba por los senderos de la melancolía, se me ocurrió sonsacarle trazos de su vida de espía para animar el resto de la tarde.

—¿Y qué hacías exactamente en Israel?

—Era una especie de enlace —respondió sonriendo—. Ya te comenté que captaba a judíos de origen ucraniano o del Cáucaso que creían más en el más acá que en el más allá.

»Fueron años muy intensos. Cuando recuerdo mi estancia allí parece que fue toda una vida, y eso que no pasaron más de cuatro años. Unos meses después de la guerra del Yom Kipur tuve un golpe de suerte que me permitió retirarme.

—¿El Yom Kipur? —pregunté.

—Sí. Los años 70 probablemente han sido los años más infames de nuestra historia moderna.

—¿Luchaste en aquella guerra?

—Desde la oficina de inteligencia de la CIA —confesó sin pudor—. Resultaba que, entre la red de refugiados de los estados soviéticos del Cáucaso, había muchos musulmanes moderados que, huyendo del hambre, trabajaron con nosotros como informadores. Eran musulmanes creyentes, así que no despertaban sospechas entre los suyos. Algunos de ellos fueron enviados a Egipto, donde llevaban una vida totalmente normal; lo único que

tenían que hacer era informar de lo que se oía por las calles, los cafés, los cuartelamientos y cosas así.

»No soy capaz de recordar fechas..., creo que fue a finales del verano cuando llegaron los primeros rumores a mi departamento de que una silenciosa agitación se estaba produciendo en los ambientes militares egipcios. Se comunicó a los israelíes siguiendo los cauces habituales, y enseguida la información se contrastó con el descubrimiento de tráfico de armas desde la Unión Soviética a Siria. Siempre lo había habido, pero esta vez se trataba de armamento pesado.

»Todas las redes se activaron y, poco a poco, se fue conociendo la magnitud de las maniobras egipcias, que se sumaban a las sirias. Planteamos la posibilidad de atacar primero, como en la Guerra de los Seis Días, pero esta vez necesitábamos aparecer como víctimas.

En ese momento, se acercó la camarera con una *pizza* cuatro estaciones para mí y una ensalada César para Joseph. Hicimos un alto para colocarnos las servilletas, cuadrar los vasos, localizar los cubiertos y aclararnos la garganta. Con mis cinco sentidos alerta, el griterío infantil se había transformado en un murmullo lejano que ya no enturbiaba las palabras de Joseph. Comentar aquello no le resultaba incómodo; en otras ocasiones, cuando narraba acciones del frente ruso, parecía hablar con sordina, como escondiendo y midiendo que sus palabras no fueran a provocar alguna imagen dolorosa en su retina. Ahora hablaba como quien contaba una anécdota sin importancia.

—Israel ya llevaba tiempo trabajando en la posibilidad de un ataque parecido —dijo Joseph aprobando la idea de la cerveza—. De hecho, cuando vives en un país constantemente amenazado por enemigos que te superan en número y que desde que se despiertan están deseando acabar contigo, no puedes hacer otra cosa que estudiar y prever la manera en que pueden hacerlo. El saber cuándo es lo que añade el picante al asunto.

»Ya había conseguido sus objetivos militares en la Guerra de los Seis Días. El problema no era ganar más territorios, sino mantenerlos. Desde entonces poseía la península del Sinaí, un enclave con un alto valor estratégico que alejaba la frontera natural de Israel de los egipcios, detalle que estos no podían soportar; sin embargo, más allá del valor estratégico, era un terreno baldío y muy caro de mantener que obligaba a militarizar y desviar recursos de otras zonas calientes. Los israelíes no podían defender más territorio del ya conquistado. Solo podían esperar y defenderse.

»Además —continuó Joseph estirando su cuerpo hacia atrás, tanto que casi le falló la voz—, teníamos el problema añadido de que mis fuentes en Siria habían sido movilizadas. Este detalle certificaba la inminencia del ataque, pero nos dejaba a ciegas de lo que ocurría tras la frontera. Perdí el contacto con casi todos mis informadores.

»Recuerdo a un chico, un checheno que había perdido a sus padres en una explosión de gas en Grozni. Murieron decenas de familias, pues era normal que en aquellos años la unidad familiar entera trabajara en la misma fábrica. Como era menor de edad, no le adjudicaron la vivienda de sus padres, por lo que tuvo que irse a vivir con un pariente cerca de la frontera. En cuanto pudo se escapó de allí y recaló en Siria donde, harto de miserias, fue reclutado por nuestra red. El chico murió con los primeros bombardeos israelíes.

Pronunció aquella última frase sin atisbo de dolor ni pena, como si hubiera afirmado que el chico se salvó. Separó un poco la salsa de anchoas de la lechuga y se llevó el tenedor a la boca. Atendí escrupulosamente a la escena pensando en la cantidad de muertos que habrían desfilado por sus ojos. Supongo que para tipos como aquel la vida y la muerte iban agarradas de la mano y es el cliente quien elige qué extremidad coger.

—Llegó el día del Yom Kipur y atacaron los árabes —dije yo reavivando el interés.

—¿Resultado? Los israelíes rechazaron a los egipcios en el Sinaí amenazando con coronar las pirámides. De nuevo una derrota de la coalición árabe, e Israel, con más territorio del que podía mantener.

—¿Qué pasó después?

Me miró fijamente y, acercándose más a mí, comenzó a hablar en voz baja, reviviendo cada palabra. La pasión le había trasladado a una de sus conferencias secretas y me lo contaba a hurtadillas.

—Sitúate. Nos encontramos en el punto de partida, pero... algo ha sucedido: Estados Unidos cambia de estrategia y proyecta una jugada que dará un vuelco total a la situación. Queda claro que, a pesar de la superioridad técnica y militar judía, los israelíes no pueden continuar toda la vida rodeados de enemigos que deseaban borrarlos del mapa, porque algún día lo conseguirían, así que deciden ayudar a Egipto a resarcirse de su nueva humillante derrota y atraerlo a su lado. Para ello necesitan que un Anwar el-Sadat en horas bajas, expuesto a que un general exaltado le quiera derrocar, resurja de sus cenizas y

tome de nuevo el timón con un rumbo acorde con los intereses de Washington y no de Moscú, como ocurrió con Nasser.

»La estrategia que ideamos estaba condicionada por la capacidad de Anwar el-Sadat para liderar a su pueblo tras la derrota, y para ello, nuestro servicio de inteligencia y diplomático le dio un empujoncito: para eliminar el peligro de un posible golpe de Estado, debíamos proveer a Anwar el-Sadat de un triunfo, de algo de lo que el pueblo egipcio se sintiera orgulloso..., debíamos convertirlo en un héroe.

»El plan consistía en lo siguiente: ceder el Sinaí a los egipcios.

—¿Así, sin más? —pregunté sorprendido.

—Lógicamente en un principio los israelíes se negaron, pero luego entendieron las razones. En realidad, cedían un terreno que no les servía absolutamente para nada más que alejar su frontera a cambio de una paz duradera con ese mismo país cuya frontera quería alejar. Con esta jugada, eliminaban su amenaza occidental, con la garantía «made in USA».

»Lo impactante de todo ello es que el pueblo egipcio cree que de verdad ganó aquella guerra —sentenció, con una mirada de incredulidad dirigida hacia la ventana, como si la tenue luz que a esa hora se proyectaba al interior del local fuera a desvelar el enigma.

Cuando salimos de la pizzería, me desilusionó comprobar que, efectivamente, la luz se había evaporado. Una ligera niebla descendía de las montañas e impregnaba de silencio la calle principal. Cansado tras una dura jornada deportiva, el gentío caminaba despacio, y el ruido de sus botas de esquí rozando el pavimento destacaba como la única señal de vida del lugar. Las lujosas *boutiques* simulaban estar cerradas, aunque no hubieran cerrado aún. Parecía como si la estación se estuviera regalando una tregua antes de comenzar la jornada nocturna. Era el momento de reponer fuerzas tras una agotadora jornada de descensos, juegos y diversión. Cruzamos una mirada y comprendimos que poco más teníamos que hacer allí. Decidimos bajar hacia la explanada de la estación y tomar un último café antes de abandonar Zermatt.

En la terminal del tren cremallera, con un estupendo café caliente en las manos, comentamos las disparatadas modas juveniles en cuanto a formas de llamar la atención. Los anoraks competían en colores fluorescentes, y las gafas de sol, en tamaño. Entonces comprendimos dónde confluía toda la gente que no paseaba por la calle: estaban ahí, esperando el tren, apurando como

nosotros el último aliento antes de descender a Täsch y coger el coche. En pleno tumulto, una chica rubia atrajo mi atención durante unos segundos: tenía un parecido extraordinario con Sophie, pero desde luego no era ella; no, vistiendo una cazadora *fashion* de color rosa. Aunque solo fue un pensamiento fugaz, me preocupó. ¿Me estaba volviendo de esos descastados que ven a *su chica* por todas partes y se vuelven paranoicos?

Me asomé al gran ventanal de la cafetería para despedirme en silencio de Zermatt. Como muchos otros lugares, imaginé que no volvería a este lugar, y una incómoda sensación de pena recorrió mi cuerpo. Una vez más, seguía a oscuras respecto a mis problemas, si bien la compañía de Joseph iluminaba el resto de mi existencia.

Una vez en el coche, comprobé cómo el tráfico se tornaba inesperadamente denso. No era demasiado molesto, pues la orografía de la carretera impedía ir más deprisa, pero siempre resulta desagradable conducir emparedado entre coches —sobre todo si el que circula delante va un poco más despacio que tú, y el de atrás, un poco más rápido—. El regreso podía atragantármeme e induje a Joseph a hablar de cualquier cosa. Para mi sorpresa insistió de nuevo en hablar de mi hermana, la vigilante del museo. Apenas había empezado a desgranar sus aventuras cuando, de una manera brusca e inesperada, me interrumpió:

—Yo tuve una hermana.

Me quedé helado. Mis manos se aferraron con fuerza al volante sin saber muy bien por qué. Sus palabras parecieron desvanecerse en sus labios. El semblante de Joseph se desinfló como un globo al que se le escapa el último suspiro de aliento.

No me atrevía a romper la extraña atmósfera que se instaló en el coche. No sabía si quería o necesitaba hablar de ello. Fue Joseph quien rompió el espeso silencio.

—Se llamaba Anna. Apenas la conocí. Murió cuando tenía tres años de edad y yo cinco. No la recuerdo, ni conservo ninguna foto de ella. —Un rayo de angustia pareció atravesar su garganta y sus palabras se quebraron con estrépito—. Mi padre tampoco la conocí. Mi madre estaba ya embarazada cuando hicimos el viaje desde Dubyna, nuestro pueblo.

—¿Quieres hablar de ello, Joseph? —pregunté sobrecochado por el tono áspero, cansado y taciturno de su voz.

Tragó saliva con dificultad y, mirando hacia la oscuridad de la ventana, comenzó a hablar sin dar señas de haberme escuchado.

—El trabajo en la granja era muy físico, y rápidamente empezaron los síntomas de agotamiento, angustia y somnolencia. Mi madre nunca pudo imaginar lo que le esperaba hasta que tuvo su segunda falta. Tenía un ciclo irregular, y con la tensión vivida en los últimos meses, olvidó las implacables reglas de la naturaleza. Fue una situación sorprendente e imprevista. A la felicidad propia de una noticia así se agregó el recelo de la incertidumbre: mi madre estaba desolada por no poder contar con mi padre y se culpaba por haber huido.

Yo miraba las rayas de la carretera hipnotizado por su relato, intentando mantener la concentración en las curvas y en los injustificados frenazos del coche de delante. A veces, en mi inconsciente inocencia, pensaba en Joseph como una especie de *bon vivant*, un abueleto simpático con jugosas historias que contar frente a una chimenea. Alguien cautivador a quien sentar en una mesa y amenizar la velada. Un luchador con suerte. El reflejo que me devolvió a la realidad me dejó aturdido: por vez primera pensé en Joseph como un ser humano y no como un narrador de historias. Había que ser un titán para conservar la integridad y dignidad cuando has sufrido lo que él me contaba; desde luego, mi vida resultaba gloriosa si la comparaba con la de otros. Con la de él.

—A principios de octubre —hablaba con la cabeza girada a su derecha, hacia su ventanilla, mirándose fijamente en el reflejo que le devolvía el cristal—, mi madre escribió a mi padre contándole la buena nueva. Estaba preocupada por las noticias que llegaban de Ucrania: motines, huelgas, asaltos, venganzas, hambrunas... Dormía muy mal. Durante el día apenas se mantenía en pie del cansancio acumulado y los quehaceres diarios. Yo era demasiado pequeño para comprender nada y no contribuía a mejorar la situación. Mis travesuras iban acompañadas de indiferencia y hastío. La mente de mi madre estaba a muchos kilómetros de allí. Necesitaba a mi padre más que nunca.

»Pasaron unos meses. Según me dijeron, no fue hasta enero del siguiente año cuando otro campesino, que había escapado de la comarca y pasaba por Dresde de camino a Berlín, nos comentó que había escuchado rumores de que a mi padre se lo habían llevado unos soldados a mediados de junio y no se le había vuelto a ver por la granja.

»A partir de ese momento, mi madre cayó en una profunda desesperación. No era una mujer valiente, siempre había necesitado la compañía de alguien que la guiara y aconsejara. No podía vivir sola, algo de lo que ya se habían dado cuenta mis tíos, que por mucho cariño y ánimo que la ofrecieran pensando en la criatura, no conseguían sacarla del inmenso complejo de culpabilidad que la ahogaba.

»Por fin llegó el alumbramiento. Como si todas las preocupaciones de mi madre hubieran recaído sobre la pobre criatura, Anna nació con una salud crítica y sin posibilidad de sobrevivir. Aun así, estuvo con nosotros tres añitos. Mi edad me impedía ser consciente del dolor que, como un inquilino más, ocupaba la granja. Hasta que un día me dijeron que Anna estaba en el cielo con mi padre. Ni siquiera recuerdo cómo me sentí. Lo siento ahora, que me queda poco para reunirme con ellos.

»Fue mucho más tarde, cuando invadimos Ucrania, que pude contactar con un vecino que vagamente recordaba sucesos de aquel entonces. En Ucrania se había sufrido tanto durante los últimos veinte años que cada nueva tragedia se cimentaba sobre la anterior. La retirada de los polacos en aquella olvidada guerra fue espantosa. En su huida arrasaron pueblos robando alimentos, destrozando granjas, caminos... Y los bolcheviques remataron la faena sobre los aterrorizados campesinos, cuya desgracia no tenía consuelo. O huían humillados con los polacos, o permanecían en su estéril tierra esperando la venganza de los conquistadores. Mi padre se quedó.

»Anhelo creer que fue así, que se enfrentó a esas partidas y murió como un héroe. De pie, sin rendirse, con la dignidad que otorga la paz interior que se le atribuye a un hombre bueno como él lo era.

»Solo cuando supe su triste final comencé a pensar realmente en mi padre. En las cosas que habría hecho él en mi lugar, y a admirarle por lo que hizo; pensar en lo que pudo ser y no fue por culpa de la maldita sed de muerte y destrucción que alimenta el ego de los hombres. Me imaginé a mis padres jugando con sus hijos entre los amarillos campos de trigo de nuestra tierra y alimenté un odio enfermizo a todos los responsables de aquel éxodo de la felicidad. Más tarde, viviendo y sintiendo en mis carnes la miseria que contribuí a sembrar, el odio dio paso al perdón, porque yo también deseaba ser perdonado. Sentí que mi historia no difería en nada de la de los cientos de miles de rusos que soportaron nuestra invasión, ni de la de los cientos de miles de europeos que perdieron a sus seres queridos. Me dije que no tenía

derecho a sucumbir a la desesperación, levanté la frente y me dispuse a sobrevivir.

»Imaginar a mi padre muriendo como un héroe, fiel a sus principios, a sus ideales, a su tierra, fue una referencia que me ayudó a soportar los últimos años de la guerra y la posguerra. Cuando permanecía escondido en un búnker esperando la llegada de una carga de rusos o cuando, medio enterrado, rezaba para que un obús no cayera en mi trinchera, mi último pensamiento se volcaba en aquel rostro desconocido que, solo en un bosque, miró con orgullo a los ojos de sus asesinos diciendo “Aquí tenéis mi cuerpo, que mi alma no os pertenece”. Si mi padre se había enfrentado desnudo a su destino, ¿qué derecho tenía yo a acobardarme con una MG 38 entre mis brazos? En aquellas precarias trincheras, donde tantos camaradas encontraron la muerte, intentaba pensar que lo peor que me podía suceder era reunirme en la otra vida con aquel valiente...

Su voz se quebró de nuevo. Una fina lluvia comenzó a golpear el parabrisas y la tristeza inundó cada rincón del coche, pero a Joseph no parecía afectarle: con la mirada perdida en el infinito no dejó que la emoción le detuviera.

—... Hay otros momentos en los que, calado hasta los huesos y con un compañero moribundo a tus pies, deseas que todo acabe de una vez. Deseas que uno de esos obuses que caen tan cerca de ti por fin acierten y te lleven por delante sin dolor..., que una bala de francotirador cumpla su siniestro cometido y te quite la vida antes de sentir el disparo. También ocurre que el terror te paraliza: el miedo a morir, al dolor, a que todo se acabe en la esquina de una calle anónima de un pueblo perdido puede contigo y las piernas no te obedecen; se reblandecen y avanzas a trompicones, cayendo, resbalando, poniendo en peligro a los camaradas, y solo te salva el puñetazo silencioso de un compañero que te observa detrás de ti para, luego, si has sobrevivido, descubrir que yace destrozado en la esquina que llevaba tu nombre.

»Y ya ves, Álex, no hay manera de que me muera —dijo, esta vez sí, temblando de emoción.

—¿Nunca te has preguntado... por qué tú te salvaste y los otros no? —pregunté presa de la emoción.

—Cada día de mi vida.

No dijimos muchas cosas más en el trayecto de regreso, cada uno procesaba en su interior lo dicho y lo oído. Una vez alcanzado Visp y accedido a la carretera principal, el tráfico se diluyó y cogí velocidad de crucero. No era

muy tarde a pesar del manto de oscuridad que cubría el valle. Justo antes de alcanzar la última cuesta, propuse rematar la jornada en el bar de Pierre, pero me contestó que se encontraba un poco cansado y prefería dejarlo para otro día. Lógicamente, no insistí. Yo también tenía ganas de estirarme sobre el sofá. La sugerencia obedecía casi más a un gesto cortés que al deseo de prolongar nuestro encuentro. Además, ya había exprimido al pobre Joseph, quien sin duda necesitaría un descanso para que se asentaran de nuevo los sentimientos agitados por mi curiosidad.

Al llegar al apartamento me puse cómodo, conecté el portátil y encendí la televisión: mil y un anuncios navideños inundaban todos los canales. Todos animaban con entusiasmo a comprar champán, dulces, regalos... Parecía que la crisis que nos golpeaba se tomaría unos días de respiro en las fiestas navideñas. «Consumo, luego existo», podría ser la máxima de estos días... Y de los siguientes.

Abrí el correo.

Ningún *email* de Vincenzo o de quienquiera que me hubiera pirateado mi cuenta.

Terminé el día cenando unos espaguetis que llevaban en la despensa desde la primera compra, esa que haces como si no hubieras comido en tu vida y fueras a tener hambre a todas horas. Acuciado por el recuerdo de los pocos días que me restaban, decidí comenzar a consumir todo lo que tenía en la nevera y los armarios. Los espaguetis serían lo primero y, a juzgar por la cantidad que había comprado, lo segundo y lo tercero.

Miré el teléfono media docena de veces antes de acostarme, extrañado de no recibir mensaje alguno de Sophie. Apenas había pensado en ella durante el día, y no por falta de motivos. Ahora, al ver la cama, la eché de menos. Muchísimo de menos.

Tras la lectura de unas líneas de mi libro de cabecera, giré la cabeza para conciliar un merecido sueño. Mi último pensamiento se asomó sin querer remediarlo a la hermanita de Joseph.

XVIII

13 de diciembre de 2008

Desde nuestra velada en el apartamento no había tenido noticias de Sophie. Ni un escueto mensaje que me indicara que seguía allí. Yo, por mi parte, tampoco había intentado contactar; quise dejar que transcurriera un tiempo prudencial. Quizás habíamos expuesto demasiado nuestros sentimientos y debíamos darnos un tiempo para valorar los daños recibidos e infligidos; hacer un recuento de bajas hormonales y determinar si estábamos en condiciones de afrontar una nueva escaramuza.

Desde luego, sabía que todo eso no eran más que pajas mentales, propias de un tío que cree que acaba de descubrir la pólvora. Lo más probable es que Sophie estuviera tranquilamente con sus quehaceres diarios y hubiera olvidado nuestro encuentro en cuanto salió a la carretera, pero qué le iba hacer. Me sentía más a gusto creyéndome a mí que a ella.

Por primera vez en mucho tiempo, me encontraba bien conmigo mismo. Mi vida había dejado de transcurrir como el día de la marmota, aderezada tan solo por sucesos predecibles y dignos de olvidar. Ahora, me levantaba cada día sin saber cómo iba a terminar y sin nada que perder. Ya era hora de aprender a tocar el piano.

Me acerqué a desayunar a la panadería. La oronda camarera ya me miraba con otros ojos, con más deferencia. Me atendió con rapidez e incluso se molestó en intentar comprender mi comanda.

De regreso en el apartamento y todavía con el aroma del café recién hecho mareándome los sentidos, me senté frente al portátil y eché un vistazo a las

portadas de los periódicos, primero los deportivos y luego los de interés general. Llevaba unos días totalmente desconectado del mundo exterior. Quizás por eso me encontraba tan bien.

En lo deportivo, diciembre siempre era un mes insulso. Lo más interesante era un partido de fútbol que esa noche jugaban en España el Barcelona y el Real Madrid, que debutaba con su nuevo entrenador. No creía que en la televisión suiza lo retransmitieran. De repente, no sé cómo, se coló una página de horóscopos en la pantalla e hice algo que jamás había hecho antes: lo leí.

Domingo, 13 de diciembre de 2008.

PISCIS: Hoy algo importante sucede en tu vida. Tomarás decisiones importantes. En el ámbito de las relaciones, algunas parejas pasarán por una crisis y otras se afianzarán. Y en relación a la economía, dará un giro muy interesante que cambiará muchos aspectos. Día de aprendizaje, ¡anímate a cambiar! Mira a tu alrededor y descubre toda la gente que te quiere, aprovecha esa sensación de alegría y satisfacción. Sugerencia: los años pasan, disfrútalos.

Tardé unos segundos en cerrar la página. Una irónica sonrisa cruzaba mis labios. Nunca leía los horóscopos, y menos los creía, pero... ¡¡qué diablos!! Si dicen cosas buenas, ¿por qué no saborearlo?

Tras la dosis de optimismo, cerré la agorera página y me centré en los diarios de información general. Comencé por *Le Temps*. La primera plana saltó a mi encuentro con letras apocalípticas que hablaban de una gran estafa: cerca de cinco mil millones de euros eran las pérdidas de la banca ginebrina por culpa de un tal Madoff. Leí con atención el artículo hasta descubrir que el fenómeno había estafado más de cincuenta mil millones de dólares a las grandes fortunas de todo el mundo. Accedí a periódicos de varios países, americanos, franceses, británicos, españoles y todos llevaban en portada digital la nueva hecatombe financiera que sacudía los cimientos del *establishment*. No pude reprimir una sonrisa socarrona al observar cómo los ricachones de medio pelo habían sido timados por lo que parecía ser un sinvergüenza encantador. Por lo menos, no habían pillado a los modestos ahorradores..., ¿o sí?

Desde luego, no a mí. Lo que tenemos los pobres es una increíble falta de sensibilidad ante los dramas de los ricos. Conecté la radio y me metí en la ducha.

Salí del apartamento y pasé por la oficina de correos a recoger el paquete que, según el aviso por debajo de la puerta, me había llegado, lo guardé en la mochila y me dirigí al bar de Pierre para leer en papel la noticia de la gran estafa.

Eran las once de la mañana. Cuando entré en el bar, lo vi detrás de la barra hablando con su inmenso jefe. Me saludaron con un «buenos días» cada uno en su idioma y siguieron a lo suyo. No parecía que discutieran, pero tampoco daba la impresión de ser una charla amena. Como en ese momento el único cliente era yo, tuvieron a bien dejarme esperando hasta terminar su conversación. Mientras, agarré el codiciado periódico y me dispuse a hojearlo... comenzando por los deportes, por supuesto. Luego pasé a la sección de economía: de nuevo, titulares catastrofistas trataban de evaluar el daño del tal Madoff a la economía suiza en general y a la ginebrina en particular. Recordé que desde que llegué a Suiza, todas las semanas jugaba al Euromillón. ¿Qué mejor sitio para que te toque que Suiza?

Antes de pasar a las noticias de sociedad, mi siguiente objetivo periodístico, Pierre se acercó a la barra y me saludó de nuevo. Su jefe había entrado en la cocina. No parecía preocupado. Así era Pierre: se ponía el mundo por montera sin mover una pestaña. Más tarde, cuando viajábamos en el coche, confesó que aprovecharía la incorporación de Sophie para irse del bar; probablemente a finales de enero, cuando finalizaba el contrato del apartamento. Planeaba irse a Australia el tío valiente. Su jefe no se lo había tomado muy bien, pero entendía que la vida era así, y que contratar a jóvenes extranjeros siempre significaba un riesgo a punto de materializarse.

Se tomó un café con leche y me dijo que en realidad no le tocaba trabajar. Venía a recoger unas cosas y luego se marchaba a Sion.

Una idea se abrió paso entre mi impávida corteza cerebral.

—No tengo nada que hacer, ¿quieres que te acerque? —dije de repente.

Se quedó dubitativo. Mientras él hacía sus cálculos, yo hacía los míos, meditando la conveniencia de llamar a Sophie. Y ahí estábamos los dos con nuestros análisis existenciales, cuando de repente sentí que el frío escalaba por mis pies. Se había abierto la puerta y un simpático abuelo con un inconfundible sombrero gris marengo y bufanda roja bermellón entraba en el bar.

—Ya estamos todos —afirmó Pierre.

La entrada de Joseph en escena proporcionó nuevas variables a la ecuación.

—Y yo que no quería trabajar hoy... —exclamó Pierre.

—Buenos días, amigos.

Tras los saludos iniciales, Joseph confesó que venía a leer el periódico. Se acababa de enterar del timo de Madoff y venía a instruirse. Enseguida, como no podía ser de otra forma, la conversación giró en torno a la economía mundial y, como si a cada uno de nosotros le hubiera tocado un papel en esta comedia, desgranamos nuestra opinión con el entusiasmo del ignorante. Pierre cogió el ariete contra todos los banqueros, al modo antisistema. Según hablaba, mi imaginación ya le iba poniendo pasamontañas y colocándole entre las manos un inmenso tirachinas frente a una sucursal bancaria.

—¡Si es que son todos unos hijos de puta! —decía—. Es un círculo vicioso en el que la política se nutre del dinero de la banca, y la banca, de las leyes de la política. Y nosotros en medio, como paniaguados.

Joseph, con bastante más mundo, asentía con la cabeza y le respondió:

—Siempre ha sido así, amigo Pierre. Un banco es una empresa y hará lo que sea por su negocio, no por ti. Por muy bien que te traten, jamás serás un amigo: serás un cliente, y dejarás de interesarles cuando no tengas fondos. Y para entonces llegará otro cliente creyendo que le tratan como a un amigo. Parece mentira que vivas en Suiza y no te hayas enterado de la filosofía bancaria.

Yo permanecía callado asintiendo con la cabeza las disertaciones de mis amigos. Cuando calló Joseph, me sentí obligado a dar una opinión que no tenía.

—La culpa es de los bancos —sentencié. Me quedé tan a gusto.

—¡Y de los políticos no digamos! —continuó Pierre, con fuego en sus ojos—. ¡Cómo miraban hacia otro lado cuando el valor de las casas subía un diez por ciento todos los años, sin que nadie levantara la alfombra! En mi país —continuó encendido—, antes de entrar en el euro, existían cientos de millones en dinero negro; pues bien, en mi opinión, la crisis actual es consecuencia del dinero negro que se blanqueó en la compra de inmuebles.

Estaba lanzado. Imparable. Insensible a los gestos que Joseph y yo nos hacíamos.

—Los políticos no son los únicos culpables —objetó Joseph—. La política no es más que el reflejo de la sociedad. La culpa es del paradigma social de cada país. Una sociedad altanera, corrupta o anestesiada produce políticos canallas y aprovechados; no al revés. Los políticos incompetentes nacen de las sociedades enfermas.

Yo los miraba sin atreverme a revocar su discurso. Ante semejante adagio, poco podía aportar. Además de ser una explicación más, a esas alturas me preocupaba poco: vivía de alquiler y no tenía esperanza de comprarme una casa jamás; probablemente no era el cliente más popular de mi banco. En realidad, la gente común no podía escaparse de pertenecer a la cuenta de resultados de un banco; se podría filosofar sobre ello días enteros. No merecía la pena.

—Bueno, Joseph ¿y qué haces por aquí hoy? Pensaba que te marchabas a Neuchâtel —preguntó Pierre reorientando la aburrida conversación bancaria.

—Pues sí, la verdad es que debía ir hoy, pero olvidé sacar el billete de tren. Estoy perdiendo facultades. Una pena. Un exalumno mío recibía el premio por un trabajo de investigación que yo tutelé.

—Nunca he estado en Neuchâtel —dijo Pierre para acabar de redondear la idea que de inmediato merodeó, pues el que seguro no tenía nada que hacer era yo. Además, no me venía mal rodearme el máximo tiempo posible de gente conocida con semejante paquete a la espalda.

—Pues aquí tienes tu oportunidad: Joseph y yo nos vamos ahora a Neuchâtel —dije sin pensar buscando con la mirada la complicidad del anciano.

De inmediato, Joseph comenzó a protestar y excusarse: que si no hacía falta, que yo probablemente tuviera mejor plan, que si estaba muy lejos, que me iba a aburrir, que en realidad no le apetecía mucho... y todas esas cosas que se dicen por educación y *savoir-faire*.

—No se hable más —dije cortando la riada de excusas que el pobre Joseph trataba de interponer—. No tengo hoy nada mejor que hacer, así que nos vamos ahora mismo. Llegaremos justo después de comer. Asistes al evento y luego... Mmm, ¿luego te pensabas quedar a dormir allí?

—¿Ves como no es buena idea, Álex? —respondió Joseph, ofreciéndome una digna retirada.

«Pero... ¡qué diablos!», me dije. Volverme atrás resultaba patético; decidí jugar duro. Además, aquella zona de Suiza la había ido dejando para el final y

temía marcharme sin visitarla. ¿Qué mejor manera que hacerlo acompañado por alguien que ha vivido allí?

—Pierre, que no se diga que un tío como tú no es capaz de improvisar un plan en un minuto —dije para picarle—. Nos buscamos un hotelito en Neuchâtel y pasamos un par de días de puta madre. A la vuelta, paramos en Gruyère y nos atizamos una *fondue* de queso. Y no me vengas con que no es un planazo. Te invito, si quieres.

La estudiada mención a la invitación traspasó la coraza. Tampoco él era de los que se echan atrás.

—De acuerdo, pero a mí no me invita nadie. Venga, adelante —exclamó Pierre.

El marsupial de su jefe hizo un gesto de hastío cuando vio a Pierre salir de la barra: tenía pinta de querer trabajar entre poco y nada. Ya en el coche, nuestro amigo belga nos confesaría que había fallado su compañera, a la que Sophie iba a sustituir, y su jefe le había insinuado la posibilidad de que él se quedara hoy a atender el bar. La negativa de Pierre había trastabillado su humor.

Sin tiempo de ir a Sion, invité a Pierre a mi apartamento para escoger algo de ropa para el día siguiente, pues teníamos una talla parecida. Dejamos que Joseph hiciera su maleta y quedamos en el *parking* en quince minutos.

Mientras Pierre preparaba una pequeña bolsa de viaje, repasé la ruta: calculé unas tres horas de camino más otra para comer. Eran las doce, así que llegaríamos a las cuatro de la tarde. El móvil de Joseph tenía conexión a Internet; a través de algún buscador de hoteles encontraríamos hospedaje.

Por allí bajaba Joseph con una preciosa *trolley* de cuero negro.

Justo antes de arrancar el coche, cruzamos nuestras miradas: en nuestros rostros se reflejaba sorpresa, algo de incredulidad y mucho de emoción. Yo estaba eufórico. Una vez más, un día que se presentaba inane había mudado en aventura. A Joseph le brillaban los ojos; seguramente hacía mucho tiempo no se embarcaba en una tontería así. Pierre era el que se mostraba más sereno: todavía no había asimilado que estaba en un coche camino a Neuchâtel con dos tipos, quién sabe si psicópatas, y lo estaba procesando.

Nos pusimos en marcha. De inmediato sobrepasamos Sion y, para mi sorpresa, no fue hasta casi llegar a Montreux donde reparé, con cierta satisfacción, que al pasar por delante del pueblo no había pensado en Sophie. Me tiré unos kilómetros preguntándome si eso era bueno o malo.

Poco a poco, Pierre se fue encontrando más cómodo y comenzó a sacar todo su arsenal de ironía belga. Parecía conocer cada pueblo que dejábamos atrás por el bar que solía frecuentar. Solo merecían la pena los sucedáneos de pub ingleses que, para rematar el despropósito, se llamaban Churchill. Me sonaba haber estado en alguno. Para mi alivio, Joseph resultó ser el objetivo elegido y a él dedicó sus mejores comentarios. Joseph, conocedor de sus intenciones, se las devolvía sin despeinarse.

—Vamos a ver, Joseph... ¿Qué diablos busca un tipo como tú en un pueblo perdido de Suiza, pudriéndote de aburrimiento, en lugar de estar en el Caribe o en Indonesia fundiéndote los millones que habrás ganado? Yo, a tus años, con todo hecho en la vida, estaría descuartizado a golpe de masaje en alguna isla de Tailandia, con esas hermosas manos pequeñas rozando la baja espalda. Mmm... ¿Te imaginas, Álex? ¿Todo el día así? Yo sí me lo imagino.

—Sí —respondimos casi al unísono ambos sufridores.

—Ya, ya, ahora disimulad y dejadme a mí la fama de pervertido —respondió burlón—. Sé que pensáis lo mismo. La diferencia es que yo no me lo callo. Además, no es broma: en cuanto haga algo de dinero, me voy a Tailandia. Quiero disfrutar del cataclismo en una playa con un daiquiri en una mano, un cigarrito de la risa en la otra y el estómago bien surtido de champiñones psicotrópicos. Va a ser grandioso.

—¿No creerás en las teorías del fin del mundo? No sabía que te interesaran esas cosas —mentí. Quería que sostuviese en alto el pendón del esperpento. Nos mantendría entretenidos.

—Pues sí, sí que creo. Es más, lo espero con ganas.

—Explícate —atacó Joseph, a pesar de que parecía no escuchar.

—Vale, queréis reiros de mí. Pues os voy a dar ese placer. Siento una extraña satisfacción cuando cuento mis teorías y la gente se ríe de mí; me siento como Casandra, aquella pirada de Troya condenada a conocer el futuro y que nadie la creyera. Cuando llegue el momento, me acordaré de vosotros. Bien, ahí voy: es imposible que salgamos de esta. ¿Nunca habéis sospechado de la humanidad tal y como hoy la conocemos?

Joseph y yo nos mantuvimos en silencio, como invitación a que continuara.

—Algo falla en mis cuentas... Hace poco encontraron una antepasada simia de hace dos millones de años. Es decir —se incorporó un poco de su asiento para reafirmar su confianza—, que desde hace dos millones de años (que a

uno se le llena la boca al decirlo) hasta hace unos diez mil, la humanidad se bajó del árbol y poco más. Y, de repente, en tan solo cinco mil años, nos ponemos a construir pirámides, y en otros cinco mil somos capaces de destruir el planeta apretando un botón rojo. En dos millones de años solo aprendemos a tocar la zambomba y, en solo diez mil, llegamos a la Luna. ¿No os chirría algo? Llamadme rarito, pero a mí me mosquea. —Se recostó de nuevo en el asiento trasero con los brazos detrás de la nuca, dejando que maceráramos su propuesta.

—Seguramente alguien más habrá pensado en ello y habrá una explicación —dije, intentando no perder de vista las señales de tráfico. Era la primera vez que circulaba por esa carretera e íbamos contrarreloj.

—Sí, si explicaciones las habrá. Yo te estoy dando una —contestó resuelto.

—¿Y cuál es tu explicación? —inquirió Joseph.

—El supuesto meteorito que exterminó a los dinosaurios data de sesenta y cinco millones de años atrás, ¿no? —continuó Pierre—. O sea, desde el año menos sesenta y cinco millones hasta el año menos tres millones se supone que no hubo nada parecido a un mamífero con dos dedos de frente.

—Los efectos del impacto de un meteorito bien pudieron durar esa cantidad de años —respondió Joseph.

—De acuerdo, acepto tu teoría. Se tardan sesenta y cinco millones de años en crear al hombre desde que impacta un meteorito. ¿Y antes? La Tierra se formó hace cinco mil millones de años. ¿No ocurrió nada desde el año menos cinco mil millones hasta el año menos sesenta y cinco millones? Ahí va mi teoría. El *homo sapiens* tal y como lo conocemos solo tarda treinta mil años en autodestruirse. Creo que pudo haber otras civilizaciones antes que la nuestra y que, siguiendo tan humana tradición, se aniquilaron.

En ese momento apenas le escuchaba, más atento a no pasarme el desvío que a las imbatibles teorías de mi amigo, pero Joseph sí que parecía prestar atención.

—También es posible que los métodos de medición estén equivocados —prosiguió Pierre—. Se nos llena la boca hablando de millones de años, y no tenemos realmente ni idea. ¿Cómo se puede datar algo de más de tres millones de años y estar seguro de ello? ¿Y si seguimos un dogma equivocado?

—¿Dónde ubicas tú a los dinosaurios? —preguntó Joseph.

—Partiendo de la base de que los métodos de medición puedan no ser correctos, los ubico donde sea. Por lo que a mí respecta, pueden haberse extinguido hace solo cien mil años por un virus. Que se conserven intactas sus osamentas después de sesenta y cinco millones de años es lo verdaderamente raro.

—El mundo no avanza..., solo gira —dijo Joseph pensativo.

En ese mismo instante nos acercamos al punto donde tomar una importante decisión. Habíamos hablado de parar a almorzar en Yverdon-les-Bains, un pueblecito a la orilla del lago de Neuchâtel. Por lo visto, Joseph conocía un pequeño restaurante donde se comía muy bien, muy barato y, sobre todo, muy rápido. Ralentiqué la marcha y Joseph, atento a la jugada, indicó que siguiera hacia Yverdon Norte, cuando casi había continuado hacia Yverdon Sur. La típica equivocación que atormenta a los despistados con prisa. Ya estábamos llegando y necesitaba concentración máxima, pero Pierre estaba encantado de tener cautivos a dos inocentes y, lejos de comparecerse de mí, siguió ametrallándonos con lo que a mí me parecían sublimes bobadas. Para mi asombro, era Joseph quien le animaba a continuar.

—La humanidad, tal como la conocemos desde hace diez mil años, no ha hecho sino intentar destruir al prójimo por todos los medios a su alcance, y a medida que hemos ido progresando, hemos ido sofisticando esos medios.

«Está lanzado», pensé agobiado.

—No importa si se autodestruye mañana o dentro de cien años. Lo importante es que, desde mediados del siglo XX, está capacitado para provocar el Armagedón sin ayuda divina. ¿Creéis de verdad que nadie apretará el botón rojo cuando el cambio climático haya acabado con las cosechas y las materias primas se hayan agotado? ¿Creéis que un país con capacidad nuclear va a soportar su propio declive? ¿Creemos de verdad que en setenta años hemos cambiado más que en diez mil? ¿Pensáis que, cuando se acabe el petróleo, China no invadirá Irán?

El canalla parecía encantado de oírse. Menos mal que Joseph podía hacer dos cosas a la vez, y mientras asentía a las palabras de Pierre, con las manos me indicaba los giros que realizar. En el último, se abrió ante nosotros un imponente castillo de cuatro almenas: acabábamos de entrar en la plaza Pestalozzi. Joseph me indicó que buscáramos ya un aparcamiento, típico comentario de copiloto, y enfilé la Rue de la Plaine, pues me pareció con más posibilidades. Para mi sorpresa y alivio, no resultó demasiado complicado.

Enseguida vimos un sitio libre frente a la plaza, de esos que hay que echar monedas. Teníamos una hora, como bien se encargó de indicar la maquinita.

Todavía después de bajar del coche, Joseph continuó explorando la vena pesimista de nuestro barman favorito. Era Pierre en estado puro. No tuve muchas más ocasiones de escuchar sus opiniones, pero en este viaje me eché al hombro una buena dosis de Pierre *au point*.

—Te caerá bien mi amigo Henry —dijo Joseph a Pierre dándole una suave palmadita en el hombro sin apenas contacto.

—¿Quién? —pregunté yo.

—Henry Duran. Es el nombre de mi alumno cuya tesina van a premiar.

—¿De qué trata la tesis? —pregunté de nuevo.

—La Ilustración —respondió sin mirarme, y apresuró sus pasos para guiar el camino hacia la esquina de la plaza, donde asomaba el letrero de un restaurante.

Miré el reloj. Era ya un poco tarde para comer, pero no lo suficiente para que no nos atendieran. A Joseph no parecía importarle. Al momento, salió de la cocina una mujer enjuta con un delantal blanco con bordados y manos enrolladas con un paño. No parecía muy amigable, pero su expresión cambió al instante cuando entornó los ojos y reconoció a nuestro amigo, que ya extendía sus brazos hacia ella.

—¡Matthew! ¿Serás desgraciado? ¡Qué desconsideración presentarse así, sin avisar! —le recibió la dueña de aquel cuchitril mientras abrazaba a nuestro amigo.

Pierre y yo nos miramos con ambas cejas levantadas, y Joseph, antes de que abriéramos la boca, se adelantó a presentarnos.

—Madame Poulard, te presento a dos jóvenes estudiantes que quieren ser algo en la vida.

—*Enchantée, mes amis. Asseyez-vous ici.*

Nos acomodamos en una mesa sin mantel y abrió una botella de vino sin etiqueta.

—Excelente vino de la tierra —añadió Joseph despejando nuestras dudas.

Sirvió un vaso a Pierre y yo adelanté la mano sobre el mío indicando que no quería vino —solo me faltaba conducir con los sentidos vaporosos—. Joseph

se sirvió.

—Cosecha de este septiembre. Mirad qué color. —Bebió un sorbo y posó de nuevo el vasito sobre la mesa.

Pierre y yo le mirábamos inquisidores y expectantes. Joseph sonrió como a quien descubren en una inocente mentirijilla existencialista.

Al instante, apareció la señora Poulard con tres ensaladas caseras. Las puso sobre la mesa y se dirigió al aparador a buscar los cubiertos y el convoy del aliño. Sus movimientos eran rápidos y precisos. Los colocó sobre la mesa y desapareció, no sin antes dedicarnos una sonrisa de perfecta anfitriona.

—Bueno, no es para tanto. Durante mucho tiempo me llamé Matthew. No tengo la culpa, lo ponía en mi pasaporte.

Nuestras miradas indicaban que no nos contentábamos con miajas. Queríamos carnaza.

—Cuando salí de la Agencia, decidí utilizar una de las tres identidades que tenía asignadas para mis operaciones. Dejé muchos amigos en Europa, pero también algún que otro traficante de armas a quien mi nombre despertaría, digamos..., instintos básicos... Básicamente, vengarse. En mis últimos años desarticulamos varias redes de traficantes provenientes del Cáucaso que surtían a los terroristas de todo Oriente Medio.

»Regresé a Europa con el pasaporte de un tal Matthew James, ciudadano americano nacido en Lituania, y antes siquiera de pensarlo, el tal Matthew se introdujo en mi vida cotidiana.

—¿Por qué te lo has vuelto a cambiar? —dije entonces.

—A estas alturas de la vida, me encuentro como un pez fuera del agua respirando sus últimas bocanadas de aire. Si ahora alguien decidiera que mi presencia en este alocado mundo fuera prescindible, me haría un favor.

—No digas eso, hombre —dijo Pierre—. Por alguna razón, sospechamos que el mundo contigo dentro es más interesante. ¿No has pensado escribir tus memorias?

Joseph dirigió una leve mirada hacia donde yo me encontraba. Fue un vistazo fugaz. Menos de un segundo. Lo suficientemente corta como para pasar inadvertida y lo suficientemente larga como para asomar el recuerdo de una idea largamente premeditada.

—¿Quién se interesaría por las tonterías que pueda contar un viejo como yo?

—A nosotros —contesté lo más rápido que pude para que esa idea, que ya sospechaba se removía en su mente, no fuera abandonada en una vía muerta.

De nuevo apareció la señora Poulard; más que moverse, parecía deslizarse sobre el suelo de madera. Esta vez portaba en una bandeja tres filetes empanados con queso en su interior. Retiró los platos vacíos y los sustituyó por los filetes. Afortunadamente no eran muy grandes, pues con todas las emociones del día el hambre había quedado en un discreto segundo plano.

Tras los cafés y una sonora despedida no exenta de reproches de madame Poulard a nuestro amigo por su prolongada ausencia, reanudamos la marcha. Realizamos el resto del trayecto casi en silencio. La imagen de Vincenzo me atrapó de nuevo. Habían pasado varios días desde el incidente de Lausanne y parecía como si nada hubiera ocurrido. Ninguna noticia de Vincenzo ni tampoco de Sophie. ¿Cómo le habría afectado su encontronazo con el tío del bigote? Apenas habíamos hablado de ello durante el regreso de Lausanne, y menos aún en mi casa... Pero ahora... Ni un mensaje siquiera. Ahora que conocía toda la historia era cuando más necesitaba de su apoyo..., y la muy ladina había desaparecido.

Al llegar a Neuchâtel, Joseph recogió la iniciativa y fue dirigiendo el camino a nuestro hotel.

—Continúa por el Quai Louis-Perrier todo recto, luego sigue por el Quai Philippe-Godet hasta el puerto.

Al bordear este último, Joseph señaló un imponente edificio de cemento y cristal:

—Dirígete hacia allí. Ese es nuestro hotel.

—Será el tuyo —dijo Pierre—. ¿No dijiste que nos buscarías un hostel barato?

—Mentí —dijo Joseph con tranquilidad—. No conozco ningún hostel en Neuchâtel. Pero sí conozco este. No os preocupéis, os harán un buen precio.

—¡Madre mía, adiós días libres! —dijo Pierre echándose las manos a la cabeza. Joseph le observaba por el retrovisor con una mueca burlona.

Nos instalamos en nuestras habitaciones sin dar crédito a la jugada que nos estaba gastando nuestro amigo. Era una habitación doble superior con vistas al lago. Nada más entrar, me dirigí hacia la puerta para ver la lista de precios, solo para orientarme, y lo que vi me cortó la respiración. No dije nada a

Pierre, que en aquellos momentos estaba en el trono, por riesgo a que saliera corriendo dejándome la cuenta a mí. Nosotros no asistiríamos a la entrega del premio, pero quedamos a cenar en un restaurante, cuya dirección escribió Joseph en una hoja en la misma recepción. No había pérdida posible: en pleno centro urbano.

Pierre aprovechó su dominio del baño para darse una estruendosa ducha con cánticos y alabanzas. Yo mientras aproveché para hojear el mapa de Nauchâtel que había cogido de recepción. No parecía una ciudad muy grande y estábamos cerca del centro. Cuando oí que el agua dejó de caer, sugerí a Pierre salir a pasear.

—No, amigo. Estoy agotado. Ayer me acosté tarde y quiero aprovechar para descansar un rato. Tú deberías hacer lo mismo.

Quizás tuviera razón. Miré hacia la cama. Aunque resultaba tentador dejarme ir con el volumen de la tele bajito y dormir un par de horas, las siestas prolongadas solían sentarme mal.

—Ten el móvil preparado; yo voy a salir. Te llamaré dentro de un par de horas a ver cómo vas. De todas formas, hemos quedado a las ocho de la tarde. A las siete quiero estar de vuelta para ducharme y cambiarme —grité tras la puerta.

Salí del hotel y decidí encaminarme en primer lugar hacia la colegiata, que era el punto más alejado del hotel y que, además, me obligaba a pasar por las calles céntricas que luego visitaría con más detalle. Me dispuse a caminar y enseguida fui sorprendido por un conjunto de edificios color vainilla que adornaban los alrededores del puerto. Ya había oído hablar del singular color de sus edificios, pero contemplarlos en directo liberó mis sentidos.

Localicé la Rue du Château que, como imaginé, era una cuesta que se introducía como una lagartija entre los edificios del barrio antiguo. Me armé de valor y comencé a subir. Nada más iniciar la ascensión, entré en una placita con una pequeña fuente coronada con lo que parecía un caballero medieval, similar a las que había visto en Berna: cromados impolutos, pose marcial, barba gigante.

Continué subiendo hasta llegar a la explanada frente a la colegiata. Era una iglesia protestante, sobria, como todas, pero cálida a la vez. Unas figuras policromadas, que parecían ser los benefactores del lugar, ofrecían un aire festivo a la composición, todo aderezado por un imponente órgano y un vistoso rosetón. Salí de allí satisfecho con lo expuesto y me tropecé con la

estatua de un tal Guillermo Farel, que, como tuve ocasión de leer después, fue el impulsor del protestantismo en toda esta parte de Suiza. A diferencia de lo que predicaba, este sí tenía su estatua.

Aprovechando que estaba en la parte alta de la ciudad, me asomé a un muro de piedra para contemplar la inmensa mancha vainilla y el azul del mar que se extendía a mis pies. La luz del sol había comenzado su retroceso y el color del ocaso era maravilloso desde aquella altura.

Permanecí en aquel muro disfrutando de una visión única de la ciudad hasta que el frío me recordó que debía volver. Solo las vistas desde la colegiata hubieran justificado el viaje. Al llegar, encontré a Pierre despatarrado en la cama con visos de haberse despertado no hace mucho, con un canal musical a modo de banda sonora de su existencia.

—¿Qué tal, Pierre?

—*Bien, et toi?*

Me disponía a narrar la visita, el color de la ciudad, la iglesia, las vistas, pero la pereza me venció; seguramente no le interesaba en absoluto, así que respondí escueto para que lo entendiera.

—Muy bien. La ciudad mola.

El restaurante resultó ser una *brasserie* decorada con exquisito gusto. El suelo y el techo eran de madera oscura y las paredes parecían forradas de tela a rayas de color beis y marrón claro. De la pared salían unas lámparas que recordaban a unas cornamentas de ciervo, y en los espacios que quedaban entre ellas, se alternaban cuadros y espejos. En medio de la estancia, un panel de madera a media altura separaba dos ambientes. Un camarero ataviado con mandil blanco nos acompañó a la mesa de nuestros amigos.

Durante mi paseo por la ciudad había pensado en Henry. Me imaginé al típico estudiante de treinta años, ratón de biblioteca, con gafas de pasta y pelo revuelto de no conocer un peine en días. Un intelectualoide trasnochado que, después de estudiar, se pone de nuevo a estudiar.

Nos vieron entrar y se levantaron a la vez; Joseph estiró las manos a modo de bienvenida.

—Amigos, os presento a mi mejor alumno, Henry Duran.

Una vez más, mi mítico sexto sentido saltó en pedazos. El tal Henry Duran era un mocetón de un metro noventa muy bien plantado. Tenía gafas, sí, pero

de diseño, y le quedaban demasiado bien. Pelo castaño claro repeinado con gomina. Ojos marrones, casi verdosos. Expresión agradable, sonrisa perenne, traje oscuro a medida, reloj de joyería... En fin, la antítesis de la figura que había ideado para que no me hiciera sombra. Ahora no es que me hiciera sombra, es que me podía esconder bajo su brazo cual polluelo desvalido y desaparecer bajo el magnetismo que emanaba su estampa.

Nos sentamos todos y Joseph introdujo a su alumno. Omitió éxitos académicos, aunque los tenía, y de renombre. Henry Duran era canadiense, de Montreal. Hablaba, además del francés e inglés de su país, español, italiano y portugués. Le gustaban los idiomas latinos. Se encontraba en Neuchâtel casi por casualidad, como ocurren estas cosas: estudiando en La Sorbona realizó un intercambio de tres meses con la Universidad de Neuchâtel y acabó viviendo aquí.

—¿Cambiate París por Neuchâtel? —interrumpió Pierre sorprendido de semejante idiotez.

—Para un estudiante que está de paso por Europa, tres años es mucho tiempo. Hay todavía ciudades magníficas que disfrutar.

Fuera de las presentaciones, era la primera vez que hablaba. Su voz resultó ser cálida pero firme. Segura. Sin posibilidad de réplica.

—¿Y por qué estudiaste en Europa? —Quise saber yo, haciendo la cobertura a Pierre.

—Bueno, digamos que mantengo una relación muy intensa con Europa. Mi bisabuelo era francés. Emigró a Montreal a principios del siglo XX, y a mi abuelo lo mataron en el norte de Europa en la Segunda Guerra Mundial.

Al oír norte de Europa, Pierre se adelantó a preguntar:

—¿Sabes en qué lugar?

—En Dieppe.

—Oh, vaya. Lo siento —se sintió obligado a decir.

—No pasa nada. Fue una de tantas desgracias de la guerra. Dejó a mi abuela preñada justo antes de partir; nunca supo que tendría un hijo. Imagino que fue mejor así. El caso es que ese niño que nació huérfano se abrió paso en la vida y ahora es propietario de una de las mayores cadenas de repuestos de automóviles de Canadá. Yo, hijo predilecto, me fundo su dinero estudiando aquí. Es una debilidad.

El camarero se acercó a nuestra mesa y Joseph nos apremió para elegir los platos. Yo me decanté por una ensalada y un bistec medio hecho de segundo. Pierre me imitó.

—Además, lo que realmente me atrapó en Neuchâtel fue conocer a Matthew —continuó Henry.

Pierre y yo nos miramos cómplices.

—Eran mis últimos días aquí. Me encontraba en un pub de la parte vieja y de repente vi entrar a Matthew; no era muy habitual verle por los pubs y me acerqué a su mesa para matar el aburrimiento. No sé cómo, la conversación nos envolvió, y cuando confesó haber luchado en la Segunda Guerra Mundial en el frente ruso, me rendí a sus pies. Os podéis imaginar la curiosidad que me invadió. ¡Conocer a un auténtico soldado alemán, el bando que había matado a mi abuelo! No existía rencor. Era una guerra. Matthew apareció como un regalo, pues me estaba embarcando en un estudio sobre el desastre de Dieppe. Su visión de la guerra podría cambiarlo todo. Decidí quedarme todo el curso, luego el otro, el otro... Hasta que hace dos años..., desapareció.

Joseph nos miraba a todos. Carraspeó y dijo a modo de disculpa:

—Bueno. Tenía que arreglar papeles.

Todos sonreímos la ocurrencia y respetamos su silencio administrativo. Me resultaba extraño y enigmático que no hubiera confesado su verdadero nombre a alguien que parecía tan cercano..., si es que Joseph era su verdadero nombre.

—Estuvimos en contacto por Internet para supervisar la tesis —quiso aclarar Henry.

—Trata sobre la Ilustración, ¿verdad? —dije yo.

—En realidad, como pretexto, sí que habla de la Ilustración del siglo XVIII, pero va más allá. Elegí la Ilustración como modelo de cambio, igual que pude haber escogido el Renacimiento. Se trata de un estudio sobre la evolución social y el porqué... No me gustaría aburrirlos.

—No, por favor. Me interesa ese punto de vista. ¿Nos puedes hacer un breve esbozo de ese estudio? —Fue Pierre quien pronunció esas palabras. Y yo que creía que estaba allí matando el tiempo.

Henry miró de soslayo a Joseph como pidiendo permiso para contar un secreto. Este no tenía ningún inconveniente; es más, creo que estaba deseando

conocer nuestra opinión sobre la tesis.

—No pretendo daros una clase —se disculpó—. Seguro que conocéis los conceptos que manejaban los ilustrados del siglo XVIII.

—Yo sí que necesito esa clase... Si no te importa, claro. —Pierre seguía a lo suyo. Si se le metía algo en la cabeza, dejaba la educación y las formas para mejor ocasión.

Henry recogió el guante:

—La Ilustración fue una ruptura. El proceso que acabó con el absolutismo y dio paso a las revoluciones liberales del siglo XIX, donde se dieron los primeros pasos para instaurar los poderes en manos del pueblo. Como antes el Renacimiento liquidó a la Edad Media para introducirnos en una nueva era, la Ilustración destronó la Edad Moderna iniciando la Edad Contemporánea, transfiriendo el poder del rey al pueblo.

Henry hizo una pausa para escudriñar nuestra reacción y nuestras miradas. Pierre no perdía detalle. Joseph sonreía al oír lo tantas veces leído. Y yo escuchaba a regañadientes, aunque poco a poco fui abandonando mi pose petulante para acabar imitando a Pierre.

Henry, contemplando su auditorio, continuó:

—Fue una revolución cultural; la piedra filosofal de la existencia. Se rasgaron las ataduras religiosas que habían retenido y eliminado el librepensamiento. Se iluminó la oscura condescendencia hacia las monarquías absolutistas, donde la divinidad del rey era una coartada que cobijaba toda clase de abusos; donde los papas y demás cargos eclesiásticos tenían poderes políticos. Los hombres ilustrados comienzan a plantearse qué papel desempeña el hombre en la naturaleza; si pueden hacer algo para cambiar el orden establecido; si hay algo más allá del conocimiento hasta ese momento aceptado. Cambiar el dogma.

«La Ilustración», pensé. Desde luego, recordaba haber estudiado la Ilustración en la escuela, pero como todo, sin dar excesiva importancia a nada. Aquella conversación me estaba abriendo los ojos. Envidiaba su poder de comunicación. A la firmeza de su voz se añadía ahora pasión y entusiasmo, pero no de modo histriónico, sino didáctico. Estaba logrando que las palabras de un desconocido me embaucaran hasta el punto de regalarle toda mi atención.

—¿Hay mayor logro que consagrar tu vida a plantearse si existe la posibilidad de hacer de tu mundo algo mejor? ¿Descubrir que hay un camino inexplorado con el convencimiento de que, por poco que avances, extenderás la semilla de la curiosidad a otros que, igual que tú, piensan que no todo está perdido? ¿Que tiene que haber luz al final de este túnel; que la humanidad no ha llegado a la *estación termini* de su trayecto?

»Los ilustrados del siglo XVIII no eran mejores que nosotros, pero entendieron que el modelo estaba obsoleto. Este es el gran mérito de estos hombres: que ante un camino que no ofrecía escape, imaginaron otra salida, que en aquellos momentos podía parecer extravagante, pero que cambió el paradigma social.

»Conceptos cuya existencia ahora te sería imposible no poseer, como la igualdad ante la justicia, surgieron de esos hombres. El Estado que suprima de su sistema educativo el estudio de la obra de estos pioneros está condenado al ostracismo. Locke, Rousseau, Montesquieu, Jefferson... son los padres del mundo contemporáneo, de la revolución que sometió al Estado al poder del pueblo. Sin filosofía, sin conocimiento, el pueblo es maleable e influenciable, autómatas. “El Estado emana del pueblo.” No puede ir contra el pueblo, a no ser que este sea analfabeto, se encuentre narcotizado, o entusiastamente engañado. Si olvidamos eso, olvidamos que somos libres. La filosofía es libertad.

Hizo una pausa, nos miró a los tres, que permanecíamos expectantes, y pidió de nuevo disculpas. El camarero del mandil blanco se acercó a nuestra mesa para retirar los platos de las ensaladas, pues todos habíamos pedido lo mismo, lo que sumó a la reunión un aire de sectarismo y conjura. Mientras el camarero atendía su labor, permanecimos en silencio, como si lo que comentaba Henry no debiera ser oído por extraños al club que se acababa de formar. Cuando se retiró contrariado, Henry continuó, azuzado una vez más por Pierre, que no perdía hilo.

—¿Crees que eran conscientes de lo que estaba germinando? —dijo el belga.

—Estamos acostumbrados a juzgar los acontecimientos desde la óptica de la actualidad y por su resultado. Ponte en situación: un hombre llamado Rousseau, un ser anónimo, anodino, que de pronto publica, casi de milagro, que el hombre es libre y dueño de su destino, que tiene unos derechos inalienables de buscar su propia felicidad y que ningún Estado puede impedirlo. Hoy en día no solo no te causa asombro, sino que se lo puedes

escuchar a cualquier *hippie* trasnochado. Pero, por favor..., ¡¡sitúate!! Imagínate en el siglo XVIII. Jamás nadie había insinuado tal sacrilegio. Hasta ese momento, el hombre era un juguete en manos divinas que tenía que aceptar sus desgracias por mandato celestial y dar gracias por respirar.

»¿No te das cuenta de la revolución?! —exclamó de nuevo—. ¡¡Es como si mañana nos visitaran los extraterrestres!!! Lo conocido no tendría interés frente a lo que deseábamos conocer.

»Insisto, sitúate a mediados del siglo XVIII. La sociedad absolutista corrompida, dos siglos perdidos entre el rey y la religión, donde las ideas eran trituradas por la doctrina de Dios, patria y rey..., y de repente, LA LUZ. La mente se libera, lo prohibido se permite. Lo oscuro se descubre. El pecado se acomoda.

—¿Qué aporta entonces tu tesis a lo ya conocido del período ilustrado? —dije yo en aquel momento.

Me miró durante unos segundos, como preguntándose si alguien como yo entendería la explicación que le pedían que hiciera. Si tuvo alguna duda, la disimuló con profesionalidad y continuó con la pasión acostumbrada.

—Los grandes interrogantes que plantea la tesis son: ¿es el hombre actual consciente de la época en que vive? ¿Es consciente de vivir en un período que se acaba? ¿Nuestro modelo de sociedad ha iniciado su declive y necesitamos una luz que ilumine otro camino? Ese cambio... ¿surge espontáneamente? ¿Es necesario que la sociedad esté preparada, o se adapta rápidamente a la nueva situación? ¿Se han perdido oportunidades de cambio por no estar preparados? ¿Necesitamos nuestro propio período ilustrado con una nueva revolución cultural que sacuda los cimientos de nuestra consciencia? ¿Necesitamos recuperar la Ilustración para el siglo XXI? ¿Existe en nuestra sociedad un Rousseau que lidere el regreso a la naturaleza en detrimento de la frenética carrera al caos?

—Básicamente —intervino Joseph, que hasta ahora era el único que seguía comiendo sin prestar gran atención a las palabras de su alumno, quizás porque las había orientado él—, la historia ha demostrado que cada tres siglos aproximadamente se produce una revolución social y política que lo cambia todo. Siguiendo la línea argumental, a este siglo XXI le correspondería el honor de erigirse como el siglo de un cambio revolucionario en el concepto de sociedad tal y como la conocemos. La gran apuesta es... ¿lo sabemos?, ¿lo haremos?, ¿sucederá sin más?, ¿lo provocaremos?

—¡Exacto! —respondió Henry entusiasmado—. Todo es efímero. Vivimos inmersos en un descontrol donde la urgencia mide nuestro éxito. Nadie tiene tiempo de pararse a pensar; quien se detiene, pierde. Nos automatizamos. La personalidad es un rasgo hostil. Se requieren personas eficaces y rentables, no personas íntegras y humanas. La originalidad se ha transformado en excentricidad. Al que no sigue a la flauta que silban los convencionalismos, los clichés, las masas, se le achica el espacio arrinconándole en el incómodo cajón de los frikis. La masa obliga. O la sigues, o te obvia. Vivimos corriendo, pero... ¿dónde está la meta? ¿Hacia dónde corremos? ¿De quién huimos?

»La tesis intenta convencernos de que la civilización actual se encuentra en declive, inmersa en su edad otoñal. Necesitamos una revolución cultural que lo cambie todo. Algo que renueve y extienda la luz en este otoño de claroscuros como hicieron los ilustrados del siglo XVIII con su destino. El siglo XXI deberá ser el siglo de la transición entre la Edad Contemporánea y la edad que garantice el futuro sostenible de la humanidad. De otra forma, nos mereceríamos que un meteorito nos devolviera la razón.

Pierre le miró deslumbrado. Descubrir que no estaba solo en el mundo le excitó de tal manera que no pudo reprimir un estruendoso sonido de satisfacción. Joseph se rio y todos los imitamos: Henry por seguir la coral, y yo por hacer algo. Estaba en medio de una reunión de gente inclasificable, como un pingüino en el Sahara. Al principio me sentí mal, algo envidioso por no poder aportar nada a sus comentarios. Luego me fui relajando. A fin de cuentas, la mayoría de la gente es como yo, personas que viven el día a día sin pensar en meteoritos. Estar rodeado de iluminados catastrofistas no me restaba mérito. Fue mucho más tarde, recordando esta conversación, cuando caí en la cuenta de que era precisamente por la cantidad de personas que eran como yo por lo que la sociedad navegaba narcotizada, y me hice la gran pregunta: ¿de verdad creo que dentro de cien años viviremos mejor y más felices que ahora? La respuesta, obviamente, era no.

—¿Cómo te gustaría que fuera esa sociedad, Joseph? —preguntó Pierre.

Le miré extrañado. Había preguntado al único que seguro no la iba a ver.

—Me gustaría que la humanidad regresara a la naturaleza, de donde nunca debió salir. El ser humano pertenece a la naturaleza y la hemos esclavizado a nuestro servicio. Deberíamos pedir perdón y regresar a ella —respondió. Y en su mueca se adivinó que su propuesta era irrealizable.

—¿Y a ti, Henry? —pregunté yo.

—Soy más realista. El hombre se encontrará con su futuro antes de que regresemos al naturalismo.

—¡El futuro no existe! —exclamó de repente Pierre—. ¿No os dais cuenta? Si no está escrito, no existe... y, desde luego, escrito no está..., aunque me pregunto cuándo se dejará de escribir. ¿No habéis caído en la cuenta de que ya desde las primeras películas de ciencia ficción no aparecen libros? Nadie imaginó un futuro con libros...

Le dimos la razón con nuestro silencio.

De postre habíamos pedido todos tiramisú, para que no quedara duda de la recién creada hermandad, y a la hora de pagar, descubrimos que Joseph ya se había adelantado dejando su tarjeta de crédito al llegar. Empecé a sospechar que esta excursión no resultaría tan cara a fin de cuentas. Pierre, por supuesto, ni hizo ademán.

Salimos a la calle. Apenas quedaban transeúntes por la plaza. La noche se tornó fría, y la humedad que subía del lago empapaba las piernas. Al despedirnos, Henry nos dio sus señas y correo electrónico, por si deseábamos seguir en contacto. Permanecí unos segundos observando su silueta mientras se alejaba. Un gran tipo, pensé, de esos que merecen la pena; de los que, pudiendo vivir sin preocupaciones, se preocupaba de querer hacer algo mejor, o por lo menos aportar su granito de arena. Además, conocer a Joseph me había acercado más de lo que sospechaba a los planteamientos de Henry Duran.

Nos encaminamos cuesta abajo hacia el hotel, y al entrar en el *hall*, Joseph se despidió para irse a la habitación a descansar. Pierre y yo decidimos tomarnos una copa en el moderno bar del hotel. Ron caribeño para mí y *whisky* escocés para él. Al final, nuestra conversación derivó en mujeres y fútbol. Ese era mi nivel.

Ya en la habitación, un correo electrónico captó mi atención. Era un antiguo compañero del hotel. Me preguntaba qué tal me iba todo y cosas así...

Al llegar a la última frase, me detuve en seco.

¿Te has enterado? Robaron ayer en el hotel. Parece ser que no se han llevado muchas cosas. Debió de ser un cliente alojado, porque robaron por los offices de camareras y objetos perdidos. Estaba todo revuelto. A la gobernanta casi le da un infarto...

Miré hacia la mochila y decidí guardarla en la caja fuerte.

XIX

Cuando Pierre entró en el salón de desayunos se le humedecieron los ojos de la emoción. Huevos, salchichas, tostadas con todo tipo de pan; zumos variados; cruasanes; varias tazas de café... Y vuelta a empezar. Desayunamos como si no hubiera mañana. El *maître* miraba a Pierre espantado.

Justo antes de subir a la habitación, me acerqué a recepción a preguntar cuánto debía pagar, y mis sospechas se hicieron realidad cuando el estirado recepcionista confirmó disgustado que ya estaba todo abonado por el señor de la habitación 205. Desayuno incluido.

Habíamos quedado a las diez de la mañana en el *hall*. Joseph hacía tiempo que había desayunado y nos esperaba con un periódico en mano. La portada magnificaba la gran estafa. Nos acercamos, y convenimos en dar un paseo por los muelles ahora que parecía que la bruma con que había amanecido el lago se disipaba. Yo asentí con la condición de realizar un pequeño desvío a la vuelta para comer en el pueblecito de Gruyère.

Eso nos regalaba un par de horas para pasear por la ciudad antes de coger el coche. Joseph nos dijo que solía dar un paseo por la costa todos los días al salir de la universidad, y decidimos probar. La verdad es que la contemplación del reflejo de la tenue luz sobre las mansas aguas del lago, con los sempiternos cisnes vagando por la orilla, era toda una terapia para los sentidos. Incluso en esos momentos, con la humedad escalando por dentro del pantalón, el paseo era delicioso.

Mientras caminábamos, Joseph nos comentó que Henry Duran se había marchado temprano a Ginebra, pues debía coger el tren de alta velocidad que en tres horas se plantaba en París, y de allí, a Nueva York. Estaba terminando

un estudio sobre la emigración irlandesa a la ciudad de los rascacielos a mediados del siglo XIX.

No pude reprimir un sentimiento de sana envidia. Aunque a esas alturas, ya había comprendido que la envidia no era sino el desconocimiento que tenemos de los demás, algo así como minusvalorarse por algo sobrevalorado; pero Henry era distinto. Con el dinero de su padre, había comprado lo único que aquel facilita: libertad y tiempo. Había encontrado una vocación y disponía de los recursos para mantenerla. Me impresionó su determinación y, sobre todo, su seguridad en aquello que llevaba a cabo. Pensé en el mundo que me rodeaba. Siempre criticamos a quien tiene éxito. Si está forrado, la crítica se justifica por sí sola, pero si encima tiene personalidad, no criticarle sería un desacato. El Álex de dos meses atrás le habría crucificado, pero ahora, al pensar en Henry, lo único que me venía a la cabeza era imitarle.

Es sorprendente la facilidad con la que podemos cambiar de ánimo y punto de vista a partir de un solo pensamiento, o quizás, una palabra. Apenas unas horas después de la cena, me sentía otra persona. Había dado la vuelta a las lentes que proyectaban mi futuro, y ahora veía a través de ellas un mundo lleno de oportunidades y proyectos que realizar. En cambio, miraba hacia atrás, hacia las cosas terminadas, y lo veía todo pequeñito, lejano, ausente. Todo con un simple cambio de perspectiva, y por conocer a gente capaz de abrirte el enfoque eligiendo el paisaje adecuado.

Aún me consideraba joven; no me encontraba en la edad otoñal a la que se refería Henry Duran. Tampoco estaba en mi mano cambiar el pensamiento del siglo XXI. Lo que sí estaba en mi mano era cambiar mi propio pensamiento. La envidia que me inundaba al pensar en alguien decidido, con carácter y triunfador como Henry Duran se transformó en un reto. Ninguna tesis mía sería premiada, ni llegaría donde él, pues el carácter y la determinación no se adquieren en un mercado de abastos, pero estaba decidido a ponerme objetivos, a darles un sentido a los días que antes consumía convulsivamente sin saborearlos.

De repente, allí, en medio de la Suiza rural, mientras paseábamos en silencio por aquella orilla de piedra, me conjuré para cambiar, para cultivarme.... Tiempo iba a tener. Con la última gracia del tal Madoff, las cosas se pondrían peor. Disponía de un tiempo precioso antes de encontrar un trabajo mal pagado. Debía aprovecharlo, y el primer reto que juré realizar fue terminar y poner en orden todas las notas que había ido recogiendo a trazos con la

intención de transformar mi cuaderno de bitácora en un pequeño libro de viaje.

Habíamos caminado casi una hora. Durante el paseo, no habíamos conversado gran cosa. Cada uno interiorizaba sus pequeños mundos. Cuando giramos para volver, pregunté sin anestesia:

—¿Es Joseph tu verdadero nombre?

Joseph paró en seco y nos miró. El movimiento de las cejas delató su sorpresa. Aguantó nuestra mirada unos segundos más y contestó:

—Sí. Cuando me instalé en Leuk-Stadt destruí el pasaporte de Matthew James y recuperé mi nombre original; ese que me cambiaron en aquel campo de prisioneros americanos. Tuvo su gracia; mi nombre original solo me había causado problemas. En el frente del Este, ni alemanes ni rusos se fiaban de un tío llamado Joseph que luchaba con los alemanes.

—¿Tu padre se llamaba así?

—No. Mi padre se llamaba Yuriy.

Pierre y Joseph cumplieron su palabra y aceptaron desviarse del camino para comer en Gruyère. Solo suponía hacer unos cincuenta kilómetros más, y a fin de cuentas, ninguno de los tres tenía nada mejor que hacer. El más reacio fue Pierre, pero, como más tarde nos confesó, era porque el queso no formaba parte de su dieta diaria, y en Gruyère... ¡a ver qué ibas a comer si no!

Dejamos el coche en un *parking* acotado a las afueras de la ciudad y comenzamos a subir por unas empinadas escaleras de piedra. Al llegar arriba, descubrimos que el pueblecito no era sino varias casas que formaban dos hileras paralelas, cuya adoquinada calle central se encaminaba hacia el castillo medieval que lo coronaba. La primera impresión fue como introducirse en uno de esos cuentos desplegados para niños, un *pop-up* en el que, al abrir cada página, surgen de ellas las figuras de cartón. Las casas eran tiendas de *souvenirs*, restaurantes y hoteles, todos de piedra y de cuyas ventanas brotaban flores incluso en esa época del año. En medio del paseo, una fuente de cuento invitaba a arrojar una moneda esperando cumplir algún deseo de la infancia. Obviamente, el pueblo estaba orientado al turismo y la explotación de su marca quesera, pero ese detalle no desmerecía nada de su encanto.

Tras un momento de indecisión, resolvimos comer en un restaurante de toldos rojos y blancos que nos salió al paso. Nos hicimos los valientes y elegimos

comer en la terraza; eso sí, acompañados de una de esas estufas verticales a modo de farola que según soplaste el viento te abrasabas o te helabas. Joseph y yo compartimos una deliciosa *raclette* de queso de la tierra y Pierre se decantó por un bistec demasiado hecho.

Conocer a Henry Duran había marcado la excursión, y durante el trayecto en coche había acaparado gran parte de la conversación. Yo me encontraba indefenso ante su arrolladora personalidad y su empuje. Pierre solo se concentraba en sus palabras, sobre todo aquellas con las que se sentía identificado, y Joseph, en ambas cosas. De nuevo surgió el tema de la guerra y la muerte de su abuelo en el frente. Pierre, a pesar de la cercanía con su lugar de origen, apenas hizo mención a ello. Al principio temí haber tocado algún episodio sensible del que su familia hubiera sido protagonista, pero enseguida aclaró que ellos eran oriundos de Francia y que más bien se trataba de lo contrario. En la Segunda Guerra Mundial apoyaron a la Francia de Vichy, por lo que, terminada la contienda, pusieron tierra de por medio temiendo represalias de los franceses «buenos».

—Yo ya pertenezco a la tercera generación. Me la pelan los franceses; es más, me la pelan los belgas —afirmó Pierre dando un buen trago a su tanque de cerveza. Cuando se trataba de cerveza, no existía vaso lo suficientemente grande para él.

—Dieppe fue un episodio bastante oscuro —dijo Joseph para captar nuestra atención, cosa que logró de inmediato; por lo menos la mía—. Creo recordar que el desembarco de Dieppe fue en el verano del 42. Fue un asalto efectuado por tropas aliadas a la costa francesa.

Le miré atento esperando que continuara su historia. Pierre se hacía el distraído, pero sabía que prestaba más atención de la que le gustaba reconocer.

—Los británicos se lanzaron a realizar una cabeza de puente en la costa atlántica francesa azuzados por las demandas de Stalin, que exigía un segundo frente occidental antes de que los alemanes llegaran al Volga. —Hizo una pausa para extender su mano hacia la botella de agua que apenas si cabía en la diminuta mesa. Bebió un sorbo pequeñito y prosiguió sin cuestionarse si deseábamos entrar en detalles. Una vez más, me pregunté si no era yo quien le estaba ayudando a él a expulsar sus fantasmas en lugar de él los míos. Sonreí para mis adentros pensando en las paradojas de la vida.

—Durante todo el año 42, se produjo un juego a tres bandas en los que las alianzas de unos y otros no estaban del todo definidas y amenazaban con romper definitivamente el equilibrio. Los tres tenores, Alemania, Gran Bretaña y la URSS, se retaban en una compleja partida en que la alianza británico-soviética se sostenía con unos mimbres demasiado delgados. Solo el enemigo los unía.

»La situación en aquel verano del 42 era muy parecida a las tablas. Alemania no había podido vencer a Gran Bretaña ni a Rusia, pero estos tampoco habían podido echar a los alemanes del terreno conquistado. Stalin se revolvía desesperado, pues era el que más territorio y hombres había perdido, y lo que es peor, parecía continuar haciéndolo, pues los alemanes habían comenzado la ofensiva de primavera y se dirigían hacia el Cáucaso, amenazando la línea del Volga. La gran incógnita que merodeaba a todos los servicios de información era quién traicionaría a quién. Canaris continuaba invitando a los ingleses a una paz con condiciones factibles para ambos. Por su parte, Stalin, que no era ajeno a estas intenciones, pues contaba con Kim Philby como agente doble en el MI5, también sopesaba la idea de pactar con los alemanes. Les permitiría conservar Ucrania y Bielorrusia y tener acceso al petróleo del Cáucaso a cambio de una tregua que, sin duda, utilizaría para rearmarse. Canaris informó de ello a los británicos. De repente, Churchill se encontró con la peor de sus pesadillas: una nueva paz ruso-alemana, con Francia fuera de combate y Rommel a las puertas de Egipto.

Una camarera vestida a la moda medieval interrumpió el monólogo y dispuso los aperos para la *raclette*, un artilugio de hierro forjado del que salían dos brazos. El brazo de abajo sujetaba la porción de queso y el de arriba proporcionaba el calor para derretirlo. Aprovechamos para servirnos los refrescos y observar cómo Pierre había ya arrasado con los pequeños mendrugos de pan que ofrecían. Tuve que pedir más.

—Estoy muerto de hambre —fue su estéril respuesta.

—¿Decías? —continué yo, retomando el hilo.

—La situación se tornó tan delicada para los ingleses que Churchill decidió atacar el continente con otra fuerza expedicionaria, a sabiendas del indudable fracaso y del sacrificio de las tropas que se enviaran, con el único fin de satisfacer las demandas de Stalin de abrir otro frente occidental y así demostrarle que Gran Bretaña permanecía en su lucha contra Hitler y, de paso, animar a Stalin para que siguiera haciendo lo mismo.

—¿Por qué Dieppe? —preguntó entonces Pierre, que ya había hecho desaparecer su bistec y amenazaba ahora la nueva ración de pan.

—No lo sé —dijo nuestro amigo—. Supongo que eligieron una playa que presentara pocas defensas y un rápido despliegue hacia el interior. Churchill encomendó tan suicida misión a los canadienses.

—Qué majo, ¿no? —dije yo entonces.

—Bueno, no era una mala decisión. Los canadienses llevaban acantonados casi dos años en las islas y no creaban más que problemas con la población local. Estaban locos por salir a pegar tiros. Churchill les dio el caramelo. Aun así, apenas tenían experiencia en el combate y menos en guardar discreción. Lo malo para ellos fue que se encontraron con varios batallones alemanes haciendo maniobras por la zona, en las que precisamente se ejercitaban ante un posible desembarco.

—Vaya casualidad, ¿no crees? —dijo Pierre con la boca llena.

Mientras nos entreteníamos rebañando el queso evitando desparramarlo por la mesa, mi mente divagó hacia aquellas playas convertidas en ratoneras. Creí vislumbrar el rostro del abuelo de Henry Duran: un joven rostro tenso, atento, sopesando los movimientos que hacer al saltar de la lancha. Un rostro salpicado por el viento de la madrugada, sintiendo los latigazos del frío atlántico. La mano de un compañero sobre su hombro dándole ánimos. El murmullo de una oración. El ruido apagado del motor de la lancha. De repente, los primeros disparos: otras lanchas ya han llegado y sus hombres están ahora expuestos a las ametralladoras alemanas que, estupefactas, disparan a los bultos que van saltando de las embarcaciones. Oye los primeros gritos de los caídos cerca de él. El capitán da la orden y se abren sus puertas. Todo lo aprendido es olvidado al instante; solo cuenta sobrevivir hasta la playa.

Seguro que consiguió llegar y fue de los más valientes. Tumbado en la playa, con la cara semienterrada en la arena mojada de la bajamar gritando a los suyos, levantándose de un salto a la orden de un sargento y, de repente..., el silencio. Una última mirada al cielo encapotado y el rostro de su mujer desapareciendo de su retina. Estaba seguro de que había sido así. Era la imagen que mi mente proyectaba sin poder ni querer evitarlo. Un valiente que se encontró en el lugar equivocado en el momento equivocado. Uno de tantos caídos aquel día. Un número. Una estadística que no reflejaba el mundo

interior, la vida, el universo de los que aquel día quedaron varados en la arena.

—¡Eh! Espabila, que te has quedado atontado. —Fue la emotiva manera en la que Pierre me devolvió a la realidad.

Hacía rato que había engullido su pan y había continuado con las patatas asadas que acompañaban nuestra *raclette*. También había estado absorto con sus cosas, aunque reaccionó antes que yo.

—¿Y si Churchill hubiera pactado con los alemanes? —preguntó Pierre.

—Esa era la esperanza del almirante Canaris —respondió Joseph sin dejar de rebañar queso—. Los términos contemplaban la eliminación física de Hitler y sus acólitos, Himmler y Goering. Con los nazis fuera y el poder en manos de la Wehrmacht, no se habría tardado mucho en pactar con los soviéticos. Solo los nazis deseaban esa guerra atroz que justificaba su razón de ser. De entrada, se habría acabado con el exterminio judío.

—Parece como si a todos les hubiera interesado continuar la guerra. Si Churchill hubiera firmado una paz lo más justa posible, garantizándose la eliminación del nazismo como indicas... —dijo Pierre de repente.

—No sé. Hablo sin pensar, pero seguro que alguien tuvo que meditar sobre ello. ¿No se hubieran ahorrado millones de muertes? ¿No acabó perdiendo Gran Bretaña todas sus colonias en cascada tras la guerra? La URSS de entonces quizás fuera parte de Alemania, pero ¿qué hace a los hombres luchar despiadadamente por su país? —dije yo.

—La propaganda —respondió Pierre, que seguía a lo suyo, que al parecer no era nada—. De hecho, tan solo cincuenta años después, ese país por el que murieron veinte millones de personas ya no existe. Hablo de la URSS. ¿Mereció la pena?

—Churchill no luchaba contra un país en sí. Luchaba contra un terrible ideal: el nazismo —respondió Joseph.

Había comenzado a chispear sin aviso. Los turistas que merodeaban por la calle principal comenzaron a resguardarse bajo los coloridos toldos de los restaurantes que escoltaban la plaza. Cada minuto que pasaba convertía los adoquines en improvisadas pruebas de equilibrio, y algunos entraron en la pequeña iglesia que precedía a la entrada del castillo, cuyo párroco acabó saliendo para cerciorarse de tan repentinas conversiones.

Tras los cafés, nos pusimos en marcha. La llovizna no era del todo molesta y no tenía pinta de ir a más. Me situé al lado de Joseph por si necesitaba de mi ayuda para atravesar la plaza, pero no llegó a utilizar el comodín de mi brazo.

Llegábamos al *parking* bajando la cuesta en lugar de las escaleras cuando, de repente, la visión de un Volkswagen Golf azul cuyo conductor hojeaba un periódico azuzó mis sentidos. Otra vez la conocida sensación de haber visto antes un coche o a una persona me sacudió sin amparo alguno. El Golf era un coche muy popular. Era muy común encontrarte un par o tres al día; sin embargo, mi recién adquirida experiencia me decía que mis casi olvidados problemas con Vincenzo volvían a hacer su aparición.

Mientras conducía en silencio, intenté amoldarme a la nueva situación. Alguien continuaba siguiendo mis pasos, pero sin mostrarse. Alguien había dicho a alguien dónde estaba la caja. Alguien sabía que la caja ya no estaba donde se suponía que estaba.

O el robo había sido una acción desesperada, o Sophie jugaba en el otro bando. A estas alturas, solo lo imposible no resultaba posible. No. No podía ser así. Las caricias de Sophie eran sinceras. Además, me negaba a creerlo. Sophie se había convertido en una motivación más. Era un ejercicio de sano masoquismo flagelarme gratuitamente con un recuerdo que no se iba a producir. Supuse que todos teníamos que encontrar un motivo por el que levantarnos cada mañana: mi motivo era descubrir si tendría alguna oportunidad con Sophie. Sencillo y simple. Sentía desde algún tiempo que la cercanía de mi marcha anulaba la fogosidad de mi ánimo y necesitaba que Sophie electrizará mi espíritu.

Miré a Joseph. Quería pedirle consejo, pero con Pierre en el coche no podía hablar. Pensé también en Julia. ¿Qué estaría haciendo ahora mientras su ex se jugaba el tipo en una especie de complot para joder a las personas? ¿Por qué no fui más paciente y cariñoso con ella? ¿Qué mal lo tuvo que pasar con el hijo puta de Thomas!

Resultaba curioso comprobar que ahora me sentía casi más protector de ella que cuando éramos pareja. Me alegré de que fuera así. Obviamente, sabía que nada sería como antes, y que en cuanto me descuidara, yo pasaría a formar parte de su pasado. Seríamos una de esas parejas que se encuentran con el tiempo en algún centro comercial y se saludan tímidamente sin tener mucho que contarse, deseándose lo mejor, y hasta luego. No era lo que yo deseaba,

pero quizás fuera lo mejor. Nuestra historia había elegido caminos divergentes y cada uno escogió el suyo. Fin del cuento.

Los kilómetros pasaban. Puse algo de música con el volumen al mínimo para no molestar mucho a Pierre, que se estaba quedando dormido, y tuve que devanarme el seso para elegir algo que a Joseph no le atronara el cerebro. A falta de polcas vienesas, me incliné por un recopilatorio de la Motown que me había grabado un amigo de esos que solo saben hablar de música y que quedó anclado en los sesenta sin redención posible.

Por fin, llegamos a Sion para desembarazarme de un Pierre que había dormitado todo el viaje. Solo los inconfundibles gemidos de James Brown en celo le hicieron revolverse de su patética postura. Se encontraba despatarrado en el asiento trasero, con un brazo tras la nuca y el otro desaparecido. Poco a poco, se había ido acomodando hasta casi tumbarse, y ahora, las gafas le colgaban por una patilla ridiculizando más su rostro, si eso fuera posible.

Ya en Leuk, Joseph insistió en acompañarme, y cuando salimos del garaje, sentimos una sombra que se dirigía hacia nosotros. No podía creer lo que veía: la silueta de Sophie emergió de la oscuridad para darnos la bienvenida.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó riendo—. He subido a Leuk para tomarme algo y no estabas, y encima me quedé sin batería en el móvil.

En ese instante caí en la cuenta de que Sophie y Joseph no se conocían, así que hice las oportunas presentaciones. Me sentí raro observando a las dos personas que más habían influido en mi ánimo desde hacía años. Quise invitarlos a tomar algo, pero Joseph se excusó con una voz inaudible y se retiró. Lo entendía. Yo también estaba agotado.

Estuvimos unos segundos hablando frente al garaje hasta que, suponiendo que lo esperaba, la invité a casa. Nos dispusimos a subir el resto de la cuesta, y cuando ya estaba saboreando las mieles del triunfo, un coche oscuro frenó en seco a nuestro lado. En cuanto lo vi supe que mi suerte estaba echada. Salieron dos hombres: uno era el Bigotes y el otro se dirigió rápidamente hacia Sophie, a quien agarró por detrás mostrando una navaja.

—Sube al coche si no quieres que la rajemos —susurró el canalla con los dientes apretados.

Temblando, la miré. Sus ojos se escapaban de sus órbitas, apenas podía sollozar. La navaja comenzó a presionar su cuello y la punta se hundió un poco en su piel. El Bigotes me empujó hacia el asiento de atrás y entró

conmigo. Giré la cabeza para mirar a Sophie, pero los cristales tintados se confundían con la noche. El conductor me apuntó con una pistola con el silenciador.

—¡Dame la caja! ¡Rápido!

El miedo me paralizaba, no podía hablar. Mi único gesto era apretar sin fuerzas la mochila contra mi cuerpo. El Bigotes me la arrancó sin apenas esfuerzo y una sonrisa de cruel satisfacción cruzó su rostro al ver la caja. La cogió, la abrió y se la mostró al conductor, quien levantó la vista hacia mí como pensando «¿Y ahora qué hago contigo?».

De repente, un ruido sordo y un gemido de Sophie helaron la sonrisa del Bigotes, quien abrió la puerta de inmediato. Otro ruido sordo le lanzó sobre mí. Me tiré bajo el asiento, sollozando a todos los santos salir de esta, y todavía pude oír los fogonazos secos que desde el exterior abatieron al conductor. Cuando se hizo el silencio, levanté aterrado la vista para descubrir, tras la puerta abierta, cómo Joseph estiraba el brazo en mi ayuda.

Me sacó de allí y busqué a Sophie con la mirada: no estaba. Había huido calle abajo. Intenté correr tras de ella, pero Joseph me sujetó con fuerza del brazo.

—Ayúdame a meter los cuerpos en el coche y sube. Rápido.

Observé sus pausados pero firmes movimientos sin reacción alguna. Ni la cabeza ni los pies me respondían. Miré los cuerpos sin vida y luego la oscuridad. Por un momento pensé en dejar a Joseph ahí y salir corriendo, pero la visión del anciano intentando meter a aquellos rufianes en el maletero me envalentonó.

Joseph tuvo que gritarme un par de veces más que me sentara delante y arrancamos el coche justo cuando algunas luces de las casas cercanas se encendían.

—¿Y Sophie? —pregunté.

—No te preocupes, Álex. Solo eran tres. Llegaré a Sion sin problemas —respondió muy calmado demostrando tener la situación controlada. Ni siquiera se me ocurrió preguntar cómo sabía que Sophie vivía en Sion.

Nos adentramos en el valle. Observaba las líneas de la carretera como si fueran pequeñas descargas que se introducían por mis ojos y me golpearan el cerebro. Mi mente estaba obstruida por un pensamiento único que no me

dejaba avanzar: viajaba en un coche robado con un asesino y tres muertos. Me pareció que Joseph me hablaba, pero su voz sonaba muy lejana.

Conducíamos por la carretera de Lugano; al sobrepasar el puerto de Simplon, intuí que nos dirigíamos allí. Un poco más calmado y consciente de que mi suerte dependía por entero del hacer de Joseph, decidí que era el momento de saber al menos el porqué. La pregunta que me había perseguido durante tantas semanas fluyó de mis labios con la naturalidad de quien ya no tiene fuerzas ni nada que temer. En algún momento de aquel viaje por carretera, todo me dio igual: que mi vida se hubiera ido a la mierda en unos segundos era algo que casi sentía que me merecía. Era un fugitivo, y necesitaba saber si tendría alguna posibilidad.

Joseph me miró. También él entendía que me debía una explicación, aunque no fuera necesario que supiera más de lo que me convenía.

—En esa caja están los papeles que demuestran quién robó y dónde se esconde la fortuna de Stefano della Siere.

—¿Della Siere? ¿Familia de Vincenzo della Siere?

—Su padre.

A esas alturas no me conformaba con medias verdades y mentiras, por lo que le exigí que me contara la historia entera. Todavía restaban un par de horas hasta Lugano..., si es que realmente ese era nuestro destino.

—Los orígenes de la familia Della Siere se remontan al Renacimiento —contestó recuperando su tono amable y académico. Los fiambres de la parte de atrás parecían no perturbarle en absoluto—. Los Della Siere fueron *condottieri* de Pavía y *signores* de varias ciudades del norte de Italia. Durante varios siglos disfrutaron de una gran fortuna y posición. Poder, esplendor y lujo refinado en los mejores palacetes de la Lombardía. Una estirpe que sobrevivió a siglos de guerras y traiciones y que se extinguió con el último de los grandes, con Stefano della Siere y la llegada del fascismo.

»Stefano della Siere se enfrentó con dureza a la marea de Camisas Negras que se infiltraron en la administración italiana, y al poco tiempo, fue desposeído de todas sus licencias de exportación, expulsado de las contratas locales y apartado de la política. Con la llegada de los alemanes, su dinero de Suiza también desapareció sin dejar rastro. Al acabar la guerra era un paria, una reliquia del pasado sin futuro, pero lo que nunca perdió fue su porte aristócrata que enamoró a la joven enfermera que le cuidaba en Lugano. Fruto

de aquel amor tardío nació Vincenzo, un niño llamado a ser el único heredero de la fortuna desaparecida.

»El contenido de esa caja demuestra la paternidad de Stefano y la existencia de Vincenzo.

Las palabras de Joseph me anestesiaron. Mi mente no podía abarcar todo lo que me estaba sucediendo. Con razón me venía grande toda la historia, pero continuaba sin saber mi papel en ella..., ni el de Joseph.

—Nadie conocía la existencia del pequeño Vincenzo, pero al morir Stefano fue descubierta su presencia, y su madre, conociendo el peligro que acechaba al crío y su incapacidad para protegerle, falsificó una partida de nacimiento del hospital y me lo confió a mí, para luego desaparecer llevándose todos los papeles que escondió en esta caja. Yo entregué a Vincenzo a una familia de confianza que lo escondió, primero en Lucerna y luego en Sion.

»Durante años traté de averiguar el paradero de su madre sin conseguirlo, hasta que un día, ya en Israel, alguien me entregó una nota en la que me apremiaba a ir a Frankfurt, donde alguien muy importante en mi vida necesitaba verme. Me desplazé hasta allí, pero cuando llegué, María ya había fallecido. La persona que me recibió me entregó la caja.

»Localicé a Vincenzo y le entregué los papeles, pero enseguida me di cuenta del error: yo debía regresar a Oriente Medio, no podía ayudarlo. Cuando sus enemigos supieron de aquella documentación, se abalanzaron sobre él. Acorralado y temeroso de perder las pruebas que le devolverían a su mundo, decidió esconderlas de nuevo, pero ¿dónde? Apenas tenía amigos y no se fiaba de nadie; necesitaba a alguien desesperadamente. Entonces, decidió hacer algo inesperado que despistara a sus perseguidores. Una locura. Te la envié a ti.

—¿Por qué? —dije sorprendido—. Apenas le conocía. Era un cliente más del hotel.

—Tampoco lo sé —respondió el anciano mostrando su perplejidad—. Supongo que fue lo más parecido a un conocido ajeno a su vida que encontró. A partir de recibir tú el paquete, la partida se reanudó. Cuando te localicé, ya tenías la caja y te habían visitado. Habían pinchado el correo de Vincenzo y leyeron tus *emails*. Tenían orden de no tocarte, solo recuperar la caja; de otra manera ya estarías muerto. Sin embargo, los despistaste guardándola en tu hotel y no sabían cómo recuperarla sin amenazar tu vida. Yo también pinché

tu *email* y supe de tu llegada a Suiza. No me extrañó que vinieras aquí, puesto que el propio muchacho te lo había recomendado.

»Todos te esperábamos, pero llegaste sin la caja. Vuelta a empezar. Ni siquiera yo sabía qué pensar. Durante toda tu estancia aquí te han estado vigilando, mucho más cerca de lo que te puedes imaginar, pero seguían con orden de no tocarte. Registraron tu casa un par de veces; incluso yo entré, dejando huellas de que había estado ahí para que te mantuvieras alerta.

—¡Fuiste tú! —exclamé—. ¡Claro! ¿Cómo no pude darme cuenta? Lo dejaste todo demasiado ordenado —comenté entre sorprendido y decepcionado.

—Lo siento —respondió—, pero no me podía delatar. No te habría podido ayudar, ni ahora ni en Lausanne.

—¿Tú otra vez? —exclamé de nuevo alucinado.

—Al final todo se precipitó. Cuando supieron que de nuevo tenías la caja en tu poder, esperaron a que estuvieras solo y... ya sabes el resto.

—¿Cómo sabes que recogí el paquete?

—Yo también tengo mi servicio de vigilancia; además, tenías pinchado el teléfono. Todos sabíamos que habías llamado al hotel para que te lo enviaran. Cancelé la visita a Neuchâtel para no dejarte solo con la caja, aunque he de reconocer que tu decisión de llevarme me sorprendió y me alegró profundamente, pues de veras quería que conocieras a Henry Duran. Supongo que tampoco ellos lo esperaban. También vi aquel Golf aparcado en Gruyère.

—No estaba solo, estaba con... ¿Y Sophie?

—No quisieron esperar más —respondió con brusquedad.

—¿Por qué los mataste?

—Ellos te iban a matar a ti. Ya se habían descubierto, tenían la caja y no querían testigos. Ya lo habían hecho antes.

—¿Y la Policía? —pregunté al recordar al inspector del gabán al viento—. ¿Me persigue también?

—No toda; solo el inspector Martini. Es un esbirro al servicio de la persona que quiere la caja. Le debe su puesto en la gendarmería a cambio de ciertos trabajos y pocas preguntas. Resulta que tras tu visita a la casa de Vincenzo se pusieron nerviosos y decidieron que Martini también participara en las pesquisas. Tener a la ley de tu lado en Suiza es toda una garantía de éxito. No

te puede seguir hasta aquí, pues su jurisdicción no llega al cantón de Valois, ni siquiera a Berna, pero se arriesgó. Estaba muy presionado. No me extrañaría encontrarnos con un control en cuanto nos acerquemos a Lugano.

Sus palabras retumbaron en mi cabeza sin asimilarlas. Solo podía pensar que, si no llega a ser por Joseph, ¡ahora estaría muerto! Y que si nos cruzábamos con un control, ya no habría sitio en el maletero. Me sentí muy mal. Me desinflé sobre el asiento y noté cómo las fuerzas me abandonaban. No tenía energía ni para tratar de encajar todas las piezas. Solo me quedaba dejarme llevar y desear que todo terminara cuanto antes. Dondequiera que fuéramos.

—Por cierto, ¿te he dicho ya que nos dirigimos a Lugano? —dijo Joseph leyéndome la mente. A lo mejor también la tenía pinchada.

XX

Llegamos a Lugano pasada la medianoche, y como me figuraba, a medida que nos acercábamos, nos encaminábamos hacia la parte de la ciudad que ya conocía. Por fortuna —y supongo que por mis plegarias—, no nos tropezamos con ningún gendarme.

Nos internamos por una zona boscosa que escondía impresionantes palacetes y de repente nos detuvimos. Joseph apagó las luces y me miró.

—A cincuenta metros de aquí, en aquel caserón, vive Margarita della Siere. Es hija de Humberto della Siere, el hermano de Stefano y el hombre que le robó y destrozó su vida. Fue Margarita quien ordenó asesinarte. ¿Cómo te sientes ahora?

—Acojonado. ¿Qué hacemos aquí? ¿Quieres que al final me maten? —pregunté alarmado.

—Claro que no, pero creo que debemos devolver a Margarita lo que es suyo. Ayúdame a bajar los cadáveres.

—¿Aquí? ¿En medio de la calle?

—Tranquilo. El alcance de las cámaras de vigilancia no llega hasta aquí. Además, está muy oscuro.

—¿Y si alguien nos ve?

Me miró como si hubiera hecho una pregunta de lo más tonta y abrió el maletero. Cogió unos papeles de periódico que encontró y me los dio.

—No toques nada con las manos, utiliza estos papeles como pantalla.

Hasta ese momento no me había percatado de que Joseph llevaba puestos unos guantes; yo no, por supuesto, y comencé a pensar en todas las pistas que

había ido dejando por el camino.

Sacamos a los sicarios y los metimos en unos contenedores de basura que había junto al coche; luego, los arrastramos todo lo cerca que pudimos hacia la casa de la zorra asesina hasta que, a unos treinta metros de ella, me dijo que me detuviera para dejarlos junto a la verja. Joseph sacó unos papeles, escribió algo en ellos y los introdujo en el contenedor.

—Esto la implicará. Ni con la policía que tiene comprada saldrá de esta.

De vuelta en el coche, hizo una llamada de teléfono. De inmediato identifiqué una voz muy familiar al otro lado de la línea: era Vincenzo.

—Mañana por la mañana en el Villa Príncipe Leopoldo. De acuerdo, pasaremos allí la noche —respondió Joseph, y colgó—. Se acabó. Mañana por la mañana entregaremos la caja a nuestro amigo y los dos desapareceremos de su vida para siempre.

—¿Cómo desaparecer? ¡¡Yo tengo que volver a mi vida, a mi familia!! —dije exaltado temiendo que no todo acabara allí.

—Álex —dijo Joseph—. Si todo va bien, te aseguro que Vincenzo hará honor a su padre y recompensará tu inestimable ayuda. No tendrás que preocuparte jamás por tu futuro.

—¿Y tú?

—A mí ya me recompensó una vez.

Arrancamos el coche y pusimos rumbo al centro de la ciudad. Una vez allí, localizó un *parking* y estacionó el coche en él. Sin salir del coche, me guiñó un ojo y me entregó su pañuelo. Dedicamos un buen rato a limpiar todas las partes del coche susceptibles de haber sido rozadas por mí. Salimos y caminamos hacia un hotel, en cuya puerta había algunos taxis estacionados. Simulamos salir del hotel y cogimos uno en dirección al Villa Príncipe Leopoldo.

Al llegar, descubrí que se trataba de un magnífico edificio de cinco estrellas con vistas al lago, pero como todo no iba a ser perfecto en esta noche perfecta, resultó que estaba completo y en aquel momento solo disponían de una habitación doble, por suerte de dos camas, que no tuvimos reparo en compartir a falta de alternativa viable. Nos instalamos en una formidable habitación tipo *junior suite* y solicitamos una cena frugal al *room service*.

No sabía el hambre que tenía hasta que vi el sándwich de pollo de tres pisos que el camarero me puso delante sobre una bandeja de plata. Lo devoré con ansia acumulada mientras Joseph atendía a una ensalada de queso de cabra.

La comodidad de la habitación y el estómago satisfecho tuvieron la culpa de que por fin mi estado de ánimo se relajara. Todo parecía tan irreal... ¡Con razón percibía que algo no encajaba en este viaje! Era como algo imperceptible que se interponía entre las cosas que me sucedían y yo. Por momentos pensaba que todo era una broma. Me imaginaba a Vincenzo apostando en una especie de *ginkana* en la que me había inscrito como protagonista para reírse de mis avatares con sus amigos ricos entre canapés y *gin-tonics*. Era lo que mi subconsciente quería creer. Pierre, Sophie..., qué lejano se me hacía todo ahora..., pero no. La realidad era que me encontraba en Lugano en una habitación de hotel con Joseph, a cuatro días de mi regreso, y ni siquiera tenía claro si podría volver.

—¿Qué va a hacer ahora Vincenzo? —pregunté.

—Denunciar a su prima y reclamar la fortuna que le pertenece.

—¿Son muy ricos?

—Medio norte de Italia era de ellos. A Humberto le habría tocado un cuarto de su fortuna, pero supongo que la avaricia es un mal que no distingue entre ricos y pobres. No se llevaban bien ambos hermanos. Stefano era el mayor y Humberto siempre fue a su rebufo. Toda la clase y estilo que rezumaba en Stefano, en Humberto se manifestaba en envidia y celos.

»La llegada del fascismo fue la oportunidad que Humberto aprovechó para salir de su desidia. Lo abrazó con entusiasmo y toda su rabia contenida se canalizó a través de aquellas Camisas Negras. Trató a su hermano con despecho e incluso le amenazó por mantenerse al margen del fascismo. Ahora era él el importante, al que invitaban a las fiestas. Durante aquellos años viajó a menudo a Alemania, de donde siempre regresaba con ideas novedosas sobre cómo tratar a los subversivos al nuevo régimen nacionalsocialista. A la manera italiana, claro.

—¿Cómo los conociste?

—Una de mis primeras misiones para los aliados tras la guerra fue trasladarme a Suiza para tratar de descubrir cuentas secretas nazis. A Stefano lo conocí en un banco mientras trataba de hablar con un director reclamando una cuenta que, por supuesto, no aparecía. Le abordé, más por inercia que por

interés, por si encontraba algún hilo conductor con mis investigaciones. Poco a poco, la personalidad de aquel hombre cabal, educado, exquisito, hizo que surgiera entre nosotros una sincera amistad, implicándome personalmente en la búsqueda de su fortuna. Su historia no era más triste que la de otros tantos millones de desgraciados que la guerra abandonó, pero la existencia de su hijo despertó en mí una olvidada ternura hacia aquel crío cuyo destino se presentaba incierto. Durante tres años trabajé mano a mano con Stefano, pues yo conocía a todas las fortunas del norte de Italia y el suyo no fue el único caso de saqueo patrimonial. Encontramos varios tesoros expoliados, pero no el que le pertenecía. Descubrir qué había sido de su fortuna, quién la había robado y, sobre todo, dónde se hallaba en ese momento fue un reto vital en el me juré no descansar hasta resolverlo. Por el camino, Stefano murió, y la madre de Vincenzo, sospechando el peligro que rondaba al niño, me rogó que lo cuidara, y desapareció...

—¡Qué malnacido ese Humberto!! —exclamé sintiéndolo de veras.

Joseph me miró. En su media sonrisa había algo de asentimiento, de sabiduría y compasión.

—No juzgues a la gente por hechos pasados que ocurrieron hace mucho tiempo —respondió—. En aquellos años, el fascismo era una corriente prestigiosa en Centroeuropa, y para muchos resultó inevitable no subirse a ella. Fue una moda aplaudida por no pocos medios.

—Al final la gente se lo cree todo, ¿no?

—No es eso —respondió Joseph—. La sociedad no se cree todo. Se cree lo fácil.

Mi silencio le animó a darme su explicación.

—La gente tiene tantos problemas que solucionar en su vida que no busca otros ajenos a su existencia. La sociedad es una manada que reacciona muy despacio, pero que, una vez puesta en marcha, es muy difícil de parar; solo hace falta un líder hábil que elija el sendero por el que caminar y utilice los medios de comunicación adecuados.

—Bueno, la gente elige el medio de comunicación que quiere...

—No —interrumpió Joseph—. El medio de comunicación te elige a ti. Cuentan con algo infalible —prosiguió Joseph, dejando un espacio para la tensión—. Nadie tiene tiempo ni ganas de rebatir sus afirmaciones. Los periódicos siguen determinadas líneas editoriales; si compras ese periódico, es

porque es afín a tus ideas. Quieres que te den la razón, y al final confías en todo lo que publica, aunque sea rebatido por el periódico rival con certeros argumentos. Te conviertes en una oveja guiada por un pastor, y seguirás al pastor que silbe la melodía que a ti te gusta. Es así. Y es así, porque no tienes tiempo ni ganas de rebatir. Asentado en tu comodidad, prefieres creer a pensar: tú no compras el periódico, el periódico te compra a ti.

—¿Piensas que aceptamos todo lo que nos cuentan? —pregunté alarmado.

—¿Sabes quién era Leonor de Aquitania? —preguntó Joseph de repente.

—¿Una reina de la Edad Media? —respondí sin comprender bien la pregunta.

—Algo parecido. ¿Y si te digo que fue una mujer adelantada a su tiempo, esposa y madre de reyes, amante de la música, las artes y las letras, mecenas de artistas? ¿Una mujer que luchó sola contra la sociedad ultrarreligiosa y, por ende, machista de su época? ¿Una mujer instruida en un mundo de ignorancia?

—Suená bien —dije yo.

—Claro que suena bien; queremos que suene bien. Nos hace más felices pensar que una vez hubo una mujer que luchó contra su tiempo y que pervive su memoria. El romántico que todos llevamos dentro necesita de Leonor para sobrellevar su hastío. Necesitamos saber que alguien lo consiguió. Necesitamos un personaje legendario, literario, heroico, que llene nuestras vidas, y cuanto más lejano en el tiempo, más meritorio todavía.

»Pero ¿y si te digo ahora que Leonor de Aquitania fue una mujer inmadura y caprichosa que comerció con sus territorios, una libertina que se acostaba con su tío y que cometió la imprudencia de casarse con el rey de Inglaterra tras separarse del rey de Francia, provocando una guerra que duraría cien años? ¿Qué versión vas a creer? ¿La que te cuenta el periódico de la izquierda o el de la derecha?

—Supongo que quieres decir que, según qué medio de comunicación leas, te llegará una información u otra —respondí sin estar muy seguro de la pregunta.

—En realidad te llegan las dos informaciones, pero te hacen elegir una sin preocuparte de contrastar la contraria. No tienes tiempo para ello, y tampoco quieres hacerlo. No necesitas que nadie discuta tus inequívocas creencias.

Permanecí en silencio unos instantes macerando sus palabras. Según deducía, nos encontrábamos expuestos ante las ideas de cualquier iluminado. Miré el reloj. Pasaban de las dos de la mañana. Todavía me encontraba excitado por lo ocurrido y no me iba a resultar fácil conciliar el sueño. Joseph, a pesar de todo, tampoco parecía tener ganas de acostarse. Se había servido una copa de vino blanco y, sentado en un butacón con las piernas cruzadas, me miraba dispuesto a satisfacer mi curiosidad.

Me habían impactado sus palabras acerca de la debilidad de la sociedad. Siempre pensé que un grupo numeroso de gentes era más difícil de convencer que uno por uno, y resulta que, según Joseph, era al revés. ¿Fue lo que ocurrió en Alemania en los años 30? De repente, no sé cómo, me sentí con fuerzas para agredirle con mis preguntas. Sospeché que no tendría más oportunidades de escucharle y me rebelé con egoísmo. Quería continuar siendo el saco al que golpear su confesión, y hoy... sería el último día.

—¿De verdad no podíais imaginar lo que estaba sucediendo en vuestra retaguardia con los judíos?

Mis palabras rasgaron el aire sacudiendo a Joseph, quien las encajó con perplejidad. Aguanté su mirada sin aceptar su retirada, para observar, al fin, cómo Joseph se rendía y exhalaba su respuesta.

—¿Me preguntas cómo la culta y orgullosa nación alemana pudo dejarse dominar por un loco furibundo, hasta dejarse arrastrar a la ignominia más vergonzosa que ha conocido pueblo alguno en la historia de la humanidad?

»La explicación no es muy complicada. Tras el desastre de la Primera Guerra Mundial, la República de Weimar se demostró incapaz de solucionar ninguno de los problemas que atenazaban a Alemania, ahora convertida en un país aturdido, descabezado, deprimido... La crisis económica de aquellos años, el paro desbocado... ¡¡Gente muriéndose de hambre en Alemania!! Desilusión, hastío, frustración... Esos eran los sentimientos que germinaban en la sociedad. Avanzaban lentamente, en silencio, inyectando una sensación de rencor hacia los que considerábamos culpables de nuestra desesperación. Y de improviso, llega un iluminado gritando, gesticulando, exclamando: “¡Despertad! ¿No veis lo que os están haciendo? ¿Hasta cuándo vais a dejar que los extranjeros dirijan vuestro destino? ¡A los alemanes no se los trata así! ¡Somos mejores que ellos!”.

»De repente, se nos devolvió ilusión. Necesitábamos que hubiera esperanza. Queríamos un mañana para nuestros hijos, y este hombre nos deslumbró con

sus discursos, con su teatro. Nos hacía ser alguien, nos daba confianza. Su marcialidad, su magnetismo, el espectáculo. Era como ir al circo: uno se divertía y se iba a casa satisfecho con lo que había visto. En aquellos momentos era imposible razonar; el entusiasmo ocultaba la realidad, las sonrisas ocultaban los gestos, los cánticos tapaban los sollozos, la recobrada salud escondía una mayor enfermedad. Se nos ofrecía un futuro sin saber en qué consistía. Solo se podía vivir el presente.

»Recuerda: la masa es estúpida.

»Tras las olimpiadas de Berlín, la locura ya fue imparable. El orgullo de pertenecer a este pueblo al que se lo habían quitado todo y que lo estaba recuperando con esfuerzo, pundonor y trabajo, otorgaba una autoridad moral sobre cualquier materia; tanta que no había dudas de que venceríamos cualquier contrariedad futura. Las sensaciones eran tan extremas que cuando sibilinamente y sin dolor comenzaron a inculcarnos que los judíos estaban detrás de nuestras limitaciones y que no podíamos avanzar por el lastre que aportaban, la gente, los jóvenes especialmente, comenzó a creer. La masa necesitaba una explicación. Ser dirigida.

»Cuando se está desesperado y alguien te repite hasta la saciedad que la culpa de tu angustia la tiene una comunidad bien definida, indefensa y de origen extranjero; cuando alguien te repite día tras día que si te libras de ellos, tu vida será mejor; cuando no oyes otra cosa aparte de que hay una conspiración contra Alemania; cuando tus conocidos empiezan a hablar, sospechar, justificar, aplaudir; cuando un familiar se ha alistado con los nazis y te trata de convencer... Rumores, mentiras, falacias... No distingues lo real de lo ilusorio... Cuando comienzas a radicalizarte, encuentras apoyo y te empieza a ir bien; cuando el vecino de tu casa toma precauciones, temeroso del viciado ambiente, y piensas que esconde algo; cuando te acuestas desesperado y te levantas desconfiado; cuando te martillean con la consigna de que ellos tienen la culpa y, sobre todo, cuando tienes la sensación de que tus actos quedarán impunes... Alguien prendió la mecha y la deflagración ya no se detuvo.

»Sí. La masa es estúpida.

»Lo peor de la Noche de los Cristales Rotos no fue el resultado de aquella explosión de odio inducido. Cierro los ojos y veo a Himmler sonriendo tras una ventana mientras la ciudad arde, satisfecho del éxito de su complot. Lo terrible fue la impunidad del acto y, sobre todo, su justificación: lo creímos normal, puesto que ellos tenían la culpa. Aquella noche triunfaron. Todo un

lustró trabajando la moral del pueblo alemán, y al final lo consiguieron. Les dimos la satisfacción de observar su obra tras un cristal y una copa de *brandy*.

»Fue un episodio de locura colectiva inducido por unos enfermos mentales que impusieron su criterio a otros enfermos desesperados. Elegimos creer y no pensar.

»La Noche de los Cristales Rotos fue la culminación de una obra de orfebrería en la que nuestro entendimiento tomó forma en el engranaje que movía la rueda nazi. Cuando los adolescentes bien adoctrinados fueron armados, consiguieron un ejército fanatizado que no tembló en asesinar a sangre fría sin pestañear y sin motivo.

»Yo no fui de esos, lo que no me excluye de culpa. Y sí, sí que sabían lo que estaba ocurriendo a escasos kilómetros de sus pueblos, ¿cómo no iban a saberlo? Pero el pueblo alemán es así: hace lo que le ordenan, y le ordenaron mirar hacia otro lado mientras millones de personas eran vilmente asesinadas. Por supuesto que fueron también responsables. Cuando asesinan a seis millones de personas a tu lado, eres tan culpable como los que aprietan el gatillo. Se llama *humanidad, decencia, integridad...* Y eso, amigo mío, fueron sentimientos extirpados de las almas de aquellos desgraciados a los que los nazis inculcaron el silencio y la corrupción de su moral.

Cuando Joseph dejó de hablar, un espeso silencio se instaló en la habitación. Nada parecía moverse; incluso el viento había dejado de golpear la contraventana, temeroso de perturbar su confesión.

—¿Crees que lo ocurrido hace ochenta años podría ocurrir de nuevo? —pregunté al cabo de un tiempo.

—Los totalitarismos surgen tras devastadoras crisis económicas, y estas derivan en crisis sociales. Estamos más preparados que entonces para combatirlos, pero... ¿crees de verdad que la sociedad actual está vacunada contra el virus de la insolidaridad, el egoísmo, la avaricia y la inmoralidad?... Yo te digo en esta habitación, a 15 de diciembre del 2008, que los totalitarismos volverán. No sois mejores hombres y no tenéis el recuerdo de aquello. La política no tiene memoria.

Sentenció sus palabras posando la copa de vino sobre la mesa. Fue la señal de que no era necesario continuar la conversación. No se le veía muy afectado por lo que me había comentado; más bien resignado. Era lo que había. «La humanidad es así», parecía querer decir con su actitud distante; pero yo sabía que exhortar sus pensamientos ante mí, un desconocido, había resultado muy

reparador para su alma. Pidió permiso para acostarse y se metió en su cama con el albornoz puesto.

Sus palabras retumbaban en mi cerebro. Me encontraba aturdido, hechizado por última vez por los recuerdos de alguien extraordinario; alguien que expiraría al poco tiempo, y con él, el legado de su vida.

Encendí una lamparita, coloqué el sillón frente al ventanal orientado hacia el lago y me recosté con la mirada perdida en la inmensidad. Mi mente viajaba hacia aquellos confusos y extraordinarios años 30, el principio de la guerra, el Holocausto. Me detuve un instante. Visualicé aquella niña vestida de rojo corriendo inocente por los escombros e incendios ante los distantes ojos de Liam Nesson, encaramado a un caballo desde la lejanía, y más tarde sepultada bajo otros cuerpos en un viejo carro de madera. Esa imagen me desmoronó y destrozó mi moral. En aquellos momentos, odié a la humanidad. Odié todo lo que representaba el progreso, la ambición. Odié odiar. Me sentí muy mal. Todo había pasado a un segundo plano; incluso Vincenzo y su partida de nacimiento.

Miré hacia Joseph, quien yacía dormido. Él ya había visto lo que yo tan solo imaginaba; no me cambiaba por él. La luz tenue de la lámpara me recordó lo cansado que estaba y me acosté temiendo no poder dormir. Me equivoqué.

El sol que se filtraba por la ventana fue erizando mi consciencia hasta que, de pronto, recordé dónde estaba y boté de la cama. Miré el reloj: las diez de la mañana. Joseph no estaba. La caja tampoco. Alarmado, salté hacia la mesilla para encontrar un papel en el que indicaba que había bajado a desayunar. Me vestí deprisa sin ducharme y bajé al comedor.

Se encontraba solo, con un periódico doblado en una mano y una tostada en la otra. Al verme, me pidió con un gesto que le acompañara. Me senté, y antes de que pudiera abrir la boca, me dijo:

—Sé lo que estás pensando, pero créeme, era mejor que no le vieras. Vincenzo llegó muy temprano por la mañana, no necesitabais veros. Él no quería. Le entregué la caja y se marchó. Arreglará las cosas para que vuelvas a tu país sin incidencias y goces de un dorado retiro. No sé tú, pero yo estaría contento. Yo también voy a disfrutar de un merecido descanso. Esa es nuestra recompensa por haber recuperado el recuerdo y el honor de un hombre generoso y la vida de un huérfano abandonado.

»Por cierto, nos ha prestado un coche para que regresemos a Leuk. Tú conduces —dijo con media tostada en la boca. La expresión de mi cara le

debía divertir, pues yo no acertaba más que a balbucear preguntas inconexas demandando explicaciones inútiles—. Cómete las tostadas, que se enfrían, y prueba la mermelada de naranja amarga. Está muy buena. —Fue toda la respuesta que me dedicó.

El trayecto de regreso a Leuk lo hicimos de un humor excelente. Parecía mentira que apenas doce horas antes hubiésemos hecho el recorrido inverso con tres cadáveres a bordo. Se acabaron las confesiones y los miedos mutuos. Cada uno había expulsado ya sobre el otro sus temores, y a partir de ahora solo restaba disfrutar de la parte de la herencia que Vincenzo había prometido. Yo no sabía cuál era, pero me daba igual. Estaba feliz. Percibía que había dado carpetazo a una vida y frente a mí se abría un inmenso universo de posibilidades.

Pasamos de nuevo por Brig y de inmediato me acordé de Sophie. A mi primer comentario al respecto, Joseph insistió en que debía olvidarla. No era la clase de chicas que me convenía. Quise rebatirle, pero me interrumpí. Tenía razón. Sophie simbolizaba la clase de enamoramiento pasajero e imposible que te hace sentir vivo y que es muy importante mientras dura, pero ahora debía volar solo. Mi historia con Sophie no era sino una emoción más de las muchas que me habían sorprendido aquí. Mi único interés en ella radicaba precisamente en eso, en mantener alerta mis sentidos y sentimientos. Ahora tenía claro que no era nada más. Me había enamorado de una idea, de un proyecto. Me había enamorado de volver a amar. Además, ya había decidido marcharme al día siguiente. Lo que había venido a buscar a Suiza lo había encontrado gracias a Joseph.

Último capítulo

Tardé dos días en regresar a mi ciudad. A Dresde. Había escogido a propósito un tren litera de los que se detenían en todas las estaciones del trayecto con el único fin de alargar al máximo el viaje. Mi último viaje.

Solo el tren producía esa sensación literaria de paz y sosiego. La atmósfera que se creaba con el crepitar de las maderas de la cabina y el traqueteo del vagón me retrotraía a tiempos muy lejanos en los que durante jornadas interminables recorría páramos sin fin en la estepa rusa. Mientras observaba el paisaje deslizarse con lentitud, mi mente proyectaba otras imágenes muy distintas a las que se adivinaban tras el cristal empañado. Veía a ancianas con espaldas corvas por el peso del sufrimiento caminar junto a las vías, a tullidos sin esperanza en el suelo de las estaciones, a niños medio desnudos que rogaban un lugar en el tren atestado de soldados de permiso, quienes se burlaban de su dolor. Veía la guerra, el hambre, el polvo de los caminos, los animales muertos. Veía la mirada de Violetta desde la ventanilla de atrás del coche mientras corría tras de mí para despedirse la última vez que la vi con vida. Recordé una vez más los relatos de la gente de Dubyna acerca del paradero de mi padre; de cómo fue aquella otra guerra entre polacos y bolcheviques; del sufrimiento de los campesinos tras el paso y retirada de los polacos; de cómo pensaron que tras esa guerra y la hambruna no existiría otro infierno peor; de la llegada de los nazis. Vagando por Ucrania había escuchado el lamento de los pocos supervivientes de aquella otra tragedia y me había imaginado a mi padre dejando atrás a su familia, indefensa, a merced de los vengadores. Recostado sobre el asiento, con los ojos fijos en la imagen que me devolvía el cristal, pensaba en los motivos que me impulsaron a escribir sobre ello. Quizás necesitaba pedir perdón.

¡Y qué distinto era todo ahora!

Las estaciones se asomaban ahora engalanadas de motivos navideños y festivos. Era curioso el efecto analgésico de estas fechas de amor y concordia que se introducían como un delgado paréntesis en el que olvidar durante dos semanas los padecimientos cotidianos para luego continuar con el peso de la vida.

Cuando finaliza un viaje tan intenso, todo es más bonito, más real. Pensé en cómo había cambiado tanto la percepción de mi vida en aquellos meses. Había quemado una maravillosa etapa final y abandonaba Suiza con la sensación de un deber cumplido, del que desconocía su existencia. Era hora de regresar.

En el bolsillo interior de mi camisa portaba una memoria con el relato de mi vida. No me sentía especialmente orgulloso de mi literatura; ni siquiera que contuviera algo de interés. Solo fue un pequeño desafío que activó mi existencia en aquellos tristes días de espera.

Al atardecer del segundo día, las torres de la catedral de Dresde se abrieron paso iluminadas por una débil luz que teñía de un aire romántico y emotivo su cimborio. Aquella visión me desconcertó: hacía una vida que no visitaba mi ciudad natal. Apenas recordaba sus accesos. Las continuas obras de mejora de sus carreteras, fruto de la unificación, me despistaron y me hicieron sentir un extraño en mi propia casa. Desde luego, no era en esa ciudad donde me desollaba las rodillas jugando con los amigos de mi calle, ni por donde mi madre se asomaba todas las mañanas con su bicicleta vendiendo verduras recién recogidas del huerto por las calles empedradas del centro.

Ahora la gente caminaba con prisas y la humanidad había dejado paso a la modernidad.

Había reservado un pequeño apartamento cerca de los terrenos donde se ubicaba nuestra antigua granja. Cuando deshice el poco equipaje que un viejo como yo necesitaba, salí a la calle con el único deseo de respirar el aire frío de Dresde, para descubrir que este también era distinto. No malo, solo distinto. No olía a hierba húmeda, ni a abono seco. Mi retiro en Suiza tenía mucho que ver con encontrar esas sensaciones de mi infancia, aunque no me decepcionó. Todo había cambiado. El mundo había cambiado.

Mientras paseaba por una calle engalanada de luces navideñas, la visión de un restaurante italiano me recordó que apenas había comido un sándwich en el tren. A falta de otra alternativa, me decidí por atravesar el horrible toldo rayado que anunciaban diversas delicias napolitanas. Estaba regentado por lo

que sin duda era un latino, aunque no italiano. La globalización tenía esos excesos. La soledad me invitó a solicitar una botella de vino con la intención de ver el vidrio del fondo terminada la cena.

El local tenía cierto aire al de Yverdon-les-Bains; irremediablemente los recuerdos regresaron, y con ellos, los motivos por los que me embarqué en plasmar mis experiencias, mis sentimientos, mis inquietudes y mis temores en la memoria del disco duro de mi ordenador. Todavía no sabía muy bien qué hacer con mi relato, pero eso ahora era lo de menos. El camarero sirvió los espaguetis carbonara y me eché más vino. Era el único cliente y, como otras tantas veces en mi vida, la sensación de soledad no me molestaba. Tras un largo sorbo, aquellos últimos meses en Leuk-Stadt asaltaron mi memoria; no quise esquivarlos.

Como cada mañana durante aquel mes de junio tan caluroso, me había levantado con un ligero dolor de cabeza. La aspirina nocturna aliviaba momentáneamente el malestar y permitía conciliar el sueño; sin embargo, a medida que se disipaban sus efectos, la jaqueca recuperaba ordenada e implacable su espacio. No era un dolor terminal, solo una molestia perenne que convivía conmigo, convertida en compañera inseparable de lo que sabía eran mis últimos días. Los médicos habían diagnosticado que no viviría más de seis meses, en el más optimista de los casos. Hacía dos semanas que me habían comunicado la noticia. El cáncer de colon era ya imparable. Con mi edad no cabía esperanza. Solo valor. Pasé varios días meditando acerca de la ironía de fallecer de puro viejo, carcomido por dentro, sin nadie que me llorara, en vez de en las mil y una oportunidades que tuvo la muerte de alcanzarme, ya en la estepa rusa, ya en los últimos alientos de la defensa de Alemania, en Oriente Medio, o por fumar dos cajetillas diarias de tabaco negro cuando fumar todavía era estiloso.

Durante los primeros días tras la noticia, mi mente también vagó en un interminable viaje astral recuperando recuerdos olvidados de mi infancia en Dresde. El rostro de mi madre se me hizo tan nítido que pensé que nunca había envejecido. Se me aparecía lozano, joven y hermoso. Solo su vigor y su coraje se hacían visibles ante mi memoria entumecida. Recordé con precisa lucidez el valor de mis tíos, de mis camaradas. Las numerosas veces que salvé la vida a un desconocido y otras en las que fui salvado —sucedió tan a menudo que los gestos heroicos se difuminaban con los cotidianos sin saber ni querer distinguirlos—. O aquel día de invierno en el que un sargento de las SS me despertó de una patada para gritarme que por fin habían triturado a ese

nido de espías que era la Abwehr y que a partir de ese momento estaba encuadrado en su pelotón, a mí, que apenas había empuñado un arma en toda la contienda...

La cercanía de mi muerte, y lo más irónico, el conocimiento de ello, convulsionó mi concepto de la existencia de una manera irracional. En Rusia había aprendido a vivir cada día como si fuera el último; el silbido de un proyectil que pudo caer en mi pozo de tirador, o aquella bala que pudo haber rebotado hacia la izquierda.... Pero ahora, la posibilidad de morir se había convertido en la certeza de morir con fecha y hora. Mi suerte había caducado. Había recibido una certificación de que un cáncer escondido en mi cuerpo durante décadas por fin iba a rematar la tarea. ¿Cómo actuar con esa losa en el alma? ¿Cómo se vive restando días?

Muchas mañanas me había despertado preguntándome si no era mejor elegir yo el momento; quizás después de una buena cena con carne de venado, un Vega Sicilia del 71, un postre con mucho azúcar y una escueta carta de despedida. Dando gracias al mundo por los recuerdos que me llevaba... Hasta que un día, sentado frente al espejo, me descubrí pensando en aquel padre que nunca conocí y el coraje que mostró ante la vida haciendo frente a su destino; desafiando a la lógica; imponiendo su valor. Me levanté de la cama y decidí que jamás la pena arruinaría mi último viaje. Tenía por delante cuatro o cinco meses y podía ocuparlos encerrado en una casa de campo lamiendo mi desgracia, o aprovecharlos para poner en orden mis recuerdos y, sobre todo, ponerme en paz conmigo mismo.

Ya había escrito un diario bajo una insoportable tensión; ya había arrojado sobre aquellas líneas mi amargura y mi tristeza; ya había honrado la memoria de aquella juvenil muchacha de la que me había enamorado como solo los desesperados saben hacerlo; ya había purgado mi culpa y los que la rodearon; ya había hablado sobre aquellos días en los que, embarcado en una misión suicida e imposible, un atolondrado y tímido muchacho pudo haber cambiado el curso de la guerra..., pero ahora necesitaba hablar de la vida y mi relación con ella, del caótico mundo que me rodeaba y el futuro que dejaba. De lo que quise ser y terminé siendo. Comprender las circunstancias casuísticas que forjaron mi destino. Descubrir el porqué de todo lo que me rodeaba. En los estertores de mi vida, una pregunta taladraba mi entendimiento: ¿por qué?, ¿por qué yo?

Y sobre todo, quería honrar la memoria de Stefano della Siere, el hombre que cambió mi vida y la de aquel muchacho de Zermatt. Quería que el mundo

conociera, cuarenta años después, cómo su hijo Vincenzo recuperó su herencia, cuya generosidad me permitió dejar la CIA para realizarme por primera vez en mi vida, y la aventura que sufrimos para recuperar los documentos de aquella caja y proteger a Luca, el imberbe botones del hotel Mont Cervin que la escondió y la protegió sin conocer su procedencia ni el peligro que corría.

Pero comencé a escribir y mis primeras palabras me respondieron extrañas. Mis limitaciones ocupaban demasiado espacio sobre aquel desafiante papel en blanco. Descubrí que me resultaba como irreal escribir sobre mí y no encontraba el eslabón entre lo que dictaban mis recuerdos y lo que las palabras me devolvían. No era capaz de orientar mi propia visión de la vida conmigo de protagonista. Releía el comienzo y lo tachaba sin pudor tantas veces como otras comenzaba.

La solución a mi torpeza se presentó un día a mediados de julio. Sentado en el bar de Pierre, una pareja de jóvenes captó mi atención. Se encontraban sentados en la barra separados por una inusual distancia para ser pareja. No hablaban mucho. El chico leía el periódico local en francés; ella se limitaba a observar por el amplio ventanal del bar que daba a la plaza, apurando desganada una cerveza de barril. No recuerdo bien cómo iniciamos la conversación. Él hablaba un perfecto francés, mientras que ella apenas entendía algunas palabras. Al remarcar su excelente dominio del idioma, confesó que era por su profesión: se llamaba Álex y trabajaba en un hotel. Julia, que así se llamaba ella, se acercó atenta para saber qué quería aquel viejo que importunaba a su chico. Saltaba a la vista que en la relación ella dominaba los tiempos y él se dejaba llevar.

Aquel joven transmitía con su mirada mucho más de lo que sus tímidos gestos reflejaban. Al rato, sin darme cuenta, me encontré contándole mi vida; y no solo no pareció importarle, sino que me animó a continuar con certeras preguntas. Al principio no entendí aquel súbito arranque. Luego, en casa, desvelado por el dolor, lo comprendí: me recordaba a alguien muy lejano en mi memoria; me recordaba a Luca.

La segunda ocasión en que nos encontramos, de alguna manera nos buscamos y, sin mayores pretextos, comenzamos a conversar. Hablaba con pasión y al mismo tiempo exhibía timidez: sus palabras sufrían encorsetadas en su boca. Era algo más que vergüenza; era temor a expresarse como realmente se sentía, a realizar lo que sus sueños le pedían. ¿Acaso temía ser feliz?

Decidí hablar poco de mí. Lo imprescindible para mantener su atención. Quería que soltara amarras y que fluyera todo el torrente de anhelos que le ahogaban por dentro. Me habló de su trabajo, del hotel, de sus problemas con la gente altiva y pretenciosa, de su crisis de confianza, de la vida. Al comentar mi estancia en el acorazado, saltaron chispas de sus dilatadas pupilas. Su novia nos miraba disgustada; quizás no acostumbraba a ser espectadora de las conversaciones de su novio. No parecía mala chica, pero a la legua se veía el desenlace de aquella relación a poco que el chico se atreviera a volar solo. Era un joven encerrado en un mundo que no le pertenecía, que no le esperaba. Un joven macerando en otra vida; un joven cabalgando sin rumbo a lomos de la certidumbre. No disimulaba su envidia al escuchar de un extraño la intensidad de una vida fuera del círculo que trazaba su trabajo, novia, familia, cuya fuerza parecía detener cualquier impulso de atravesarlo.

A ese segundo encuentro pronto siguieron otros en los que liberar la imaginación y su entusiasmo. Solo nos rendíamos cuando Julia realizaba visibles gestos de aburrimiento a los que Álex acudía solícito, cercenando la conversación y marchándose a su apartamento, no sin antes quedar al día siguiente con la mirada...

Una noche en la que los dolores parecían no querer abandonarme, me senté frente al ordenador a contemplar fotografías antiguas para distraerme. Enseguida una de ellas atrajo mi atención: era de la entrada principal del hotel Mont Cervin. Pensé en Álex y su hotel y, de repente, la luz, la musa, o quien sea, por fin acudió a mi encuentro. Lo visualicé todo tan nítido que me enfadé por no haberlo pensado antes.

Álex debía ser mi compañero de viaje en el relato y, además, le haría protagonista de la aventura que en realidad sufrió Luca... ¿Por qué no? Ninguno de los dos conocía la existencia del otro, ni lo haría nunca. Los sucesos tendrían que ser actualizados, pues los reales pertenecían a otra época...; aun así, el reto se presentaba fascinante. La personalidad de Álex encajaba a la perfección con la de Luca —a excepción de que este poseía un agudo sentido del humor, que tendría que incorporar al lenguaje de Álex— y estaba convencido de que habrían actuado del mismo modo.

Álex sería Luca; Álex sería mi reflejo; Álex sería mi vínculo con la vida.

Él sufriría mis desvelos a cambio de su felicidad. Tardaría en encontrar su camino. Tendría que arriesgarse. Romper con su trabajo, su novia. Su pacífica e inane vida saltaría en pedazos en busca de un futuro, quién sabe si mejor,

pero un futuro al fin y al cabo. Volcaría en él la respuesta que ambos necesitábamos.

Su figura me hacía zozobrar porque me permitía observarme a través de un espejo. Hablar de mí en tercera persona. Contestar a preguntas que nunca me atreví a hacer y desnudar mi alma sin miedo a nada. ¿Qué puede temer un viejo de noventa años con un cáncer de colon terminal? «A mí mismo», me respondí. Entonces decidí que fuera Álex quien hiciera las preguntas, analizara mis respuestas y juzgara mis decisiones. Además, al no encontrarme encadenado a hechos reales, podía idear un presente, y sobre todo, un futuro para Álex, que aunque él no lo supiera, era el que necesitaba.

De alguna manera, Álex se introdujo en mi mente como si de otra inesperada circunstancia capaz de alterar de nuevo la línea de mi vida se tratara. Quería ser mi *álter ego* sin que yo pudiera impedirlo. Estaba allí. ¿Otra casualidad más? Durante aquellos días de conversaciones amenas, la vida de Álex brotaba de mi imaginación como si me hubiera otorgado el poder de modificarla, de moldearla..., y así sería gracias a mi relato.

Álex sería mi redentor.

Las diversas circunstancias que guiaron mis pasos hicieron de mi existencia un carrusel de vivencias extremas, las cuales no supe, no me atreví a romper. Nunca quise trabajar para la CIA. Pude haberlo dejado en Berlín, pero el miedo me lo impidió. Miedo a enfrentarme solo al nuevo mundo que nacía tras la guerra y que me era desconocido. Elegí lo fácil. Tras la contienda, la vida me había señalado un camino que no quería seguir y que, no obstante, nunca me atreví a dejar. No tuve agallas para retirarme a una isla griega a comer de la pesca diaria. Quizás hubiera encontrado una nativa que me soportara y formado una pequeña familia. Y no lo intenté. Yo no había conseguido liberarme de mis ataduras, pero Álex... Él sí que lo conseguiría a través de mis palabras.

Él sería el protagonista, el vehículo con el que expresar mi visión sobre esta estúpida sociedad y los detalles que nos deshumanizan. El carácter de la actual juventud; de la arrogancia sin mérito. Pusilánime, dubitativa, atolondrada, con tantas alternativas como incapacidades para tomar la decisión correcta. Bendecida por la cultura del éxito sin esfuerzo, sin sacrificio, sin moral. Álex sería de esos jóvenes que lo tienen todo y, por tanto, no tienen nada, pero arrojaría un rayo de esperanza sobre él haciéndole

consciente de su duda eterna. Otorgándole el gran mérito de querer cambiar y disfrutar del camino y no de la meta.

Decidí que tanto Álex como Julia sufrieran en sus trabajos lo mismo que miles de jóvenes como ellos. Jefes incompetentes cuyas cuentas de resultados bien valían arruinar alguna vida que otra. Era evidente que Julia era una magnífica joven empeñada en demostrarle al mundo su valía. Una mujer fuerte por fuera y frágil por dentro. Como todas aquellas personas que anteponen la apariencia a sus necesidades. Nunca sería feliz con Álex, porque su inteligencia se estrellaría con la fragilidad de él.

Debían romper y ser felices por separado. Si se atrevieron o no, nunca lo sabré.

En su odisea, Luca no tuvo más ayuda que la mía, a pesar de la repentina llegada de una nueva camarera que se encariñó con él nada más llegar al Mont Cervin. Nunca tuve claro sus verdaderas intenciones; aunque parecía honesta, mi experiencia me hizo prevenir cualquier reacción inesperada. Luca no era de los que enamoran a una chica guapa al primer envite, y ella parecía sugerirlo. Su interés en él no encajaba dentro de los acontecimientos que estaban por llegar. Cuando intentaron secuestrar a Luca con la caja, ella estaba allí..., y no debía haber estado. No volví a saber nada de ella.

Álex, en su nueva perspectiva, debía recuperar la ilusión por el amor, que es lo único por lo que merece la pena vivir. Era imprescindible que fuera impactado por un meteorito femenino que alterara sus feromonas. El carácter de Sophie sería ese asteroide dispuesto a balancear su vergüenza. La necesitaba a su lado para forjar su carácter y salir victorioso de sí mismo. La imagen de Sophie despertaría su anhelo por hacer de cada día un día mejor, aunque el pobre Álex tampoco supiera de sus verdaderas intenciones.

Julia y Sophie protagonizarían un implacable antagonismo que extraería lo mejor de él.

Mientras escribía el relato, recibí una invitación de un antiguo alumno para asistir en Neuchâtel a la entrega de un premio por una tesis que yo había tutelado. Me encontraba demasiado cansado para asistir y en un principio decliné la invitación, pero luego pensé: «Álex debería conocer a Henry Durán», e hice que me acompañara junto a Pierre, quien se desenvolvió como un estupendo compañero de viaje y nos entretuvo con sus teorías mil veces escuchadas en su bar. Pierre era una persona culta y preparada que huía de su condición, y Álex, un profano que buscaba redimirse: magnífico cóctel para

que las tesis de Henry Duran empaparan el entendimiento de ambos. Conocer a Henry sin duda derribaría todas las limitaciones que se había autoimpuesto y haría despertar su aletargado intelecto. Desde entonces ya no sería el mismo.

«Pobre Álex —me escuchaba comentar en silencio—. Si supiera lo que se dice de él...»

Llegó el día de su marcha. Se acercó al bar y allí estaba yo leyendo el periódico, como otras tantas veces. Sonreímos y estrechamos nuestras manos. Su mirada transmitía gratitud y deseo de haber podido continuar nuestros encuentros. Su novia esperaba en la puerta con aire ausente y se despidió con el mentón a través del cristal.

Cuando salió del bar le seguí con la mirada calle abajo. Había estacionado su Skoda de alquiler a la entrada del pueblo, pegado a la *pizzería*. Le vi desaparecer tras la curva y mi mente retrocedió al día en que rodeé la pequeña colina que lindaba con la granja para no volver jamás. Quizás fue un sentimiento forzado, algo necesario a lo que agarrarme, algo por lo que mantenerme despierto; el caso es que aquel muchacho había encendido una mecha dirigida al fondo de mi conciencia que ya no se extinguiría jamás. Me sentí como uno de esos locos románticos españoles del siglo XIX capaces de dejarse el alma ya perdida por un deseo, una vocación, un amor, tal vez una ilusión, una esperanza en un mundo tan sombrío que alimentara su llama. Aquel muchacho fue el atizador que avivó la hoguera que marchitaba mis últimos suspiros.

Nos despedimos con un agradable gesto. Una sonrisa con aroma de victoria. Dándonos las gracias por algo a lo que no le habíamos puesto nombre.

—En esta vida no es difícil ser uno mismo; lo difícil es esforzarse en serlo. — Fueron mis últimas palabras.

Me miró, enarcó las cejas y desapareció para siempre. En mi mano sujetaba una servilleta de papel con su dirección garabateada, testigo de nuestros encuentros. La doblé con cuidado y la guardé en mi desgastada cartera de cuero marrón.

Nunca se sabe...

Joseph Marga (Madrid, España, 1971). Licenciado en Turismo por el CENP y master de gestión y dirección de empresas turísticas. En el desarrollo de su profesión ha residido largas temporadas en ciudades como El Cairo, Ginebra, Edimburgo... aportando la riqueza multicultural adquirida y su pasión por la historia moderna a su primera novela *Luz de otoño*.